



WALDEN

Henry David Thoreau



Henry David Thoreau (1817-1862) nació en Concord, Massachusetts, y estudió en Harvard. Seguidor y amigo de Emerson se definió a sí mismo como un místico, un trascendentalista y un filósofo de la naturaleza. *Walden* está considerada como una obra literaria maestra y como uno de los libros seminales de su siglo. Antiesclavista militante, toda su obra se centra en la búsqueda de la «vida con principios», principios que serán el criterio de cómo debe ser vivida —con la honradez del trabajo como medio para ganarse la vida—, una vida que él explora y experimenta a través del estudio y la comprensión de la Naturaleza.

El 4 de julio de 1845, Thoreau se traslada a vivir en la cabaña que él mismo había construido en Walden Pond. Durante dos años escribe allí la obra homónima en la que describe su economía doméstica, sus experimentos en agricultura, sus visitantes y vecinos, las plantas y la vida salvaje. La obra de Thoreau es la historia de un experimento original, sin precedentes literarios. *Walden* es un modo de escribir, de ponerse a «disposición de las palabras», pero también es una Escritura, una forma de aprender lo que la vida tiene que enseñar.

Lectulandia

Henry David Thoreau

Walden

ePub r1.0

Daruma 22.02.14

Título original: *Walden*
Henry David Thoreau, 1854
Edición y traducción: Javier Alcoriza y Antonio Lastra
Diseño de portada: Daruma

Editor digital: Daruma
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN



Thoreau en 1854. Retrato a lápiz del natural de Samuel Worcester Rowse.

DAVID Henry Thoreau (que cambiaría su nombre por Henry David cuando empezara a escribir) nació el 12 de julio de 1817 en Concord, Massachusetts. Fue el tercer hijo de John y Cynthia (Dunbar) Thoreau y nieto de Jean Thoreau, un refugiado protestante francés que había llegado a Boston desde la isla de Jersey en 1773 y serviría como corsario en la guerra de la independencia. Su abuelo materno, Asa Dunbar, dejó la iglesia por problemas de salud para dedicarse al derecho. Su abuela materna, Mary Jones, había pertenecido al bando realista durante la revolución.

Entre 1818 y 1821 su familia se mudó a Chelmsford, donde su padre abrió una tienda de comestibles. Thoreau disfrutaba con el trineo y sufrió una serie de accidentes, como la amputación parcial del dedo pulgar al manejar un hacha. En 1821 fracasó el negocio y su padre se dedicó a la enseñanza en Boston. En 1822 vio Walden por vez primera, de visita con su abuela materna. Muchos años después lo recordaría así en *Walden*:

Quando tenía cuatro años, por lo que recuerdo, me llevaron de Boston a esta, mi ciudad natal, a través de estos bosques y este campo, y a la laguna. Es una de las más antiguas escenas estampadas en mi memoria. Ahora, anoche, mi flauta ha despertado los ecos sobre la misma agua. Los pinos son aún más viejos que yo; si algunos han caído, he cocinado mi cena con sus tocones, y una nueva vegetación surge alrededor y tendrá un nuevo aspecto para otra mirada infantil. En este prado brota la misma verbena de la misma perenne raíz, e incluso he contribuido por fin a vestir el fabuloso paisaje de mis sueños infantiles; uno de los resultados de mi presencia e influencia se ve en las hojas de judías, los limbos de maíz y los tallos de patata («El campo de judías»).

Entre 1823 y 1827, de regreso a Concord, la familia se hizo cargo del negocio de fabricación de lápices de Charles Dunbar. Asistió a la escuela de Phoebe Wheeler y a la Escuela Central, donde aprendió de memoria pasajes de Shakespeare, la Biblia, *El progreso del peregrino* (que consideraría «el mejor sermón que se ha predicado de ese texto») y Samuel Johnson. Sus compañeros de escuela le apodaron «el juez» por su severa conducta. La incertidumbre financiera hizo que la familia se mudara en dos ocasiones. Por entonces empezó la exploración de los alrededores de la comarca. Su madre tomaría parte activa en las obras de caridad de la ciudad y en las incipientes reuniones abolicionistas. En 1828, Thoreau y su hermano John se matricularon en la Academia de Concord, fundada en 1822. Allí estudió francés, latín, griego, geografía, historia y ciencias. En 1829 asistió a conferencias de historia natural en el recién fundado Liceo de Concord.

En 1833, la familia pudo enviar a un hijo a la universidad y se consideró a David Henry el más apto. Sus hermanos John y Helen, así como sus tías, sufragaron junto a sus padres los gastos universitarios. En Harvard ampliaría sus conocimientos con italiano, francés, alemán y español y recibió clases de mineralogía, anatomía e

historia natural. Un compañero le recordaría como «frío y poco impresionable»; sus resultados académicos no fueron sobresalientes. Pasaba mucho tiempo solo, leyendo y paseando.

Entre 1835 y 1836 Emerson se mudó a Concord. Thoreau solicitó permiso durante el invierno para dedicarse a la enseñanza en Cantón, Massachusetts. Se alojó durante seis meses con Orestes Brownson y aprendió alemán con él. De estas semanas escribió después: «Fueron una época de mi vida, la mañana de un nuevo *Lebenstag*. Son para mí como un sueño, que vuelve de vez en cuando con su frescura original». En 1836 abandonó Harvard por un primer ataque de tuberculosis. En julio colaboró en el Concord Bridge Memorial y se unió al coro para entonar *Concord Fight*, el himno de Emerson en memoria de la primera batalla de la revolución. Durante seis semanas vivió a orillas de la laguna de Flint, en Lincoln, con su compañero de universidad Charles Stearns Wheeler. Visitó Nueva York con su padre para vender lápices.

En 1837, por recomendación de Emerson al rector Quincy, recibió una beca de Harvard. Se graduó el decimonoveno en una clase de cincuenta y participó en la conferencia inaugural sobre «The Commercial Spirit of Modern Times» (El espíritu comercial de la época moderna): «El curioso mundo en el que vivimos es más maravilloso que conveniente, más hermoso que útil, más digno de ser admirado que disfrutado y usado». En primavera sacó de la biblioteca de Harvard un ejemplar de *Nature* (Naturaleza, 1836), de Emerson, que marcaría un hito en su formación. Comenzó a enseñar en la Escuela Central, pero dimitió tras tener que azotar a seis alumnos contra su voluntad, por orden del director. Formó parte del grupo informal de trascendentalistas de Nueva Inglaterra, el «Hedge Club» (reunido en el estudio de Emerson durante las visitas de Frederic Henry Hedge desde Bangor, Maine), con Brownson, Margaret Fuller, George Ripley, Jones Very, Elizabeth Peabody, Bronson Alcott y Theodor Parker. El 22 de octubre, a instancias de Emerson, empezó a escribir su diario, que llegaría a contener casi dos millones de palabras. Trabajó para mejorar la calidad de los lápices, mezclando el polvo de grafito (que dañaría sus pulmones) y la arcilla bavaria. Walter Harding, biógrafo de Thoreau a quien debemos la mayor parte de las anécdotas de su vida, escribió de su familia: «No se avergonzaron de perseguir ningún método que les hiciera ganar un honrado dólar»^[1]. Cambió el orden de sus nombres: de David Henry a Henry David.

En 1838 planeó viajar con su hermano John a Kentucky para buscar trabajo, pero John aceptó una oferta en Roxbury. Trató en vano de ejercer como profesor en Maine. En junio abrió una pequeña escuela privada en la casa paterna y en septiembre se hizo cargo de la Academia de Concord. Pronunció su primera conferencia («Society», Sociedad) el 11 de abril en el Liceo de Concord, del que sería secretario durante dos años.

En 1839 el aumento de matrícula permitió a John unirse a Thoreau en la Academia. Henry daba clases de latín, griego, francés y ciencias. Los estudiantes recordarían a John como «más humano», a Henry como «rígido». Nunca se azotó a nadie, pero imperaba allí una «disciplina militar». El programa de estudio valoraba el uso de la razón sobre la memoria, así como las excursiones campestres frente a los talleres. (Por sus zancadas al aire libre, se ganaría el apodo de «soldado Thoreau»). En julio conoció a Ellen Sewall, de la que él y su hermano se enamoraron infructuosamente. Años después escribiría en su diario: «La cuestión del sexo es de las más notables, ya que, aunque ocupa tanto los pensamientos de todos y nuestras vidas y caracteres se ven afectados por las consecuencias que surgen de esta fuente, sin embargo, la humanidad, por así decirlo, ha acordado guardar silencio al respecto». El 31 de agosto, John y Henry Thoreau partieron en un viaje de dos semanas por los ríos Concord y Merrimack en su bote *Musketaquid*. Emerson colaboró en la fundación de la revista *The Dial* (La esfera) —que se convertiría en el órgano de expresión de los trascendentalistas— y escribió: «Mi Henry Thoreau será un gran poeta para tal compañía, y uno de estos días para cualquiera».

En 1840 se matriculó en la academia Louisa May Alcott, admiradora de por vida de Thoreau. En el primer número de *The Dial* apareció el poema de Thoreau *Sympathy* (Simpatía) y el ensayo «Aulus Persius Flaccus», que luego incluiría en su primer libro, *A Week on the Concord and Merrimack Rivers* (Una semana en los ríos Concord y Merrimack)^[2]. Thoreau publicaría poemas, traducciones y ensayos en los dieciséis números de la revista. Conoció a Ellery Channing, sobrino de William Ellery Channing, que se convertiría en íntimo amigo suyo y, en 1873, en su primer biógrafo:

En altura, [Thoreau] estaba en el promedio; en figura era delgado, con miembros más largos de lo normal, o de los que hacía más uso. Su cara, una vez vista, no podía olvidarse. Los rasgos estaban muy marcados: la nariz, aquilina o muy romana, como la de un retrato de César (como un pico, se decía); cejas grandes, salientes, sobre los ojos azules más profundamente fijos que podrían verse a cierta luz, y otras veces grises, ojos expresivos de todos los matices de sentimiento, pero nunca cansados o miopes; la frente no insólitamente alta o amplia, llena de concentrada energía o propósito; la boca con labios prominentes, fruncidos con sentido y pensamiento en silencio, y emisores, una vez abiertos, de una corriente de los dichos más variados e inusualmente instructivos. Su pelo era castaño oscuro, muy abundante, fino y flexible. Toda su figura tenía una seriedad activa, como si no tuviera un momento que perder. La mano apretada presagiaba un propósito. Al caminar, atajaba si era posible y, sentado en la sombra o junto al muro, parecía atisbar con mayor claridad la próxima actividad. Incluso en el bote tenía un aire cauteloso, transitorio, con la mirada en perspectiva, por si tal vez hubiera patos, o una tortuga rubia, o una nutria, o

un gorrión^[3].

En 1841 renunció a unirse a la comunidad de Brook Farm: «Preferiría mantener una habitación de soltero en el infierno que estar alojado en el paraíso». El 1 de abril cerró la academia por enfermedad de su hermano y se instaló durante dos años en casa de Emerson, donde ejerció de factótum y jardinero. Tomó en préstamo volúmenes de clásicos griegos y poesía inglesa de la biblioteca de Emerson y comenzó a leer la literatura oriental. Con el propósito de mantenerse a sí mismo, pensó en comprar una granja y en irse a vivir a la laguna de Flint: «Mis amigos me preguntan qué haré cuando llegue allí. ¿No estaré lo bastante ocupado contemplando el paso de las estaciones?». Los Flint, propietarios del terreno, le negaron el permiso para construir una cabaña.

El 1 de enero de 1842, a causa de una cortadura desafortunada, su hermano John contrajo el tétanos y pocos días después murió en sus brazos. Barzillai Frost, ministro de la Primera Iglesia Parroquial, pronunció un elogio que podría haber servido veinte años después en el funeral de Henry: «Por muy inciertas que fueran sus teorías *sobre* la religión, sus principios y sentimientos religiosos fueron siempre inamovibles. El sentimiento religioso se había despertado y lo manifestaba en sus gustos, sentimientos y conversación». A raíz de la muerte de John, Thoreau sufrió ataques psicósomáticos y estuvo deprimido varios meses. En verano conoció a Nathaniel Hawthorne, que se convirtió en su intermitente protector literario tras leer «Natural History of Massachusetts» (Historia natural de Massachusetts). Hawthorne le describió así: «Un joven en el que aún queda mucha naturaleza salvaje original. Es feo como un pecado, de gran nariz y extraña boca, y de modales toscos, algo rústicos, aunque corteses, correspondientes a su aspecto exterior. Se ha educado, según creo, en Cambridge, pero desde hace dos o tres años ha repudiado toda manera regular de ganarse la vida y parece inclinado a llevar una especie de vida india entre los hombres civilizados, una vida india en lo que respecta a la ausencia de todo esfuerzo sistemático por mantenerse». Vendió a Hawthorne su bote y le enseñó a remar. En invierno fue a patinar con Emerson y Hawthorne; la esposa de este, Sophie, le describió «trazando danzas ditirámicas y saltos báquicos en el hielo, muy notables, pero, para mi gusto, feos».

En 1843 pronunció una conferencia sobre sir Walter Raleigh. En abril sustituyó a Emerson al frente de *The Dial* e incluyó su ensayo «Dark Ages» (Épocas oscuras), sobre historia antigua («Allí —escribiría— no está nuestro día»). En mayo viajó a Staten Island, donde daría clase a los hijos de William, el hermano de Emerson. Conoció a Horace Greeley, Henry James padre y William Tappan, el abolicionista. En un mitin cuáquero escuchó a Lucrecia Mott. Leyó a Ossian y a Francis Quarles en las bibliotecas neoyorquinas, pero la ciudad le decepcionó profundamente. Volvió al hogar paterno en diciembre. Publicó «Paradise (to be) Regained» [El paraíso (para

ser) recuperado], con una crítica del utopismo tecnológico, en *United States Magazine and Democratic Review*.

En 1844 escribió un ensayo en defensa de Nathaniel P. Rogers, editor abolicionista que abogaba por la disolución de las sociedades antiesclavistas porque restringían la libertad individual. En este año perfeccionó la máquina de fabricar lápices. Durante un viaje al aire libre con Edward Howard, incendió por accidente trescientos acres de bosque en Concord. Conoció a Isaac Thomas Hecker, futuro fundador de los Padres Paulinos, que le propuso realizar una peregrinación «medieval» a Roma. Thoreau rehusó y se resistió a los esfuerzos de Hecker por convertirle al catolicismo. (Años después, Hecker hablaría del «orgullo, presunción e infidelidad» del autor de *Walden*). El 1 de agosto hizo sonar la campana del encuentro anual de la Sociedad Antiesclavista de Mujeres de Concord, en cuya fundación había participado su madre. En otoño ayudó a construir la nueva casa familiar en una pradera al sudoeste de Concord («la casa de Texas»).

En la primavera de 1845 comenzó a construir una cabaña en la parcela de Emerson junto a la laguna de Walden, a la que se trasladó el 4 de julio. Allí trabajó en el manuscrito sobre el viaje por los ríos Concord y Merrimack con su hermano John y en una conferencia sobre Carlyle que pronunció al año siguiente, de la que saldría su ensayo «Thomas Carlyle and His Works» (Thomas Carlyle y sus obras), donde diría que el oficio del escritor consiste en establecer una «comunicación central con sus lectores». Durante los veintiséis meses de estancia en Walden se mantuvo en contacto con sus amigos y familiares.

En 1846, en Walden, empezaría a escribir *Walden*. En julio fue arrestado y encarcelado por no pagar impuestos durante varios años como protesta por el papel del estado en la perpetuación de la esclavitud. Emerson lo desaprobó en su diario: «No os volváis locos contra el mundo. En la medida en que el estado os quiere bien, no le neguéis vuestros peniques». Alcott, que había sido arrestado en 1843, alabó su «digna falta de complicidad con el mandato del poder civil». El impuesto fue pagado, probablemente por su tía, y al día siguiente fue excarcelado contra su voluntad. A finales de agosto y principios de septiembre realizó una excursión a Maine en compañía de su primo George Thatcher.

En septiembre de 1847 abandonó Walden, tras acabar el manuscrito de *A Week on the Concord and Merrimack Rivers* y la primera versión de *Walden*. En octubre se trasladó a casa de Emerson para cuidar a su esposa Lydia y a sus hijos durante la estancia de aquel en Europa. En respuesta al cuestionario de la clase de Harvard, escribió: «He sido maestro de escuela, tutor privado, agrimensor, jardinero, granjero, pintor (de casas), carpintero, albañil, jornalero, lapicero, fabricante de papel de lija, escritor y, a veces, poetastro».

En 1848 pronunció su conferencia sobre «la relación del individuo con el

Estado», publicada un año después con el título «Resistance to Civil Government» (Resistencia al gobierno civil) en *Aesthetic Papers* de Elizabeth Peabody, que a su muerte sería reeditada con el título, hoy célebre, de «Civil Disobedience» (Desobediencia civil). Comenzó a cartearse con el maestro de escuela Harrison Blake. En marzo de ese año le escribió:

Mi vida actual es un hecho en vista del cual no tengo ocasión de felicitarme, pero siento respeto por mi fe y aspiración. Por esta hablo. La posición de cualquier hombre es, de hecho, demasiado sencilla para ser descrita. No he prestado juramento alguno. No tengo designio alguno en la sociedad —o en la naturaleza— o en Dios. Soy simplemente lo que soy, o empiezo a serlo. Vivo en el *presente*. Sólo recuerdo el pasado y anticipo el futuro. Me gusta vivir, prefiero la reforma a sus modos. No hay historia de cómo lo malo se hizo mejor. Creo en algo y no hay más que eso. Sé que soy yo. Sé que otro es quien sabe más que yo, quien se interesa por mí, y que soy su criatura y, sin embargo, su pariente. Sé que la empresa vale la pena. Sé que las cosas marchan bien. No he oído malas noticias^[4].

Entre julio y noviembre publicó «Ktaadn, and the Maine Woods» (Ktaadn y los bosques de Maine) en *Union Magazine* de John Sartain, con el apoyo de Horace Greeley, convertido en su agente literario. Ejerció como conferenciante en Nueva Inglaterra y fue satirizado por James Russell Lowell como mera sombra de Emerson. Revisó *A Week* e inició la segunda versión de *Walden*.

A Week apareció en 1849, sufragado por el propio Thoreau, con críticas diversas y escasas ventas. Siguió corrigiendo y revisando el texto. (En 1853 almacenaría la mayor parte de la edición en el ático familiar y anotaría en su diario: «Tengo ahora una biblioteca de casi novecientos volúmenes, de los que unos setecientos los he escrito yo»)^[5]. En junio murió su hermana Helen y en otoño, con el beneficio del negocio de lápices, la familia se trasladó a una casa céntrica de Concord (la «casa amarilla»). Por entonces la amistad con Emerson se había enfriado. Emerson escribió: «A Thoreau le falta un poco de ambición; en lugar de ser el cabecilla de los ingenieros americanos, es el capitán del partido de las gayubas». A Thoreau le incomodó la acusación de ser un mero discípulo del cada vez más famoso Emerson y que este no hiciera nada por promocionar *A Week*^[6]. En octubre realizó el primer viaje al cabo Cod con Ellery Channing.

Hacia 1850 su diario ya se había convertido en una obra literaria con peso propio. Sus lecturas sobre historia natural y los indios americanos dieron lugar a tres mil páginas de notas y citas en sus «libros indios» entre 1847 y 1861. En su ático de la «casa amarilla» recogió numerosas cabezas de flecha indias y especímenes de plantas secas. En junio hizo un segundo viaje al cabo Cod. En julio, Emerson le envió a Fire Island en busca de los restos mortales de Margaret Fuller y su familia, víctimas de un naufragio. Debido al saqueo, sólo halló algunos objetos insignificantes. De un esqueleto inidentificable en la playa escribiría en *Cape Cod* (Cabo Cod): «Reina sobre la orilla. Aquel cuerpo muerto la poseía como ninguno vivo podría hacerlo. Tenía un derecho a la arena vetado para cualquier gobernante vivo». En septiembre

visitó Canadá con Ellery Channing; el viaje sería el argumento de «A Yankee in Canada» (Un yanqui en Canadá), que empezó a publicarse en 1853 en *Putnam's Monthly Magazine*, hasta que Thoreau se opuso a la censura de sus «herejías» por parte del editor, George William Curtis.

En 1851, tras la aprobación de la Ley de Esclavos Fugitivos, anotó: «No creo que por ahora el Norte llegue a las manos con el Sur en esta cuestión». Se implicó cada vez más en el «ferrocarril subterráneo» que auspiciaba la huida de los esclavos hacia Canadá. En 1852 aparecieron extractos de *Walden* en *Union Magazine* y al año siguiente realizó su segundo viaje a Maine.

En 1854, el arresto del esclavo fugitivo Anthony Burns le incitó a escribir el ensayo «Slavery in Massachusetts» (Esclavitud en Massachusetts) y a leerlo en un encuentro organizado en Framingham por Lloyd Garrison el 4 de julio. *Walden* fue publicado el 9 de agosto, en una edición de dos mil ejemplares que puso fin a siete años de trabajo y siete amplias revisiones del texto. Las reseñas fueron dispares; la adversa de *Boston Atlas* decía: «No hay ni una sola página que muestre un signo de liberalidad, caridad, sentimiento amable, generosidad, en una palabra: corazón»; la entusiasta de *Graham Magazine's* concluía: «A través de la audacia de su enérgica protesta, una mirada cuidadosa puede discernir los movimientos de un espíritu poderoso y logrado». En Inglaterra, George Eliot la reseñó así: «Tenemos una prueba de pura vida americana, animada por ese enérgico pero tranquilo espíritu de innovación, esa independencia de las fórmulas tanto práctica como teórica, peculiar de algunos de los más finos espíritus americanos». Thoreau, animado por el éxito, instó en vano a Ticknor y Fields a reeditar *A Week*. En sus conferencias, incluyó «Getting a Living» (Ganarse la vida), más tarde publicada como «Life Without Principle» (Vida sin principios).

En 1855 padeció una debilidad en las piernas que le duraría dos años. *Putnam's Monthly Magazine* empezó a publicar los primeros capítulos de *Cape Cod*, aunque las siguientes entregas se suspendieron por desacuerdos con el editor. En julio hizo su tercera visita al cabo Cod en compañía de Channing^[7]. Para corresponder a su hospitalidad en Concord, el autor inglés Thomas Cholmondeley regaló a Thoreau los cuarenta y cuatro volúmenes de una biblioteca de literatura oriental; como respuesta, Thoreau le envió los *Ensayos* de Emerson, *Walden* y *Hojas de hierba* de Whitman.

En octubre de 1856 visitó una comunidad utópica en Eagleswood, New Jersey y, en noviembre, a Alcott en Nueva York. Oyeron el sermón de Henry Ward Beecher en la iglesia de Plymouth; al día siguiente conocería a Walt Whitman, «al parecer, el mayor demócrata que el mundo ha conocido». A Thoreau le desalentó la sensualidad de su poesía, pero la calificó así: «Un gran poema primitivo, una nota de *alarum* o trompeta que resuena por todo el campo americano».

En 1857 conoció a John Brown, que comió en casa de Thoreau; escribió que

«Brown tiene el coraje de enfrentarse a su país cuando este está equivocado». En junio hizo su último viaje al cabo Cod, solo (el único no descrito en *Cape Cod*). En julio viajó por Maine con Edward Hoar y el guía indio Joe Polis, y se dejó crecer la barba.

James Russell Lowell le solicitó su relato de los viajes de Maine de 1857 para *Athlantic Monthly*, Thoreau le envió «Chesuncook», del viaje de 1853. Cuando Lowell omitió una oración del texto («Un pino es tan inmortal como yo, y tal vez llegue hasta el cielo y aún se eleve allí sobre mí»), Thoreau le escribió: «No le pido a nadie que adopte mis opiniones, pero espero que, cuando me las pidan para imprimirlas, las impriman u obtengan mi consentimiento para su alteración u omisión». Exigió a Lowell que incluyera en la entrega de agosto el pasaje omitido, lo que aquel no hizo; retrasó, además, el pago debido al autor. En 1864, tras su muerte, aparecerían versiones revisadas de «Ktaadn» y «Chesuncook» y el viaje de 1857, junto con un apéndice, como *The Maine Woods* (Los bosques de Maine)^[8].

En febrero de 1859 murió su padre y quedó como responsable de la familia. En mayo oyó a Brown, al que rindió tributo en «A Plea for Captain Brown» (Defensa del capitán Brown). Colaboró en el mitin de Concord el día de su ejecución y ayudó a escapar a los miembros fugitivos de su banda.

En 1860 leyó *El origen de las especies* de Darwin y lo defendió ante Emerson de los ataques de Agassiz. Recibió la visita de Dean Howells, que consideró a Thoreau «soñador» y «órfico» y se refirió al encuentro como una «derrota» de sus esperanzas. A Howells le disgustó que Thoreau, más interesado en el carácter de Brown que en sus acciones, se refiriera a él como un principio antes que como un hombre. Trató de proteger a F. B. Sanborn durante la investigación federal sobre el asalto a Harpers Ferry; escribió «The Last Days of John Brown» (Los últimos días de John Brown). Contrajo un resfriado que degeneró en bronquitis.



Thoreau en 1856. Daguerrotipo de B. W. Maxham.

En 1861, para recuperarse, viajó a Minnesota con su joven amigo Horace Mann, Jr. Recogieron especímenes botánicos y visitaron a los indios sioux, con los que simpatizó. En julio regresó cansado a Concord. Revisó por última vez *A Week* (publicado póstumamente en 1868) y dispuso con su hermana la edición póstuma de *The Maine Woods*, *Cape Cod* y otros escritos. Escribió a un amigo: «Sabes que lo respetable es dejar la propiedad a los amigos». En uno de sus últimos paseos, dijo a Channing que el arte del genio consistía en hacer mucho con poco. Su última visita a Walden fue en septiembre y la última entrada de su diario data del 3 de noviembre; tras referirse a las marcas dejadas por una lluvia pasada sobre un terraplén ferroviario, escribió: «Todo esto resulta perfectamente claro para una mirada atenta y, sin embargo, la mayoría no lo advierte».

En 1862, confinado en su casa, rehusaba dormir con opio y seguía recibiendo visitas. En abril vendió a Fields, su editor, el remanente de *A Week*, que este pondría

en venta dos meses después. Cuando trataron de confortar su alma, replicó que una tormenta de nieve significaba para él más que Cristo; cuando su tía Louisa le pidió que hiciera las paces con Dios, le respondió: «No sabía que hubiéramos reñido, tía». Murió el 6 de mayo y sus últimas palabras inteligibles fueron «alce» e «indio», probablemente en referencia a las páginas de *The Maine Woods* que estaba corrigiendo. Fue enterrado en New Burying Ground, Concord, y luego trasladado al cementerio de Sleepy Hollow.

En unos versos que se conservan entre los poemas que escribió Thoreau, leemos:

Mi vida ha sido el poema que habría escrito,
Pero no podía vivirlo y pronunciarlo^[9].

El escritor de Concord no reflejaba sino la persistente intención de aproximar los términos de su vida y su obra, que sería el noble objetivo del hombre de letras. ¿Qué podríamos saber de la vida de un hombre, sino lo que él mismo dice u otros dicen de ella? ¿Podemos estar seguros, por otro lado, de que la biografía de Thoreau no nos aparta del punto de vista adecuado para conocer la calidad de su obra?

«Poema», en los versos citados, no hace referencia a la prosa que Thoreau escribió durante la mayor parte de su vida y que ha dado lugar a uno de los diarios más ambiciosos de la literatura norteamericana. ¿A qué se refería, por tanto, con que no podía «vivirlo y pronunciarlo»? ¿No sería la escritura del diario la pronunciación más idónea de la vida de Thoreau? ¿No debería dirigirse el lector de *Walden* a sus páginas antes que a las de sus biógrafos?

«Poema» es el nombre del resultado del arte. La limitación del escritor, al reconocer que «no podía vivirlo y pronunciarlo», no es temporal ni intelectual, sino moral. Vivir un poema sería un reto tan delicado como pronunciar una vida. ¿Qué actos beneficiarán el sentido del poema? ¿Qué palabras resultarán exactas en el relato y la ponderación de la vida? La vida de Thoreau, con esta perspectiva, plantea aún más enigmas que su obra cuando aspiramos a que esta sea iluminada por aquella. No podemos sustraer la biografía, pero hay que tener en cuenta que el propio escritor no podía «vivir y pronunciar» el poema que habría escrito con ella.

Esta distancia entre los hechos y las palabras es una condición con la que debería leerse *Walden*, que es el libro donde ambos términos han sido deliberada y reservadamente aproximados. Al reunir «por conveniencia» en uno la experiencia de dos años, nadie podría creer que vaya a verse privado de lo esencial. El tiempo de la vida en Walden no es el mismo que en *Walden*. El segundo es producto del primero, sin que la subordinación implique una derogación. Por el contrario, como lectores, nuestro mundo, después de leer *Walden*, será el mundo de Walden: Thoreau nos ha urgido a ser cuidadosos con el tiempo de la vida, ya que ni siquiera él, que escribió

hasta el final, «podía vivirlo y pronunciarlo».

Walden es el libro principal de Thoreau, autor de muchas otras páginas, porque supone el contraste más ostensible y logrado respecto a la imposibilidad de hacer coincidir la vida y el poema que el autor habría escrito. ¿Sería factible esta coincidencia en la prosa antes que en verso? El propósito del escritor era acotar una parcela de vida y cultivarla para saber qué podía extraer de ella. En el libro hay numerosos pasajes que se refieren al cómputo. Proponerse hablar de la vida de Thoreau no es tan fácil si advertimos que, en cierto modo, fue el cometido del propio Thoreau durante toda su vida.

La referida distancia entre los hechos y las palabras sería análoga a la que habría entre la vida y los principios según los cuales es vivida. La pregunta de qué ha de contarse, en el caso de un escritor, no podrá separarse de la pregunta sobre cómo ha de contarse. Aplicada a la vida de las personas, en general, la pregunta se transforma en esta: ¿cómo hay que vivir? ¿Cómo hay que ganarse la vida?

En la conferencia que Thoreau pronunció una vez con este título, y que luego publicaría como «Life Without Principle», hay un pasaje que merece ser destacado:

El más humilde espectador que vea una mina dirá que buscar oro es una especie de lotería; el oro obtenido así no es lo mismo que el sueldo del trabajo honrado. Pero, en la práctica, olvida lo que ha visto, porque sólo ha visto el hecho, no el principio, y entra allí en el negocio, es decir, compra un boleto en lo que resulta ser otra lotería donde el hecho no es tan obvio^[10].

¿Al servicio de quién trabajamos? ¿De quién esperamos la recompensa por nuestro esfuerzo? ¿Habría otra recompensa que el esfuerzo mismo? ¿Está obligado el hombre a ganarse la vida de cierta manera? ¿Qué idea del mundo está involucrada en el empeño de ganarse la vida de cierta manera? ¿No sería la idea equivocada de civilización la «vida sin principios» a la que se refería el autor? ¿No es esta «lotería» la contraposición más concluyente de las oportunidades que deberían ser aprovechadas?

La vida de Thoreau y, sobre todo, su propósito de consignar, hasta donde fuera posible, la literalidad de la experiencia, podría leerse como un aviso o un ejemplo de lo que enseñaba a sus conciudadanos (y, por extensión, a todos sus lectores). Si se vive la vida con principios, parece decir el autor, la diversidad de nuestra experiencia no se verá disminuida, sino que, por el contrario, tendremos algo que contar. Los principios de la vida serán el criterio de cómo debía ser vivida, así como los principios de un libro invitarán a cierto modo de escribir y, en consecuencia, de leer. ¿Acaso no podemos asistir a los acontecimientos de nuestra vida como espectadores? ¿No estamos lo bastante lejos de ella para saber si merece la pena de ser vivida? En el capítulo sobre la «Soledad» de *Walden* Thoreau escribiría:

Al pensar nos ponemos con sensatez a nuestro lado. Por un esfuerzo consciente del espíritu podemos

permanecer a distancia de las acciones y sus consecuencias, y todas las cosas, buenas y malas, pasarán junto a nosotros como un torrente. No estamos implicados por completo en la naturaleza. Puedo ser el leño arrastrado por la corriente o Indra, que lo mira desde el cielo. *Puede* afectarme un espectáculo teatral, pero *puede no* afectarme un hecho real que parezca concernirme en mayor medida. Sólo me conozco a mí mismo como una entidad humana, la escena, por así decirlo, de pensamientos y afectos, y soy consciente de cierta duplicidad por la que permanezco tan lejos de mí mismo como de otro. Por intensa que sea mi experiencia, soy consciente de la presencia y de la crítica de una parte de mi ser, la cual, digámoslo así, no es parte de mí, sino un espectador que no comparte la experiencia, pero toma nota de ella, y que no es más yo que tú. Cuando acaba la obra, que acaso es la tragedia, de la vida, el espectador sigue su camino. En lo que le concierne, era una especie de ficción, un mero producto de la imaginación. Esta duplicidad nos convierte a veces, fácilmente, en pobres vecinos y amigos.

Según Thoreau, hay en la vida un margen suficiente para rectificar. La rectificación afectará, desde luego, a nuestra comprensión de la libertad, al hecho de que nos consideremos individuos y ciudadanos libres. La fundación de la república americana tenía que ver con esta garantía de libertad para todos sus habitantes, pero tal garantía habría resultado insuficiente, ya que la esclavitud estaba presente en su ciudad, en su estado, y era un espectáculo que se desarrollaba en presencia de un público «adormecido».

Los hechos de la historia nos engañan si no atendemos a sus principios. Un principio inequívoco sería, como saben los lectores de *Walden*, satisfacer las necesidades de la vida. Mantenerse vivo, sin embargo, resultaba más sencillo que «ganarse la vida». El modo en que nos proveemos de las cosas necesarias para vivir sería el primer criterio para valorar la vida. Ya ha sido estudiada la analogía que existiría entre cultivar un campo de judías y escribir *Walden*, y ello inducirá al lector a preguntarse por el sentido de lo que hace para ganarse la vida, para no pasar la vida y «dilapidarla», como escribe Thoreau en «Life Without Principle»:

Normalmente, si alguien quiere algo de mí, es sólo para saber cuántos acres mide su tierra —pues soy agrimensor— o, a lo sumo, para saber de qué noticias triviales me he enterado. Nunca pleitearán por mi carne, prefieren la cascara.

Poco después, añade:

Respecto a mis propios negocios, los que me contratan ni siquiera quieren el tipo de agrimensura que yo podría hacer con la mayor satisfacción. Preferirían que hiciera mi trabajo burdamente y no demasiado bien, ay, no lo bastante bien. Cuando observo que hay diferentes maneras de medir, el que me emplea suele preguntar cuál le proporcionará más tierra, no cuál es la más correcta^[11].

La honradez del trabajo sería, por tanto, doble: hay que ser honrado al aceptar un trabajo como medio de vida y hay que ser honrado al realizarlo. La sociedad para la que se trabaja se compone de los mismos elementos que el público para el que se escribe. Cómo ganarse la vida no es una pregunta esencialmente diversa de cómo escribir. Nadie se conforma con tener satisfechas las necesidades de la vida y, por ello, Thoreau quiso dar una explicación de los medios de vida, antes que de los fines,

cuando en realidad era por estos —la «carne»— por los que se preocupaba.

Cualquier oficio, parecía decir el autor, podría ser bueno —para uno mismo y para los demás— si se desempeña de manera adecuada. Thoreau colaboró durante años en la fábrica de lápices que dirigía su padre y colaboró en la mejora de su producción. A lo largo de los años, combinaría este trabajo con el de la enseñanza, que también tendría su reflejo en las páginas de *Walden*:

He intentado mantener una escuela a conciencia, y descubrí que mis gastos estaban en proporción, o más bien fuera de proporción, con mis ingresos, porque estaba obligado a vestir y enseñar, por no hablar de pensar y crear, de manera adecuada, y perdía mi tiempo por añadidura. Como no enseñaba en beneficio de mis conciudadanos, sino sólo como medio de vida, resultó un fracaso («Economía»).

En otro pasaje afirma:

Fui a los bosques porque quería vivir deliberadamente, enfrentarme sólo a los hechos esenciales de la vida y ver si podía aprender lo que la vida tenía que enseñar, y para no descubrir, cuando tuviera que morir, que no había vivido. No quería vivir lo que no fuera la vida, pues vivir es caro, ni quería practicar la resignación a menos que fuera completamente necesario («Dónde vivía y para qué»).

La falta de coincidencia entre el medio y el fin de la vida señalaría una disonancia o una herida en el espíritu del hombre. La primera cita debe leerse junto a la siguiente de «Life Without Principle»:

El propósito del trabajador debería ser, no ganarse la vida o conseguir «un buen empleo», sino llevar a cabo bien determinado trabajo; incluso en sentido pecuniario, sería económico para una ciudad pagar a sus Trabajadores tan bien que no sintieran que trabajan por fines ínfimos, como la manutención, sino por fines científicos o aun morales^[12].

Sí no es posible llegar a un acuerdo con «la ciudad», entonces la vida con principios (o incluso la «desobediencia») deberá importar más que el hecho de ganarse la vida. Esta era la elección subyacente a la escritura de *Walden*. Thoreau no se propuso «ganarse la vida» en *Walden* y, a pesar de ello, el cómputo económico nunca resultaría deficitario. Lo que habría llevado a Thoreau a *Walden* sería su vocación como escritor, el oficio al que podía dedicar, sin temor a equivocarse o a equivocar a sus vecinos, la mayor parte de sus energías. En *Walden*, Thoreau tomó notas que después reuniría en varias conferencias, escribió su primer libro, *A Week on the Concord and Merrimack Rivers*, y acabó la primera redacción del manuscrito de *Walden*. Los demás oficios del escritor (enumerados en su célebre respuesta al secretario de Harvard) le permitirían cumplir con su trabajo; ninguna de aquellas ocupaciones debía ser tan absorbente como para privarle de la libertad con la que debía ponerse a escribir: «Si tuviera que vender mis mañanas y mis tardes a la sociedad, como hace la mayoría, estoy seguro de que no me quedaría nada por lo que vivir». En *Walden* hay un capítulo sobre la lectura, pero no hay ninguno sobre la

escritura. El epígrafe con el que se daba entrada al lector de *Walden* (con la contestación a la *Oda al abatimiento* de Coleridge) indicaba el modo en que había de ser leída la obra, como si escucháramos al gallo de la mañana. La vida en los bosques fue, para Thoreau, la escritura. Sólo entonces pasaría a primer plano lo que tenía que decir.

«Despertar» era lo que debían hacer los hombres en América, donde se desplazaban en busca de nuevas tierras. Thoreau vivió en los años del Destino Manifiesto —del hado nacional— que induciría a la conquista del Oeste; las palabras que dedicó a los buscadores de oro en «*Life Without Principle*» eran bastante elocuentes. Las «excursiones» de Thoreau podrían considerarse experimentos en el mismo sentido y, desde luego, su traslado a *Walden* el 4 de julio de 1845 marcaba una referencia política para la lectura de la obra. Las advertencias de Thoreau en *Walden* evocarían la apelación a la independencia que debía afectar al carácter de sus lectores americanos.

En la primera mitad del siglo XIX, el propósito reformador de la religión que había guiado a la primera Gran Migración se había desvanecido y, al mismo tiempo que las esperanzas del puritanismo parecían haber quedado incumplidas, la religión dejaba de ser el centro de gravedad en la experiencia de los nuevos inmigrantes. La historia de la literatura norteamericana habría conservado, sin embargo, junto al testimonio del reproche o la resignación, el tono propio de la renovación de las promesas. Las jeremiadas (de las que aún puede percibirse un eco en *Walden*) serían el último esfuerzo audible de un espíritu que se resistía a desaparecer. Con todo, vueltas las expectativas hacia el Nuevo Mundo, los americanos habrían forjado su identidad política en torno a la escritura constitucional y al perfeccionamiento de sus instituciones democráticas. Aquel gesto de independencia puritana admitiría ser reinterpretado, sin ser agotado por completo, desde el punto de vista político. Por fin, la cuestión de las oportunidades pasaría a ser primordial en una tierra de acogida en que las diferencias étnicas o confesionales tendrían menos importancia que la vaga asunción de pertenencia a la gran familia de la civilización cristiana.

La historia de la literatura norteamericana, que podía contar la historia de la frustración de la piedad, podía incluir también la historia de la traición a las verdades evidentes por sí mismas. En los años de formación de Thoreau, la crisis seccional pondría de relieve la rivalidad no zanjada entre los principios de la Unión y la «peculiar institución» del Sur. La existencia de la esclavitud supondría, además, la complicidad del norte por el beneficio económico obtenido de ella y la disposición a establecer compromisos que no alimentaban la expectativa de la «extinción final» anhelada por Lincoln. En un breve intervalo, la civilización americana habría tenido que asumir el fracaso de su experimento religioso y político. ¿Qué tendría que decir el «scholar» al respecto? ¿Qué lugar habría de ocupar la literatura más allá de la

religión y la política? ¿Se trataba de aislar su misión, de preservar un espacio —como la laguna de Walden— en que la escritura pudiera verse exenta de compromisos, o habría que considerar al escritor como la persona capaz de recoger el testigo de este progreso o peregrinación, ya fuera divino o secular?

En el estadio denominado «prefilosófico» de la cultura americana, *Walden* ocuparía una posición característica y representativa. La obra de Thoreau era la historia de un experimento original y, como tal, no tendría precedentes literarios. Era un libro único, además de ser, en cierto modo, el único libro de su autor. El estudio de la obra ha llevado a la conclusión de que presenta un notable paralelismo con los enunciados de los profetas bíblicos. *Walden* sería un modo de escribir, de ponerse a «disposición de las palabras», pero también era una Escritura. Thoreau se proponía refundar el estilo escriturario con la narración de su experiencia y, en consecuencia, adoptaba desde el principio un tono propio para responder a las preguntas de sus vecinos:

No impondría mis asuntos a la atención de los lectores si mis conciudadanos no hubieran hecho preguntas muy concretas sobre mi modo de vida, que algunos calificarían de impertinentes, aunque a mí no me lo parezcan en absoluto, sino, considerando las circunstancias, muy naturales y pertinentes («Economía»).

Tales preguntas se referían, no obstante, a los aspectos circunstanciales de su vida en los bosques. Dar cuenta de ellos exigía, pues, una explicación económica de sus condiciones de vida. El primer capítulo del libro, a la vista de quién había de ser su público, sería «Economía». La literatura no sólo debía traducir o domesticar la expresión del genio religioso del país, sino también el lenguaje de la economía política que lo había sustituido.

Los cálculos de *Walden* afectaban a la faceta privada del experimento, pero el autor no ocultaba cuál había de ser la proyección pública de sus convicciones:

Al final del primer verano, una tarde en que iba a la ciudad a recoger un zapato del remendón, fui arrestado y encarcelado porque, como he contado en otro lugar, no había pagado un impuesto o reconocido la autoridad del estado que compra y vende hombres, mujeres y niños como ganado a las puertas de su cámara del senado. Había venido a los bosques con otros propósitos («La ciudad»).

Podríamos advertir, con Thoreau, que no hay un lugar más público que la naturaleza. ¿No era la naturaleza misma, en realidad, el concepto sobre el que —más allá de lo ultramundano religioso y de lo inframundano político— aún podía reposar toda nuestra esperanza de mejora? ¿No es nuestra imperfecta integración en la naturaleza la condición óptima para procurar dar nuevos pasos en nuestra educación como lectores? ¿Qué entendía Thoreau por naturaleza?

El viaje por la naturaleza o su residencia en ella sirvieron de marco a los únicos libros publicados en vida del autor; sin embargo, Thoreau llevaría a cabo durante toda

su vida excursiones en las que tomaría numerosas notas, que luego recompondría en forma de ensayos; literalmente, las excursiones se convirtieron en ensayos. A finales de agosto y principios de septiembre de 1846 realizó un viaje a Maine en compañía de su primo George Thatcher y, entre julio y agosto de 1848, apareció «Ktaadn, and the Maine Woods» en la revista *Union Magazine*. En octubre de 1849 realizó la primera visita al cabo Cod con su amigo Ellery Channing (y solo, en julio de 1857, haría la última). Sus libros póstumos, *The Maine Woods* y *Cape Cod*, recogieron los ensayos publicados por entregas (no sin dificultades editoriales) en las revistas de la época. No habría solución de continuidad entre su instrucción en la naturaleza y sus enseñanzas como escritor.

El trabajo de Thoreau fue intenso y constante; no sólo aprovechó sus excursiones como entomólogo y naturalista, recogiendo especímenes de plantas e insectos, sino que también consultó las obras disponibles en la biblioteca de Harvard sobre las regiones que había recorrida. Su comprensión de los temas naturales no pasaría inadvertida a sus conciudadanos. Pero, de nuevo, ese aprendizaje no sería un fin en sí mismo:

¿Qué píldora nos mantendrá en forma, serenos, contentos? No la de mi bisabuelo o el tuyo, sino las medicinas universales, vegetales, botánicas, de nuestra bisabuela naturaleza, con las que se ha mantenido siempre joven y ha sobrevivido a tantos viejos Parr de su época, con cuya marchita gordura ha nutrido su salud. Como panacea, en lugar de uno de esos viales curanderiles compuestos de una mezcla sacada del Aqueronte y el Mar Muerto, que traen esas largas y planas carretas como negras goletas hechas para transportar botellas, dejadme tomar un trago de aire matutino y sin diluir. ¡Aire matutino! Si los hombres no beben de él en el manantial del día, entonces tendremos que embotellarlo y venderlo en las tiendas, en beneficio de quienes han perdido su billete de suscripción para el tiempo matutino de este mundo («Soledad»).

El «aire matutino» de «nuestra bisabuela Naturaleza» nos devuelve al «manantial del día». ¿Cuál será, por tanto, el «manantial del día»? «La mañana, el momento más memorable del día, es la hora del despertar». ¿Y qué significará, según Thoreau, «afectar a la cualidad del día»? Es en este punto donde podríamos decir que la naturaleza guardaba silencio, o donde debíamos escuchar la «lengua paterna» del escritor. El límite de la historia natural debía ser trascendido, tal como indicaba Thoreau en una anotación de su diario tras el ofrecimiento que le hicieron para formar parte de la Asociación Americana para el Progreso de la Ciencia:

Sentí que me convertiría en el hazmerreír de la comunidad científica al describir o intentar describir aquella rama de la ciencia que me interesa específicamente, pues no cree en una ciencia que trata con la ley superior [...] El hecho es que soy un místico, un trascendentalista y, por añadidura, un filósofo natural. Ahora pienso que debería haber dicho de una vez que era un trascendentalista. Ese habría sido el camino más corto para decirles que no entenderían mis explicaciones^[13].

¿Entendemos, en realidad, las explicaciones de Thoreau? ¿Cuál es el alcance, en tal caso, de este entendimiento? ¿Qué repercusión tiene esta lectura? La trascendencia

de Thoreau está en *Walden*. Thoreau trascendió *Walden* en *Walden*. Las circunstancias de la vida debían ser reconocidas, diría el autor, como sus ocasiones principales. Todo lector debería ser consciente, ante un gran libro, de haber perdido algo (como le había ocurrido a Thoreau con el perro, el caballo y la paloma). La lectura de este libro, como su escritura, debía servir para recuperar la fidelidad al momento presente. La «tranquila desesperación» de la mayoría sería un síntoma de que el hombre podía ser el esclavo, no el dueño de sus ocupaciones. Para mejorar la vida, sólo haría falta darse cuenta de dónde nos encontramos. El ejemplo del sentido de la soledad bastaría para ilustrarlo:

Nunca me he sentido solo o agobiado en absoluto por la sensación de soledad, salvo en una ocasión, pocas semanas después de venir a los bosques, cuando, durante una hora, dudé de si la cercana vecindad del hombre no era esencial para una vida serena y saludable. Estar solo resultaba algo desagradable. Pero al mismo tiempo era consciente de una ligera locura en mi humor y parecía prever mi recuperación. En medio de una suave lluvia, mientras prevalecían esos pensamientos, fui consciente de pronto de la dulce y beneficiosa compañía de la naturaleza y, en el repiqueteo mismo de las gotas y en toda imagen y sonido alrededor de mi casa, un infinito e inexplicable afecto, como una atmósfera que me mantuviera, volvió insignificantes las ventajas imaginadas de la vecindad humana y no he vuelto a pensar en ellas desde entonces («Soledad»).

Esta exigencia ha dado forma, sin duda, a las mejores páginas de *Walden*, hasta el punto de que lo que hemos llamado una vida con principios podría leerse en beneficio de los principios y en detrimento de la vida. El riesgo de esta dualidad habría de salvarse por medio de la escritura, sometida a su vez, en este libro, a un experimento aún no intentado por el autor. La cohesión de las partes y la unidad natural del resultado habrían hecho de *Walden* el libro característico de Thoreau, pero la calidad literaria de sus páginas habría impedido oír la voz del filósofo o del profesor de filosofía. Ambas acepciones estarían comprendidas en la denominación de «The American Scholar» (El escolar americano), acuñada por Emerson en la conferencia pronunciada el día de la graduación de Thoreau, y la diferencia no sería importante si no fuera porque la crítica no ha reparado en ella sino tardíamente.

Cuando Robert Louis Stevenson escribió su retrato de Thoreau, estableció una polaridad entre su carácter y sus opiniones que suscribía el defecto del carácter de Thoreau y la virtud de que pudiera ser corregido por sus opiniones. «Opinión», no obstante, era un concepto que quedaba por detrás del afán de conocimiento o la capacidad de asombro de Thoreau. Por el contrario, las aspiraciones del «scholar», claramente definidas en el segundo capítulo y en la conclusión de *Walden*, relegarían al olvido incluso las «deficiencias reales» de la vinculación social del autor y nos obligarían a explicar la «cordura» del «absorbente designio de mejoramiento» trazado por Thoreau. Con tal perspectiva, la paulatina «pérdida del humor» en las últimas obras de Thoreau denunciada erróneamente por Stevenson resultaría, en cambio, una ganancia en la comprensión de su vocación original como escritor (literario y

filosófico), de modo que se volvería urgente responder a la pregunta de cómo empezar a leer *Walden*^[14].

CÓMO EMPEZAR A LEER WALDEN

«Los libros —escribió Thoreau en *Walden*— deben ser leídos tan deliberada y reservadamente como fueron escritos». La deliberación y reserva con que Thoreau escribió *Walden* está hoy, tras la publicación del *Diario* y los sucesivos borradores del libro y el establecimiento definitivo del texto^[15], fuera de toda duda, pero no siempre ha sido así, y, de hecho, su valor de lectura se ha resentido en ocasiones de una falta de deliberación y reserva antes de poder «considerar la estructura de *Walden* como un todo»^[16] o de que pudiera afirmarse que se trataba de un libro «perfectamente acabado»^[17]. Ha sido necesaria una cuidadosa revisión filológica y cultural de la escritura de Thoreau y de los trascendentalistas de Nueva Inglaterra^[18] —las «visitas de invierno», la «compañía» del eremita en los bosques de Walden (el poeta Ellery Channing, el filósofo Bronson Alcott, Emerson...)— para volver a la situación original del verano de 1854, cuando *Walden* apareció por vez primera, al mismo tiempo que las bayas de los saúcos, como anotaría Thoreau en su diario con su peculiar forma de comparar los fenómenos culturales con los naturales^[19]. ¿Cuál es, entonces, la estructura de *Walden*, considerada como un todo, y cómo se empieza a leer un libro perfectamente acabado? ¿Qué significa la exigencia de deliberación y reserva planteada por el escritor al lector? ¿Por qué habría que leer *Walden*?



Thoreau en 1861. Ambrotipo de E. S. Dunshee.

La exigencia en cuestión se encuentra, precisamente, en «Leer», el tercer capítulo de *Walden*, después de los capítulos dedicados a lo que Thoreau llama «Economía» y cuya interpretación constituye la vía de acceso y la sección más extensa del libro, y a explicar «Dónde vivía y para qué». Podríamos decir, en cierto modo, que la exigencia de leer con deliberación y reserva, a pesar de toda su importancia, no es urgente ni prioritaria: siendo «la economía de vivir [...] sinónima de la filosofía» y habiendo afirmado Thoreau —o el escritor deliberado y reservado de *Walden*— que «sólo anhelamos realidad», si podemos resumir en ambas proposiciones los dos primeros capítulos, la lectura sería la tercera premisa (o exageración o provocación, como Thoreau decía a veces) del libro, después de la definición de la filosofía como una comunicación central con los lectores, opuesta a la «comunicación con los santos» que ha corrompido nuestra conducta, y de la seriedad con que «anhelamos» (el plural

se refiere al escritor y al lector) la realidad. «Con un poco más de deliberación en la elección de sus ocupaciones —así empieza el capítulo sobre la lectura—, todos los hombres se volverían tal vez esencialmente estudiosos y observadores, ya que [...] su naturaleza y destino les interesa por igual». La lectura es, pues, una ocupación o un ejercicio del libre pensamiento que contribuye a la dignidad de nuestra presencia en el mundo. (En el capítulo siguiente, «Sonidos», Thoreau reduciría, incluso, la importancia de la lectura de los libros, pero no de la lectura o deliberación en general: «Ningún método ni disciplina puede superar la necesidad de estar siempre alerta»; «¿serás sólo un lector, un estudiante o un visionario? Lee tu hado, mira lo que hay frente a ti y camina hacia el futuro». «Durante el primer verano —añadía Thoreau— no leí libros... Hice algo mejor»^[20]. Y el capítulo siguiente está dedicado a la «Soledad» y a preparar, tras la visita del «propietario original» de Walden y de la «anciana dama» que le contarían el original de cada fábula para que él pudiera revisarlas y escribirlas, el significado de la «comunidad» en el capítulo posterior de las «Visitas», es decir, la estructura sucesiva de *Walden* como un todo a la vez literario y social).

El autor de *Walden* no podría exigir a sus lectores que leyeran de un modo determinado —que leyeran su hado o hicieran algo mejor o estuvieran siempre alerta— mientras no hubiera determinación en sus palabras o no dijera exactamente lo que quería decir con ellas. Lo que Thoreau quiso decir con filosofía y realidad, o con los sinónimos que oportunamente emplearía a lo largo del libro (la primavera de las primaveras, fe, experiencia, independencia, anticipación a la naturaleza, leyes superiores, soledad, comunidad, castidad, austeridad, el trabajo de la mañana, perder el mundo...), condiciona el significado y la exigencia de la lectura. Un libro acabado o que ha dado sus frutos y cuyo autor se sitúa a cierta distancia de su obra es un libro que responde a una necesidad logográfica, de acuerdo con la cual todo cuanto el escritor dice coincide necesariamente, sin errores ni omisiones inconscientes, con lo que el escritor quiere decir: «Alegremente diría todo lo que sé», dice Thoreau. Un libro acabado supone un escritor deliberado y reservado, cuyas faltas —la falta de la contradicción ilimitada que Emerson señalaría en Thoreau, sobre todo, y que era un rasgo común del estilo trascendentalista— serían, sin embargo, deliberadas y obedecerían a una reserva o discreción esenciales. «Mi deseo de conocimiento —diría Thoreau en ocasiones— es intermitente», «¿cómo podría recordar su ignorancia —preguntaría en *Walden*— quien ha de usar tanto su conocimiento?».

El conocimiento no podría, en efecto, corresponderse por completo con la realidad, puesto que el recuerdo de la ignorancia o, como escribe Thoreau al empezar *Walden*, la limitación debida a «la pobreza de mi experiencia», son indispensables en la disposición de ánimo original que debe resultar favorable a la filosofía y a la realidad: *Walden* y *Walden* se trascienden mutuamente sin llegar nunca a equipararse.

Dada la premisa (una exageración o provocación para la mayoría de sus conciudadanos y no pocos de sus lectores, pero también un objeto de la curiosidad o el interés para todos) que establece que Thoreau vivió en Walden y escribió *Walden* para responder seriamente a un anhelo de realidad que tal vez no pudiera verse nunca satisfecho, pero que siempre sería preferible al abuso del conocimiento (como la conciencia de la escasez lo es a la abundancia inconsciente), la economía de la vida que es sinónima de la filosofía y el deseo de evitar la falsedad o el engaño convierten la escritura (y la estructura) de *Walden* en la respuesta a una necesidad de «construir aún más deliberadamente de lo que yo lo hice», una respuesta a todo cuanto resulta necesario para vivir, en comparación con lo cual la libertad de expresión —como el espejo del agua de la laguna— es un reflejo o una reflexión. La lectura es un reflejo o una reflexión de la escritura como la libertad de expresión lo es de la necesidad logográfica sin la que ningún gran libro habría sido concebido. El hábito de lectura de Thoreau, proyectado hacia sus lectores, reflejaría, entonces, un arte de escribir tan característico de una tradición literaria (puritana, trascendentalista, constitucional o americana, universal) como propio: cuando el autor de *Walden* explica cómo y con qué seriedad hay que leer los grandes libros, no sólo nos está enseñando a leer el suyo, sino que nos está diciendo cómo («dónde y para qué») lo escribió y mostrando los secretos de su oficio, divulgando las «doctrinas esotéricas» o «revisando la mitología». La lectura es un efecto de la verdadera educación liberal del individuo y de la comunidad, la prueba por excelencia de que se ha enseñado y aprendido algo y aumentado la experiencia sin abusar del conocimiento.

Con cualquier clima, a cualquier hora del día o de la noche, me he preocupado —escribe Thoreau en «Economía»— por mejorar la muesca del tiempo y señalarla en mi bastón; por permanecer en el cruce de dos eternidades, el pasado y el futuro, que es precisamente el momento presente, por conformarme con ello. Perdonaréis ciertas oscuridades, ya que hay más secretos en mi oficio que en el de la mayoría de los hombres, que no guardo voluntariamente, sino que son inseparables de su naturaleza. Alegrementemente diría todo lo que sé, sin pintar nunca en la puerta: «Prohibido el paso».

Thoreau se refiere a la transparencia de la escritura, a la posibilidad de franquear la entrada en el libro y no prohibir su lectura, cuando muestra los secretos de su oficio, los elementos inseparables de la escritura, las oscuridades que hay que perdonarle. Del mismo modo que, en la «Conclusión» de *Walden*, advierte —transcribiendo casi literalmente una entrada del diario y acusando la responsabilidad de la escritura— que no sabe cuáles son las razones para marcharse de los bosques de Walden (para entregar *Walden* a los lectores y devolver Walden al propietario original, como el hacha que tomó prestada para construir su casa y devolvió aún más afilada) y que, en cualquier caso, habrían de ser semejantes a las que le habían llevado allí (para escribir su libro), la lectura de *Walden* se convierte en la justificación de la obra de Thoreau; los escritos anteriores y posteriores, tanto los

grandes libros como los ensayos menores en extensión o los poemas o el mismo diario, tienen una marcada tendencia al viaje y al desplazamiento que hace del reposo de *Walden* (aunque «el reposo nunca es completo») lo contrario de una metáfora: «Hemos construido un hado, un *Atropos*, que nunca se desvía» y que habría que leer. Para escribir sobre ese hado —la máquina de la sociedad— y darle nombre, Thoreau tenía que tomar distancia. *Walden* es un reflejo y una reflexión —tan profunda y pura como las aguas de la laguna— de toda la obra de Thoreau, la expresión más clara de su pensamiento y la trascendencia de su vida, contemplada a cierta distancia o con cierta independencia que Thoreau calificaría de accidental («Cuando por vez primera fijé mi residencia en los bosques, es decir, empecé a pasar tanto mis noches como mis días, lo que hice, por accidente, en el Día de la Independencia, el 4 de julio de 1845, mi casa no estaba acabada [...]). Pero, si era accidental, ¿por qué recordarlo en el capítulo de lo necesario para la vida?). Incluso los escritos políticos más exagerados y provocativos de Thoreau (reunidos tras su muerte con el ambiguo nombre de *Reform Papers*, «ensayos reformistas», que se ha mantenido hasta hoy junto con la polémica que los inspiró sobre la existencia de «leyes superiores» a la Constitución)^[21] encuentran en *Walden* su transformación definitiva: la libertad de expresión —escribió Thoreau— «que la causa contra la esclavitud concede a todo cuanto toca» recibiría en sus páginas la gracia de la necesidad^[22]. La redacción final de *Walden* está llena de significado, pero se trata de un significado descubierto o aceptado gradualmente desde que, en 1837, Thoreau anotara, a instancias de su gran mentor Emerson, la primera línea de su *Diario*, hasta los intentos por sobrevivir literariamente fuera de *Walden* y después de publicar *Walden*^[23].

Sería difícil exagerar las influencias que obran sobre *Walden* y que *Walden* ha ejercido, aunque habría que tener presente que la laguna que le da nombre «no tiene afluentes o aliviaderos conocidos». (Considerar su estructura como un todo o leerlo como un libro perfectamente acabado —describir su carácter ejemplar— requiere leer bien el capítulo sobre la «Soledad»: «El espeso bosque no está precisamente a nuestra puerta, ni la laguna, sino que contamos con lo que es claro, familiar y habitual, algo apropiado y, en cierto modo, cercado, y reclamado por la naturaleza», «queremos vivir más cerca (...) de la fuente perenne de nuestra vida, de donde por experiencia sabemos que proviene», así como las contradicciones de la «Conclusión»: «Quiero sopesar, decidir, gravitar hacia lo que me atrae con más fuerza y derecho [...] no suponer algo, sino tomar las cosas como son, viajar por el único sendero por el que puedo viajar y en el cual ningún poder se me resiste [...] Hay un fondo sólido en cualquier parte», pero también: «No sabemos dónde estamos»). Si, en el conjunto de la obra de Thoreau, *Walden* es el «fondo duro y rocoso, que podemos llamar *realidad*», en el conjunto de lo que podríamos llamar civilización o cultura o educación o, como escribe Thoreau, «a través de París y Londres, de Nueva York,

Boston y Concord, a través de la iglesia y el estado, a través de la filosofía, la poesía y la religión», ocupa un «claro» en el bosque, como solía decir Thoreau, una extensión de terreno cultivable, el campo mismo de la cultura. El capítulo sobre «El campo de judías» se convierte, con esta perspectiva, en una interpretación de la cultura o de la educación como algo, sin embargo, esencialmente inexplicable: «No sabía cuál era el significado de este pequeño trabajo hercúleo, tan digno y constante [...] Pero ¿por qué debía cultivarlas? Sólo el cielo lo sabe [...] ¿Qué aprenderé de las judías o ellas de mí? [...] Estas judías tienen resultados que no he cosechado». *Walden* es un clásico o un gran libro. Al tratar con los clásicos o los grandes libros, los lectores tratan con los términos de la verdad sustraída a la historia y, según Thoreau, se immortalizan. La inmortalidad o intemporalidad literaria de la verdad expresada en los clásicos o los grandes libros requiere una lectura seria, tan seria como el anhelo de realidad y, en una ilimitada contradicción, tan alegre como la disposición de ánimo — la exageración o la provocación— con la que el escritor dice lo que sabe y cómo lo ha aprendido, aunque no por qué debía aprender o por qué debía ir a los bosques o volver a la civilización. La cultura —como Thoreau pondría de relieve en el capítulo sobre «La granja de Baker»—, es más misteriosa que la ignorancia.

En «Leer», Thoreau afirmaría que la lectura es, precisamente, el oficio de los «escolares», haciéndose eco de «The American Scholar»; de Emerson. (En su discurso fúnebre —que, en cierto modo, no encontraría eco en la lectura de Thoreau hasta la recuperación filosófica del texto por Cavell—, Emerson diría que Thoreau «se complacía en los ecos y decía que eran las únicas voces amables que había oído»)^[24]. Emerson había pronunciado su conferencia en la Universidad de Harvard en 1837, ante una audiencia entre la cual se encontraba según la leyenda un recién licenciado Thoreau, y había declarado la independencia intelectual de los Estados Unidos como una facultad para «leer bien»: «Para leer bien —había dicho Emerson— hay que ser un inventor», y el escolar entregado a la ética literaria que Emerson preconizaba debía seguir el camino adecuado de la lectura, confiando en sí mismo. El escolar «aprende que quien domina una ley en sus pensamientos íntimos es, en la misma proporción, el maestro de todos aquellos hombres cuya lengua habla y de aquellos a cuya lengua se ha traducido la suya». «Cuanto más hondo —añadía Emerson, casi en los términos proféticos del “trabajo con las manos” (el campo de judías, el trabajo de la mañana, la escritura) de Thoreau en *Walden*— excave el escolar en sus presentimientos más íntimos y secretos, para su sorpresa encontrará que son los más aceptables, públicos y universalmente verdaderos». Esta comunicación o identificación o emancipación que el lenguaje hace posible entre el escritor y el lector cobraba, para Emerson, el aspecto de una «revolución» o, con la palabra clave de su pensamiento, de una «domesticación» de la idea de cultura. Esta domesticación sería posible porque, por primera vez en la historia, existía «una

nación de hombres». Todos los lectores de Emerson recibían su inspiración de la misma fuente^[25].

Thoreau aprendería a escribir leyendo a Emerson. No bastaría con hablar la lengua de la nación de hombres para la que Emerson había escrito: *Walden* nacería de la convicción de que había que escribir, en correspondencia con la lectura de los grandes libros del pasado, los grandes libros del presente que albergaran una expresión reservada y selecta, demasiado significativa para que los oídos la oigan y que requeriría que volviéramos a nacer para hablarla, pero que podía ser leída. La revisión de la mitología que tiene lugar en *Walden* proviene de este renacimiento necesario y posible por medio de la lectura y la escritura. Una vez escrito *Walden*, Thoreau podía dejar «los bosques por una razón tan buena como la que me llevó allí». Renacido para hablar una lengua paterna y en posesión de la «lengua selecta de la literatura», Thoreau «tenía más vidas que vivir». El arte de escribir era, en efecto, el arte más cercano a la vida. Hay palabras y libros que se dirigen —escribe Thoreau— a nuestra condición y que, si pudiéramos entenderlos, «serían más saludables que la mañana o la primavera para nuestras vidas». En esos libros se basa la educación liberal. La última página del capítulo sobre la lectura es una página sobre la educación. En deuda con la educación trascendentalista dirigida a los jóvenes americanos, reformistas o conservadores, Thoreau propone una educación «poco común» (una «doctrina esotérica»). Las ciudades habrían de convertirse en las verdaderas escuelas y universidades, ocupar el lugar de la nobleza histórica. A este respecto, *Walden* es una utopía educativa escrita en la transición de los pulpitos puritanos a las universidades pragmatistas y su situación, cerca de Concord y de la civilización, se correspondería con un mundo que empezaba a ser profanado. «¿Por qué habría de ser —se preguntaría Thoreau— provinciana nuestra vida?». El último párrafo del capítulo sobre la lectura prestaba coherencia a *Walden* como un todo literario que empezaba a disgregarse socialmente:

Actuar colectivamente responde al espíritu de nuestras instituciones; confío en que, cuando nuestras circunstancias sean más florecientes, nuestros medios sean mayores que los del noble. Nueva Inglaterra puede contratar a todos los hombres sabios del mundo para que vengan y le enseñen, y alojarlos entre tanto, sin ser provinciana. Esa es la escuela *poco común* que necesitamos. En lugar de nobles, tengamos nobles ciudades de hombres. Si es necesario, omitamos un puente sobre el río, vayamos un poco más allá y tendamos al menos un arco sobre el más oscuro golfo de la ignorancia que nos rodea^[26].

Había una razón tan buena para ir a los bosques, mientras las circunstancias no fueran tan florecientes, como para volver a la ciudad, no porque las circunstancias hubieran cambiado, sino porque el autor había recogido los frutos de la sinceridad, la verdad, la sencillez, la fe, la confianza, la inocencia (los «frutos salvajes» sobre los que escribiría hasta el final de su vida): *Walden* es una escuela singular, poco común, a la que cualquiera podría acceder si se atreviera a reconocer la fatalidad y

accidentalidad de los grandes acontecimientos que jalonan la historia natural del hombre que trata de satisfacer lo necesario para vivir, como la independencia o la providencia. La obra de Thoreau empieza y acaba con un doble movimiento de trascendencia: uno, hacia el exterior de los límites de la ciudad, que Thoreau reflejaría en los escritos que preparaba para su publicación y accidentalmente publicaría; otro, hacia «la intimidad sin expresión de la vida» que encontraría, precisamente, su expresión en un diario cada vez más elaborado y complejo, del que irían saliendo las mejores páginas de Thoreau, trascendidas en *Walden*^[27]. El camino hacia *Walden* que Thoreau empezó a recorrer en 1837 no era, en sí mismo, infranqueable. «Quería encontrar —anotaría en la primera página del *Diario* escrita en *Walden*— los hechos de la vida, los hechos vitales, los fenómenos o la realidad que los dioses quisieran mostrarnos, cara a cara; por esa razón vine aquí».

Thoreau dejó *Walden* para que pudiéramos leer *Walden*: ese era el camino hacia el futuro. Sin embargo, la escritura final de *Walden* y la inmensa serie de escritos que dejaría sin publicar a su muerte —los dos grandes libros elegiacos sobre los bosques de Maine y el cabo Cod, cuya estructura no podemos considerar como un todo ni podemos leer como si estuvieran perfectamente acabados—, así como las piezas polémicas sobre la figura del capitán Brown o los últimos y hermosísimos escritos sobre la naturaleza están teñidos de la preocupación por una creciente falta de significado de la ciudad a la que volvía. Esta falta de significado de América (Thoreau emplearía a menudo, como Lincoln, la metáfora bíblica de la casa dividida y la exigencia de acabar el trabajo emprendido)^[28] duraría al menos hasta la Guerra Civil, a la que Thoreau no sobreviviría, y ensombrecería el legado de Thoreau para las generaciones de los supervivientes (hasta el punto de que su recuperación^ como la de sus contemporáneos, hubo de ser concebida como un «renacimiento americano») y se ha cernido sobre la escritura de Thoreau y sobre su lectura de un modo casi ilimitadamente contradictorio: podría decirse, sin exageración ni provocación, que la sincera voluntad de recoger los testimonios de la extinción de los indios y la causa contra la esclavitud y la defensa de la naturaleza amenazada por la explotación industrial son apenas la superficie de un fenómeno que Thoreau ya había percibido en su juventud —entre las ilusiones del viaje por los ríos Concord y Merrimack, en compañía de su hermano, con las esperanzas intactas de convertirse en el escolar americano que Emerson había anunciado— al advertir que faltaba un trasfondo adecuado en la vida del hombre sobre la tierra, que ni el estado (que «no educa», como denunciaría en «Resistance to Civil Government») ni tal vez la misma naturaleza («Es difícil someter a la naturaleza, pero ha de ser sometida», escribió en *Walden*) podría proporcionar, y que obligaría a Thoreau a remontarse cada vez más en la peregrinación a las fuentes de la verdad. (La devoción de Thoreau por la literatura y la filosofía orientales nacía también de esa sensación: «Nuestro mundo moderno y

su literatura parecen endeble y triviales; dudo, incluso, si no habría que referir esa filosofía a un estado anterior de la existencia», escribiría en el capítulo sobre «La laguna en invierno», justo antes de la llegada de la primavera a Walden y el capítulo sobre la «Primavera»).

Esa percepción es la que dictaría su sentencia de inconstitucionalidad de la Constitución americana, en comparación con las leyes superiores (o, en el terreno religioso de la lectura, juzgaría esencialmente ilegible la Biblia por comparación con un texto anterior y con el propio ejercicio del libre pensamiento en la lectura), y le llevaría a admirar en John Brown una figura heroica y lo suficientemente puritana como para avergonzar a los sucesores de quienes habían fundado una nación de hombres iguales y libres. Esa percepción, también, es la que le llevaría a considerar la democracia, antes de que se convirtiera en una palabra sagrada y en una concepción dogmática de la sociedad, un episodio irreversible del conocimiento político, pero en modo alguno la última mejora posible del gobierno. Sus palabras, al respecto, suenan como las de su modelo socrático: «He imaginado un estado más perfecto y glorioso, pero que no se ha visto aún en ninguna parte [...]», con la diferencia, respecto a los antiguos, de que la antigüedad a la que Thoreau se refería y que buscaría en la profundidad de los bosques de Maine o en la desolada península del cabo Cod, donde una vez había empezado todo cuanto tenía que resultar significativo para América, no coincidía con la antigüedad de los clásicos^[29] ni, probablemente, con una antigüedad meramente temporal o natural, sino que era una antigüedad (como podríamos llamarla, con la ilimitada contradicción de Thoreau) simultánea con el presente, a veces perceptible en la *res privata* de los hombres y manifiesta cuando los hombres actúan por principios o perciben y llevan a cabo lo justo. Thoreau quería trascender el fondo que había en cualquier parte. En cualquiera de los sentidos de la palabra —los que Emerson le había dado y los que Thoreau añadiría en *Walden* al decir que «el mismo globo se trasciende y traslada a sí mismo continuamente»—, Thoreau fue un trascendentalista^[30].

«¿Por qué se descubrió América?». Thoreau respondería que América aún no había sido descubierta o lo había sido superficialmente o con la falsa creencia —como en el caso de la laguna de Walden— de que no tendría fondo. Pero lo tenía. A veces, Thoreau hablaría como americano («Nosotros, los americanos», dice en la «Conclusión» de *Walden*, o cuando escribe en «A Yankee in Canada»: «Un americano —alguien que haya hecho un uso moderado de sus oportunidades— se preocupa relativamente poco de esas cosas [*i. e.*, de su condición nacional] y se encuentra al respecto ventajosamente más cerca de la condición primitiva y última del hombre», o con la ironía con la que se identifica con los *Pilgrim Fathers* en *Cape Cod*), especialmente cuando insistía («por accidente») en señalar la fecha de la Declaración de Independencia como el día en que empezó a vivir en Walden y

cuando, el mismo año de publicar *Walden*, acusaría en esa efemérides a sus conciudadanos de permitir la esclavitud en Massachusetts en los términos de la imposibilidad de la lectura: «No he leído con profundidad los estatutos de esta comunidad. No es una lectura provechosa. No siempre dicen la verdad y no siempre quieren decir lo que dicen»^[31]. Al terminar su discurso, Thoreau diría que «hemos gastado toda nuestra libertad heredada» y concluiría: «Caminé hacia una de nuestras lagunas [...]».

La lectura de *Walden* es, sin embargo, la única posibilidad de volver a Walden para terminar una educación verdaderamente liberal cuyas etapas, como la sucesión de los árboles del bosque a los que Thoreau se referiría en uno de los últimos ensayos que escribió, habrían de culminar en una conservación del nuevo mundo. Esta conservación es esencial para dotar de un trasfondo adecuado a nuestras vidas. Thoreau alude a ella en la más importante de las revisiones de la mitología que llevaría a cabo en *Walden*:

En las largas tardes de invierno, cuando la nieve cae rauda y el viento aúlla en el bosque, me visita de vez en cuando un viejo colono y propietario original que, según se dice, excavó la laguna de Walden, la empedró y la cercó de pinares, alguien que me cuenta historias del tiempo pasado y la nueva eternidad [...] y, aunque se cree que ha muerto, nadie podría mostrar dónde está enterrado. En mi vecindad vive también una anciana dama, invisible para la mayoría, en cuyo fragante jardín me encanta pasear, mientras recojo muestras y escucho sus fábulas, pues tiene un ingenio de fertilidad inigualada y su memoria se remonta más allá de la mitología y es capaz de contarme el original de cada fábula y el hecho en que se funda, pues los incidentes ocurrieron cuando era joven. Se trata de una dama rubicunda y fuerte, que disfruta de cualquier clima y estación y que probablemente sobrevivirá a todos sus hijos («Soledad»).

Y, hacia el final de su vida, entre los escritos que debían componer «Wild Fruits» (Frutos salvajes), propuso, en la última y más ilimitada de sus contradicciones, «conservar todo el bosque de Walden, con Walden en medio», como un área sin cultivar, un propósito que la moderna ecología de la cultura ha hecho suyo y que pertenece, sin embargo, a cada nuevo lector de *Walden*.

ESTA EDICIÓN

J. Lyndon Shanley estableció el texto definitivo de *Walden* en el primer volumen de *The Writings of Henry David Thoreau* (Princeton, Princeton University Press, 1971; 150th Anniversary Edition, with a new introduction by I. Updike, Princeton, Princeton University Press, 2004). De acuerdo con esta edición, el criterio seguido por la mayoría de los editores posteriores ha sido el de publicar el texto de la primera edición de Ticknor and Fields de 1854 con las correcciones o enmiendas de Thoreau (la mayoría debidas a errores de lectura del manuscrito del autor o de puntuación) o algunos añadidos que, por lo común, figuran como notas a pie de página. Hemos tenido en cuenta, además, las ediciones de Walter Harding (en *The Variorum Walden*, Nueva York, Washington Square Press, 1962, y en *The Selected Works of Thoreau*, Boston, Cambridge Edition, Houghton Mifflin Company, 1975), Robert F. Sayre (en *A Week on the Concord and Merrimack Rivers, Walden, The Maine Woods, Cape Cod*, Nueva York, The Library of America, 1985) y William Rossi (en *Walden and Resistance to Civil Government. Authoritative Texts, Journal, Reviews and Essays in Criticism*, A Norton Critical Edition, Nueva York, Norton, 1992²). La edición de *Walden* ilustrada con las fotografías de Herbert Wendell Gleason ha sido de gran ayuda y una fuente de felicidad (*The Illustrated Walden*, with photographs from the Gleason Collection, Text edited by J. Lyndon Shanley, Princeton, Princeton University Press, 1973). Salvo la vista aérea de la laguna de Walden, del New England Survey Service, las fotografías incluidas en este volumen son de Gleason.

Hemos tenido en cuenta dos traducciones de *Walden* al español: *Walden o mi vida entre bosques y lagunas*, traducción directa del inglés y notación de Justo Gárate, miembro de la Thoreau Society, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1949, y *Walden, seguido de Del deber de la desobediencia civil*, prólogo de Henry Miller, edición, traducción y notas de Carlos Sánchez-Rodrigo, Barcelona, Parsifal, 1989 (que es una reedición de la publicada en 1972 por Ediciones del Cotal). Ambas traducciones son meritorias y, en el caso de la de Gárate, resulta extraordinaria en lo que se refiere a la vasta (aunque Thoreau la calificaría de «pobre») nomenclatura natural, para la que recibió la ayuda del gran *thoreauvian scholar* Walter Harding; sin embargo, hay pasajes omitidos (curiosamente los mismos en ambas) y cierta ordenación caprichosa en la de Gárate (ya en los títulos mismos) que no se corresponde con la minuciosa escritura de Thoreau. De acuerdo con la voluntad de Thoreau, contraria a la de los primeros editores del libro, Ticknor y Fields, restablecemos el título de *Walden* sin el añadido de «Mi vida en los bosques».

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS DE THOREAU

- The Correspondence of Henry David Thoreau*, ed. de Walter Harding y Carl Bode, Nueva York, New York University Press, 1958.
- The Variorum Walden*, ed. de W. Harding, Nueva York, Washington Square Press, 1962.
- The Writings of Henry D. Thoreau*, ed. de Elizabeth Hall Witherell *et al.*, Princeton, Princeton University Press, 1971 *et seq.* *Walden*, ed. de J. Lyndon Shanley (1971). La serie comprende *The Maine Woods* (ed. de J. J. Moldenhauer, 1972), *Reform Papers* (ed. de T. F. Glick, 1973), *Early Essays and Miscellanies* (ed. de J. J. Moldenhauer y E. Moser, 1975), *A Week on the Concord and Merrimack Rivers* (ed. de C. F. Hovde *et al.*, 1980), *Translations* (ed. de K. P. van Anglen, 1986) y *Cape Cod* (ed. de J. J. Moldenhauer, 1988), así como ocho volúmenes del *Journal*, correspondientes a los años de 1837 a 1854 (el último, editado por S. H. Petrulionis en 2002). Con ocasión del 150 aniversario de la publicación de *Walden* se ha reeditado el texto establecido por Shanley (150th Anniversary Edition, con nueva introducción de J. Updike, 2004), así como algunos de los títulos mencionados, y se ha publicado una espléndida edición de los escritos políticos: *The Higher Law: Thoreau on Civil Disobedience and Reform* (ed. de W. Glick, 2004).
- The Illustrated Walden*, con fotografías de la Gleason Collection, texto editado por J. Lyndon Shanley, Princeton, Princeton University Press, 1973.
- The Selected Works of Thoreau*, Cambridge Edition, ed. de W. Harding, Boston, Houghton Mifflin Company, 1975.
- A Week on the Concord and Merrimack Rivers, Walden, The Maine Woods, Cape Cod*, ed. de Robert F. Sayre, Nueva York, The Library of America, 1985.
- Walden and Resistance to Civil Government. Authoritative Texts, Journal, Reviews and Essays in Criticism*, A Norton Critical Edition, ed. de W. Rossi, Nueva York, Norton, 1992, 2.^a ed.
- Faith in a Seed: The Dispersion of Seeds and Other Late Natural History Writings*, ed. de Bradley P. Dean, Washington D. C., and Covelo, Cal., Island Press & Shear Water Books, 1993.
- Collected Essays and Poems*, ed. de E. Hall Witherell, Nueva York, The Library of America, 2001.

TRADUCCIONES DE THOREAU AL ESPAÑOL

- Walden o mi vida entre bosques y lagunas*, traducción directa del inglés y notación por Justo Gárate, miembro de la Thoreau Society, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1949.
- Escritos selectos sobre Naturaleza y Libertad*, ed. de O. Cargill, trad. de M. A. Marino, Buenos Aires, Ágora, 1960.
- Walden o la vida en los bosques*, trad. de H. Quinto, Barcelona, Producciones J. J. Fernández Ribera, 1976.
- Desobediencia civil y otros escritos*, ed. de J. J. Coy, trad. de M.^a E. Díaz, Madrid, Tecnos, 1987.
- Desobediencia civil y otros escritos*, ed. de F. G.^a Morijón, Madrid, Zero, 1987.
- Walden, seguido de Del deber de la desobediencia civil*, prólogo de Henry Miller, edición, traducción y notas de Carlos Sánchez-Rodrigo, Barcelona, Parsifal, 1989 (Madrid, Ediciones del Cotal, 1972).
- Sobre el deber de la desobediencia civil*, ed. de Antonio Casado da Rocha, Irún, Iralka, 1995.
- Una vida sin principios*, trad. de M.^a E. Díaz, León, Universidad de León, 1995.
- Caminar*, trad. de F. Romero, Madrid, Ardora, 1998.
- Pasear*, trad. de Silvia Komet, Palma de Mallorca, José J. de Olañeta, 1999.
- Breviario para ciudadanos libres*, ed. de M. Bach, Barcelona, Península, 1999.
- Diarios (Breve antología)*, ed. de W. Harding, trad. de Ángela Pérez, Palma de Mallorca, José J. de Olañeta, 2002.
- Walden o la vida en los bosques*, trad. de Carlos Sánchez-Rodrigo, San Cugat del Vallès, Amelia Romero, 2002.
- Libro de citas*, trad. de A. Pérez y J. M. Álvarez Flórez, Palma de Mallorca, José J. de Olañeta, 2002.
- Colores de otoño*, trad. de S. Komet, Palma de Mallorca, José J. de Olañeta, 2002.
- Desobediencia civil*, trad. de P. de Prada, Palma de Mallorca, José J. de Olañeta, 2002.
- «Amistad», trad. de A. Lastra, en *Lecturas sobre la amistad*, ed. de M. Ballester, Murcia, SFRM/UCAM, 2004.

BIBLIOGRAFÍAS

- ALLEN, Francis H., *A Bibliography of Henry David Thoreau*, Nueva York, B. Franklin, 1968.
- BORST, Raymond R., *Henry David Thoreau: A Descriptive Bibliography*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1982.
- HARDING, Walter y MEYER, Michael, *A New Thoreau Handbook*, Nueva York, New

York University Press, 1980.

SATTELMAYER, Robert, *Thoreau's Reading: A Study in Intellectual History, with a Bibliographical Catalog*, Princeton, Princeton University Press, 1988.

SCHARNHORST, Gary, *Henry David Thoreau: An Annotated Bibliography of Comment and Criticism Before 1900*, Nueva York, Garland, 1992.

BIOGRAFÍAS

BORST, Raymond R., *Thoreau Log: A Documentary Life of Henry David Thoreau 1817-1862*, Nueva York, G. K. Hall, 1992.

HARDING, Walter, *The Days of Henry Thoreau*, Princeton, Princeton University Press, 1992, 3.^a ed.

LEBEAUX, Richard, *Thoreau's Seasons*, Amherst, University of Massachusetts Press, 1984.

RICHARDSON JR., Robert D., *Henry David Thoreau: A Life of the Mind*, Berkeley, University of California Press, 1986.

SCHNEIDER, Richard J., *Henry David Thoreau*, Boston, Twayne, 1987.

CRÍTICA

ADAMS, Stephen y ROSS, Donald A., *Revising Mythologies: The Composition of Thoreau's Major Works*, Charlottesville, The University Press of Virginia, 1988.

ANDERSON, Charles R., *The Magic Circle of Walden*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1968.

BAKER, Carlos, *Emerson Among the Eccentrics: A Group Portrait*, Nueva York, Viking Press, 1996.

BICKMAN, Martin, *Walden: Volatile Truths*, Nueva York, Twayne, 1992.

BOUDREAU, Gordon V., *The Roots of Walden and the Tree of Life*, Nashville, Vanderbilt University Press, 1990.

BRIGMAN, Richard, *Dark Thoreau*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1982.

BUELL, Lawrence, *Literary Transcendentalism: Style and Vision in the American Renaissance*, Ithaca, Cornell University Press, 1973.

BURBICK, Joan, *Thoreau's Alternative History: Changing Perspectives on Nature, Culture, and Language*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1987.

CAMERON, Sharon, *Writing Nature: Henry Thoreau's Journal*, Oxford, Oxford University Press, 1985.

CAVELL, Stanley, *The Senses of Walden*, An Expanded Edition, Chicago y Londres,

- The University of Chicago Press, 1992, 2.^a ed.
- FINK, Steven, *Prophet in the Marketplace: Thoreau's Development as a Professional Writer*, Princeton, Princeton University Press, 1992.
- GARBER, Frederick, *Thoreau's Fable of Inscribing*, Princeton, Princeton University Press, 1991.
- «Henry David Thoreau», en *Historia de la literatura norteamericana*, ed. de E. Elliot, trad. de M. Coy, Madrid, Cátedra, 1991.
- GOLEMBA, Henry, *Thoreau's Wild Rhetoric*, Nueva York, New York University Press, 1990.
- HARDING, Walter, *Thoreau: A Century of Criticism*, Dallas, Southern Methodist University Press, 1954.
- Henry David Thoreau's Walden*, ed. de Harold Bloom, Nueva York, Chelsea House, 1987.
- JOHNSON JR., William C., *What Thoreau Said: Walden and the Unsayable*, Moscow, Id., University of Idaho Press, 1991.
- KAZIN, Alfred, *Una procesión: cien años de literatura norteamericana*, trad. de J. J. Utrilla, México, FCE, 1987.
- LASTRA, A., *La Constitución americana y el arte de escribir*, Valencia, Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans, Universitat de València, 2002.
- *Emerson transcendens. La trascendencia de Emerson*, Valencia, Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans, Universitat de València, 2004.
- MATTHIESSEN, Francis O., *American Renaissance*, Oxford, Oxford University Press, 1968, 2.^a ed.
- MEYER, Michael, *Several More Lives to Live: Thoreau's Political Reputation in America*, Westport, Conn., Greenwood, 1977.
- NEUFELDT, Leonard N., *The Economist: Henry Thoreau and Enterprise*, Nueva York, Oxford University Press, 1989.
- New Essays on Walden*, ed. de R. F. Sayre, Nueva York, Cambridge University Press, 1992.
- PAUL, Sherman, *The Shores of America: Thoreau's Inward Exploration*, Urbana, University of Illinois Press, 1958.
- PECK, H. Daniel, *Thoreau's Morning Work: Memory and Perception in A Week on the Concord and Merrimack Rivers, the Journal and Walden*, New Haven, Yale University Press, 1990.
- REYNOLDS, David S., *Beneath the American Renaissance: The Subversive Imagination in the Age of Emerson and Melville*, Nueva York, Knopf, 1988.
- SEYBOLD, Ethel, *Thoreau: The Quest and the Classics*, New Haven, Yale University Press, 1951.
- SHANLEY, J. Lyndon, *The Making of Walden*, Chicago y Londres, The University of

Chicago Press, 1957.

The Cambridge Companion to Henry David Thoreau, ed. de J. Myerson, Nueva York, Cambridge University Press, 1995.

WALDEN;
OR,
LIFE IN THE WOODS.

By HENRY D. THOREAU,

AUTHOR OF "A WEEK ON THE CONCORD AND MERRIMACK RIVERS."



I do not propose to write an ode to dejection, but to brag as lustily as happens in the
evening, standing on the roof, as early as was my daylight sign. — Page 32.

BOSTON:
TICKNOR AND FIELDS.

M DCCC LIV.

Portada de la primera edición de *Walden* (1854).

WALDEN

No pretendo escribir una oda al abatimiento, sino jactarme con tanto brío como el gallo encaramado a su palo por la mañana, aunque sólo sea para despertar a mis vecinos.

ECONOMÍA

CUANDO escribí las páginas siguientes, o más bien la mayoría de ellas, vivía solo, en los bosques, a una milla de cualquier vecino, en una casa que había construido yo mismo, a orillas de la laguna de Walden, en Concord, Massachusetts, y me ganaba la vida sólo con el trabajo de mis manos. Viví allí dos años y dos meses. Ahora soy de nuevo un residente en la vida civilizada.

No impondría mis asuntos a la atención de los lectores si mis conciudadanos no hubieran hecho preguntas muy concretas sobre mi modo de vida, que algunos calificarían de impertinentes, aunque a mí no me lo parezcan en absoluto, sino, considerando las circunstancias, muy naturales y pertinentes. Unos han preguntado qué tenía para comer, si no me sentía solo, si no tenía miedo y cosas parecidas. Otros han querido saber qué parte de mis ingresos dedicaba a obras de caridad, y algunos, con familia numerosa, a cuántos niños pobres mantenía. Por tanto, a aquellos lectores que no sientan particular interés por mí, les pido perdón por tratar de responder a algunas de tales preguntas en este libro. En la mayoría de los libros se omite el yo, o la primera persona; en este se mantiene; respecto al egoísmo, esa es la principal diferencia. Por lo general, no recordamos que, al fin y al cabo, siempre es la primera persona la que habla. No hablaría tanto de mí mismo si hubiera otra persona a quien conociera tan bien. Por desgracia, estoy limitado a este asunto por la pobreza de mi experiencia. Además, por mi parte, exijo de todo escritor, antes o después, un relato sencillo y sincero de su propia vida, y no sólo lo que ha oído de las vidas de otros hombres; un relato como el que enviaría a sus parientes desde una tierra lejana, porque si ha vivido sinceramente, tiene que haber sido en una tierra lejana para mí. Tal vez estas páginas se dirijan especialmente a los estudiantes pobres. En cuanto al resto de mis lectores, aceptarán las partes que les afecten. Confío en que nadie fuerce las costuras al ponerse el abrigo, porque reporte un buen servicio a quien le siente bien.

Estoy dispuesto a decir algo no tanto de los chinos y de los isleños de las Sandwich, como de vosotros, que leéis estas páginas y, según se dice, vivís en Nueva Inglaterra; algo sobre vuestra condición, en especial sobre vuestra condición exterior o circunstancias en este mundo, en esta ciudad, es decir, si es necesario que sea tan mala como es, si puede mejorar o no. He viajado mucho en Concord y, en todas partes, en las tiendas, las oficinas y los campos, me ha parecido que sus habitantes estaban haciendo penitencia de mil notables maneras. Lo que he oído de los brahmanes, que se sientan expuestos a cuatro fuegos de cara al sol, o cuelgan boca abajo sobre las llamas, o miran a los cielos por encima del hombro «hasta que les

resulta imposible recuperar su posición habitual, mientras que por la torsión del cuello no pueden ingerir sino líquidos»; o que se hallan al pie de un árbol encadenados de por vida; o que miden con su cuerpo, como orugas, la extensión de vastos imperios; o que se yerguen sobre una sola pierna en lo alto de un pilar; ni siquiera estas formas de penitencia consciente son más increíbles y sorprendentes que las escenas que contemplo a diario. Los doce trabajos de Hércules son triviales en comparación con los que mis vecinos han emprendido, porque aquellos eran sólo doce y tenían un final, pero aún no he visto que estos hombres hayan matado o capturado monstruo alguno ni acabado una sola tarea. No tienen un Yolao amigo que queme con un hierro candente la raíz de la cabeza de la hidra, sino que tan pronto como una es aplastada, surgen dos.

Veo a hombres jóvenes, conciudadanos míos, cuya desgracia es haber heredado granjas, casas, graneros, ganado y aperos de labranza; pues es más fácil adquirirlos que librarse de ellos. Habría sido mejor que hubieran nacido en campo abierto y que una loba los amamantara, que pudieran haber visto con mirada más clara qué tierra estaban llamados a cultivar. ¿Quién los ha hecho siervos de la gleba? ¿Por qué habrían de comer sus sesenta acres, cuando el hombre está condenado a comer sólo su porción de barro? ¿Por qué han de empezar a cavar su tumba en cuanto nacen? Tienen que vivir la vida de un hombre, enfrentarse a estas cosas y salir lo más airosos posible. ¡Cuántas pobres almas inmortales he encontrado casi aplastadas y asfixiadas bajo su carga, arrastrándose por el camino de la vida, empujando ante sí un granero de setenta y cinco pies por cuarenta, sus establos de Augías sin limpiar y un centenar de acres de tierra, labranza, siega, pasto y una parcela de bosque! El desposeído, que no lucha con tales inconvenientes heredados, tiene bastante trabajo con someter y cultivar unos pocos pies cúbicos de carne.

Los hombres trabajan por error. La mejor parte del hombre es muy pronto arada en la tierra como abono. Por un hado similar, comúnmente llamado necesidad, se dedican, como dice un viejo libro, a acumular riquezas donde roen la polilla y la carcoma, donde los ladrones abren brechas y roban. Es una vida de locos, como comprenderán cuando lleguen a su fin, si no antes. Se dice que Pirra y Deucalión crearon a los hombres al lanzar piedras a sus espaldas:

Inde genus durum sumus, experiensque laborum,
Et documenta damus qua simus origine nati.

O como Raleigh rima con sonoridad:

Desde entonces nuestra especie es insensible, resiste el dolor y el cuidado,
Y prueba que nuestro cuerpo es de naturaleza rocosa.

Todo por ciega obediencia a un oráculo errado, al lanzar piedras a sus espaldas sin

ver dónde caían.

La mayoría de los hombres, incluso en este país relativamente libre, por mera ignorancia y error, está tan ocupada con los cuidados ficticios y las labores superfluamente groseras de la vida, que no puede recoger sus mejores frutos. Sus dedos, por el trabajo excesivo, son demasiado torpes y tiemblan demasiado para ello. En realidad, el hombre laborioso no tiene ocio para una verdadera integridad cotidiana; no puede permitirse mantener las relaciones más viriles con otros hombres; su trabajo se depreciaría en el mercado. No tiene tiempo de ser sino una máquina. ¿Cómo podría recordar su ignorancia —según requiere su crecimiento— quien ha de usar tanto su conocimiento? Tendríamos que alimentarlo y vestirlo gratuitamente y reponerlo con cordiales antes de juzgarlo. Las mejores cualidades de nuestra naturaleza, como la flor de los frutales, sólo pueden preservarse con el trato más delicado. Sin embargo, no nos tratamos a nosotros mismos ni a los demás con esa ternura.

Todos sabemos que para algunos de vosotros, pobres como sois, vivir es duro y a veces jadeáis para respirar. No dudo de que algunos de los que estáis leyendo este libro sois incapaces de pagar todas vuestras comidas o los abrigo y zapatos que lleváis o habéis gastado, y que habéis venido a esta página a pasar un tiempo prestado o sustraído, tras robar una hora a los acreedores. Resulta evidente cuán mezquinas y furtivas vidas vivís muchos de vosotros, porque mi vista se ha aguzado con la experiencia; siempre en los límites, intentando hacer negocio y evitar las deudas, una ciénaga muy antigua, llamada por los latinos *ǣs alienum*, el cobre ajeno, porque algunas de sus monedas eran de cobre; viviendo y muriendo, y enterrados con este cobre ajeno; siempre prometiendo pagar, prometiendo pagar mañana y muriendo hoy, insolventes; buscando favores y encargos de muchos modos, con tal que no incurran en penas de prisión; mintiendo, adulando, votando, encogiéndose en una cascara de nuez de civilidad o dilatando una atmósfera de delgada y vaporosa generosidad, a fin de persuadir a vuestro vecino de que os permita hacerle unos zapatos, o el sombrero, o el abrigo, o el coche, o acarrear por él sus víveres; enfermando hasta reunir algo para un mal día, algo que esconder en una vieja arca o en una media tras el revoque o, con mayor seguridad, en un banco de ladrillos; no importa dónde, no importa si mucho o poco.

A veces me asombro de que podamos ser tan frívolos, casi podría decir, como para atender a la forma de grosera servidumbre, pero algo ajena, conocida como la esclavitud de los negros, cuando hay tantos dueños agudos y sutiles que esclavizan tanto al norte como al sur. Es duro tener un supervisor sureño y peor tener uno norteño, pero lo peor de todo es que seáis vuestros propios negreros. ¡Y hablamos de la divinidad en el hombre! Mirad al cochero en la carretera, dirigiéndose al mercado de día o de noche, ¿acaso se agita la divinidad en él? ¡Su deber superior es forrajear y

abreviar a sus caballos! ¿Qué es su destino para él comparado con los intereses de embarque? ¿No conduce para el Señor Escandalizador? ¿Cuán divino, cuán inmortal es? Mirad cómo se encoge y escabulle, qué vagos temores abriga todo el día sin ser inmortal ni divino, sino esclavo y prisionero de la opinión que tiene de sí mismo, una fama lograda por sus propios hechos. La opinión pública es un débil tirano comparada con nuestra propia opinión. Lo que un hombre piensa de sí mismo es lo que determina, o más bien indica, su hado. ¿Qué Wilberforce^[32] llevará a cabo la emancipación de uno mismo en las provincias indias occidentales de la fantasía y la imaginación? ¡Pensad también en nuestras señoras, que tejen cojines de aseo para el último día, con tal de no revelar un interés demasiado crudo en su hado! Como si pudierais matar el tiempo sin ofender a la eternidad.

La mayoría de los hombres lleva vidas de tranquila desesperación. Lo que se llama resignación es desesperación confirmada. De la ciudad desesperada marcháis al campo desesperado y os consoláis con la valentía de los visones y las ratas almizcleras. Una desesperación estereotipada, pero inconsciente, se oculta incluso bajo los llamados juegos y diversiones de la humanidad. No hay en ellos el esparcimiento que viene tras el trabajo. Una característica de la sabiduría es no hacer cosas desesperadas.

Cuando consideramos lo que, por usar las palabras del catecismo, es el fin principal del hombre y cuáles son las auténticas necesidades y medios de vida, parece como si los hombres hubieran elegido deliberadamente el modo común de vida porque lo prefieren a cualquier otro. Sin embargo, creen sinceramente que no hay elección, aunque las naturalezas alertas y saludables recuerdan que el sol sale con claridad. Nunca es demasiado tarde para renunciar a nuestros prejuicios. No puede confiarse sin prueba en manera alguna de pensar u obrar, por antigua que sea. Aquello de lo que todo el mundo hoy se hace eco o admite como cierto en silencio puede resultar falso mañana, mero humo de opinión que algunos habían tomado por una nube que salpicaría sus campos con lluvia fertilizante. Haced lo que los viejos dicen que no podéis hacer y veréis como podéis hacerlo. Lo viejo para los ancianos y lo nuevo para los jóvenes. Tal vez los ancianos no hayan sabido traer más combustible con que mantener el fuego; los jóvenes ponen un poco de leña seca bajo una cazuela y giran en torno al globo a la velocidad de los pájaros, de un modo capaz de acabar, según se dice, con los ancianos. La vejez no está mejor ni tan bien cualificada para instruir como la juventud, porque no ha aprovechado tanto como ha perdido. Casi podríamos dudar de si el hombre más sabio, por vivir, ha aprendido algo con valor absoluto. En la práctica, los viejos no tienen consejos muy importantes que dar a los jóvenes, pues su experiencia ha sido tan parcial y sus vidas han sido fracasos tan miserables, por razones particulares, como ellos suponen, y puede que les quede algo de fe que desmienta aquella experiencia y sean sólo menos jóvenes de

lo que fueron. He vivido unos treinta años en este planeta y hasta ahora no he oído la primera sílaba de un consejo valioso ni serio de mis mayores. Nada me han dicho y, probablemente, nada puedan decirme a propósito. He aquí la vida, en gran medida un experimento que aún no he llevado a cabo; de nada me sirve que ellos lo hayan hecho. Si tengo alguna experiencia que considero valiosa, estoy seguro de que mis mentores no han dicho nada al respecto.

Un granjero me dice: «No puedes vivir sólo de vegetales, pues no son alimento para los huesos», y dedica religiosamente parte del día a suministrar a su sistema el crudo material de los huesos, caminando mientras habla tras su buey, el cual, con huesos fabricados de vegetales, tira a toda costa de él y de su pesado arado. Ciertas cosas, que en ciertos círculos, los más desamparados y enfermos, son necesidades de la vida, en otros son sólo lujos y en otros son desconocidas por completo.

Algunos creen que todo el terreno de la vida humana ha sido examinado por sus predecesores, tanto las cimas como los valles, así como todas las cosas por que preocuparse. Según Evelyn, «el sabio Salomón prescribió la distancia entre los árboles y los pretos romanos decidieron con qué frecuencia se podía entrar a recoger impunemente las bellotas caídas en la tierra del vecino, y la parte que le correspondía»^[33]. Hipócrates indicó incluso cómo cortarse las uñas, hasta el extremo del dedo, no más largas ni cortas. Sin duda, el mismo tedio y aburrimiento que parece haber agotado la variedad y los goces de la vida es tan viejo como Adán. Pero las capacidades del hombre nunca han sido medidas, ni vamos a juzgar sobre lo que puede hacer por precedente alguno, con lo poco que se ha intentado. Cualesquiera hayan sido hasta ahora tus fracasos, «no te aflijas, hijo mío, pues ¿quién te señalará lo que has dejado por hacer?»^[34].

Podríamos someter nuestra vida a mil sencillas pruebas, como, por ejemplo, que el mismo sol que madura mis judías ilumina a la vez un sistema de planetas como el nuestro. Si hubiera recordado esto, habría evitado ciertos errores. No las cultivé a esa luz. ¡De qué maravillosos triángulos son ápices las estrellas! ¡Qué seres distantes y diferentes en las varias mansiones del universo contemplan lo mismo a la vez! La naturaleza y la vida humana son tan variadas como nuestras diversas constituciones. ¿Quién dirá qué perspectiva ofrece la vida a otro? ¿Podría ocurrirnos un milagro mayor que mirar a través de los ojos ajenos por un instante? Deberíamos vivir en todas las épocas del mundo en una hora, ¡ay, en todos los mundos de cualquier época! ¡Historia, poesía, mitología! Ninguna lectura de la experiencia ajena sería tan asombrosa e informativa como esta.

Creo sinceramente que la mayor parte de lo que mis vecinos llaman bueno es malo y, si me arrepiento de algo, probablemente sea de mi buena conducta. ¿Qué demonio me ha poseído para comportarme tan bien? Puedes decir las cosas más sabias por ser viejo, tú que has vivido setenta años, no sin cierto honor; yo oigo una

voz irresistible que me invita a alejarme de todo eso. Una generación abandona las empresas de otra como naves varadas.

Podríamos confiar más de cuanto lo hacemos. Podríamos renunciar al cuidado de nosotros mismos que sinceramente estamos dispuestos a conceder. La naturaleza está tan bien adaptada a nuestra debilidad como a nuestra fuerza. La incesante ansiedad y esfuerzo de algunos es una forma casi incurable de enfermedad. Exageramos la importancia del trabajo que hacemos y, sin embargo, ¡cuántas cosas dejamos por hacer! ¿Y si hubiéramos caído enfermos? ¡Qué vigilantes estamos, resueltos a no vivir por la fe si podemos evitarlo! Pasamos el día en alerta, de noche rezamos con desgana nuestras oraciones y nos encomendamos a incertidumbres. Nos vemos continua y sinceramente obligados a vivir, reverenciando nuestra vida y negando la posibilidad del cambio. Es el único camino, decimos; pero hay tantos caminos como radios pueden trazarse desde un centro. Todo cambio es un milagro digno de contemplarse; pero un milagro es lo que tiene lugar a cada instante. Confucio dijo: «Saber que sabemos lo que sabemos y que no sabemos lo que no sabemos es el verdadero conocimiento». Cuando un hombre reduzca un hecho de la imaginación a un hecho de su entendimiento, preveo que todos los hombres establecerán su vida sobre esa base.

Consideremos por un momento de dónde proviene la mayor parte de la inquietud y ansiedad a la que me he referido y si es necesario que estemos inquietos o, al menos, atentos. Sería provechoso vivir una vida primitiva y fronteriza, incluso en medio de una civilización exterior, aunque sólo fuera para aprender cuáles son las vulgares necesidades de la vida y qué métodos se han adoptado para satisfacerlas; incluso ojear los viejos diarios de los comerciantes para ver qué era lo que los hombres solían comprar en el almacén y lo que almacenaban, es decir, cuáles son las viandas más vulgares. Porque la mejora de los tiempos ha tenido poca influencia en las leyes esenciales de la existencia del hombre, así como nuestros esqueletos no se distinguen probablemente de los de nuestros antepasados.

Con las palabras *necesario para vivir* me refiero a todo lo que, obtenido por el propio esfuerzo del hombre, ha sido desde el principio, o ha resultado por el uso, tan importante para la vida humana que pocos, si los hay, por salvajismo, pobreza o filosofía, han intentado subsistir sin ello. Para muchas criaturas hay en este sentido sólo una cosa necesaria para la vida, el alimento. Para el bison de la pradera consiste en unas pocas pulgadas de sabrosa hierba y agua para beber, a menos que busque el cobijo del bosque o la sombra de la montaña. Nada en la creación animal requiere más que alimento y cobijo. Las cosas necesarias de la vida para el hombre en este clima pueden distribuirse, de manera bastante exacta, bajo los títulos de alimento, cobijo, vestido y combustible, porque hasta que no hayamos asegurado

tales cosas, no estamos preparados para afrontar los auténticos problemas de la vida con libertad y una perspectiva de éxito. El hombre no sólo ha inventado casas, sino ropa y comida cocinada, y posiblemente por el descubrimiento accidental del calor del fuego y su uso consecuente, que al principio fue un lujo, surgió la actual necesidad de sentarse junto a él. Observamos que los perros y gatos adquieren la misma segunda naturaleza. Con adecuado cobijo y vestido conservamos legítimamente nuestro calor interior, pero ¿no podríamos decir en verdad que la cocina empezó con el exceso de cobijo o vestido, o de combustible, es decir, con un calor exterior mayor que el interior? Darwin, el naturalista, dice de los habitantes de la Tierra del Fuego que, mientras que los de su grupo, abrigados y sentados junto al fuego, no estaban demasiado calientes, los salvajes desnudos, que se hallaban más lejos, para su sorpresa, «estaban bañados de sudor por el calor». Así, se nos dice que el habitante de Nueva Holanda va impunemente desnudo, mientras que el europeo tiritaba bajo sus ropas. ¿Es imposible combinar la dureza de estos salvajes con la condición intelectual del hombre civilizado? Según Liebig, el cuerpo del hombre es una estufa y el alimento es lo que mantiene la combustión interna en los pulmones^[35]. Con el frío comemos más, con el calor menos. El calor animal es el resultado de una lenta combustión y la enfermedad y la muerte sobrevienen cuando la combustión es demasiado rápida; por falta de combustible o por un defecto del tiro, el fuego se apaga. Por supuesto, el calor vital no ha de confundirse con el fuego; hasta ahí llega la analogía. Parece, por tanto, por la lista anterior, que la expresión *vida animal* es casi sinónima de la expresión *calor animal* porque mientras que el alimento puede considerarse el combustible que mantiene el fuego en nuestro interior —y el combustible sirve sólo para preparar el alimento o aumentar el calor de nuestros cuerpos por adición del exterior—, el cobijo y el vestido sirven también para retener el *calor* así generado y absorbido.

La gran necesidad de nuestros cuerpos es, por tanto, mantenerse calientes, mantener el calor vital en nosotros. ¡Cuántas molestias nos tomamos no sólo con nuestro alimento, ropa y cobijo, sino con nuestra cama, que es nuestro vestido nocturno, robando los nidos y pechos de los pájaros para preparar este cobijo dentro de un cobijo, así como el topo tiene su lecho de hierba y se retira al fondo de su madriguera! El hombre pobre suele quejarse de que este es un mundo frío y al frío, no menos físico que social, achacamos directamente gran parte de nuestras dolencias. El verano, en ciertos climas, hace posible para el hombre una especie de vida elísea. El combustible, salvo para cocinar su comida, resulta entonces innecesario; el sol es su fuego y muchos frutos están suficientemente cocinados por sus rayos, mientras que el alimento es por lo general más variado y se obtiene con mayor facilidad, y el vestido y el cobijo son por completo o casi innecesarios. Hoy en día y en este país, como sé por propia experiencia, pocos utensilios, un cuchillo, un hacha, una pala, una

carretilla, etc., y para el estudioso la luz de una lámpara, útiles de escribir y el acceso a unos pocos libros, se aproximan a lo necesario y pueden obtenerse con un coste nimio. Sin embargo, algunos, no los sabios, marchan a la otra parte del globo, a regiones bárbaras e insalubres, y se dedican a comerciar durante diez o veinte años para poder vivir —es decir, mantenerse cómodamente calientes— y morir al fin en Nueva Inglaterra. Los lujosamente ricos no sólo se mantienen cómodamente calientes, sino con un ardor antinatural; como ya he sugerido, se cocinan, por supuesto, *à la mode*.

La mayoría de los lujos, y muchas de las llamadas comodidades de la vida, no sólo no son indispensables, sino que resultan verdaderos obstáculos para la elevación de la humanidad. Con respecto a los lujos y comodidades, los más sabios siempre han vivido una vida más sencilla y austera que los pobres. Los antiguos filósofos chinos, hindúes, persas y griegos formaron una clase tan pobre en riquezas exteriores, y rica en interiores, como no ha habido otra. Apenas sabemos nada de ellos. Es curioso que *nosotros* sepamos tanto de ellos. Lo mismo puede decirse de los modernos reformadores y benefactores de la raza. Nadie puede ser un observador imparcial o sabio de la vida humana si no se apoya en lo que *nosotros* deberíamos llamar pobreza voluntaria. El fruto de una vida de lujo es el lujo, ya sea en agricultura, comercio, literatura o arte. Hoy en día hay profesores de filosofía, pero no filósofos. Sin embargo, es admirable profesarla porque una vez fue admirable vivirla. Ser un filósofo no es sólo tener pensamientos sutiles, ni siquiera fundar una escuela, sino amar la sabiduría y vivir de acuerdo con sus dictados una vida de sencillez, independencia, magnanimidad y confianza. Es resolver ciertos problemas de la vida, no sólo en la teoría, sino en la práctica. El éxito de los grandes escolares^[36] y pensadores es por lo general un éxito cortesano, no regio ni varonil. Cambian para vivir sólo por conformidad, prácticamente como sus padres, y no son en modo alguno los progenitores de una raza de hombres más nobles. Pero ¿por qué degeneran siempre los hombres? ¿Qué hace desaparecer a las familias? ¿Cuál es la naturaleza del lujo que enerva y destruye naciones? ¿Estamos seguros de que no se halla en nuestras vidas? El filósofo está por delante de su época incluso en la forma exterior de su vida. No se alimenta, cobija, viste ni calienta como sus contemporáneos. ¿Cómo puede un hombre ser filósofo y no mantener su calor vital con mejores métodos que los de otros hombres? Cuando un hombre entra en calor por los diversos modos que he descrito, ¿qué quiere a continuación? Seguramente, no más calor del mismo tipo, sino más y mejor comida, casas mayores y más espléndidas, ropa más linda y abundante, fuegos más intensos, numerosos e incesantes, y cosas por el estilo. Cuando ha obtenido lo que es necesario para la vida, hay otra alternativa a obtener lo superfluo: aventurarse ahora en la vida, tras comenzar las vacaciones de su esfuerzo más humilde. El terreno, según parece, es idóneo para la semilla, porque ha penetrado

su radícula y puede brotar con confianza. ¿Por qué ha arraigado el hombre tan firmemente en la tierra, sino para poder alzarse en la misma proporción hacia los cielos? Las plantas más nobles se aprecian por el fruto que dan al cabo en el aire y la luz, lejos de la tierra, y no se las trata como humildes comestibles, que, aunque sean bienales, se cultivan sólo hasta que ha crecido su raíz, y a menudo se podan por arriba a propósito, de modo que casi nadie las ha visto nunca en flor.

No pretendo prescribir reglas a las naturalezas fuertes y valientes, que cuidan de sus asuntos en el cielo o el infierno y quizá levantan construcciones más magníficas y gastan con mayor prodigalidad que los ricos sin empobrecerse ni saber cómo viven, si, en efecto, tales naturalezas existen, como se ha soñado; ni a quienes hallan su coraje e inspiración precisamente en el actual estado de cosas y lo aprecian con el afecto y entusiasmo de los amantes, entre los que me cuento hasta cierto punto. No hablo a quienes están bien ocupados, en cualesquiera circunstancias, y saben si están o no bien ocupados, sino a la masa de hombres que están descontentos y se quejan ociosamente de la dureza de su suerte o de su tiempo cuando podrían mejorarlos. Algunos se quejan más enérgica e inconsolablemente que otros porque están, según dicen, cumpliendo con su deber. También pienso en aquella clase, aparentemente enriquecida, pero suma y terriblemente empobrecida, de los que han acumulado escoria, pero no saben cómo usarla o librarse de ella y han forjado así sus propios grilletes dorados o plateados.

Si tratara de contar cómo he deseado emplear mi vida en los años pasados, probablemente sorprendería a aquellos de mis lectores que conocen algo de su verdadera historia; asombraría, por cierto, a los que no saben nada de ella. Sólo sugeriré algunas de las cosas en que me he empeñado.

Con cualquier clima, a cualquier hora del día o de la noche, me he preocupado por mejorar la muesca del tiempo y señalarla en mi bastón; por permanecer en el cruce de dos eternidades, el pasado y el futuro, que es precisamente el momento presente, por conformarme con ello. Perdonaréis ciertas oscuridades, ya que hay más secretos en mi oficio que en el de la mayoría de los hombres, no mantenidos voluntariamente, sino inseparables de su naturaleza. Alegrementemente diría todo lo que sé, sin pintar nunca en la puerta: «Prohibido el paso».

Hace tiempo perdí un perro, un bayo y una tórtola, y aún sigo su rastro. He hablado de ellos con muchos viajeros, les he descrito sus rasgos y la llamada a la que responden. He encontrado a uno o dos que han oído al perro y el trote del caballo, e incluso han visto desaparecer a la paloma tras una nube, y que parecían tan ansiosos por recobrarlos como si los hubieran perdido ellos mismos.

¡Anticiparse, no sólo a la salida del sol y al amanecer, sino, si es posible, a la propia naturaleza! ¡Cuántas mañanas, en verano y en invierno, antes de que ningún

vecino se afanara tras sus negocios, estaba yo tras los míos! Sin duda, muchos de mis conciudadanos se han encontrado conmigo al regresar de mis asuntos, los granjeros al partir a Boston con las primeras luces o los leñadores al ir a trabajar. Es verdad que nunca he ayudado al sol a salir materialmente, pero, sin duda, era de suma importancia estar allí.

¡Tantos días de otoño, ay, y de invierno pasados fuera de la ciudad, intentando oír lo que había en el viento, oírlo y expresarlo! Casi he invertido en ello todo mi capital y perdido el aliento por añadidura, por adelantar al viento. Si hubiera importado a algún partido político, y dependiera de él, habría aparecido en el periódico al primer aviso. Otras veces contemplaba desde el observatorio de un precipicio o árbol para telegrafiar una nueva llegada, o esperaba al atardecer en lo alto de una colina a que cayera del cielo, para captar algo, aunque nunca capté demasiado, que, como si fuera maná, se disolvía de nuevo en el sol.

Durante cierto tiempo trabajé como reportero de un periódico^[37] de escasa circulación, cuyo editor nunca consideró oportuno publicar la mayor parte de mis contribuciones y, como suele ocurrirles a los escritores, no gané otra cosa que mi esfuerzo. Sin embargo, en este caso mi esfuerzo fue su propia recompensa.

Durante muchos años me nombré a mí mismo inspector de tormentas de nieve y de lluvia y cumplí fielmente con mi deber; agrimensor, si no de carreteras, de sendas forestales y de todas las rutas de cruce, y de barrancos salvados por puentes y transitables en cualquier estación, cuya utilidad había atestiguado el talón público.

Cuidé el ganado salvaje de la ciudad, que mantiene ocupado con sus saltos de valla al fiel pastor, y me fijé en las esquinas y rincones poco frecuentados de la granja, aunque no siempre sabía si Jonás o Salomón trabajaban hoy en cierto terreno; no era asunto mío. Regué la gayuba roja, el cerezo arenoso y el almez, el pino rojo y el fresno negro, la uva blanca y la violeta amarilla, que se habrían marchitado en la estación seca.

En resumen, seguí así durante mucho tiempo, puedo decirlo sin jactancia, ocupándome fielmente de mis asuntos, hasta que resultó cada vez más evidente que mis conciudadanos no me admitirían en la lista de los empleados públicos ni convertirían mi puesto en una sinecura con una paga moderada. Mis ingresos, que puedo jurar haber mantenido escrupulosamente, nunca han sido, en efecto, auditados, menos aún aceptados, y menos aún pagados y fijados. Sin embargo, no puse mi corazón en eso.

Hace poco tiempo, un indio itinerante fue a vender cestas a casa de un conocido abogado de mi vecindad. «¿Quiere comprar cestas?», le preguntó. «No, no queremos ninguna», fue la réplica. «¡Cómo!», exclamó el indio mientras salía por la puerta, «¿quiere que nos muramos de hambre?». Habiendo visto que a sus laboriosos vecinos blancos les iba tan bien, que el abogado sólo tenía que tejer argumentos y que por

cierta magia le seguía la riqueza y reputación, se había dicho a sí mismo: me dedicaré a los negocios, tejeré cestas; es algo que puedo hacer. Pensó que cuando hubiera hecho las cestas habría cumplido su parte y luego la del hombre blanco sería comprarlas. No se dio cuenta de que era necesario convencer a los demás de que valía la pena comprarlas, o al menos hacer creer al otro que así era, o hacer algo más por lo que valiera la pena comprarlas. Yo también había tejido una cesta de delicada textura, pero no convencí a nadie de que valiera la pena comprarla^[38]. Sin embargo, no pensé que no mereciera la pena tejerlas y, en lugar de estudiar cómo conseguir que los hombres creyeran que valía la pena comprar mis cestas, estudié cómo evitar la necesidad de venderlas. Sólo hay un tipo de vida que los hombres alaben y consideren lograda. ¿Por qué deberíamos exagerarlo a expensas de los demás?

Al saber que probablemente mis conciudadanos no me ofrecerían una habitación en el tribunal de justicia, ni una coadjutoría o beneficio en parte alguna, sino que debía valerme por mí mismo, me volví con mayor determinación que nunca a los bosques, donde era más conocido. Decidí entrar en los negocios de una vez y no esperar a adquirir el capital de costumbre, sino usar los escasos medios que entonces tenía. Mi propósito al ir a la laguna de Walden no era vivir allí de manera barata o cara, sino llevar a cabo ciertos negocios con los menores obstáculos; verme impedido para realizarlos, por falta de un poco de sentido común, de un poco de iniciativa y talento comercial, parecía más alocado que triste.

Siempre me he esforzado por adquirir estrictos hábitos comerciales; son indispensables para cualquier hombre. Si tratáis con el Imperio Celeste, una pequeña casa de cuentas en la costa, en un puerto de Salem, será suficiente. Exportaréis los artículos que proporcione el país, sólo productos nativos, mucho hielo y madera de pino y un poco de granito, siempre del suelo natal. Será una buena empresa. Tendréis que revisar todos los detalles en persona; ser a la vez piloto y capitán, propietario y suscriptor; comprar y vender y llevar las cuentas; leer las cartas recibidas y escribir o leer las cartas enviadas; supervisar la descarga de las importaciones noche y día; estar en muchas partes de la costa casi al mismo tiempo, pues a menudo el flete más valioso se descarga en la orilla de Nueva Jersey^[39]; ser vuestro propio telégrafo, barriendo incansablemente el horizonte para hablar con las naves amarradas a lo largo de la costa; preparar un despacho seguro de mercancías como suministro a un mercado lejano y exorbitante; manteneros informados del estado de los mercados, de las perspectivas de paz y guerra en todas partes, y anticiparos a las tendencias del comercio y la civilización, aprovechando el resultado de las expediciones exploratorias, usando nuevas rutas y todas las mejoras en la navegación; estudiar las cartas de navegación, averiguar la posición de los arrecifes y las nuevas luces y boyas, y siempre, siempre, corregir las tablas logarítmicas, ya que por error de cálculo la nave que debía alcanzar un amistoso malecón se parte a menudo en una

roca, como el indecible hado de La Perouse^[40]; correr parejas con la ciencia universal y estudiar las vidas de los grandes descubridores y navegantes, de los grandes aventureros y comerciantes, desde Hanón y los fenicios hasta nuestros días; en resumen, hacer periódicamente la cuenta del surtido, para saber cómo os va. Es un trabajo que pone a prueba las facultades de un hombre; problemas de beneficio y pérdida, de interés, de tara y rebaja y todo tipo de calibre, que exigen un conocimiento universal.

Pensé que la laguna de Walden sería un buen lugar para los negocios, no sólo por el ferrocarril y el comercio de hielo; ofrece ventajas que tal vez no convenga divulgar; es un buen puerto y una buena fundación. No hay que drenar los pantanos del Neva, aunque en todas partes deberéis construir sobre las estacas que hayáis clavado. Se dice que una marea, con el viento del oeste y el hielo del Neva, borraría San Petersburgo de la faz de la tierra.

Como había que emprender este negocio sin el capital de costumbre, puede que no sea fácil conjeturar dónde iban a obtenerse los medios indispensables para tal empresa. En cuanto al vestido, para llegar de una vez a la parte práctica de la cuestión, al procurarlo tal vez nos dejamos llevar a menudo por amor a la novedad y por la consideración hacia las opiniones de los hombres, antes que por una verdadera utilidad. Que aquel que tenga trabajo que hacer recuerde que el objetivo del vestido es, primero, retener el calor vital y luego, en nuestro estado social, cubrir la desnudez, y podrá juzgar qué cantidad de trabajo necesario o importante se realiza sin aumentar su guardarropa. Los reyes y reinas que visten sus prendas una sola vez, aunque confeccionadas por un sastre o modista para su majestad, no conocen el consuelo de llevar una prenda que les siente bien. No son mejores que la percha en que se cuelga la ropa limpia. Cada día nuestras prendas se asimilan más a nosotros y reciben la huella del carácter del portador, hasta que dudamos si dejarlas de lado sin la demora, los cuidados médicos y la solemnidad con que tratamos nuestro cuerpo. No tengo en menor estima a un hombre porque lleve un remiendo en su ropa; sin embargo, estoy seguro de que, por lo general, hay mayor preocupación por vestir ropa de temporada, o al menos limpia y sin remendar, que por tener la conciencia tranquila. Pero aun si el roto no es zurcido, tal vez el peor vicio sea la imprevisión. A veces pongo a prueba a mis conocidos de este modo: ¿quién llevaría un remiendo o un par extra de costuras sobre la rodilla? La mayoría se comporta como si creyera que sus perspectivas para la vida se arruinarían si tuviera que hacerlo. Les resultaría más fácil cojear por la ciudad con una pierna rota que con un pantalón roto. A menudo, si un caballero sufre un accidente en sus piernas, estas pueden curarse; pero si les ocurre un accidente similar a las perneras de sus pantalones, no hay remedio, porque no considera lo que resulta

en verdad respetable, sino lo que es respetado. Conocemos pocos hombres, pero muchos abrigos y calzones. Si vestís a un espantapájaros con vuestro último traje y os quedáis al lado desnudos, ¿quién no saludará antes al espantapájaros? Al pasar el otro día por un campo de maíz, junto a un sombrero y un abrigo en una estaca, reconocí al dueño de la granja. Sólo estaba un poco más curtido por el tiempo que la última vez que lo vi. He oído hablar de un perro que ladraba a cada extraño que se aproximaba vestido a la parcela de su amo, pero al que un ladrón desnudo acallaba fácilmente. Es interesante preguntar hasta qué punto conservarían los hombres su posición si fueran despojados de sus ropas. ¿Podríais, en tal caso, hablar con seguridad de una compañía de hombres civilizados que pertenecieran a la clase más respetada? Cuando Madame Pfeiffer, en sus aventureros viajes por el mundo, de este a oeste, llegó hasta la Rusia asiática, dice que sintió la necesidad de quitarse el vestido de viaje para hablar con las autoridades, ya que «ahora estaba en un país civilizado, donde a la gente se la juzga por sus ropas»^[41]. Incluso en nuestras democráticas ciudades de Nueva Inglaterra, la posesión accidental de la riqueza, y su manifestación en la indumentaria y el equipaje, despiertan un respeto casi universal hacia su poseedor. No obstante, los que confieren tal respeto, por numerosos que sean, son paganos en la misma medida y necesitan la visita de un misionero. Además, el vestido ha introducido la costura, un tipo de trabajo que podríamos considerar interminable; un vestido de mujer, al menos, nunca está acabado.

Un hombre que ha encontrado por fin algo que hacer no necesitará un traje nuevo para hacerlo; le servirá el viejo, que ha permanecido polvoriento en el desván durante un periodo indeterminado. Unos zapatos viejos servirán a un héroe más de lo que sirvieron a su criado, si algún héroe ha tenido criados; los pies desnudos son más viejos que los zapatos y también puede usarlos. Sólo quienes van a *soirées* y a cámaras legislativas deben llevar chaquetas nuevas, chaquetas para cambiar tan a menudo como cambia el hombre con ellas. Pero si mi camisa y pantalones, mi sombrero y zapatos, son adecuados para adorar a Dios, servirán, ¿o no? ¿Quién no ha visto alguna vez sus ropas viejas, su chaqueta vieja, gastada, deshecha en sus elementos originales, hasta tal punto que ni siquiera sería un acto de caridad cedérsela a un pobre muchacho, cedidas tal vez a otro aún más pobre —o diremos más rico— que pudiera valerse con menos? Os digo que tengáis cuidado con las empresas que exigen ropas nuevas antes que un nuevo portador de ropas. Si no hay un hombre nuevo, ¿cómo podrán sentarle bien las ropas nuevas? Si tenéis alguna empresa ante vosotros, tratad de hacerla con las ropas viejas. A los hombres les hace falta, no algo *con lo que hacer*, sino algo que *hacer*, o mejor, algo que *ser*. Tal vez no deberíamos procurarnos un traje nuevo, por harapiento y sucio que esté el viejo, hasta no habernos conducido, empeñado o embarcado de tal modo que podamos sentirnos hombres nuevos en el viejo; conservarlo sería como echar vino nuevo en odres viejos.

Nuestro periodo de muda, como el de las aves, debe ser una crisis en nuestra vida; el somormujo se retira a los estanques solitarios para pasarlo. Así la serpiente se desprende de su piel y la oruga de su capa agusanada, por industria interna y expansión, pues las ropas no son sino nuestra cutícula externa y cascara mortal. De otro modo, nos encontraremos navegando bajo pabellón falso y seremos destituidos al fin tanto por nuestra propia opinión como por la de la humanidad.

Nos ponemos una prenda sobre otra y crecemos como plantas exógenas, por adición externa. Nuestras ropas exteriores, a menudo delgadas y fantasiosas, son nuestra epidermis o falsa piel, que no participa de nuestra vida y puede quitarse aquí y allá sin agravio fatal; nuestras prendas más gruesas, que llevamos constantemente, son nuestro tegumento celular o corteza, pero las camisas son nuestro líber o auténtica cascara, que no puede quitarse sin ceñir y, por tanto, destruir al hombre. Creo que todas las razas llevan en ciertas estaciones algo equivalente a la camisa. Es deseable que un hombre esté vestido con tal sencillez que pueda poner sus manos sobre sí en la oscuridad y viva en todos los aspectos compacto y preparado, de modo que si un enemigo toma la ciudad pueda, como el viejo filósofo, salir despreocupadamente por el portillo con las manos vacías. Mientras una prenda gruesa siga siendo tan buena como tres delgadas y la ropa barata pueda obtenerse a precios adecuados a los clientes; mientras pueda comprarse un abrigo grueso a cinco dólares y dure muchos años, pantalones gruesos a dos dólares, botas de cuero de vaca a un dólar y medio el par, un sombrero de verano a un cuarto de dólar y una gorra de invierno a sesenta y dos centavos y medio, o pueda hacerse una mejor en casa a precio nominal, ¿dónde hay alguien tan pobre que, vestido así, *con sus propias ganancias*, no merezca la reverencia de los sabios?

Cuando pido ropa de cierto tipo, mi sastre me dice seriamente: «Ya no se hace así», sin enfatizar el «se», como si citara una autoridad tan impersonal como los hados, y me resulta difícil que haga lo que quiero, sólo porque no puede creer que quiera decir lo que digo, que sea tan atolondrado. Cuando escucho esa sentencia oracular, me quedo absorto por un momento, enfatizando por separado cada palabra para dar con su significado y averiguar qué grado de consanguinidad hay entre *se* y *conmigo* y qué autoridad puede tener en un asunto que me afecta tan íntimamente, y, por fin, me inclino a responderle con el mismo misterio y sin más énfasis en el «se»: «Es verdad, últimamente no se hace, pero ahora sí». ¿De qué sirve que me mida si no mide mi carácter, sino sólo la anchura de mis hombros, como si fuera una percha de la que colgar el abrigo? No adoramos a las gracias ni a las parcas, sino a la moda, que hila, teje y corta con plena autoridad. Una cabeza de mono en París se pone una gorra de viajero y todos los monos de América hacen lo mismo. A veces desespero de que se haga algo sencillo y honrado en este mundo con ayuda de los hombres. Habría que hacerlos pasar antes por una poderosa prensa, para extraerles sus viejas nociones, de

modo que no volvieran a erguirse en seguida sobre sus piernas, y luego habría alguno en el grupo víctima de algún antojo, salido de un huevo puesto allí inadvertidamente, pues ni siquiera el fuego consume estas cosas, y vuestro esfuerzo habría sido en vano. Sin embargo, no olvidemos que fue una momia la que nos entregó un puñado de trigo egipcio.

En conjunto, pienso que no puede defenderse que la costura, en este o cualquier otro país, se haya elevado a la dignidad de un arte. Hoy en día los hombres suelen vestir lo que está a su alcance. Como marineros náufragos, se ponen lo que encuentran en la playa y, a cierta distancia, en el tiempo o el espacio, se ríen de su mutua mascarada. Cada generación se ríe de la moda antigua, pero sigue religiosamente la nueva. Nos divierte contemplar la indumentaria de Enrique VIII o de la reina Isabel, como si fuera la del rey y la reina de las islas caníbales. Toda vestimenta sin el hombre es penosa o grotesca. Sólo la seria mirada que viene de ella y la vida sincera que contiene frenan la risa y consagran la vestimenta de un pueblo. Si Arlequín es presa de un cólico, su atavío también le sentará bien. Cuando al soldado le alcanza una bala de cañón, los harapos son tan apropiados como la púrpura.

El gusto infantil y salvaje de hombres y mujeres por nuevos modelos conlleva tantas sacudidas y bizqueras caleidoscópicas que permiten descubrir la figura particular que esa generación exige hoy. Los fabricantes han aprendido que este gusto es meramente caprichoso. De dos modelos que difieren sólo en unos pocos hilos más o menos de cierto color, uno se venderá rápidamente y el otro quedará en el estante, aunque con frecuencia ocurre que al cabo de una estación el último esté de moda. En comparación, el tatuaje no es la horrible costumbre que nos dicen que es. No es bárbaro sólo porque la impresión sea subcutánea e inalterable.

No puedo creer que nuestro sistema industrial sea el mejor modo por el que podamos vestirnos. La condición de los obreros se parece cada día más a la de los ingleses y no hay que sorprenderse, ya que, por lo que he oído u observado, el objetivo principal no es que la humanidad esté bien y honestamente vestida, sino, indudablemente, que las corporaciones se enriquezcan. A largo plazo, los hombres sólo dan en el blanco al que apuntan. Por tanto, aunque fallen de inmediato, harían mejor en apuntar a algo elevado.

En cuanto al cobijo, no niego que sea una necesidad de la vida, aunque hay ejemplos de hombres que prescinden de él por largos periodos en países más fríos que este. Samuel Laing dice que «el lapón, con su vestido de piel y con una bolsa de piel que pone sobre su cabeza y hombros, dormirá sobre la nieve noche tras noche, a tal temperatura que acabaría con la vida de quien se expusiera a ella con ropa de lana». Los he visto dormir así. Con todo, añade: «No son más duros que otros

pueblos»^[42]. Pero, probablemente, el hombre no haya vivido mucho tiempo en la tierra sin descubrir la conveniencia que supone una casa, las comodidades domésticas, frase que en su origen significó más las satisfacciones de la casa que las de la familia, aunque fueran extremadamente parciales y ocasionales en los climas en que la casa se asocia en nuestro pensamiento principalmente al invierno o la estación lluviosa, y en que durante dos tercios del año, excepto como parasol, es innecesaria. En nuestro clima, en verano, al principio era casi sólo un refugio para la noche. En las gacetas indias, una tienda era el símbolo de un día de marcha y una fila de ellas cortada o pintada en la corteza de un árbol significaba cuántas veces habían acampado. El hombre no fue hecho con miembros tan grandes y robustos para que tratara de estrechar su mundo y cercara con un muro el espacio que le conviniera. Al principio estaba desnudo y a la intemperie, pero, aunque esto era bastante agradable con tiempo sereno y cálido durante el día, la estación lluviosa y el invierno, por no hablar del tórrido sol, tal vez habrían cortado de raíz su raza si no se hubiera aprestado a encontrar el cobijo de una casa. Adán y Eva, según la fábula, llevaron hojas de parra antes que otras ropas. El hombre quería una casa, un lugar cálido, confortable, primero con el calor físico, luego con el calor de los afectos.

Podríamos imaginar el momento en que, en la infancia de la raza humana, un mortal emprendedor reptó hasta un agujero en una roca en busca de cobijo. El mundo empieza de nuevo, en cierto modo, con cada niño, y a este le gusta estar en el exterior, incluso bajo el frío y la lluvia. Como por instinto, juega a tener una casa, así como un caballo. ¿Quién no recuerda el interés con el que, de joven, miraba las rocas inclinadas o la entrada de una cueva? Era la añoranza natural de aquella porción de nuestro ancestro más primitivo que aún sobrevivía en nosotros. Desde la cueva hemos avanzado hasta tejados de hojas de palma, de corteza y ramas, de lino tejido y extenso, de hierba y paja, de maderos y tablillas, de piedras y tejas. Ya no sabemos qué es vivir al aire libre y nuestras vidas son domésticas en más sentidos de los que creemos. Del hogar al campo hay una gran distancia. Tal vez estaría bien que fuéramos a pasar más días y noches sin obstrucción alguna entre nosotros y los cuerpos celestes, que el poeta no hablara tanto bajo techado o el santo no morase allí tanto tiempo. Los pájaros no cantan en las cuevas ni las palomas abrigan su inocencia en los palomares.

Sin embargo, si alguien pretende construir una vivienda, le conviene ejercitar un poco de astucia yanqui, para no encontrarse al fin, en su lugar, con un reformatorio, un laberinto sin ovillo, un museo, un asilo, una prisión o un espléndido mausoleo. Considerad en primer lugar lo absolutamente necesario que resulta un cobijo ligero. He visto a los indios penobscot, en esta ciudad, viviendo en tiendas de fina tela de algodón, mientras la nieve alrededor llegaba a un pie de altura, y pensé que habrían querido que aumentara para impedir el paso del viento. Antes, cuando ganarme la

vida honradamente, con libertad para mis propios fines, era una cuestión que me afligía aún más que ahora, ya que por desgracia me he vuelto algo insensible, solía ver una gran caja junto a la vía del tren, de seis pies de largo por tres de ancho, donde los obreros guardaban sus herramientas por la noche, lo que me sugería que cualquier hombre apremiado podría conseguir una por un dólar y, tras taladrar unos pocos agujeros para dejar pasar el aire, meterse en ella cuando lloviera o anocheciera y, ajustada la tapa, tener libertad a su antojo y ser completamente libre. Esto no parecía lo peor, ni una alternativa despreciable en modo alguno. Podríais levantaros tan tarde como quisierais y, a continuación, marcharos sin que el patrón o el casero os persiguieran por la renta. Muchos hombres, acosados hasta la muerte por el pago de la renta de una caja más grande y lujosa, no se habrían muerto de frío en una caja como esa. No bromeo. La economía puede tratarse a la ligera, pero no es posible deshacerse de ella. Una raza ruda y resistente, que solía vivir a la intemperie, construyó aquí en cierta ocasión una cómoda casa casi por completo con los materiales que la naturaleza puso al alcance de su mano. Gookin, que fue superintendente de asuntos indios en la colonia de Massachusetts, escribió en 1674: «Sus mejores casas están cubiertas con esmero, cerradas y cálidas, con cortezas de árbol arrancadas del tronco cuando ha subido la savia y convertidas en escamas bajo la presión de la madera pesada, cuando están verdes... Las más humildes están cubiertas de esteras que fabrican con una especie de enea, y también resultan cerradas y cálidas, pero no tan buenas como las primeras... He visto algunas de sesenta o cien pies de largo y treinta de ancho... A menudo me he alojado en sus riendas y las he encontrado tan cálidas como las mejores casas inglesas»^[43]. Añade que solían estar alfombradas y forradas por dentro con esteras notablemente bordadas y provistas con varios utensilios. Los indios habían progresado hasta el punto de regular el efecto del viento con una estera suspendida sobre un agujero del techo y movida por una cuerda. Esta morada era construida a lo sumo en un día o dos y desmontada y recogida en pocas horas, y toda familia poseía una o su habitación en una de ellas.

En estado salvaje cada familia posee un cobijo tan bueno como el mejor y suficiente para sus necesidades más groseras y elementales; pero creo que tiene sentido decir que, aunque los pájaros tienen sus nidos, los zorros sus madrigueras y los salvajes sus tiendas, en la moderna sociedad civilizada no más de la mitad de las familias posee una casa. En los grandes pueblos y ciudades, donde la civilización prevalece, el número de quienes poseen una casa es una fracción muy pequeña del conjunto. El resto paga un precio anual por esta indumentaria exterior, indispensable en verano e invierno, con la que podría comprarse un poblado de tiendas indias, pero que ahora contribuye a mantenerlo en la pobreza mientras viva. No pretendo insistir aquí en la desventaja del alquiler comparado con la propiedad, pero es evidente que el salvaje posee su casa porque cuesta poco, mientras que el hombre civilizado alquila

la suya, por lo general, porque no puede permitirse adquirirla ni puede permitirse, a largo plazo, alquilar una mejor. Se dirá que con el mero pago de esta cantidad el pobre hombre civilizado se asegura una morada que es un palacio comparada con la del salvaje. Una renta anual de veinticinco a cien dólares, según los precios del país, le dan derecho al beneficio de las mejoras de los siglos, espaciosa habitaciónes, pintura limpia y papel, una chimenea Rumford, revoques traseros, persianas venecianas, bombas de cobre, cerradura de muelles, un amplio sótano y muchas otras cosas. Pero ¿cómo es que aquel de quien se dice que disfruta de estas cosas es, por lo general, un *pobre* hombre civilizado, mientras que el salvaje, que no las tiene, es rico como un salvaje? Si se afirma que la civilización es un verdadero avance en la condición del hombre —y yo creo que lo es, aunque sólo el sabio aprovecha sus ventajas—, debe demostrarse que ha producido mejores residencias que no resulten más caras, y el coste de una cosa es la cantidad de lo que llamaré vida que ha de cambiarse por ella, de inmediato o a largo plazo. Una casa en esta vecindad, por término medio, cuesta tal vez ochocientos dólares, y reunir esta suma llevará de diez a quince años de la vida del trabajador, aun sin la carga de una familia —estimando el valor pecuniario del trabajo de cada hombre a un dólar al día, ya que si unos, reciben más, otros reciben menos—, de modo que tendrá que pasar, por lo general, más de la mitad de su vida antes de adquirir su tienda. Si suponemos, en cambio, que paga un alquiler, se tratará sólo de una dudosa elección entre males. ¿Sería sabio el salvaje que cambiara su tienda por un palacio con esas condiciones?

Puede suponerse que reduzco casi toda la ventaja de mantener esta propiedad superflua a un fondo en depósito para el futuro, en lo que concierne al individuo, sobre todo para sufragar los gastos funerales. Pero tal vez un hombre no esté obligado a enterrarse a sí mismo. Esto, sin embargo, señala una importante distinción entre el hombre civilizado y el salvaje; sin duda, se han hecho planes en nuestro provecho al convertir la vida de un pueblo civilizado en una *institución*, en que la vida del individuo está en gran medida absorbida para preservar y perfeccionar la de la raza. Pero querría mostrar con cuánto sacrificio se obtiene hoy esta ventaja y sugerir que es posible que vivamos para asegurarla sin sufrir desventaja alguna. ¿Qué queréis decir con que el pobre está siempre con vosotros, o con que los padres comieron los agraces y los dientes de los niños sufren la dentera?

«Por mi vida, dice el Señor, que nunca más diréis este refrán en Israel».

«Mías son las almas todas, lo mismo la del padre que la del hijo; mías son, y el alma que pecare, esa perecerá».

Cuando observo a mis vecinos, los granjeros de Concord, que están al menos tan bien como las demás clases, descubro que la mayoría ha estado trabajando duro veinte, treinta o cuarenta años para convertirse en los auténticos propietarios de sus granjas, las cuales, por lo general, han heredado con gravámenes o han comprado con

dinero prestado —y podemos considerar un tercio de ese esfuerzo como el coste de sus casas—, y que, no obstante, aún no han acabado de pagarlas. Es cierto que a veces los gravámenes superan el valor de la granja, de modo que la granja misma se convierte en un gravamen mayor, y aún hay un hombre que la hereda y que, según dice, está al corriente de ello. Al consultar a los tasadores, me sorprende saber que no pueden nombrar a una docena en la ciudad que posea su granja exenta de cargas. Si queréis saber la historia de estas heredades, preguntad en el banco si están hipotecadas. El hombre que ha conseguido pagar su granja con su trabajo es tan raro que los vecinos le señalan. Dudo que haya tres hombres así en Concord. Lo que se ha dicho de los comerciantes, que una gran mayoría, incluso noventa y siete de cada cien, no lo logra, es igualmente cierto de los granjeros. Respecto a los mercaderes, sin embargo, uno de ellos dice oportunamente que sus fracasos no suelen ser auténticos fracasos pecuniarios, sino sólo fracasos en cumplir sus compromisos, porque resulta inconveniente; es decir, es el carácter moral lo que se quiebra. Pero esto plantea un aspecto infinitamente peor del asunto y sugiere, además, que probablemente ni siquiera aquellos tres salvarán su alma, sino que quizá su bancarrota sea más grave que la de quienes fracasan honradamente. La bancarrota y la repudiación son los trampolines desde los que gran parte de nuestra civilización salta y da vueltas de campana, pero el salvaje se mantiene en el rígido tablón del hambre. Sin embargo, la feria de ganado de Middlesex suena aquí anualmente con *éclat*, como si todas las junturas de la máquina agrícola estuvieran lubricadas.

El granjero se esfuerza en resolver el problema del sustento con una fórmula más complicada que el problema mismo. Para conseguir cordones de zapato especula con manadas de ganado. Con notable habilidad ha puesto su trampa de lazo para cazar la comodidad y la independencia y luego, ya de vuelta, su pierna queda atrapada. Por esta razón es pobre y, por una razón similar, todos somos pobres respecto a mil consuelos salvajes, aunque estemos rodeados de lujos. Como canta Chapman:

La falsa sociedad de los hombres
—Por la grandeza terrenal—
Rarifica en el aire los divinos consuelos.

Y cuando el granjero tiene su casa, puede que no sea más rico sino más pobre por ello y que sea la casa la que lo tenga a él. Creo que esa era una objeción válida planteada por Momo a la casa de Minerva, que no «fuera transportable, a fin de evitar una mala vecindad», y aún puede plantearse, ya que nuestras casas son una propiedad tan aparatosa que a menudo estamos más encerrados que alojados en ellas, y la mala vecindad que se ha de evitar es nuestra propia ruindad. Conozco al menos una o dos familias en esta ciudad que, durante casi una generación, han deseado vender su casa en las afueras y mudarse al centro, pero no han sido capaces de cumplirlo y sólo la muerte las liberará.

Por descontado que la *mayoría* es capaz de poseer o alquilar una casa moderna con todas sus mejoras. Mientras que la civilización ha ido mejorando nuestras casas, no ha mejorado de igual modo los hombres que han de habitarlas. Ha creado palacios, pero no era tan fácil crear nobles y reyes. Y *si las búsquedas del hombre civilizado no valen más que las del salvaje, si está ocupado la mayor parte de su vida en satisfacer necesidades y comodidades vulgares, ¿por qué deberíamos tener una casa mejor?*

¿Y cómo le va a la pobre *minoría*? Tal vez se vea que, en la misma proporción en que algunos han sido puestos en las circunstancias exteriores por encima del salvaje, otros han sido degradados por debajo de él. El lujo de una clase es compensado por la indigencia de otra. A un lado está el palacio, al otro el asilo y los «pobres silenciosos». Las miríadas que construyeron las pirámides que serían la tumba de los faraones eran alimentadas con ajo y es posible que no fueran decentemente enterradas. El cantero que termina la cornisa del palacio tal vez regrese por la noche a una choza peor que una tienda. Es un error suponer que, en un país donde hay pruebas usuales de civilización, la condición de numerosos habitantes no esté tan degradada como la de los salvajes. Me refiero ahora a los pobres degradados, no a los ricos degradados. Para saber esto no he de mirar más allá de las cabañas que bordean por doquier nuestros ferrocarriles, la última mejora de nuestra civilización, donde veo a diario en mis paseos a seres humanos que viven en tabucos con la puerta abierta todo el invierno, por falta de luz, sin un montón de leña visible, a menudo ni siquiera imaginable, y donde las formas de viejos y jóvenes se contraen por el largo hábito de encogerse permanentemente por el frío y la miseria y se impide el desarrollo de todos sus miembros y facultades. Es justo fijarse en esa clase con cuyo esfuerzo se llevan a cabo las obras que distinguen a esta generación. Tal es también, en mayor o menor grado, la condición de los obreros de todo tipo en Inglaterra, que es el gran asilo del mundo. Podría señalaros Irlanda, marcada como uno de los lugares blancos o ilustrados en el mapa. Contrastad las condiciones físicas de los irlandeses con las de los indios norteamericanos, o de los isleños de los Mares del Sur, o de cualquier otra raza salvaje antes de que se degradara por contacto con el hombre civilizado. Sin embargo, no tengo duda alguna de que los gobernantes de ese pueblo son tan sabios como la media de los gobernantes civilizados. Su condición sólo demuestra la escualidez de la civilización. No necesito referirme ahora a los trabajadores de nuestros estados sureños que producen las materias primas de este país y que son en sí mismos un producto básico del sur. Me limito a aquellos que, según se dice, están en circunstancias *moderadas*.

La mayoría de los hombres no parece haber considerado nunca lo que es una casa, y resulta en realidad, pero sin necesidad, pobre toda su vida porque piensa que debe vivir como su vecino. ¡Como si alguien estuviera dispuesto a llevar cualquier abrigo confeccionado por el sastre, o, renunciando gradualmente al sombrero de paja o la

gorra de piel de marmota, se quejara de los duros tiempos porque no puede permitirse comprar una corona! Es posible inventar una casa aún más conveniente y lujosa que la que tenemos y, sin embargo, admitimos que nadie podría permitirse comprarla. ¿Estudiaremos siempre para obtener más cosas de esta índole y no, en ocasiones, para estar contentos con menos? ¿Enseñarán con gravedad los ciudadanos respetables al joven, con preceptos y ejemplo, la necesidad de proveerse de superfluo calzado brillante, y paraguas, y vacías habitaciones de invitados para vacíos invitados, antes de morir? ¿Por qué no habría de ser nuestro mobiliario tan sencillo como el del árabe o el indio? Cuando pienso en los benefactores de la raza, a quienes hemos encumbrado como mensajeros del cielo, portadores de dones divinos para el hombre, no veo séquito alguno a sus pies ni cargamento de muebles de moda. ¡Y qué si concediera —¿no sería una concesión singular?— que nuestro mobiliario debería ser más complejo que el árabe en la medida en que somos moral e intelectualmente superiores a ellos! En la actualidad nuestras casas están atestadas y sucias con tales enseres, y una buena ama de casa barrería la mayor parte en el hoyo del polvo sin dejar de hacer su trabajo matutino. ¡Trabajo matutino! Por los sonrojos de Aurora y la música de Memnón, ¿cuál debería ser el *trabajo matutino* del hombre en este mundo? Tenía tres piezas de piedra caliza en mi escritorio, pero me aterró descubrir que había de quitarles el polvo a diario, cuando el mobiliario de mi mente aún no estaba limpio, y las tiré por la ventana con disgusto. ¿Cómo podría tener yo una casa amueblada? Prefiero sentarme al aire libre, porque no hay polvo sobre la hierba, a menos que el hombre haya quebrado el terreno.

Son los amantes del lujo y los disipados los que imponen las modas que el rebaño sigue diligentemente. El viajero que se detiene supuestamente en las mejores casas pronto lo descubre, porque los publicanos le toman por un Sardanápalo, y si renuncia a sí mismo por sus tiernas mercedes se encontrará al instante completamente castrado. Creo que en el vagón de tren nos inclinamos a gastar más en el lujo que en la seguridad y conveniencia, lo cual amenaza con no hacer del vagón nada mejor que un salón moderno, con sus divanes y otomanas y pantallas y otros cien objetos orientales que llevamos al oeste con nosotros, inventados para las damas del harén y los nativos afeminados del Imperio Celeste, el conocimiento de cuyos nombres debería avergonzar a Jonathan^[44]. Prefiero sentarme en una calabaza y tenerla toda para mí antes que apretujarme en un cojín de terciopelo. Prefiero transitar por la tierra en un carro de bueyes de libre circulación antes que ir al cielo en el suntuoso vagón de un tren de excursión y respirar la *malaria* por el camino.

La misma sencillez y desnudez de la vida del hombre en la época primitiva implica al menos esta ventaja, que le deja aún como un residente en la naturaleza. Una vez repuesto con la comida y el sueño, volvía a contemplar su viaje. Moraba, por así decirlo, en una tienda en este mundo y enhebraba los valles o cruzaba las llanuras

o escalaba las cimas de las montañas. Pero ¡mirad!, los hombres se han convertido en las herramientas de sus herramientas. El hombre que con independencia cogía los frutos cuando tenía hambre se ha convertido en un granjero, y el que buscaba cobijo bajo un árbol, en un casero. Ahora no acampamos ya por una noche, sino que nos hemos establecido en la tierra y hemos olvidado el cielo. Hemos adoptado el cristianismo meramente como un método mejorado de *agricultura*. Hemos construido para este mundo una mansión familiar y para el siguiente una tumba familiar. Las mejores obras de arte son la expresión de la lucha del hombre para liberarse de esta condición, pero el efecto de nuestro arte sólo consiste en hacer confortable este bajo estado y olvidar el estado superior. En realidad no hay lugar en esta ciudad para una obra de *bellas artes*, si alguna ha llegado hasta nosotros, porque nuestras vidas, nuestras casas y calles no le proporcionan un pedestal adecuado. No hay un clavo del que colgar un cuadro ni un estante que reciba el busto de un héroe o un santo. Cuando considero cómo se construyen y se pagan, o no se pagan, nuestras casas, y cómo se maneja y mantiene su economía interna, me asombra que el suelo no ceda bajo el visitante mientras admira las fruslerías que hay sobre el mantel y que no caiga al sótano, a un cimiento, aunque terrenal, sólido y cabal. No puedo sino percibir que esta vida, considerada rica y refinada, es algo que se ha pasado por alto y que no obtengo el goce de las *bellas artes* que la adornan, pues mi atención está por completo atrapada en el salto; recuerdo que el mayor brinco genuino, debido sólo a músculos humanos, es el de ciertos árabes errantes que, según se dice, se elevaron a veinticinco pies del suelo. Sin un apoyo artificial, es seguro que el hombre caerá de nuevo a tierra más allá de esa distancia. La primera pregunta que me siento tentado a plantear al propietario de tan gran impropiedad es: ¿quién te sostiene? ¿Eres uno de los noventa y siete que fracasan o de los tres que triunfan? Responde a estas preguntas y entonces tal vez mire tus bagatelas y las considere ornamentales. El carro delante del caballo no es bello ni útil. Antes de adornar nuestras casas con objetos bellos, las paredes deben estar desnudas, y nuestras vidas deben estar desnudas y un hermoso gobierno de la casa y una hermosa vida deben servir de fundamento: ahora bien, el gusto por lo bello se cultiva sobre todo al aire libre, donde no hay casa ni casero.

El viejo Johnson, en su *Providencia maravillosa*, al hablar de los primeros colonos de esta ciudad, contemporáneos suyos, nos dice que «se ocultaron en la tierra en busca de su primer refugio bajo una colina y, echando tierra sobre los maderos, hicieron un fuego humeante en la vertiente más elevada». No se «proveyeron de casas», dice, «hasta que la tierra, por la bendición del Señor, produjo pan para alimentarlos», y la cosecha del primer año fue tan ligera que «se vieron obligados a cortar en finas porciones el pan durante una larga temporada»^[45]. El secretario de la provincia de Nueva Holanda, escribiendo en holandés, en 1650, para informar a

quienes deseaban desembarcar allí, afirma de manera particular que «los que en Nueva Holanda y, en especial, en Nueva Inglaterra carecen de medios al principio para construir granjas según su deseo, cavan un hoyo cuadrado en el suelo a modo de silo, de seis o siete pies de profundidad, tan largo y ancho como creen apropiado, revisten por dentro la tierra con madera en torno al muro y forran la madera con corteza de árboles o algo más que impida que se derrumbe la tierra. Enmaderan este silo con tablas y lo revisten por encima de un cielo raso, levantan un techo de largueros y cubren los largueros con cortezas o césped verde, de modo que pueden vivir secos y cálidos en estas casas con toda su familia durante dos, tres y cuatro años, en el supuesto de que sea posible dividir los silos según el tamaño de la familia. Los hombres ricos y eminentes de Nueva Inglaterra, al comienzo de las colonias, levantaron de esta manera sus primeras casas por dos razones: en primer lugar, para no perder tiempo en la construcción y no estar faltos de comida en la estación siguiente; en segundo lugar, para no desanimar a las pobres gentes trabajadoras que habían traído en gran número desde la patria. En el curso de tres o cuatro años, cuando el país se hubo adaptado a la agricultura, construyeron casas hermosas y gastaron en ellas varios miles»^[46].

Al proceder así, nuestros ancestros mostraron al menos cierta prudencia, como si su principio consistiera en satisfacer las necesidades más urgentes. Pero ¿están ahora satisfechas las necesidades más urgentes? Cuando pienso en adquirir para mí mismo una de nuestras lujosas moradas, me veo impedido porque, por así decirlo, el país aún no se ha adaptado a la cultura *humana* y todavía estamos obligados a cortar el pan *espiritual* en rebanadas más finas que las de nuestros antepasados. Ni siquiera en las épocas más rudas se han descuidado los ornamentos arquitectónicos; pero dejemos que nuestras casas estén forradas en principio de belleza donde se ponen en contacto con nuestra vida, como el caparazón del marisco, y no sobrecargadas por ella. ¡Ay, he estado en el interior de una o dos y sé de qué están forradas!

Aunque no hayamos degenerado tanto como para no poder vivir en una cueva o una tienda o vestir pieles, es mejor aceptar las ventajas que ofrece la invención e industria de la humanidad, por cara que resulte su compra. En tal vecindad, las tablas y guijarros, la cal y los ladrillos son más baratos y se obtienen más fácilmente que las cuevas adecuadas, o los leños o cortezas en cantidad suficiente, o incluso la arcilla temperada o las piedras llanas. Hablo al respecto con conocimiento de causa, porque me he familiarizado con el asunto de manera teórica y práctica. Con un poco más de ingenio podemos usar estos materiales para hacernos más ricos que los actuales ricos y convertir nuestra civilización en una bendición. El hombre civilizado es un salvaje más experimentado y sabio. Pero pasemos a mi propio experimento.

A finales de marzo de 1845 pedí prestada un hacha y me encaminé a los bosques de la laguna de Walden, al lugar más próximo en que pretendía construir mi casa y empecé a talar unos altos pinos blancos aflechados, aún jóvenes, para obtener madera. Resulta difícil empezar sin pedir prestado, pero tal vez sea la vía más generosa para permitir que vuestros semejantes sientan cierto interés por vuestra empresa. El dueño del hacha, al entregármela, dijo que era la niña de sus ojos; se la devolví más afilada de lo que estaba. Mi lugar de trabajo era una agradable ladera, cubierta de pinares, a través de los cuales veía la laguna, y un pequeño claro en los bosques de donde surgían pinos y nogales. El hielo de la laguna aún no se había derretido, aunque había algunos espacios abiertos, y tenía un color oscuro y estaba saturado de agua. Durante los días en que trabajé allí hubo algunas ventiscas de nieve, pero casi siempre, cuando volvía por la vía del ferrocarril, de regreso a casa, los dorados taludes de arena se extendían brillantes en la brumosa atmósfera y los raíles brillaban al sol primaveral, y oía a la alondra y al papamoscas y a otros pájaros que ya venían a comenzar otro año con nosotros. Fueron gratos días primaverales en que el invierno del descontento del hombre se derretía como la tierra y la vida que había yacido aletargada comenzaba a estirarse de nuevo. Un día en que mi hacha se había desprendido del mango y tuve que cortar un nogal verde para obtener una cuña, colocada con una piedra y puesto todo a remojo en un charco para que la madera se hinchara, vi una serpiente rayada que se deslizaba en el agua y se posaba en el fondo, al parecer sin inconveniente, mientras estuve allí, más de un cuarto de hora; tal vez porque no había salido por completo de su letargo. Me pareció que por una razón similar los hombres persisten en su actual condición baja y primitiva, pero si sintieran la influencia de la primavera de las primaveras^[47] que brota en ellos, por necesidad se elevarían a una vida superior y más etérea. Ya había visto serpientes en las mañanas heladas en mi camino, con parte de su cuerpo aún rígido e inflexible, a la espera de que el sol las deshelara. El primero de abril llovió y se derritió el hielo, y a primera hora del día, que fue muy brumoso, oí a un ganso extraviado a tientas sobre la laguna, que graznaba como si se hubiera perdido o fuera el espíritu de la niebla.

Seguí así varios días cortando y tallando la madera, y también travesaños y pares, todo con mi pequeña hacha, sin muchos pensamientos comunicables ni propios de un escolar, cantando para mí mismo:

Los hombres dicen que saben muchas cosas;
Pero mirad, han tomado alas:
Las artes y las ciencias,
Y mil accesorios;
El viento que sopla
Es cuanto llegan a conocer.

Cuadré las maderas principales a seis pulgadas, corté la mayoría de las tablas por los dos lados y los pares y maderas del suelo por un lado, y dejé las demás con su corteza, de modo que resultaban igual de firmes y más fuertes que las serradas. Cada madero estaba cuidadosamente escopleado o ensamblado a espiga por su tocón, ya que por entonces había pedido prestadas otras herramientas. Mis días en los bosques no eran muy largos; sin embargo, por lo general llevaba mi comida de pan y mantequilla y leía el periódico en que estaba envuelta, a mediodía, sentado entre las verdes ramas de pino que había cortado, y parte de su fragancia alcanzaba mi pan, pues mis manos estaban cubiertas de una espesa capa de resina. Antes de acabar era más amigo que enemigo de los pinos, aunque había talado algunos de ellos, y los conocía mejor. A veces el sonido del hacha atraía a un caminante en el bosque y charlábamos con agrado de las astillas que había hecho.



«Cavé mi silo en la ladera sur de una colina».

A mediados de abril, pues no me apresuraba en mi trabajo, aunque había acabado la mayor parte, mi casa estaba hecha y lista para ser levantada. Había comprado la cabaña de James Collins, un irlandés que trabajaba en el ferrocarril de Fitchburg, por las tablas. La cabaña de James Collins era considerada particularmente hermosa. Cuando fui a verla él no estaba en casa. Caminé por fuera, al principio inadvertido, pues la ventana era profunda y alta. La cabaña era de pequeñas dimensiones, con un

tejado puntiagudo y poco más que ver; la suciedad se elevaba a su alrededor a cinco pies como si fuera un montón de estiércol. El tejado era la parte más sólida, aunque en su mayor parte estaba deformado y quebrado por el sol. No había umbral, sino un paso perenne para las gallinas bajo el dintel. La señora C. salió a la puerta y me invitó a verla desde dentro. Al acercarme las gallinas entraron. Estaba oscura y casi todo el suelo estaba sucio; resultaba húmeda, fría y febril, con una tabla aquí y allá que no podría moverse. Encendió una lámpara para mostrarme el interior del tejado y las paredes, y también cómo se extendía el tablado del suelo bajo la cama, y me avisó de que no pisara en el sótano, una especie de agujero polvoriento de dos pies de profundidad. Con sus palabras, había «buenas tablas arriba, y alrededor, y una buena ventana», de dos cristales que hubo en principio, por donde ya sólo pasaba el gato. Había una estufa, una cama y un lugar para sentarse, un niño en la casa en que había nacido, un parasol de seda, un espejo de marco dorado y un patente molinillo nuevo de café clavado a un pedazo de roble; eso era todo. La compra se cerró pronto, porque entretanto James había vuelto. Yo tenía que pagar esa noche cuatro dólares y veinticinco centavos y él tenía que marcharse a las cinco de la mañana siguiente, sin vender nada a nadie más: yo entraría en posesión de todo a las seis. Lo mejor, dijo él, sería estar allí temprano, y anticiparse a ciertas reclamaciones, indistintas pero por completo injustas, con motivo del alquiler del terreno y el combustible. Me aseguró que ese era el único gravamen. A las seis los adelanté a él y a su familia en la carretera. Un gran bulto lo contenía todo —la cama, el molinillo de café, el espejo, las gallinas—, salvo el gato, que se marchó al bosque y se convirtió en un gato salvaje y, según supe después, cayó en una trampa para marmotas, por lo que al fin resultó un gato muerto.

Desmonté la casa esa misma mañana, quitando los clavos, y la trasladé junto a la laguna en pequeñas carretadas, y extendí las tablas sobre la hierba para decolorarlas y alabearlas al sol. Un madrugador zorzal me dedicó una o dos notas mientras avanzaba por el sendero del bosque. Fui informado traicioneramente por un joven, Patrick, de que un vecino, Seely, un irlandés, en los intervalos del transporte transfirió a su bolsillo los clavos, las grapas y los pernos aún tolerables, rectos y útiles; luego, cuando volví, se quedó a pasar el día y contempló la devastación con naturalidad, despreocupado, con pensamientos primaverales, pues, según dijo, escaseaba el trabajo. Estaba allí para representar la condición del espectador y ayudar a convertir este acontecimiento, aparentemente insignificante, en el traslado de los dioses de Troya.

Cavé mi silo en la ladera sur de una colina, donde una marmota había cavado antes su madriguera, entre raíces de zumaque y zarzamora y una ínfima capa de vegetación, de seis pies cuadrados y siete de profundidad, hasta una fina arena donde las patatas no se congelarían en invierno. Dejé los lados para estantes, sin empedrar;

al no haber brillado el sol sobre ellos, la arena aún está en su lugar. Llevó dos horas de trabajo. Me agradó en especial roturar el terreno, porque en casi todas las latitudes los hombres cavan en la tierra para lograr una temperatura regular. Bajo la más espléndida casa de la ciudad aún puede hallarse el silo donde los hombres almacenan sus raíces, como antiguamente, y mucho después de que la superestructura haya desaparecido la posteridad observa su mella en la tierra. La casa sigue siendo una suerte de porche a la entrada de una madriguera.

Por fin, a finales de mayo, con la ayuda de algunos de mis conocidos, más bien para aprovechar una ocasión de buena vecindad que por necesidad, levanté el armazón de mi casa. Ningún hombre se ha sentido nunca más honrado que yo por el carácter de sus elevadores. Están destinados, confío, a ayudar a levantar un día estructuras más altas. Empecé a ocupar mi casa el 4 de julio, en cuanto conté con tablas y techado, porque las tablas estaban cuidadosamente biseladas y empalmadas, de modo que resultaran impermeables a la lluvia; pero antes de colocar las tablas, dispuse los cimientos de una chimenea en un extremo y traje dos carretadas de piedras desde la laguna hasta la colina en mis brazos. Construí la chimenea tras emplear la azada en otoño, antes de que el fuego fuera necesario para calentarse, y entretanto hice mi comida en el exterior sobre la tierra, por la mañana temprano; considero que este método resulta en ciertos aspectos más conveniente y agradable que el corriente. Si llovía antes de haber cocido el pan, colocaba unas tablas sobre el fuego y me guarecía allí a contemplar mi hogaza, y pasaba de esta manera unas horas gratas. En aquellos días, en que mis manos estaban muy ocupadas, leí poco, pero los menores recortes de papel que yacían en el suelo, mi asidero o mantel, me proporcionaron tanto entretenimiento como la *Ilíada*, y de hecho respondieron al mismo propósito.

Valdría la pena construir aún más deliberadamente de lo que yo lo hice, considerando, por ejemplo, qué cimientos tienen una puerta, una ventana, un silo, un desván en la naturaleza del hombre y acaso sin levantar una superestructura hasta que descubramos una razón para ello mejor que nuestras necesidades temporales. La misma adecuación hay en un hombre que construye su propia casa que en un pájaro que construye su nido. ¿Quién sabe si, en el caso de que los hombres construyeran su morada con sus propias manos y se procuraran comida a sí mismos y a sus familias con suficiente sencillez y honradez, la facultad poética no se desarrollaría universalmente, tal como cantan los pájaros que se ocupan en estos menesteres? Pero, ay, nos gustan los garrapateros y los cuclillos, que ponen sus nuevos en los nidos que otros pájaros han construido y no alegran a viajero alguno con sus gorjeantes y desafinadas notas. ¿Renunciaremos siempre en beneficio del carpintero al placer de la construcción? ¿Qué representa la arquitectura en la experiencia del conjunto de los

hombres? No me he cruzado nunca en mis paseos con un hombre empeñado en una ocupación tan sencilla y natural como edificar su casa. Pertenecemos a la comunidad. No sólo el sastre es la novena parte de un hombre; otro tanto es el predicador y el comerciante y el granjero. ¿Dónde ha de acabar esta división del trabajo? ¿A qué objetivo sirve al fin? Sin duda otro *podría* también pensar por mí, pero no es deseable que lo haga hasta el punto de evitar que piense por mí mismo.



Vista aérea de la laguna de Walden.

En verdad, en este país tenemos a los llamados arquitectos, y yo conozco al menos a uno poseído por la idea de que los ornamentos arquitectónicos tienen un núcleo de verdad, una necesidad, y de ahí una belleza, como si se tratara de una revelación para él^[48]. Todo esto tal vez esté muy bien desde su punto de vista, pero apenas resulta mejor que el vulgar diletantismo. Como reformador sentimental de la arquitectura, comenzó por la cornisa, no por los cimientos. Se trataba sólo de cómo poner un núcleo de verdad en los ornamentos, de que cada ciruela dulce pudiera tener una almendra o carvi en su interior —aunque afirmo que, en su mayoría, las almendras carecen por completo de azúcar—, y no de cómo el habitante, el morador, podría construir verdaderamente por dentro y por fuera y dejar los ornamentos al cuidado de sí mismos. ¿Qué hombre razonable supondrá que los ornamentos sean algo exterior y de la piel, que la tortuga obtenga su moteado caparazón o el marisco sus visos madreporicos por un contrato como el que proporcionó a los habitantes de

Broadway su iglesia de la Trinidad? No obstante, un hombre no tiene más que ver con el estilo de la arquitectura de su casa que una tortuga con el de su concha, ni al soldado le hace falta ocio para pintar el preciso *color* de su virtud en su estandarte. El enemigo lo averiguará. Podría palidecer cuando llegara la hora. Este hombre, a mi juicio, se inclinaba sobre la cornisa y susurraba tímidamente su media verdad a sus rudos ocupantes, que la conocían mejor que él. Lo que veo de belleza arquitectónica sé que ha crecido gradualmente de dentro afuera, por las necesidades y carácter del morador, que es el único constructor, por cierta veracidad inconsciente y nobleza, sin pensar en la apariencia; y cualquier belleza adicional de este tipo que haya de producirse estará precedida por una similar belleza inconsciente de la vida. Las casas más interesantes de este país, como sabe el pintor, son las menos pretenciosas, por lo general las humildes cabañas y chozas de troncos de los pobres; es la vida de los habitantes, de las que son la cascara, y no sólo una peculiaridad en su superficie, lo que las hace *pintorescas*, e igualmente interesante será el apartamento suburbano del ciudadano, cuando su vida sea tan sencilla y agradable para la imaginación y haya tan poco esfuerzo en pos del efecto en el estilo de su vivienda. Una gran parte de ornamentos arquitectónicos es literalmente hueca y una galerna de septiembre los barrería, como plumas prestadas, sin perjuicio en lo sustancial. Pueden subsistir sin *arquitectura* los que carecen de olivas y vino en la bodega. ¿Qué ocurriría si se hiciera lo mismo con los ornamentos del estilo en la literatura y los arquitectos de nuestras biblias pasaran tanto tiempo en su cornisa como los arquitectos de nuestras iglesias? Así resultan las *belles-lettres* y las *beaux-arts* y sus profesores. Mucho importa a un hombre, en verdad, cómo se inclinan unos pocos palos por encima o por debajo de él y de qué colores está revestido su apartamento. Algo significaría si, en serio, él los inclinara y lo revistiera; pero habiéndose separado el espíritu de su morador, es como si construyera su propio ataúd: la arquitectura del sepulcro, y «carpintero» es sólo otro nombre para «fabricante de ataúdes». Un hombre dice, en su desesperación o indiferencia por la vida: toma un puñado de la tierra que hay a tus pies y pinta tu casa de ese color. ¿Está pensando en su última y estrecha casa? Arroja también un penique a propósito. ¡Qué abundante ocio debe de tener! ¿Por qué cogéis un puñado de suciedad? Haríais mejor en pintar la casa a vuestra imagen; que empalidezca o se sonroje por vuestra causa. ¡Qué empresa, mejorar el estilo de la arquitectura rural! Cuando tengáis preparados mis ornamentos, los luciré.

Antes del invierno construí una chimenea y cubrí de madera las paredes de mi casa, que ya eran impermeables a la lluvia, con imperfectas y jugosas tablas del primer corte del tronco, cuyos bordes tuve que alisar con un cepillo.

Tenía así una casa bien cubierta con tablas de madera y revocada, de diez pies de ancho y quince de largo, y postes de ocho pies, con un desván y un armario, una gran ventana a cada lado, dos ventanucos, una puerta en un extremo y una chimenea de

ladrillo al otro lado. El coste exacto de mi casa, pagado el precio acostumbrado por los materiales que usé, pero descontado el trabajo, hecho todo por mí mismo, fue como sigue, y doy los detalles porque muy pocos son capaces de decir con exactitud lo que cuestan sus casas y menos aún, si los hay, el coste separado de los materiales que las componen:

Tablas	8,03	1/2 \$, la mayoría toscas
Tablillas de desecho para el tejado y los laterales	4,00	
Listones	1,25	
Dos ventanas con cristales de segunda mano	2,43	
Mil ladrillos viejos	4,00	
Dos barriles de cal	2,40	Era cara
Cerdas	0,31	Más de lo que necesitaba
Manto de fundición	0,15	
Clavos	3,90	
Bisagras y tornillos	0,14	
Picaporte	0,10	
Tiza	0,01	
Transporte	1,40	Cargué buena parte a mi espalda
Total	28,12 1/2 \$	

Estos fueron todos los materiales, a excepción de la madera, las piedras y la arena, que reclamé por derecho de ocupación. Tengo también un pequeño cobertizo adjunto de madera, hecho principalmente con el material que quedó tras construir la casa.

Pretendo construirme una casa que supere cualquiera de la calle mayor de Concord en grandeza y lujo, tan pronto como me plazca, y que no me cueste más que esta.

Así descubrí que el estudiante que desea un cobijo puede obtener uno para toda la vida a un precio no superior al del alquiler que paga anualmente. Si parece que me jacto más de lo conveniente, mi excusa es que alardeo de humanidad más que de mí mismo, y mis defectos e incoherencias no afectan a la verdad de mi afirmación. A pesar de la mucha trivialidad e hipocresía —paja que me cuesta separar del grano, pero que lamento como cualquiera—, respiraré libremente y me extenderé al respecto, pues resulta un alivio tanto para el sistema físico como para el moral y estoy resuelto a no convertirme por humildad en el abogado del diablo. Me esforzaré en decir una buena palabra por la verdad. En la Universidad de Cambridge, el alquiler de una habitación de estudiante, que apenas es mayor que la mía, es de treinta dólares al año, aunque la corporación obtuvo la ventaja de construir treinta y dos juntas y bajo un mismo techo, y el ocupante sufre el inconveniente de muchos y ruidosos vecinos y tal vez de estar alojado en el cuarto piso. No puedo sino pensar que, si fuéramos más

sabios al respecto, no sólo se necesitaría menos educación, porque, en verdad, ya se habría adquirido más, sino que el gasto pecuniario de conseguir una educación desaparecería en gran medida. Las ventajas que el estudiante requiere en Cambridge o en cualquier otro lugar le cuestan a él o a cualquiera un sacrificio de vida diez veces mayor de lo que supondría una adecuada administración por ambas partes. Las cosas que más dinero cuestan no son las cosas que el estudiante más necesita. La matrícula, por ejemplo, es un punto importante de la tarifa, mientras que la educación más valiosa que consigue al asociarse con sus contemporáneos cultos no tiene cargo alguno. La manera de fundar una universidad consiste, por lo general, en establecer una suscripción de dólares y centavos y luego seguir ciegamente los principios de la división del trabajo hasta su extremo, un principio que nunca debería seguirse más que con circunspección; se convoca a un contratista que lo convierte en un objeto de especulación y emplea a irlandeses u otros obreros para poner los cimientos, mientras que los estudiantes habrán de acomodarse a ello y por tales descuidos pagarán generaciones sucesivas. Creo que sería *mejor que esto*, para los estudiantes o los que deseen beneficiarse de ello, que pusieran ellos mismos los cimientos. El estudiante que asegura su codiciado ocio y retiro eludiendo sistemáticamente toda tarea necesaria para el hombre, no obtiene sino un ocio innoble e infructuoso y se engaña sobre la única experiencia que puede volver fructífero el ocio. «Pero», dice uno, «¿quieres decir que los estudiantes deberían trabajar con sus manos en lugar de sus cabezas?». No quiero decir eso exactamente, pero quiero decir algo muy parecido a eso; quiero decir que no deberían *jugar* a la vida o sólo *estudiarla*, mientras la comunidad les apoya en este juego caro, sino *vivirla* en serio de principio a fin. ¿Cómo podrían aprender a vivir mejor los jóvenes sino intentando de una vez el experimento de vivir? Les servirá para ejercitar su mente tanto como las matemáticas. Si quisiera que un muchacho supiera algo de las artes y ciencias, por ejemplo, no seguiría el proceder habitual, que consiste en ponerle en compañía de un profesor, donde todo se profesa y practica salvo el arte de la vida: examinar el mundo a través de un telescopio o un microscopio y nunca a simple vista; estudiar química y no aprender cómo se hace su pan, o mecánica, y no saber cómo se gana; descubrir nuevos satélites de Neptuno y no percibir las motas en su ojo, o de qué vagabundo es él mismo un satélite; o ser devorado por los monstruos que pululan a su alrededor, mientras contempla los monstruos en una gota de vinagre. ¿Quién habría avanzado más al cabo de un mes, el muchacho que ha fabricado su navaja con la mena que hubiera extraído y fundido, leyendo cuanto fuera necesario para ello, o el muchacho que hubiera asistido entretanto a las conferencias sobre metalurgia en el instituto y recibido de su padre un cortaplumas Rogers? ¿Quién se cortaría antes los dedos con mayor probabilidad?... ¡Para mi sorpresa, al abandonar la universidad me informaron de que había estudiado navegación! Si me hubiera dado una vuelta por el puerto

habría sabido más al respecto. Incluso el estudiante *pobre* estudia y aprende sólo economía *política*, mientras que la economía de vivir, que es sinónima de la filosofía, ni siquiera se profesa sinceramente en nuestras universidades. La consecuencia es que, mientras lee a Adam Smith, Ricardo y Say, las deudas de su padre aumentan irremediablemente.

Así como con nuestras universidades ocurre con cien «mejoras modernas»; hay una ilusión sobre ellas: no siempre hay un avance positivo. El diablo sigue exigiendo un interés compuesto hasta el final por su participación inicial y las numerosas inversiones sucesivas. Nuestras invenciones suelen ser hermosos juguetes que distraen la atención de las cosas serias. No son sino medios mejorados para un fin no mejorado, un fin que resultaba demasiado fácil alcanzar, como el ferrocarril que lleva a Boston o Nueva York. Tenemos mucha prisa para construir un telégrafo magnético desde Maine hasta Texas, pero puede ser que Maine y Texas no tengan nada importante que comunicar. Cada una está en el mismo apuro que el hombre que deseaba ser presentado a una distinguida mujer sorda, pero que, ya en su presencia, con el extremo de la trompetilla en su mano, no tenía nada que decir. Como si el principal objetivo fuera hablar rápido y no hablar con sensatez. Ansiamos perforar un túnel bajo el Atlántico y aproximar en unas semanas el viejo al nuevo mundo, pero tal vez las primeras noticias que se filtrarán a través del amplio, aleteante oído americano, sean que la princesa Adelaida tiene la tos ferina. Al cabo, el hombre cuyo caballo trota una milla por minuto no lleva los mensajes más importantes; no es un evangelista, ni se alimenta de langostas y miel silvestre. Dudo que Flying Childers^[49] llevara nunca un celemín de grano al molino.

Uno me dice: «Me sorprende que no ahorres dinero; te encanta viajar; deberías coger el coche e ir hoy a Fitchburg y ver el país». Pero yo soy más sabio. He aprendido que el viajero más rápido es el que va a pie. Le digo a mi amigo: supón que probamos quién llegará allí primero. La distancia es de treinta millas; el billete cuesta noventa centavos. Es casi la paga de un día. Recuerdo que las pagas eran de sesenta centavos por día para los trabajadores de esta misma carretera. Bien, yo parto ahora a pie y llego allí antes que anochezca; he viajado a ese paso toda la semana. Entretanto, tú habrás sacado tu billete y llegarás allí mañana a cierta hora, o posiblemente esta tarde, si tienes la suerte de conseguir un trabajo a tiempo. En lugar de ir a Fitchburg, estarás trabajando aquí la mayor parte del día. Y así, aun cuando el ferrocarril diera la vuelta al mundo, creo que iría por delante de ti, y en cuanto a ver el país y obtener experiencia de esta índole, tendría que dejar de tratar contigo.

Tal es la ley universal que ningún hombre puede burlar, y respecto al ferrocarril podríamos decir incluso que es tan ancha como larga. Hacer un ferrocarril alrededor del mundo disponible para toda la humanidad equivale a nivelar toda la superficie del planeta. Los hombres tienen la noción equívoca de que si se aplicaran a la actividad

de reunir suficientes capitales y palas, todos viajarían al fin a algún lugar, casi de inmediato y por nada; pero aunque la multitud se precipite a la estación y el conductor grite «¡Todos a bordo!», cuando el humo se disipe y el vapor se condense, se advertirá que sólo viajan unos pocos y que el resto ha sido atropellado y se lo llamará, y será, «un melancólico accidente». Sin duda pueden viajar los que al cabo han conseguido su billete, es decir, si han sobrevivido, pero probablemente habrán perdido entonces su elasticidad y el deseo de viajar. Gastar la mejor parte de la vida en ganar dinero para disfrutar de una dudosa libertad durante la parte menos valiosa, me recuerda al inglés que fue a la India a hacer primero una fortuna para regresar después a Inglaterra y llevar la vida de un poeta. Debería haber subido antes al desván. «¡Cómo!», exclama un millón de irlandeses surgidos de todas las chozas del país, «¿no es algo bueno el ferrocarril que hemos construido?». Sí, respondo, *relativamente* bueno, es decir, podríais haberlo hecho peor; no obstante, como sois hermanos míos, quisiera que hubierais empleado vuestro tiempo en algo mejor que excavar en esta suciedad.

Antes de acabar mi casa, queriendo ganar diez o doce dólares de un modo honrado y agradable para hacer frente a mis insólitos gastos, planté judías, principalmente, en unos dos acres y medio de tierra ligera y arenosa, pero también patatas, maíz, guisantes y nabos en una pequeña parcela. El lote completo contenía once acres, la mayoría de pinos y nogales, y la temporada anterior se vendió a ocho dólares y ocho centavos el acre. Un granjero dijo que «sólo valía para criar ardillas chillonas». No puse estiércol en esta tierra, pues no era el propietario, sino sólo un ocupante, ni esperaba volver a cultivar tanto, y no la cavé toda de una vez. Extraje varios tocones al arar, que me proporcionaron combustible para mucho tiempo y dejaron amplios círculos de mantillo virgen, fácilmente distinguibles durante el verano por la exuberancia de las judías. La madera seca y en su parte no comerciable de la trasera de mi casa y los leños flotantes de la laguna me suministraron el resto del combustible. Tuve que contratar una yunta y un hombre para arar, aunque yo mismo manejé el arado. Los gastos de mi granja durante la primera estación, en utensilios, semilla, trabajo, etc., fueron 14,72 1/2 \$. Me dieron la semilla de maíz. No hay ni que hablar de su coste, a menos que plantéis más de lo necesario. Obtuve doce medidas de judías y dieciocho de patatas, además de algunos guisantes y maíz dulce. El maíz amarillo y los nabos fueron demasiado tardíos. Todo mi ingreso por la granja fue:

	23,44 \$
Deduciendo los gastos	14,72 1/2
quedan	8,71 1/2

junto al producto consumido y disponible en el momento en que se hizo esta estimación, con valor de 4,50 \$, y teniendo en cuenta que la cantidad disponible compensaba de sobra el escaso pasto que no cultivé. Considerándolo bien, es decir, considerando la importancia del alma de un hombre y del presente, a pesar de la corta duración de mi experimento, y en parte a causa de su carácter transitorio, creo que aquel año lo hice mejor que cualquier granjero de Concord.

Al año siguiente lo hice aún mejor, porque removí toda la tierra que necesitaba, en torno a un tercio de acre, y aprendí de la experiencia de los dos años pasados sin sentirme en absoluto intimidado por tantas obras célebres sobre agricultura, como la de Arthur Young, según el cual, si se vive con sencillez y se come la cosecha cultivada y no se cultiva sino lo que se come, y no se cambia esto por una cantidad insuficiente de cosas más lujosas y caras, sólo será preciso cultivar unas pocas varas de tierra y resultará más barato removerla que usar un buey para ararla, y elegir un lugar nuevo periódicamente en vez de abonar el viejo, y se podrá hacer todo el trabajo de la granja necesario, por así decirlo, con la mano izquierda y en ratos perdidos del verano, y así no se estará atado como ahora a un buey, un caballo, una vaca o un cerdo. Deseo hablar sobre este punto imparcialmente, como alguien no interesado en el éxito o fracaso de estos arreglos económicos y sociales. Era más independiente que cualquier granjero de Concord, ya que no estaba anclado a una casa o granja, sino que podía seguir la inclinación de mi genio, que es muy retorcido, a cada momento. Además de estar mejor que los demás, si mi casa hubiera ardido o hubiera perdido mi cosecha habría estado tan bien como antes.

Suelo creer no tanto que los hombres son cuidadores de rebaños como que los rebaños son cuidadores de hombres, pues son más libres. Hombres y bueyes intercambian su trabajo, pero si sólo consideramos el trabajo necesario, se verá que los bueyes llevan gran ventaja, ya que su granja es mucho mayor. El hombre hace parte del trabajo intercambiado en sus seis semanas de forrajear, que no es un juego de niños. Por cierto, ninguna nación que viviera con sencillez en todos los aspectos, es decir, una nación de filósofos, cometería un error tan grande como usar el trabajo de los animales. En verdad, no ha habido ni es probable que haya una nación de filósofos, ni estoy seguro de que fuera deseable que la hubiera. Sin embargo, yo nunca habría domado un caballo o un toro ni lo habría cuidado por el trabajo que pudiera hacer por mí, por miedo a convertirme en un hombre-caballo o en un hombre-rebaño, y si la sociedad parece ganar al hacerlo, ¿estamos seguros de que la ganancia de un hombre no es la pérdida de otro y de que el muchacho del establo tiene el mismo motivo para estar satisfecho que el dueño? Dando por supuesto que algunas obras públicas no se habrían construido sin esta ayuda y concediendo que el hombre comparte esta gloria con el buey y el caballo, ¿se sigue de ello que no podría haber logrado en ese caso obras más dignas de sí mismo? Cuando los hombres

comienzan a hacer con su ayuda un trabajo no sólo innecesario o artístico, sino lujoso y ocioso, es inevitable que unos pocos intercambien todo su trabajo con los bueyes o, en otras palabras, que se conviertan en esclavos de los más fuertes. Así, el hombre no sólo trabaja para el animal que hay dentro de él, sino que, como un símbolo de esto, trabaja para el animal que hay fuera. Aunque tenemos muchas sólidas casas de ladrillo o piedra, la prosperidad del granjero aún se mide por el grado en que el granero eclipsa la casa. Se dice que esta ciudad tiene las mayores casas para bueyes, vacas y caballos de los alrededores, y no se queda atrás en cuanto a sus edificios públicos, pero hay muy pocos lugares para la libertad de culto o la libertad de expresión en este país. Si no fuera por su arquitectura, ¿por qué no habrían las naciones de ser recordadas por su capacidad para el pensamiento abstracto? ¡Cuánto más admirable es el Bhagavad-Gita que todas las ruinas de Oriente! Torres y templos son el lujo de los príncipes. Un hombre sencillo e independiente no se somete a príncipe alguno. El genio no es una pertenencia del emperador, ni su material es la plata, el oro o el mármol, excepto en lo insignificante. ¿Con qué fin, decidme, se pica tanta piedra? En Arcadia, cuando estuve allí, no vi piedra picada. Las naciones están poseídas por la desquiciada ambición de perpetuar su memoria por la cantidad de piedra picada que dejan atrás. ¿Y si se tomaran la misma molestia por suavizar y pulir sus modales? Una pieza de buen sentido sería más memorable que un monumento tan alto como la luna. Prefiero ver piedras en su lugar. La grandeza de Tebas era una grandeza vulgar. Más sensato es el muro de piedra que limita el campo de un hombre honrado que la Tebas de cien puertas que se ha alejado del verdadero fin de la vida. La religión y la civilización bárbara y pagana construyen templos espléndidos, pero lo que podríamos llamar cristianismo no. Casi toda la piedra que una nación pica se dedica sólo a su tumba. Se entierra viva. En cuanto a las pirámides, no hay nada por lo que asombrarse tanto como del hecho de que pudiera haber tantos hombres degradados para gastar sus vidas en construir la tumba de un bobo ambicioso, que habría sido más sabio y viril ahogar en el Nilo, y arrojar luego su cuerpo a los perros. Posiblemente podría inventar una excusa para ellos y para él, pero no tengo tiempo. En cuanto a la religión y el amor al arte de los constructores, ocurre lo mismo en todo el mundo, ya se trate de un templo egipcio o del Banco de los Estados Unidos. Cuesta más de lo que vale. La causa principal es la vanidad, ayudada por el amor al ajo, el pan y la mantequilla. El señor Balcom, un joven y prometedor arquitecto, lo diseña al dorso de su Vitrubio, con lápiz duro y regla, y luego entrega la faena a Dobson e Hijos, picapedreros. Mientras los treinta siglos empezaban a bajar la vista hasta allí, la humanidad la subía. En cuanto a vuestras altas torres y monumentos, hubo una vez un loco en esta ciudad que se propuso cavar hasta China, y llegó tan lejos, según dijo, que oía las ollas y teteras chinas, pero no creo que me desvíe de mi camino para admirar el agujero que hizo. A muchos les interesan los monumentos de Oriente y

Occidente, saber quién los construyó. Por mi parte, me gustaría saber quiénes, por aquel entonces, no los construyeron, quiénes estaban por encima de la trivialidad. Pero sigamos con mis estadísticas.

Por agrimensura, carpintería y trabajos diarios de otra índole en la ciudad, ya que tenía tantos oficios como dedos, gané 13,34 \$. El gasto de comida por ocho meses, es decir, del 4 de julio al 1 de marzo, el tiempo al que corresponde esta estimación, aunque viví allí más de dos años, sin contar patatas, un poco de maíz verde y algunos guisantes que cultivé, ni considerar el valor de lo disponible en la última fecha, fue:

Arroz	1,73 1/2 \$	
Melaza	1,73	La forma más barata de la sacarina
Harina de centeno	1,04 3/4	
Harina de maíz	0,99 3/4	
Carne de cerdo	0,22	Más barato que el centeno

Experimentos que fracasaron

Harina de trigo	0,88	Cuesta más que la harina de maíz, en dinero y molestias
Azúcar	0,80	
Manteca de cerdo	0,65	
Manzanas	0,25	
Manzanas secas	0,22	
Batatas	0,10	
Una calabaza	0,6	
Una sandía	0,2	
Sal	0,3	

Sí, comí por valor de 8,74 \$ en total, pero no confesaría tan desvergonzadamente mi culpa si no supiera que la mayoría de mis lectores es tan culpable como yo y que sus cuentas no resultarían mejores una vez impresas. Al año siguiente me hice en ocasiones con un plato de pescado para comer, y una vez llegué a cazar una marmota que destrozaba mi campo de judías —llevé a cabo su transmigración, como diría un tártaro— y la devoré, en parte para probar; pero aunque me reportó un goce transitorio, a pesar del sabor almizcleño, entendí que ni siquiera el uso prolongado lo convertiría en buena práctica, al margen de lo que podría parecer consumir marmotas aderezadas por el carnicero de la ciudad.

Aunque poco pueda inferirse de esta partida, la ropa y ciertos gastos incidentales de estas mismas fechas ascendieron a:

	8,40 3/4 \$
Aceite y ciertos utensilios domésticos	2,00

Así que todos los gastos pecuniarios, salvo por el lavado y zurcido, que en su mayor parte se hicieron fuera de casa, y cuyas facturas aún no se han recibido —y estas son todas y más que todas las maneras de las que necesariamente se gasta el dinero en esta parte del mundo—, fueron:

Casa	28,12 1/2 \$
Granja, un año	14,72 1/2
Comida, ocho meses	8,74
Ropa, etc., ocho meses	8,40 3/4
Aceite, etc., ocho meses	2,00
Total	61,99 3/4 \$

Me dirijo ahora a aquellos de mis lectores que tienen que ganarse la vida. Para ello, obtuve de mis cosechas:

	23,44 \$
Ganado como jornal	13,34
Total	36,78 \$

lo cual, sustraído de la suma de los gastos, deja por un lado un saldo de 25,21 3/4 \$ —que son casi los medios con que empecé y la cantidad de los gastos en que incurrimos— y, por otro, junto al ocio y la independencia y la salud así asegurados, una casa confortable para mí mientras quisiera ocuparla.

Estas estadísticas, aunque parezcan accidentales y, por tanto, poco instructivas, al ser completas tienen también cierto valor. No recibí nada de lo que no haya dado cuenta. Resulta de la estimación anterior que mi comida me costó en dinero en torno a veintisiete centavos por semana. Fue, durante casi dos años, harina de centeno y de maíz sin levadura, patatas, arroz, un poco de carne de cerdo salada, melaza y sal, y para beber, agua. Era adecuado que viviera sobre todo de arroz quien tanto amaba la filosofía de la India. Para responder a las objeciones de algunos inveterados cavilosos, puedo decir también que si comí fuera en ocasiones, como siempre había hecho y confío en poder seguir haciendo, fue con frecuencia en detrimento de mis arreglos domésticos. Pero si comer fuera es, como digo, un elemento constante, apenas afecta a una afirmación relativa como esta.

En mis dos años de experiencia aprendí que costaría increíblemente poco obtener el sustento necesario, incluso en esta latitud; que un hombre podría llevar una dieta tan sencilla como los animales y, sin embargo, conservar la salud y la fuerza. Hice una comida satisfactoria, satisfactoria en varios aspectos, tan sólo con un plato de verdolaga (*Portulaca oleracea*) que recogí en mi maizal, herví y sazoné. Doy el latín por lo sabroso del nombre trivial. ¿Qué más podría desear un hombre razonable, en

tiempos de paz, en un mediodía cualquiera, que un número suficiente de espigas de maíz verde hervidas con sal? Aun la escasa variedad a la que me acostumbré fue una concesión a las exigencias del apetito y no de la salud. Sin embargo, los hombres han llegado al punto de pasar hambre a menudo no por falta de lo necesario, sino por falta de lujos, y conozco a una buena mujer que cree que su hijo perdió la vida porque sólo bebía agua.

El lector advertirá que estoy tratando la cuestión desde un punto de vista económico, antes que dietético, y no se atreverá a poner a prueba mi condición abstemia a menos que cuente con una despensa bien provista.

Al principio hice el pan con pura harina de maíz y sal, auténticos panes de maíz que cocía al fuego en el exterior sobre una tablilla o al extremo de una madera serrada al construir mi casa, pero solía resultar ahumado y con sabor a pino. Lo intenté también con harina de trigo y, al cabo, encontré una mezcla de centeno y harina de maíz de lo más conveniente y agradable. Con el tiempo frío no era poco entretenimiento cocer sucesivamente pequeñas barras, vigilándolas y volviéndolas con tanto cuidado como haría un egipcio con sus huevos incubados. Fueron un auténtico fruto cereal que hice madurar y brindaban a mis sentidos una fragancia que trataba de mantener en lo posible envolviéndolos en paños, similar a la de otros nobles frutos. Llevé a cabo un estudio del antiguo e indispensable arte de hacer pan, consultando las autoridades que se ofrecían, de vuelta a los días primitivos y a la primera invención del ácimo, cuando tras la aspereza de frutos secos y carnes los hombres alcanzaron la suavidad y el refinamiento de esta dieta, viajando gradualmente en mis estudios a través del accidente de la masa agria que, según se supone, enseñó el proceso de la fermentación, y a través de varias fermentaciones posteriores, hasta que llegué al «buen, dulce, sano pan», el sustento de la vida. La levadura, que algunos consideran el alma del pan, el *spiritus* que llena su tejido celular, religiosamente preservada como el fuego vestal —una preciosa botellita, supongo, traída en el Mayflower, hizo el negocio de América y su influencia aún se yergue, hincha y extiende en oleadas cereales sobre la tierra—, este germen lo conseguí regular y fielmente en la ciudad, hasta que una mañana olvidé las reglas y escaldé mi levadura; accidente por el que descubrí que ni siquiera esta era indispensable —porque mis descubrimientos no eran por proceso sintético, sino analítico—, por lo que desde entonces he prescindido de ella alegremente, aunque la mayoría de las amas de casa me aseguraron con gravedad que no podría haber un pan sano y fiable sin levadura, y las personas mayores profetizaron una rápida decadencia del las fuerzas vitales. Sin embargo, descubro que no es un ingrediente esencial y, tras prescindir de él durante un año, aún estoy en la tierra de los vivos; me alegra escapar a la trivialidad de llevar una botellita en el bolsillo que a veces se abre y descarga su contenido para mi disgusto. Resulta más sencillo y respetable prescindir de ella. El

hombre es un animal que, más que ningún otro, puede adaptarse a todos los climas y circunstancias. No puse sal, soda u otro ácido o alcalino en mi pan. Parecía que lo elaboraba según la receta que dio Marco Porcio Catón dos siglos antes de Cristo. «Panem depsticum sic facito. Manus mortariumque bene lavato. Farinam in mortarium indito, aquæ paulatim addito, subigitoque pulchre. Ubi bene subegeris, defingito, coquitoque sub testu». Lo que quiere decir: «Haz así el pan amasado. Lava bien tus manos y el mortero. Pon la masa en el mortero, añade agua gradualmente y amásalo por completo. Una vez bien amasado, moldéalo y cuécelo con una tapa», es decir, en una marmita. Ni una palabra sobre levadura. Pero no siempre usé este sustento de la vida. En cierta ocasión, debido a lo vacío de mi monedero, no vi ni un ápice por más de un mes.

Cualquier habitante de Nueva Inglaterra podría fácilmente plantar sus propios cereales en esta tierra de centeno y maíz y no depender al respecto de mercados remotos y fluctuantes. Sin embargo, tan lejos estamos de la sencillez e independencia que, en Concord, raramente se vende en las tiendas maíz fresco y dulce, y apenas nadie usa maíz molido o en forma aún más basta. Suele ocurrir que el granjero eche a su rebaño y cerdos el grano de su propia cosecha y compre harina de trigo, la cual, a mayor coste en la tienda, no es tan sana como aquel. Vi que podía fácilmente obtener una medida o dos de centeno y maíz, porque el primero crece en la tierra más pobre y el último no exige la mejor, y molerlos en un molinillo de mano y pasar sin arroz ni carne de cerdo; si debía tener un poco de dulce concentrado, descubrí experimentando que podía elaborar una melaza muy buena de calabaza o remolacha y supe que necesitaba sólo unos pocos arces para obtenerlo con mayor facilidad, y mientras estos crecían podía usar varios sustitutos junto a los nombrados, «porque», como cantaron los antepasados:

Podemos hacer licor para endulzar nuestros labios
De calabazas y chirivías y astillas de nogal^[50].

Por último, en cuanto a la sal, el más vulgar de los víveres, obtenerla puede ser un buen motivo para visitar la costa; si prescindiera de ella por completo, probablemente bebería menos agua. Por lo que sé, los indios nunca se afanaron por buscarla.

Así pude evitar todo comercio y trueque en lo que respecta a mi alimento y, tras tener un cobijo, sólo me quedaría conseguir ropa y combustible. Los pantalones que ahora llevo fueron tejidos por la familia de un granjero; a Dios gracias aún hay virtud en el hombre, porque creo que la caída del granjero en obrero es tan grande y memorable como la del hombre en granjero, y en un país nuevo, el combustible es un inconveniente. En cuanto al hábitat, si no me fuera permitido aún colonizar, podría comprar un acre al mismo precio por el que se vendió la tierra que cultivé, es decir, ocho dólares y ocho centavos. Pero tal como fue, consideré que aumentaba el valor

de la tierra al ocuparla.

Hay cierta clase de incrédulos que a veces me preguntan cosas como si creo que puedo vivir sólo de comida vegetal y, por llegar de una vez a la raíz del asunto — porque la raíz es la fe—, estoy acostumbrado a responder que podría vivir de clavos de tablón. Si no pueden comprender esto, no podrán comprender demasiado de lo que tengo que decir. Por mi parte, me alegra saber que se han intentado experimentos de esta clase; como un joven que intentó vivir durante dos semanas de espigas de maíz duro y crudo, usando sus dientes como mortero. La tribu de las ardillas lo intentó y lo logró. La raza humana está interesada en estos experimentos, aunque se alarmen unas cuantas mujeres viejas que están incapacitadas para ello o que poseen sus tercios en molinos.

Mi mobiliario, del cual una parte la hice yo mismo y el resto no me costó nada de lo que no haya rendido cuentas, consistía en una cama, una mesa, un pupitre, tres sillas, un espejo de tres pulgadas de diámetro, un par de tenacillas y morillos, una olla, una cacerola, una sartén de freír, un cazo, un lavabo, dos cuchillos y tenedores, tres platos, una taza, una cuchara, una jarra para el aceite, otra para la melaza y una lámpara lacada. Nadie es tan pobre como para tener que sentarse en una calabaza. Eso es vagancia. Hay un montón de sillas como a mí me gustan, disponibles en los desvanes de la ciudad. ¡Mobiliario! Gracias a Dios, puedo sentarme y sostenerme sin la ayuda de un almacén de muebles. ¿Qué hombre, salvo un filósofo, no se avergonzaría de ver su mobiliario empaquetado en un carro y recorrer el país expuesto a la luz del cielo y a las miradas de los hombres, una miserable relación de cajas vacías? Tal es el mobiliario de Spaulding. Al inspeccionar tal carga, nunca podría decir si pertenecía a un hombre rico o pobre; el propietario siempre resultaría menesteroso. En efecto, cuantas más cosas similares poseáis, más pobres seréis. Cada carga parece como si encerrara el contenido de una docena de chozas, y si una choza es pobre, aquel será doce veces más pobre. Decidme, ¿para qué nos mudamos, sino para librarnos de nuestro mobiliario, de nuestras *exuviae*, para ir de este mundo, al cabo, a otro recién amueblado y dejar que este se queme? Ocurre lo mismo que si todos los trastos fueran enganchados al cinturón de un hombre y este no pudiera moverse por el abrupto país en que están trazadas nuestras líneas sin arrastrarlos, sin arrastrar su trampa^[51]. Fue un zorro afortunado el que dejó su cola en la trampa. La rata almizclera roerá su tercera pata para librarse. No es de extrañar que el hombre haya perdido su elasticidad. ¡Cuán a menudo se halla en un punto muerto! «Señor, si puedo atreverme a preguntarlo, ¿qué quiere decir en un punto muerto?». Si sois observadores, cuandoquiera que encontréis a un hombre, veréis cuanto posee, ay, y mucho que finge repudiar, tras él, incluso su mobiliario de cocina y todas las baratijas que salva y no quema, y parecerá estar uncido a ello y avanzar cuanto pueda. Creo que está en un punto muerto el hombre que ha atravesado un agujero o portillo por el

que su carga de muebles no puede seguirle. No puedo sino sentir compasión cuando oigo hablar a un hombre acicalado y de aspecto fornido, aparentemente libre, ceñido y dispuesto, sobre si su «mobiliario» está o no asegurado. «Pero ¿qué haré con mis muebles?». Mi alegre mariposa queda atrapada entonces en una telaraña. Incluso aquellos que parecían no tenerlos, si preguntáis, veréis que tienen algo almacenado en el granero de alguien. Considero hoy a Inglaterra como un anciano caballero que viaja con mucho equipaje, baratijas que ha acumulado tras un largo cuidado doméstico y que no tiene el valor de quemar: un gran baúl, un pequeño baúl, una sombrerera y un fardo. Desechad al menos los tres primeros. Superaría hoy la capacidad de un hombre sano levantar su cama y andar, y yo aconsejaría al enfermo, por cierto, que se levantara y echase a correr. Cuando me he topado con un inmigrante que se tambaleaba bajo un fardo que contenía todo lo suyo —similar a un enorme lobanillo que le hubiera crecido en la nuca—, le he compadecido, no porque eso fuera todo lo suyo, sino porque tenía que llevar todo *eso*. Si he de arrastrar mi trampa, me cuidaré de que sea ligera y no me pellizque en una parte vital. Pero tal vez sería de sabios no meter ahí la zarpa.

Observaré, a propósito, que no me cuestan nada las cortinas, ya que no tengo curiosos a los que evitar salvo el sol y la luna, y me gusta que miren adentro. La luna no agriará la leche ni pudrirá mi carne, ni el sol estropeará mis muebles o desvairá la alfombra, y si a veces resulta un amigo demasiado caluroso, considero mejor economía retirarme tras alguna cortina provista por la naturaleza antes que añadir un solo artículo a los detalles de la casa. Una dama me ofreció una vez una estera, pero como no tenía espacio dentro de la casa, ni tiempo dentro o fuera para sacudirla, la rehusé, pues prefería limpiarme los pies en el césped frente a la puerta. Es mejor evitar los comienzos del mal.

No hace mucho asistí a la subasta de los efectos de un diácono, porque su vida no había estado falta de ellos:

El mal que hacen los hombres les sobrevive^[52].

Como de costumbre, casi todo eran fruslerías que había empezado a acumular en vida de su padre. Entre otras cosas había una tenia seca. Ahora, tras yacer medio siglo en su desván y otros agujeros polvorientos, tales cosas no se quemaban; en lugar de acabar en una *hoguera*, o en su destrucción purificadora, lo hacían en una *subasta* o aumento. Los vecinos se reunieron ávidamente para verlas, comprarlas y transportarlas cuidadosamente a sus desvanes y polvorientos agujeros, para que yacieran allí hasta que sus bienes fueran liquidados, y entonces vuelta a empezar. Cuando un hombre muere, pateo el polvo.

Tal vez podríamos imitar con provecho las costumbres de ciertas naciones salvajes, ya que al menos parecen librarse del desánimo anualmente; tienen la idea de

ello, tengan o no su realidad. ¿No estaría bien que celebráramos tal «festival» o «fiesta de primicias», como era la costumbre de los indios muclasse, según Bartram? «Cuando un poblado celebra su festival», dice, «tras haberse provisto de nuevos vestidos, nuevas cazuelas, sartenes y otros utensilios domésticos y muebles, reúnen todas sus ropas gastadas y otras cosas desechables, barren y limpian la suciedad de sus casas, las cuadras y todo el poblado, y la arrojan con el grano sobrante y las demás viejas provisiones a un solo montón para que el fuego lo consuma. Tras haber ingerido la medicina y ayunado por tres días, se extingue todo el fuego en el poblado. Durante este ayuno, se abstienen de satisfacer cualquier apetito y pasión. Se proclama una amnistía general; todos los malhechores pueden regresar a su poblado».

«A la mañana del cuarto día, el sumo sacerdote produce un nuevo fuego frotando madera seca en la plaza pública, y se suministra a cada habitación del poblado esta llama nueva y pura».

Luego se deleitan con el nuevo maíz y los frutos y bailan y cantan durante tres días, «y los cuatro días siguientes reciben visitas y disfrutan con sus amigos de los poblados vecinos, que se han purificado y preparado de manera similar»^[53].

Los mejicanos practicaban también cierta purificación cada cincuenta y dos años, con la creencia de que era el momento de que el mundo llegara a un fin.

No conozco un sacramento más verdadero que este, es decir, tal como el diccionario lo define, «signo exterior y visible de una gracia interior y espiritual», y no tengo duda alguna de que fueron inspirados originalmente por el cielo al obrar así, aunque no tengan registro bíblico alguno de la revelación.

Durante más de cinco años me mantuve así sólo con el trabajo de mis manos y descubrí que con trabajar unas seis semanas al año podía sufragar todos los gastos de la vida. En invierno, y casi siempre en verano, estaba libre y tranquilo para estudiar. He intentado mantener una escuela a conciencia, y descubrí que mis gastos estaban en proporción, o más bien fuera de proporción, con mis ingresos, porque estaba obligado a vestir y enseñar, por no hablar de pensar y creer, de manera adecuada, y perdía mi tiempo por añadidura. Como no enseñaba en beneficio de mis conciudadanos, sino sólo como medio de vida, resultó un fracaso. He intentado el comercio, pero descubrí que tardaría diez años en ponerme en camino y que entonces iría probablemente por el camino del diablo. Me asustó realmente que entonces pudiera estar haciendo lo que se llama un buen negocio. Cuando por vez primera me preocupé por lo que podía hacer para vivir, teniendo en mente, para probar mi ingenuidad, cierta triste experiencia de conformarme a los deseos de los amigos, pensé frecuente y seriamente en recoger gayubas; seguramente podría hacerlo y su pequeño provecho habría bastado —porque mi mayor habilidad ha sido necesitar

poco— por el poco capital requerido, por la escasa distracción de mi humor habitual, pensé ridículamente. Mientras mis conocidos se dedicaban sin vacilar al comercio u otras profesiones, consideraba esta ocupación similar a la suya; recorrer las colinas en verano para recoger las bayas que me salieran al paso y después disponer de ellas sin cuidado; cuidar, por tanto, los rebaños de Admeto. También soñaba que podría reunir las hierbas silvestres o llevar siemprevivas a los aldeanos que quisieran recordar los bosques, incluso hasta la ciudad, a carretadas. Pero he aprendido desde entonces que el comercio maldice todo lo que toca y que, aun cuando comercies con mensajes del cielo, la maldición del comercio afecta al negocio.

Como prefería unas cosas a otras y valoraba especialmente mi libertad, y como podía resultarme difícil y, con todo, tener éxito, no deseaba por el momento malgastar mi tiempo en adquirir ricas alfombras u otro hermoso mobiliario, o delicada cocina, o una casa de estilo griego o gótico. Si hay alguien a quien no le suponga interrupción alguna adquirir estas cosas y que sepa cómo usarlas una vez adquiridas, le cedo la búsqueda. Algunos son «industriosos» y parecen amar el trabajo por sí mismo, o tal vez porque los aparta de un perjuicio mayor; a estos por ahora no tengo nada que decirles. A los que no sabrían qué hacer con más ocio del que ahora disfrutaban, les aconsejaría que trabajaran con redoblada dureza, que trabajaran hasta que hubieran pagado por sí mismos y obtenido su carta de libertad. En cuanto a mí, descubrí que la ocupación de un jornalero era la más independiente, en especial porque exigía sólo treinta o cuarenta días al año para subsistir. El día del jornalero acaba cuando se oculta el sol y entonces es libre de dedicarse a su búsqueda elegida, independiente de su trabajo; pero su contratante, que especula de mes en mes, no conoce tregua de un extremo al otro del año.

En resumen, estoy convencido, tanto por fe como por experiencia, de que mantenerse en esta tierra no es una dificultad sino un pasatiempo, si vivimos sencilla y sabiamente, así como las búsquedas de las naciones más sencillas son aún los juegos de las más artificiales. No es necesario que un hombre gane su pan con el sudor de su frente, a menos que sude con mayor facilidad que yo.

Un joven a quien conozco, que ha heredado unos acres, me dijo que debería vivir como yo lo hacía *si tuviera los medios*. No quisiera que nadie adoptara *mi* modo de vida por causa alguna, pues además de que antes de que lo hubiera aprendido podría haber hallado otro para mí mismo, deseo que haya tantas personas diferentes en el mundo como sea posible; pero quisiera que cada uno fuera muy cuidadoso en descubrir y seguir *su propio* camino, y no el de su padre o el de su madre o el de su vecino. El joven puede construir o cultivar o navegar, que nada le impida hacer lo que me dice que desearía hacer. Somos sabios sólo por un punto matemático, como el marinero o el esclavo fugitivo que conservan a la vista la estrella polar, pero esa es suficiente guía para toda la vida. Puede que no lleguemos a puerto en el periodo

previsto, pero mantendríamos el rumbo.

Sin duda, en este caso, lo que es cierto para uno aún es más cierto para mil, como una casa grande no es más cara que una pequeña en proporción a su tamaño, ya que un techo puede cubrir, un sótano abarcar y un muro separar varios apartamentos. Por mi parte, prefiero una morada solitaria. Además, por lo general, si vosotros lo construís todo resultará más barato que convencer a otro de la ventaja de una medianera y, una vez hecha, para que fuera mucho más barata habría de ser delgada, y el otro podría ser un mal vecino y no reparar su lado. La única cooperación posible resulta muy parcial y superficial, y la escasa cooperación auténtica que hay es como si no la hubiera, pues su armonía es inaudible para los hombres. Si un hombre tiene fe, cooperará con igual fe en todas partes; si no tiene fe, seguirá viviendo como el resto del mundo con quienquiera que se junte. Cooperar, tanto en el sentido supremo como en el ínfimo, significa *ganarnos la vida juntos*. Hace poco oí proponer que dos jóvenes viajaran juntos por el mundo, el uno sin dinero, ganando sus recursos sobre la marcha, al pie del mástil y ante el arado, el otro con una letra de cambio en el bolsillo. Era fácil ver que no podrían ser por mucho tiempo compañeros o cooperar, ya que uno no *operaba* en absoluto. Se separarían en la primera crisis interesante de sus aventuras. Sobre todo, como he sugerido, el hombre que va solo puede comenzar hoy, pero el que viaja con otro debe esperar a que esté preparado, y puede transcurrir mucho tiempo antes de que partan.

He oído decir a algunos de mis conciudadanos que todo esto es muy egoísta. Confieso que hasta ahora he consentido muy poco en empresas filantrópicas. He hecho ciertos sacrificios por sentido del deber y, entre otros, he sacrificado también este placer. Hay algunos que han tratado por todos los medios de persuadirme para que me hiciera cargo de alguna familia pobre de la ciudad; si no tuviera nada que hacer —pues el diablo encuentra empleo al ocioso— podría probar con un pasatiempo como ese. Sin embargo, cuando he pensado en consentir en ello, e imponer a su cielo cierta obligación por mantener a personas pobres en todos los aspectos de manera tan confortable como a mí mismo, e incluso he llegado a hacerles el ofrecimiento, todos han preferido sin dudarlo seguir siendo pobres. Mientras los hombres y mujeres de mi ciudad se dedican de muchas maneras al bien de sus semejantes, espero que uno pueda reservarse para otros y menos humanos propósitos. Debéis tener el genio para la caridad, así como para cualquier otra cosa. En cuanto a hacer el bien, esta es una de esas profesiones saturadas. Además, la he probado bastante y, por extraño que parezca, estoy satisfecho de que no concuerde con mi constitución. Probablemente no debería renunciar consciente y deliberadamente a mi vocación particular por hacer el bien que la sociedad exige de mí, para salvar al universo de la aniquilación, y creo que una firmeza similar pero infinitamente mayor en otra parte es lo que ahora lo preserva. No me interpondría entre un hombre y su

genio, y a aquel que hace su trabajo, que yo rehúso, con todo su corazón y alma y vida, le diría: persevera, aun cuando el mundo, como es lo más probable, lo llame hacer el mal.

Estoy lejos de suponer que mi caso sea peculiar; sin duda, muchos de mis lectores harían una defensa similar. En cuanto a hacer algo —no comprometeré a mis vecinos para que lo llamen bueno—, no vacilo en decir que podrían contratarme; en cuanto a qué, es el contratante quien debe averiguarlo. El *bien* que hago, en el sentido común de esa palabra, debe apartarse de mi senda principal y en su mayor parte no debe ser intencionado. Los hombres dicen, prácticamente: empezad donde estéis y tal como sois, sin tratar de dignificaros, y ocupaos en hacer el bien con anticipada amabilidad. Si hubiera de predicar de este modo, antes diría: proponeos ser buenos. Como si el sol debiera detenerse tras haber llevado sus fuegos hasta el esplendor de una luna o una estrella de la sexta magnitud, y seguir como un Robin Goodfellow, asomado a cada ventana campestre, inspirando a los lunáticos y pudriendo las carnes y haciendo visible la oscuridad, en lugar de aumentar firmemente su genial calor y beneficencia hasta ser tan brillante que ningún mortal pueda mirarlo a la cara, y luego, y también entretanto, rodear el mundo por su órbita, haciendo el bien, o mejor, como una filosofía más cierta ha descubierto, con el mundo en su órbita al tiempo que se hace bueno. Cuando Faetón, deseando probar su origen celeste por su beneficencia, se hizo por un día con el carro del sol y lo condujo fuera del camino trillado, quemó varios bloques de casas en las calles inferiores del cielo y abrasó la superficie de la tierra, secó todas las fuentes y produjo el gran desierto del Sáhara, hasta que al fin Júpiter lo derribó sobre la tierra con un rayo y el sol, apenado con su muerte, dejó de brillar durante un año.

No hay peor olor que el que brota de la bondad corrompida. Es la humana, la divina carroña. Si supiera con certeza que un hombre viene a mi casa con el propósito consciente de hacerme bien, correría por mi vida como ante ese viento de los desiertos africanos llamado simún, que llena de polvo la boca, la nariz, los oídos y los ojos hasta asfixiarlos, por temor a contraer algo de ese bien y que parte de su virus se mezclara con mi sangre. No, en este caso preferiría sufrir el mal de manera natural. Un hombre no es un buen *hombre* para mí porque me alimente si paso hambre, o me caliente si siento frío, o me saque de una zanja si llego a caer en ella. Puedo mostraros un terranova que hará otro tanto. La filantropía no es el amor por el prójimo en el sentido más amplio. Howard^[54] fue sin duda un hombre muy amable y digno a su manera, y tiene su recompensa; pero, en comparación, ¿qué son cien Howards para *nosotros* si su filantropía no *nos* ayuda en nuestra mejor condición, cuando más merecemos ser ayudados? Nunca he sabido de una reunión filantrópica en que se propusiera sinceramente hacer algún bien por mí o por mis semejantes.

Los jesuitas se vieron frustrados por aquellos indios que, quemándose en la

hoguera, sugerían nuevos modos de tortura a sus atormentadores. Al estar por encima del sufrimiento físico, a veces ocurría que estaban por encima del consuelo que los misioneros pudieran brindarles, y la ley de obrar como quieras que obren contigo resultó menos persuasiva para los oídos de aquellos a los que, por su parte, no les importaba cómo obraban con ellos, que amaban a sus enemigos de manera insólita y estaban muy cerca de perdonarles abiertamente cuanto hicieron.

Estad seguros de que dais a los pobres la ayuda que más necesitan, aunque sea vuestro ejemplo lo que dejáis atrás. Si dais dinero, os gastáis con él, y no sólo se lo entregáis. A veces cometemos curiosos errores. A menudo el pobre no está tan aterido y hambriento como sucio y harapiento y embrutecido. En parte es por gusto, no sólo por su desgracia. Si le dais dinero, tal vez compre más harapos. Solía compadecer a los torpes obreros irlandeses que cortaban el hielo en la laguna, con las ropas míseras y jironadas, mientras yo tiritaba en mis prendas limpias y a la moda, hasta que un día crudo y frío uno que se había caído al agua vino a mi casa a calentarse, y vi cómo se quitaba tres pares de pantalones y dos pares de medias antes de llegar a la piel, y aunque, en efecto, estuvieran sucios y andrajosos, podía permitirse rehusar las prendas *extra* que yo le ofrecía, pues tenía tantas *intra*. Esta zambullida era lo que necesitaba. Entonces empecé a compadecerme de mí mismo y advertí que habría más caridad en concederme a mí una camisa de franela antes que a él toda una tienda de ropa barata. Hay mil podando las ramas del mal por uno que golpea en la raíz, y puede que aquel que otorgue la mayor cantidad de tiempo y dinero a los necesitados sea el que más haga con su modo de vida para producir la miseria que trata de aliviar en vano. Sería como el piadoso dueño de esclavos que dedica las ganancias del décimo esclavo a comprar la libertad de un domingo para los demás. Algunos muestran su amabilidad con los pobres empleándolos en sus cocinas. ¿No serían más amables si se emplearan allí a sí mismos? Os jactáis de gastar la décima parte de vuestros ingresos en la caridad; tal vez deberíais gastar las nueve décimas partes y acabar con ella. La sociedad recupera entonces sólo una décima parte de la propiedad. ¿Se debe a la generosidad del que la posee o a la negligencia de los oficiales de justicia?

La filantropía es casi la única virtud suficientemente apreciada por la humanidad. Mejor dicho, está muy sobrestimada, y se sobrestima por nuestro egoísmo. Un hombre pobre y robusto, en un día soleado, aquí, en Concord, elogió ante mí a un conciudadano porque, según decía, era amable con los pobres; quería decir con él mismo. Los tíos y tías amables de la raza son más apreciados que sus verdaderos padres y madres espirituales. Una vez oí a un reverendo conferenciante en Inglaterra, un hombre de saber e inteligencia, que, tras enumerar a los próceres científicos, literarios y políticos, Shakespeare, Bacon, Cromwell, Milton, Newton y otros, habló a continuación de los héroes cristianos, a quienes, como si su profesión se lo exigiera,

elevó a un lugar muy por encima de los demás, como los mayores entre los grandes. Eran Penn, Howard y la señora Fry. Cualquiera se dará cuenta de la falsedad e hipocresía que hay en ello. Los últimos no eran los mejores hombres y mujeres de Inglaterra; sólo eran, tal vez, sus mejores filántropos.

No sustraería nada del elogio que se debe a la filantropía, sino que sólo exijo justicia para todos los que son una bendición para la humanidad por su vida y trabajo. No valoro principalmente la rectitud y benevolencia de un hombre, que es, por así decirlo, su tronco y hojas. Aquellas plantas de cuyo marchito verdor hacemos tisana para el enfermo no tienen sino un uso humilde y son las más empleadas por los curanderos. Quiero la flor y el fruto de un hombre, que cierta fragancia flote desde él hasta mí y cierta sazón dé sabor a nuestro trato. Su bondad no debe ser un acto parcial y transitorio, sino una constante superfluencia, que no le cueste nada y de la que no sea consciente. Esta es una caridad que oculta una multitud de pecados. Con demasiada frecuencia, el filántropo rodea a la humanidad con el recuerdo de sus propias cuitas desechadas, como una atmósfera, y lo llama simpatía. Deberíamos impartir nuestro coraje y no nuestra desesperación, nuestra salud y bienestar y no nuestra enfermedad, y cuidarnos de que esta no se extienda por contagio. ¿De qué llanuras sureñas viene la voz del lamento? ¿En qué latitudes vive el pagano a quien iluminaríamos? ¿Quién es ese hombre intemperante y brutal al que queremos redimir? Si algo aflige a un hombre, de modo que no realiza sus funciones, si tiene un dolor en sus entrañas —pues esa es la sede de la simpatía—, en seguida se propone reformar el mundo. Siendo él mismo un microcosmos, descubre, y es un descubrimiento verdadero, y es él quien debe hacerlo, que el mundo ha estado comiendo manzanas verdes; a sus ojos, de hecho, el mundo mismo es una gran manzana verde, y siente el peligro horrible de que los hijos de los hombres la muerdan antes de que madure; de inmediato su drástica filantropía busca al esquimal y al patagón y abarca a los populosos pueblos indios y chinos, y así, con unos pocos años de actividad filantrópica, usado entretanto por las potencias para sus propios fines, sin duda, se cura de su dispepsia, el globo adquiere un desvaído rubor en una o ambas mejillas, como si empezara a madurar, y la vida pierde su crudeza, y vivir, una vez más, resulta dulce y sano. No he soñado nunca con una atrocidad mayor que la que yo he cometido. Nunca he conocido, ni conoceré, a un hombre peor que yo mismo.

Creo que lo que entristece así a un reformador no es su simpatía por sus semejantes desanimados, sino, aunque se trate del santísimo hijo de Dios, su aflicción particular. Dejad que esta se enderece, que la primavera llegue hasta él, que la mañana ascienda sobre su lecho, y abandonará a sus generosos compañeros sin disculpa. Mi excusa para no hablar contra el uso del tabaco es que nunca lo he mascado; ese es un castigo que deben cumplir los mscadores de tabaco reformados,

aunque hay bastantes cosas que he mascado contra las que podría hablar. Si alguna vez os embaucan con estas filantropías, no dejéis que vuestra mano izquierda sepa lo que hace la derecha, pues no vale la pena que lo sepa. Rescatad al que se ahoga y ataos los cordones de los zapatos. Tomaos vuestro tiempo y emprended algún trabajo libre.

Nuestros modales se han corrompido por la comunicación con los santos. Nuestros salterios resuenan con una melodiosa maldición de Dios y siempre la resisten. Se diría que incluso los profetas y redentores preferían consolar los temores a confirmar las esperanzas del hombre. En ninguna parte hay registrada una sencilla e irreprochable satisfacción por el don de la vida, una memorable alabanza de Dios. Toda salud y éxito me beneficia, por lejana y apartada que pueda parecer; toda enfermedad y fracaso me entristece y perjudica, por mucha simpatía que pueda tener conmigo o yo con ello. Si vamos, por tanto, a restablecer la humanidad con medios verdaderamente indios, botánicos, magnéticos o naturales, en primer lugar seamos tan sencillos y buenos como la naturaleza, despejemos las nubes que se ciernen sobre nuestra frente y llenemos nuestros poros con un poco de vida. No sigáis siendo un supervisor del pobre, tratad de convertirlos en uno de los próceres del mundo.

Leo en el *Gulistan, o Jardín de las Flores*, del jeque Sadi de Shiraz, que «preguntaron a un sabio, y dijeron: de los muchos árboles célebres que el Dios Supremo ha creado excelsos y umbrosos, ninguno es llamado *azad*, o libre, salvo el ciprés, que no da fruto; ¿qué misterio hay en ello? Él replicó: cada uno tiene su fruto apropiado y su estación señalada, durante la cual se renueva y florece, y en cuya ausencia se seca y marchita; el ciprés no está expuesto a ninguno de tales estados y siempre florece; de esta naturaleza son los *azads*, o religiosos independientes. No fijéis vuestro corazón en lo transitorio, pues el Dijlah, o Tigris, seguirá fluyendo a través de Bagdad cuando la raza de los califas se haya extinguido: si tu mano está llena, sé generoso como la palma datilera, pero si no tienes nada que dar, sé un *azad*, u hombre libre, como el ciprés».

LAS PRETENSIONES DE LA POBREZA

Presumes demasiado, pobre infeliz necesitado,
Al exigir una estación en el firmamento,
Porque tu humilde cabaña, o tu tina,
Nutre alguna virtud perezosa o pedante
Al sol barato o junto a las fuentes sombrías,
Con raíces y hortalizas; donde tu mano derecha,
Arrancando de la mente esas pasiones humanas,
Sobre cuyos troncos florecen hermosas virtudes lozanas,
Degrada la naturaleza y entumece el sentido,
Y, como Górgona, convierte a los hombres en piedra.
No precisamos la torpe sociedad
De vuestra templanza necesitada,
Esa estupidez poco natural
Que no conoce el goce ni la pena; ni vuestra violada
Fortaleza pasiva falsamente exaltada
Sobre la activa. Esta baja estirpe abyecta,
Que fija su asiento en la mediocridad
Conviene a vuestra mente servil; mas fomentamos
Sólo las virtudes que admiten excesos,
Actos bravos, generosos, magnificencia real,
Prudencia previsor, magnanimidad
Que no conoce límite, y esa heroica virtud
Para la que la antigüedad no dejó nombre alguno,
Sino sólo modelos, como Hércules,
Aquiles, Teseo. Vuelve a tu celda aborrecida,
Y cuando veas la nueva esfera iluminada,
Aprende a conocer siquiera lo que tales próceres fueron.

T. CAREW

DÓNDE VIVÍA Y PARA QUÉ

EN cierta época de nuestra vida tendemos a considerar cualquier lugar como el posible emplazamiento de una casa. He examinado el campo por todas partes en un radio de doce millas desde donde vivo. En la imaginación he comprado sucesivamente todas las granjas, ya que estaban en venta y conocía su precio. He recorrido la propiedad de cada granjero, probado sus manzanas silvestres y conversado sobre agricultura; he adquirido su granja al precio que pedía, a cualquier precio, y se la he hipotecado mentalmente; incluso le he puesto un precio superior, quedándome con todo, salvo su escritura, quedándome con su palabra a cambio de su escritura, pues me encanta hablar; la he cultivado, y también al dueño, hasta cierto punto, confío, y me he retirado tras haber disfrutado lo suficiente para que aquel la mantuviera. Esta experiencia me ha dado derecho a ser considerado por mis amigos un auténtico corredor de fincas. Podía vivir dondequiera que me sentara y el paisaje, por tanto, irradiaba de mí. ¿Qué es una casa sino una *sedes*, un asiento? Tanto mejor si es un asiento rural. He descubierto muchos lugares difíciles de mejorar para una casa y, aunque a algunos podía parecerles demasiado lejos de la ciudad, a mis ojos era la ciudad la que estaba demasiado lejos de allí. Me decía que podría vivir allí, y viví allí, durante una hora, la vida de un verano y un invierno; veía cómo podía dejar correr los años, abofetear al invierno y ver entrar a la primavera. Los futuros habitantes de esta región, dondequiera que hagan sus casas, pueden estar seguros de que se les han anticipado. Una tarde bastaría para dividir la tierra en huerto, pasto y bosque, y para decidir qué esbeltos robles o pinos dejaría crecer ante la puerta y desde dónde podría sacarse el mejor partido de los árboles caídos; luego tal vez lo dejara en barbecho, pues un hombre es rico por el número de cosas que puede permitirse dejar en paz.

Mi imaginación me llevó tan lejos que incluso me negaron varias granjas —la negación era cuanto me faltaba—, pero nunca me quemé los dedos con la verdadera posesión. Lo más cerca que estuve de la verdadera posesión rué cuando compré el terreno de Hollowell, empecé a ordenar mis semillas y reuní los materiales con los que fabricar una carretilla para transportarlas; pero antes de que el propietario me diera la escritura, su esposa —todo hombre tiene una esposa así— cambió de opinión, quiso conservarla y me ofreció diez dólares por cedérsela. Por decir verdad yo no tenía sino diez centavos y superaba mi aritmética saber si era yo quien tenía diez centavos, o quien tenía una granja, o diez dólares, o todo junto. Sin embargo, dejé que se guardara sus diez dólares y también la granja, porque había llegado muy lejos o, más bien, por ser generoso, le vendí la granja por cuanto le había dado por ella y,

como no era rico, le regalé diez dólares y aún me quedaron mis diez centavos y las semillas y los materiales para una carretilla. Así descubrí que había sido un hombre rico sin perjuicio de mi pobreza. Pero conservé el paisaje y desde entonces me he llevado anualmente cuanto producía sin carretilla. Respecto a los paisajes:

Soy un monarca de cuanto *examino*.

No hay quien dispute mi derecho^[55]

Con frecuencia he visto retirarse a un poeta, tras haber gozado de la parte más valiosa de una granja, mientras el áspero granjero suponía que sólo se había llevado algunas manzanas silvestres. Pues el propietario pasa muchos años sin saber cuándo el poeta ha puesto a su granja rima, la más admirable cerca invisible, la ha confiscado, ordeñado, desnatado y le ha sacado toda la crema, dejándole al granjero sólo la leche desnatada.

Para mí, los verdaderos atractivos de la granja de Hollowell eran su completo retiro, pues estaba a unas dos millas de la ciudad, a media milla del vecino más próximo y separada de la carretera por un amplio campo; su proximidad al río, cuya niebla, según el propietario, la protegía de las heladas en primavera, aunque esto no me importaba; el color gris y el estado ruinoso de la casa y el granero, y las cercas caídas, que acentuaban el intervalo con el último ocupante; los manzanos huecos y cubiertos de liquen, roídos por los conejos, que mostraban qué vecinos tendría; pero, sobre todo, el recuerdo que tenía de ella por mis primeros viajes por el río, cuando la casa se ocultaba tras una densa arboleda de arces rojos, a través de los cuales oía el ladrido del perro. Tenía prisa por comprarla antes de que el propietario acabara por quitar algunas rocas, talar los manzanos huecos y arrancar unos jóvenes abedules que habían brotado en el prado o, en fin, antes de que hiciera alguna otra mejora. Para disfrutar de estas ventajas estaba dispuesto a perseverar; a llevar el mundo sobre mis hombros, como Atlas —nunca supe qué compensación recibió a cambio—, y a hacerlo todo sin otra excusa o motivo que el de pagar por ello y no ser molestado en mi propiedad, porque entretanto sabía que produciría la más abundante cosecha de la especie elegida, con tal de dejarla a su suerte. Pero ocurrió como he dicho.

Todo cuanto podía decir, pues, con respecto a labrar la tierra a gran escala (siempre he cultivado un jardín), era que tenía mis semillas preparadas. Muchos creen que las semillas mejoran con la edad. No tengo duda de que el tiempo discrimina entre buenas y malas; cuando por fin las plante, me sentiré menos decepcionado. Sin embargo, quisiera decir de una vez por todas a mis semejantes: en cuanto os sea posible, vivid libres y sin compromiso. No hay gran diferencia entre verse comprometido por una granja o por la cárcel del condado.

El viejo Catón, cuyo *De re rustica* es mi *Agricultor*, dice, y la única traducción que he visto priva de sentido al pasaje: «Cuando pienses en mantener una granja,

piénsalo bien, no la compres con avidez; no escatimes esfuerzos en mirarla y no creas que basta con dar una sola vuelta. Cuanto más la veas, si está bien, más te agradará». Creo que no compraré con avidez, sino que le daré vueltas mientras viva y antes seré enterrado en ella para que al fin pueda agradarme más.

Un experimento de este tipo es el que voy a describir con detalle, reuniendo por conveniencia la experiencia de dos años en uno. Como he dicho, no pretendo escribir una oda al abatimiento, sino jactarme con tanto brío como el gallo encaramado a su palo por la mañana, aunque sólo sea para despertar a mis vecinos.

Cuando por vez primera fijé mi residencia en los bosques, es decir, empecé a pasar allí tanto mis noches como mis días, lo que hice, por accidente, en el Día de la Independencia, el 4 de julio de 1845, mi casa no estaba acabada para el invierno, sino que era sólo una defensa contra la lluvia, sin revoque ni chimenea, con bastos tablones manchados por paredes, con amplias grietas que no evitaban el frío de la noche. Los blancos y tallados montantes verticales y los marcos de puertas y ventanas recién cepillados le daban un aspecto limpio y aireado, especialmente por la mañana, cuando sus maderas estaban llenas de rocío, de modo que me figuraba que a mediodía exudarían una dulce resina. En mi imaginación retenía todo el día más o menos este carácter auroral y me recordaba cierta casa en una montaña que había visitado el año anterior. Era una cabaña aireada y sin enlucir, idónea para entretener a un dios viajero, y donde una diosa podría arrastrar sus vestidos. Los vientos que pasaban sobre mi morada eran como los que barren las cumbres de las montañas, con los sonos quebrados, o sólo las partes celestiales, de la música terrestre. El viento matinal siempre sopla, el poema de la creación es ininterrumpido, pero pocos son los oídos que lo oyen. El Olimpo no es sino el exterior de la tierra en todas partes.

La única casa de la que ya había sido propietario, con la excepción de un bote, era una tienda que llegué a usar en excursiones de verano y que aún está enrollada en mi desván; el bote, tras ir de mano en mano, ha seguido la corriente del tiempo. Con este cobijo sustancial en torno a mí, había hecho algún progreso para establecerme en el mundo. Este armazón, con un revestimiento tan ligero, era una especie de cristalización a mi alrededor y repercutía en el constructor. Era algo sugerente, como una pintura de contornos. No necesitaba salir para tomar el aire, ya que la atmósfera del interior no había perdido su frescura. Solía sentarme menos en el interior que junto a la puerta, incluso cuando llovía. El Harivansa dice: «Una morada sin pájaros es como una carne sin adobo». No era tal mi morada, ya que al instante descubrí que era vecino de los pájaros, no por haber atrapado uno, sino por haberme enjaulado a su lado. No sólo estaba más cerca de algunos de los que frecuentan el jardín y el huerto, sino de los más salvajes y de canto más estremecedor del bosque, aquellos que nunca o raramente deleitan al lugareño: el zorzal, el tordo, la tanagra escarlata, el gorrión de

campo, el chotacabras y muchos otros.

Me establecí a la orilla de una pequeña laguna, a una milla y media al sur de la ciudad de Concord y a una altura algo superior, en medio de un extenso bosque entre aquella ciudad y Lincoln, y a unas dos millas al sur de nuestro único lugar famoso, el Campo de Batalla de Concord; pero estaba tan hundido en los bosques que la orilla opuesta, a media milla, cubierta por los árboles, como el resto, era mi horizonte más lejano. Durante la primera semana, cuando miraba a la laguna me parecía un pequeño estanque en la ladera de una montaña, con su fondo por encima de la superficie de otros lagos, y cuando el sol se elevaba, la veía arrojar sus nocturnas ropas de niebla y aquí y allá se revelaban gradualmente sus blandas ondas o su lisa superficie reflectante, mientras las nieblas, como fantasmas, se retiraban furtivamente en todas direcciones, hacia los bosques, como si se disgregara un conventículo nocturno. El mismo rocío parecía demorarse sobre los árboles durante el día, como en las laderas de las montañas.

Este pequeño lago era de sumo valor como vecino en los intervalos de una gentil tormenta de agosto, cuando, en perfecta quietud el aire y el agua, pero con el cielo encapotado, el mediodía tenía la serenidad de la tarde y el zorzal cantaba de una orilla a la otra. Un lago como este nunca parece más liso que entonces; al quedar encima una porción de aire estrecha y oscurecida por las nubes, el agua, llena de luz y reflejos, se convierte en un cielo inferior más importante. Desde lo alto de una colina cercana, donde el bosque estaba recién talado, había una grata vista al sur, a lo largo de la laguna, a través de una amplia hendidura en las colinas que forman allí la orilla, donde sus vertientes opuestas y mutuamente inclinadas sugerían una corriente que fluyera en esa dirección a través de un valle boscoso, aunque no había corriente alguna. Miraba entre las cercanas colinas verdes, y por encima, hacia otras más lejanas y altas en el horizonte, teñidas de azul. En efecto, podía captar de puntillas un destello de algunos picos de las cadenas montañosas aún más azules y lejanas, al noroeste, monedas de la misma ceca del cielo, y también una parte de la ciudad. Pero en otras direcciones, incluso desde este punto, no podía ver por encima o más allá de los bosques que me rodeaban. Es bueno tener agua cerca, pues sostiene a la tierra y la hace flotar. El valor del pozo más pequeño es que, al mirar en él, veis que la tierra no es continental, sino insular. Resulta tan importante como que mantenga la mantequilla fría. Cuando miraba a través de la laguna desde este pico hacia los prados de Sudbury, que en época de crecida parecían elevados acaso por un espejismo en su hirviente seno, como una moneda en una jofaina, la tierra, más allá de la laguna, era como una delgada corteza aislada que flotara sobre esta pequeña sábana de agua intermedia, y me recordaba que vivía en *tierra seca*.

Aunque la vista desde mi puerta era aún más reducida, no me sentía apretujado o confinado en absoluto. Había suficiente pasto para mi imaginación. La baja meseta de

robles a la que ascendía la orilla opuesta se extendía hacia las praderas del oeste y las estepas de Tartaria, y proporcionaba un amplio espacio para todas las errantes familias de hombres. «No hay nadie más feliz en el mundo que los seres que disfrutan libremente de un vasto horizonte», decía Damodara cuando sus rebaños exigían nuevos y mayores pastos.

Habían cambiado el espacio y el tiempo, y yo habitaba más cerca de aquellas partes del universo y de aquellos periodos de la historia que más me habían atraído. Vivía en regiones tan lejanas como las contempladas por los astrónomos durante la noche. Imaginamos raros y deliciosos lugares en alguna esquina remota y celestial del sistema, tras la constelación de la Silla de Casiopea, lejos del ruido y la molestia. Descubrí que mi casa tenía realmente su sitio en esa parte retirada del universo, pero siempre nueva y no profanada. Si valía la pena establecerse en las zonas próximas a las Pléyades o a las Híades, a Aldebarán o Altair, entonces realmente estaba allí, o a igual distancia de la vida que había dejado atrás, menguado y parpadeante, con un rayo tan sutil que el vecino más próximo sólo podría verme en las noches sin luna. Así era la parte de la creación que había ocupado:

Había un pastor que mantenía
Tan elevados sus pensamientos
Como los montes donde sus rebaños
Le alimentaban sin cesar^[56].

¿Qué deberíamos pensar de la vida del pastor si sus rebaños siempre vagaran en pastos más elevados que sus pensamientos?

Cada mañana era una alegre invitación a lograr que mi vida tuviera la misma sencillez e inocencia que la naturaleza. He sido un adorador tan sincero de la aurora como los griegos. Me levantaba temprano y me bañaba en la laguna; era un ejercicio religioso y una de las mejores cosas que hacía. Dicen que en la bañera del rey Tching-thang había unos caracteres grabados a este efecto: «Renuévate por completo cada día; hazlo una y otra vez, y siempre». Lo comprendo. La mañana nos devuelve las épocas heroicas. El apagado zumbido de un mosquito que ejecutaba su invisible e inimaginable vuelta por mi habitación al amanecer, mientras estaba sentado con la puerta y las ventanas abiertas, me afectaba tanto como podía hacerlo cualquier trompeta que pregonara la fama. Era el réquiem de Homero: una Ilíada y una Odisea en el aire que cantaban su propia cólera y vagabundeos. Al respecto había algo cósmico; una advertencia permanente, hasta que fuera prohibida, del eterno vigor y fertilidad del mundo. La mañana, el momento más memorable del día, es la hora del despertar. Es entonces cuando estamos menos soñolientos y, al menos durante una hora, despierta una parte de nosotros que dormita el resto del día y la noche. Poco ha de esperarse del día, si podemos llamarlo así, en que no nos despierta nuestro genio, sino los codazos mecánicos de un sirviente, ni nos despiertan la fuerza recién

adquirida y las aspiraciones internas, acompañadas por las ondulaciones de la música celestial, en lugar de la sirena de la fábrica, y no llena el aire la fragancia de una vida superior a la que dejamos antes de dormir, y así la oscuridad da su fruto y demuestra que es tan buena como la luz. El hombre que no crea que cada día contiene una hora más temprana, sagrada y auroral que las que ha profanado, desesperará de la vida y seguirá un camino descendente y tenebroso. Tras un cese parcial de su vida sensual, el alma del hombre, o más bien sus órganos, se revigorizan cada día, y su genio prueba de nuevo la noble vida que puede lograr. Diría que los acontecimientos memorables transpiran en el tiempo matutino y en una atmósfera matutina. Los Vedas dicen: «Toda inteligencia despierta por la mañana». La poesía y el arte, y las más hermosas y memorables acciones de los hombres, datan de esa hora. Los héroes y poetas, como Memnón, son hijos de la aurora, y emiten su música al salir el sol. El día es una mañana perpetua para aquel cuyo elástico y vigoroso pensamiento corre parejas con el sol. No importa lo que digan los relojes o las actitudes y trabajos de los hombres. La mañana llega cuando estoy despierto y hay un amanecer en mí. La reforma moral es el esfuerzo para quitarnos el sueño de encima. ¿Por qué los hombres dan tan pobre cuenta del día si no estaban durmiendo? No son calculadores tan pobres. Si la somnolencia no los hubiera vencido, habrían hecho algo. Hay millones lo bastante despiertos para el trabajo físico, pero sólo uno en un millón está lo bastante despierto para el ejercicio intelectual efectivo, sólo uno en cien millones, para una vida poética o divina. Estar despierto es estar vivo. Nunca he conocido a un hombre que estuviera completamente despierto. ¿Cómo podría haberle mirado a la cara?

Debemos aprender a despertarnos de nuevo y mantenernos despiertos, no con ayuda mecánica, sino por la infinita expectación del amanecer, que no nos abandona ni en el sueño más profundo. No conozco ningún hecho más alentador que la incuestionable habilidad del hombre para elevar su vida por medio de un esfuerzo consciente. Ser capaz de pintar un cuadro en particular o esculpir una estatua es algo, así como embellecer ciertos objetos, pero resulta mucho más glorioso esculpir y pintar la atmósfera y el medio mismo a través del cual miramos, lo que podemos hacer moralmente. Afectar a la cualidad del día: esa es la mayor de las artes. Todo hombre está encargado de hacer su vida, incluso en sus detalles, digna de la contemplación de su hora más elevada y crítica. Si rechazamos o más bien agotamos la escasa información recibida, los oráculos nos dirán claramente cómo puede hacerse.

Fui a los bosques porque quería vivir deliberadamente, enfrentarme sólo a los hechos esenciales de la vida y ver si podía aprender lo que la vida tenía que enseñar, y para no descubrir, cuando tuviera que morir, que no había vivido. No quería vivir lo que no fuera la vida, pues vivir es caro, ni quería practicar la resignación a menos que

fuera completamente necesario. Quería vivir con profundidad y absorber toda la médula de la vida, vivir de manera tan severa y espartana como para eliminar cuanto no fuera la vida, abrir un amplio surco y arrasarlo, arrinconar a la vida y reducirla a sus términos inferiores y, si resultaba mezquina, coger toda su genuina mezquindad y hacerla pública al mundo; o, si era sublime, saberlo por experiencia y ser capaz de dar cuenta de ello en mi próxima excursión. La mayoría de los hombres, a mi juicio, se halla en una extraña incertidumbre respecto a si la vida es cosa de Dios o del diablo, y ha concluido *algo precipitadamente* que el principal fin del hombre es «glorificar a Dios y gozar de él por siempre».

Vivimos aún mezquinamente, como hormigas, aunque la fábula nos dice que hace mucho fuimos transformados en hombres; luchamos con grullas, como pigmeos, error tras error, golpe a golpe, y nuestra mejor virtud acaba en un superfluo e innecesario abatimiento. Nuestra vida se pierde en los detalles. Un hombre honrado no necesita sino contar sus diez dedos y, en casos extremos, añadir los diez dedos de los pies, y dejar el resto. ¡Sencillez, sencillez, sencillez! Os digo que vuestros asuntos sean dos o tres y no cien o mil; en lugar de un millón, contad media docena y llevad las cuentas con la uña del pulgar. En medio de este mar variable de la vida civilizada, son tales las nubes y tormentas y arenas movedizas y los mil y un artículos que considerar, que un hombre tiene que vivir, si no quiere fracasar e irse a pique, lejos de puerto, por estima, y el que triunfe será en verdad un gran calculador. Simplificad, simplificad. En lugar de tres comidas al día, comed sólo una si es preciso; en lugar de cien platos, cinco, y reducid lo demás en proporción. Nuestra vida es como una confederación alemana, compuesta de diminutos estados, de fronteras fluctuantes, de modo que ni siquiera un alemán os dirá cómo limita en un momento dado. La nación misma, con todas sus supuestas mejoras internas, las cuales, por cierto, son externas y superficiales, es un establecimiento inmanejable y excesivo, lleno de muebles y atrapado en sus propias trampas, arruinado por el lujo y un gasto negligente, por falta de cálculo y de un objetivo digno, como ocurre con millones de hogares, y la única cura para aquella y para estos radica en una rígida economía, una sencillez de vida estricta y más que espartana y una elevación de propósito. Se vive demasiado rápido. Los hombres consideran esencial que la *nación* comercie y exporte hielo y hable a través del telégrafo y cabalgue a treinta millas por hora, sin duda alguna, lo hagan *ellos* o no, aunque resulta incierto si debemos vivir como babuinos o como hombres. Si no conseguimos durmientes y forjamos los raíles y dedicamos días y noches al trabajo, sino que cambiamos nuestras *vidas* para mejorarlas, ¿quién construirá los ferrocarriles? Y si no se construyen los ferrocarriles, ¿cómo llegaremos al cielo a tiempo? Pero, si nos quedamos en casa y nos ocupamos en nuestros asuntos, ¿quién necesitará ferrocarriles? No montamos en ferrocarril, este nos monta a nosotros. ¿Habéis pensado alguna vez en qué son los durmientes que sostienen el ferrocarril?

Cada uno es un hombre, un irlandés o un yanqui. Los raíles se colocan sobre ellos y se cubren de arena y los vagones discurren suavemente por encima. Son firmes durmientes, os lo aseguro. Cada pocos años se coloca un nuevo lote sobre el que se pasa, de modo que, si algunos sienten el placer de montar en tren, otros tienen la desgracia de ser montados por él. Cuando pasan por encima de un hombre que anda en sueños, un durmiente supernumerario en la posición equivocada, y le despiertan, al instante detienen los vagones y elevan una protesta y un grito, como si fuera una excepción. Me alegra saber que hace falta una cuadrilla de hombres para colocar durmientes cada cinco millas y nivelar su lecho, ya que es una señal de que pueden levantarse de nuevo.

¿Por qué debemos vivir con tal prisa y gasto de vida? Estamos resueltos a pasar hambre antes de estar hambrientos. Los hombres dicen que una puntada a tiempo ahorra nueve, así que dan mil puntadas hoy para ahorrar nueve mañana. En cuanto al *trabajo*, no hacemos ninguno importante. Tenemos el baile de San Vito y no somos capaces de mantener la cabeza quieta. Si diera unos cuantos tirones de la cuerda de la campana parroquial, como para avisar de un fuego, es decir, sin voltearla, no habría un solo hombre en su granja a las afueras de Concord, a pesar de la presión de los compromisos que tantas veces le han servido de excusa esta mañana, ni un muchacho ni una mujer, casi diría, que no lo dejaran todo y acudieran a la llamada, no para salvar su propiedad de las llamas, sino, a decir verdad, para verla arder, ya que lo merecía, y que conste que nosotros no le prendimos fuego, o para verlo apagar y echar una mano, si resultara vistoso; así ocurriría, aunque se tratara de la misma iglesia parroquial. Un hombre duerme apenas media hora de siesta después de comer, pero al despertar levanta la cabeza y pregunta: «¿Qué hay de nuevo?», como si el resto de la humanidad fuera su centinela. Algunos dan instrucciones con el único propósito, sin duda, de que se los despierte cada media hora y luego, en compensación, cuentan lo que han soñado. Tras el sueño de la noche, las noticias son tan indispensables como el desayuno. «Por favor, decidme qué le ha pasado a cualquier hombre en cualquier lugar del planeta», y lee por encima del café y los bollos que un hombre se ha arrancado los ojos esta mañana en el río Wachito, sin darse cuenta de que vive en la oscura e insondable cueva de mamut de este mundo y no tiene sino un rudimento de ojo.

Por mi parte, podría prescindir fácilmente del correo. Creo que transmite muy pocas comunicaciones importantes. Hablando críticamente, no he recibido más de una o dos cartas en mi vida —escribí esto hace años— que valieran el franqueo. El correo de a penique es, por lo general, una institución por la que dais en serio a un hombre por sus pensamientos ese penique que tan a menudo se da en broma. Y estoy seguro de que nunca he leído una noticia memorable en un periódico. Si leemos que a un hombre le han robado, o asesinado, o le han matado por accidente, o que una casa

ha ardido o un barco ha naufragado o ha estallado un vapor, o una vaca ha sido atropellada por el ferrocarril del oeste, o han matado a un perro rabioso, o que ha habido una plaga de langostas en invierno, no necesitamos leer más. Una noticia basta. Si os habéis familiarizado con el principio, ¿qué os importa una miríada de ejemplos y aplicaciones? Para un filósofo todas las *noticias*, como se las llama, son chismes, y los que las editan y las leen son como viejas con su té. Sin embargo, no son pocos los que codician tales chismes. El otro día, según oí, hubo tal bullicio en las oficinas por conocer las noticias recién llegadas del exterior —noticias que, con doce meses o años de antelación, podrían haber sido escritas con suficiente exactitud por un ingenio despierto—, que la presión rompió varios grandes escaparates del establecimiento. En cuanto a España, por ejemplo, si sabéis cómo intercalar de vez en cuando, y en las debidas proporciones, a don Carlos y a la Infanta, y a don Pedro y Sevilla y Granada —los nombres pueden haber cambiado un poco desde la última vez que vi los periódicos—, y servir una corrida de toros a falta de otras diversiones, resultará literalmente cierto y nos dará una idea tan buena del ruinoso estado de las cosas en España como la de los más sucintos y lúcidos reportajes de los periódicos; en cuanto a Inglaterra, casi el último recorte significativo de noticias que llegó de allí fue la revolución de 1649 y, si habéis aprendido la historia de su promedio anual de cosechas, no tenéis que prestarle atención de nuevo, a menos que vuestras especulaciones sean de carácter meramente pecuniario. Si puede juzgar alguien que rara vez mira los periódicos, nada nuevo sucede nunca en el extranjero, sin exceptuar una revolución francesa.

¡Qué noticias! ¡Es mucho más importante conocer lo que nunca ha sido viejo! «Kieou-he-yu (gran dignatario del estado de Wei) envió a un hombre a Khoung-tseu para conocer sus noticias. Khoung-tseu pidió al mensajero que se sentara junto a él y le preguntó en estos términos: “¿Qué hace tu amo?”. El mensajero respondió con respeto: “Mi amo desea reducir el número de sus faltas y no puede lograrlo”. Una vez se hubo marchado el mensajero, el filósofo observó: “¡Qué digno mensajero! ¡Qué digno mensajero!”»^[57]. El predicador, en vez de turbar los oídos de granjeros perezosos en su día de descanso al final de la semana —porque el domingo es la conclusión idónea de una semana malgastada y no el nuevo y valiente comienzo de una nueva— con un sermón sobre este o aquel desaliñado, debería gritar con voz tronante: «¡Parad! ¡Basta! ¿Por qué parece que os apresuráis, siendo tan mortalmente lentos?».

Las imposturas y engaños se consideran las más sólidas verdades, mientras que la realidad es fabulosa. Si los hombres observaran sólo las realidades y no dejaran que los engañaran, la vida, comparada con las cosas que conocemos, sería como un cuento de hadas y una de las Mil y Una Noches. Si respetáramos sólo lo que es inevitable y tiene derecho a existir, la música y la poesía resonarían por las calles.

Cuando somos pausados y sabios, percibimos que sólo las cosas grandes y dignas tienen una existencia permanente y absoluta, que los temores mezquinos y los placeres mezquinos no son sino la sombra de la realidad. La realidad es siempre estimulante y sublime. Al cerrar los ojos y adormecerse, y consentir en ser engañados por apariencias, los hombres establecen y confirman su vida diaria de rutina y hábito en todas partes, la cual, sin embargo, se levanta sobre cimientos puramente ilusorios. Los niños que juegan a la vida disciernen su verdadera ley y sus relaciones con mayor claridad que los hombres, que no la viven dignamente, sino que creen ser más sabios por la experiencia, es decir, por el fracaso. He leído en un libro hindú que «un rey tenía un hijo, el cual, habiendo sido expulsado en su infancia de su ciudad natal, fue criado por un guardabosque y, llegado a la madurez en ese estado, se imaginó que pertenecía a la bárbara raza con la que vivía. Cuando uno de los ministros de su padre le descubrió, le reveló quién era y se despejó la equivocación de su carácter y supo que era un príncipe. Así, el alma —continúa el filósofo hindú— por las circunstancias en que se encuentra, confunde su propio carácter, hasta que un maestro divino le revela la verdad y sabe que es *brahma*». Percibo que nosotros, los habitantes de Nueva Inglaterra, vivimos la vida mezquina que llevamos porque nuestra visión no penetra la superficie de las cosas. Creemos que eso es lo que *parece* ser. Si un hombre caminara por esta ciudad y viera sólo la realidad, ¿dónde creéis que acabaría Milldam?^[58] Si nos hiciera un relato de las realidades que contemplara allí, no reconoceríamos el lugar en su descripción. Mirad un lugar de reunión, o un tribunal, o una cárcel, o una tienda, o una vivienda, y si decís lo que son realmente para una mirada sincera, se desmoronarán en el acto. Los hombres consideran la verdad remota, en las afueras del sistema, tras la estrella más lejana, antes de Adán y después del último hombre. En la eternidad hay, en efecto, algo verdadero y sublime. Pero todos estos tiempos y lugares y ocasiones están aquí y ahora. Dios mismo culmina en el momento presente y nunca será más divino en el intervalo de todas las épocas. Somos capaces de aprehender lo que es sublime y noble sólo por la perpetua instilación y empapamiento de la realidad que nos rodea. El universo responde constante y obedientemente a nuestras concepciones; viajemos rápida o lentamente, el camino está dispuesto para nosotros. Así pues, gastemos nuestras vidas en concebirlo. El poeta o el artista no han tenido nunca un designio tan hermoso y noble que un descendiente suyo, al medios, no pudiera cumplir.

Pasemos un día tan deliberadamente como la naturaleza y que no nos aparten del camino una cascara de nuez o el ala de un mosquito caídas en los raíles. Levantémonos temprano y ayunemos, o desayunémonos bien y sin inquietud; dejemos que la compañía vaya y venga, que las campanas suenen y los niños griten, resueltos a forjar un día con todo ello. ¿Por qué deberíamos rebajarnos y seguir la corriente? Que no nos trastorne ni agobie ese terrible rápido y torbellino llamado

comida, situado en los bajíos meridianos. Sorteád este peligro y estaréis a salvo, porque el resto del camino es cuesta abajo. Con nervios tensos, con vigor matutino, navegad por allí mirando en otra dirección, atados al mástil como Ulises. Si la máquina silba, dejad que silbe hasta que enronquezca de dolor. ¿Por qué habríamos de correr cuando suena la campana? Consideremos a qué música se parecen. Situémonos, trabajemos y afiancemos los pies en el barro y el cieno de la opinión, y el prejuicio, y la tradición, y el engaño, y la apariencia, ese aluvión que cubre el globo a través de París y Londres, de Nueva York, Boston y Concord, a través de la iglesia y el estado, a través de la filosofía, la poesía y la religión, hasta llegar a un fondo duro y rocoso, que podamos llamar *realidad*, y digamos: este es, sin duda, y luego, con un *point d'appui*, bajo crecidas, escarcha y fuego, busquemos un lugar donde poder construir un muro o levantar una propiedad, o colocar con seguridad un farol, o tal vez un indicador, no un Nilómetro, sino un Realómetro, para que las épocas futuras conozcan la profundidad de la crecida de imposturas y apariencias de tiempo en tiempo. Si os mantenéis erguidos y de cara frente a un hecho, veréis brillar el sol por ambos lados, como si se tratara de una cimitarra, y sentiréis que su dulce filo os atraviesa el corazón y la médula, y así acabaréis felizmente vuestra carrera mortal. Sea vida o muerte, sólo anhelamos realidad. Si realmente nos estamos muriendo, oigamos el estertor de nuestras gargantas y sintamos frío en las extremidades; si estamos vivos, vayamos a lo nuestro.

El tiempo no es sino la corriente donde voy a pescar. Bebo en ella, pero mientras bebo, veo el fondo arenoso y advierto lo somero que es. Su delgada corriente se desliza, pero la eternidad permanece. Querría beber en lo profundo, pescar en el cielo, cuyo fondo está empedrado de estrellas. No puedo contar ni una sola. No conozco la primera letra del alfabeto. Siempre he lamentado no ser tan sabio como el día en que nací. La inteligencia es un cuchillo afilado, discierne y penetra el secreto de las cosas. No deseo estar más ocupado con mis manos de lo necesario. Mi cabeza es manos y pies. Siento mis mejores facultades concentradas en ella. Mi instinto me dice que mi cabeza es un órgano para excavar, así como otras criaturas usan su hocico y patas delanteras, y con ella minaría y excavaría mi camino a través de estas colinas. Creo que el filón más rico está por aquí; juzgo por la varita adivinatoria y los finos vapores ascendentes, y aquí empezaré a minar.

LEER

CON un poco más de deliberación en la elección de sus ocupaciones, todos los hombres se volverían tal vez esencialmente estudiosos y observadores, ya que, por cierto, su naturaleza y destino les interesa por igual. Al acumular propiedad para nosotros o nuestra posteridad, al fundar una familia o una hacienda, o incluso al adquirir fama, somos mortales, pero al tratar con la verdad somos inmortales y no hemos de temer cambio ni accidente. El más antiguo filósofo egipcio o hindú levantó el borde del velo de la estatua de la divinidad, y la tela temblorosa aún sigue alzada y yo contemplo una gloria tan reciente como él, pues fui yo en él quien fue entonces tan osado y es él en mí ahora el que vuelve a tener la visión. No se ha posado el polvo en esa tela; no ha pasado el tiempo desde que se reveló la divinidad. El tiempo que realmente mejoramos, o que es mejorable, no es pasado, presente ni futuro.

Mi residencia era más favorable, no sólo para el pensamiento, sino para la lectura sería, que una universidad y, aunque estaba fuera del alcance de la biblioteca circulante ordinaria, estuve más que nunca bajo la influencia de los libros que circulan por el mundo, cuyas sentencias fueron escritas por vez primera en una corteza y ahora tan sólo se copian de vez en cuando en papel de lino. Dice el poeta Mîr Camar Uddîn Mast: «Sentarme a recorrer la región del mundo espiritual: esta ventaja he tenido con los libros. Embriagarme con un solo vaso de vino: tal placer he experimentado cuando he bebido el licor de las doctrinas esotéricas». Tuve la *Ilíada* de Homero mi mesa todo el verano, aunque sólo ojeé sus páginas de vez en cuando. El incesante trabajo con mis manos, al principio, pues tenía que acabar mi casa y plantar mis judías al mismo tiempo, me hizo imposible estudiar más. Sin embargo, me mantuve con la perspectiva de tal lectura en el futuro. En los intervalos de mi trabajo leí uno o dos superficiales libros de viajes, hasta que esa ocupación hizo que me avergonzara de mí mismo y me pregunté dónde vivía yo.

El estudiante puede leer a Homero o a Esquilo en griego sin peligro de disipación o lujo, pues ello implica que en cierta medida emula a sus héroes y consagra a sus páginas las horas matutinas. Los libros heroicos, aun cuando estén impresos en los caracteres de nuestra lengua materna, siempre estarán en una lengua muerta para las épocas degeneradas y tendremos que buscar laboriosamente el significado de cada palabra y verso, conjeturando un sentido más amplio del que permite el uso común por nuestra sabiduría, valor y generosidad. La imprenta moderna, barata y fértil, con todas sus traducciones, ha hecho poco por acercarnos a los escritores heroicos de la Antigüedad. Parecen tan solitarios, y las letras en que están impresos tan raras y

curiosas, como siempre. Vale la pena gastar días juveniles y horas costosas aunque sólo aprendáis algunas palabras de una lengua antigua, que se eleven sobre la trivialidad de la calle y se conviertan en perpetuas sugerencias y provocaciones. No en vano el granjero recuerda y repite las escasas palabras latinas que ha oído. A veces los hombres creen que el estudio de los clásicos tiene que ceder el paso, por fin, a estudios más prácticos y modernos, pero el estudiante aventurero siempre leerá a los clásicos, cualquiera que sea la lengua en que estén escritos y por antiguos que sean. Pues, ¿qué son los clásicos sino el registro de los más nobles pensamientos del hombre? Son los únicos oráculos que no han decaído y brindan tales respuestas a la investigación más moderna como nunca dieron Delfos y Dodoma. De igual modo podríamos omitir el estudio de la naturaleza por ser vieja. Leer bien, es decir, leer verdaderos libros con un espíritu verdadero, es un noble ejercicio, y ocupará al lector más que cualquier ejercicio estimado por las costumbres del día. Requiere un entrenamiento como el de los atletas, la firme intención de casi toda una vida con este objetivo. Los libros deben ser leídos tan deliberada y reservadamente como fueron escritos. Ni siquiera es suficiente ser capaz de hablar la lengua de la nación en la que están escritos, pues hay un intervalo memorable entre la lengua hablada y la escrita, la lengua oída y la lengua leída. La primera es, por lo general, transitoria, un sonido, un habla, sólo un dialecto, casi bruto, y lo aprendemos inconscientemente, como los animales, de nuestras madres. La segunda es la madurez y experiencia de la primera; si aquella es nuestra lengua materna, esta es nuestra lengua paterna, una expresión reservada y selecta, demasiado significativa para que los oídos la oigan, y tendríamos que volver a nacer para hablarla. Las multitudes de hombres que sólo *hablaban* las lenguas griega y latina en la Edad Media no tenían derecho por el accidente del nacimiento a *leer* las obras de genio escritas en aquellas lenguas, ya que no estaban escritas en el griego o latín que conocían, sino en la lengua selecta de la literatura. No habían aprendido los más nobles dialectos de Grecia y Roma, y los mismos materiales sobre los que estaban escritos eran papel mojado para ellos, y en cambio apreciaban una barata literatura contemporánea. Pero una vez que las diversas naciones de Europa hubieron adquirido sus propias lenguas escritas, distintas, aunque rudas, suficientes para los propósitos de sus literaturas nacientes, entonces revivió el saber por vez primera y los escolares fueron capaces de discernir desde la lejanía los tesoros de la Antigüedad. Lo que la multitud romana y griega no pudo *oír*, fue *leído* tras el intervalo de las épocas por algunos escolares, y sólo algunos escolares siguen leyéndolo.

Por mucho que admiremos los ocasionales arranques de elocuencia del orador, las más nobles palabras escritas están, por lo general, tan por detrás o por encima de la fugaz lengua hablada como se halla el firmamento con sus estrellas tras las nubes. *Allí* están las estrellas, y los que pueden las leen. Los astrónomos siempre las

comentan y observan. No son exhalaciones como nuestros coloquios diarios y aliento vaporoso. Lo que se llama elocuencia en el foro suele ser retórica en el estudio. El orador cede a la inspiración de la ocasión transitoria y habla a la masa que tiene ante sí, a los que pueden *oírle*, pero el escritor, cuya ocasión es la vida regular y que se distraería por el acontecimiento y la multitud que inspiran al orador, habla a la inteligencia y el corazón de la humanidad, a los que en cualquier época le *entienden*.

No es de extrañar que Alejandro llevara la *Ilíada* consigo en sus expediciones en un precioso cofre. Una palabra escrita es la más escogida de las reliquias. Es algo a la vez más íntimo para nosotros y más universal que ninguna otra obra de arte. Es la obra de arte más próxima a la vida. Puede ser traducida a todas las lenguas, y no sólo leída, sino, en realidad, respirada por todo labio humano; no sólo ser representada en el lienzo o en el mármol, sino tallada con el aliento de la vida misma. El símbolo del pensamiento de los antiguos se convierte en la expresión de los modernos. Dos mil veranos han impartido a los monumentos de la literatura griega, así como a sus mármoles, sólo un más maduro tinte dorado y otoñal, pues han traído su propia atmósfera serena y celestial a toda la tierra para protegerlos de la corrosión del tiempo. Los libros son la riqueza atesorada del mundo y la herencia apropiada de las generaciones y naciones. Los libros, los más antiguos y mejores, perduran natural y legítimamente en los estantes de cualquier casa. No defienden una causa propia y, mientras ilustren y mantengan al lector, su sentido común no los rechazará. Sus autores son una aristocracia natural e irresistible en toda sociedad y ejercen mayor influencia sobre la humanidad que reyes y emperadores. Cuando el comerciante analfabeto y tal vez desdeñoso ha logrado por medio de la dedicación e industria el ocio e independencia codiciados, y es admitido en los círculos de la riqueza y la moda, se vuelve por fin, inevitablemente, a los círculos superiores, pero aún inaccesibles, de la inteligencia y el genio, y sólo es consciente de la imperfección de su cultura y de la vanidad e insuficiencia de todos sus bienes, y demuestra su buen sentido por las molestias que se toma en asegurar a sus hijos la cultura intelectual cuya carencia tanto le pesa, y así se convierte en fundador de una familia.

Quienes no hayan aprendido a leer a los antiguos clásicos en la lengua en que fueron escritos tendrán un conocimiento muy imperfecto de la historia de la raza humana, pues es notorio que no han sido nunca transcritos a una lengua moderna, a menos que nuestra misma civilización pueda ser considerada esa transcripción. Homero nunca ha sido impreso en inglés, ni Esquilo, ni siquiera Virgilio, cuya obra es tan refinada, tan sólida y casi tan hermosa como la mañana misma; porque los escritores posteriores, digamos lo que queramos de su genio, rara vez han igualado, si es que lo han hecho, la elaborada belleza y acabado y las heroicas y prolongadas labores literarias de los antiguos. Sólo hablan de olvidarlos quienes nunca los han conocido. Podremos olvidarlos en cuanto tengamos el saber y genio que nos permita

atenderlos y apreciarlos. Será rica la época en que se hayan acumulado aquellas reliquias que llamamos clásicos y las aún más antiguas y más que clásicas, pero menos conocidas, escrituras de las naciones, cuando el Vaticano se llene de Vedas y Zendavestas y Biblias, de Homeros y Dantes y Shakespeares, y todos los siglos por venir depositen sucesivamente sus triunfos en el foro del mundo. Con esa pila esperamos escalar por fin el cielo.

Las obras de los grandes poetas no han sido leídas por la humanidad, pues sólo los grandes poetas pueden leerlas. Han sido leídas como la multitud lee las estrellas, a lo sumo astrológica, no astronómicamente. La mayoría de los hombres ha aprendido a leer para servir a una ínfima conveniencia, así como ha aprendido a calcular para llevar las cuentas y que no la engañen en el negocio; pero poco o nada sabe de la lectura como un noble ejercicio intelectual; sin embargo, leer, en un sentido superior, no es lo que nos arrulla como un lujo y deja que se duerman entretanto las facultades más nobles, sino sólo lo que nos mantiene en vilo para leer, con devoción, en las horas más alertas y despejadas.

Creo que después de aprender las primeras letras deberíamos leer lo mejor de la literatura, y no repetir siempre a, b, abs y demás monosílabos de las clases de cuarto y quinto, sentados en los primeros bancos toda la vida. La mayoría de los hombres está satisfecha si lee u oye una lectura, y tal vez esté convencida de la sabiduría de un solo libro, la Biblia, y el resto de su vida vegeta y desperdicia sus facultades en las llamadas lecturas fáciles. La Biblioteca Ambulante tiene una obra en varios volúmenes, llamada Pequeña Lectura, que yo pensaba que se refería al nombre de una ciudad en la que no había estado. Hay quienes, como cormoranes y avestruces, pueden digerir estas cosas, incluso después de una comilona de carnes y vegetales, pues no permiten que nada se pierda. Si otros son las máquinas que suministran esta comida, ellos son las máquinas que la leen. Leen el cuento nueve mil de Zebulón y Sofronia, que se amaron como nadie, aunque el cauce de su amor verdadero no corrió apaciblemente, sino que, en todo caso, ¡corrió, tropezó, se levantó y siguió adelante!, ¡hasta que el pobre desgraciado subió a la torre, aunque más le habría valido no trepar hasta la aguja, y luego, tras encaramarle allí sin necesidad, el feliz novelista tocaba la campana para que todo el mundo acudiera y supiera, oh Dios, cómo consiguió bajar de nuevo! Por mi parte, creo que harían mejor en metamorfosear a esos aspirantes a héroes de novelería universal en veletas, tal como se disponía a los héroes en las constelaciones, y dejarlos allí girando hasta que se oxidaran, en lugar de hacerlos bajar a importunar a los hombres honrados con sus travesuras. La próxima vez que el novelista toque la campana no me moveré aunque se queme la iglesia. «El brinco del Tip-Toe-Hop, romance de la Edad Media, por el célebre autor de Tittle-Tol-Tan, en entregas mensuales; gran demanda; no se amontonen». Esto lo leen con ojos como platos, rígida y primitiva curiosidad y buche incansable, sin tener que aguzar sus

relieves, como un pequeño decano de cuatro años con su edición sobredorada de dos centavos de Cenicienta, sin mejora apreciable en la pronunciación, acento o énfasis, ni al extraer o insertar la moraleja. El resultado es una visión embotada, el estancamiento de las circulaciones vitales y el deliquio y descomposición de las facultades intelectuales. Esta especie de pan de jengibre se cocina a diario en casi todos los hornos con mayor diligencia que el trigo puro o el centeno con maíz, y encuentra un mercado más seguro.

Los mejores libros ni siquiera son leídos por los que llamamos buenos lectores. ¿A qué equivale nuestra cultura en Concord? En esta ciudad, con muy pocas excepciones, no hay el menor gusto por los libros mejores, o muy buenos, ni siquiera de la literatura inglesa, cuyas palabras todos pueden leer y deletrear. Incluso los hombres formados en la universidad y educados, según se dice, liberalmente, aquí y en cualquier parte, tienen realmente poco o ningún trato con los clásicos ingleses; en cuanto a la sabiduría registrada de la humanidad, los antiguos clásicos y Biblias, accesibles a todos los que quieran conocerlos, apenas nos hemos esforzado en tener trato con ellos. Conozco a un leñador de mediana edad que coge un periódico francés no por las noticias, ya que, según dice, está por encima de eso, sino para «mantenerse en forma», pues es canadiense de nacimiento, y cuando le pregunto qué considera lo mejor que puede hacer en este mundo, responde que, aparte de esto, conservar su inglés y mejorarlo. Es tanto como lo que hacen o aspiran a hacer los educados en la universidad, para lo cual cogen un periódico inglés. Si alguien acaba de leer tal vez uno de los mejores libros ingleses, ¿a cuántos encontrará con quienes conversar al respecto? O suponed que acabe de leer un clásico griego o latino en el original, cuyas alabanzas les resultan familiares incluso a los analfabetos; no encontrará a nadie con quien hablar, sino que deberá guardar silencio al respecto. En verdad, apenas hay un profesor en nuestras universidades que, aunque domine las dificultades de la lengua, domine proporcionalmente las dificultades del ingenio y la poesía de un poeta griego y tenga simpatía alguna que impartir al lector alerta y heroico; en cuanto a las Sagradas Escrituras, o Biblias de la humanidad, ¿quién podría decirme en esta ciudad siquiera sus títulos? La mayoría de los hombres no sabe que otra nación, salvo la hebrea, tenga su escritura. Un hombre, cualquiera, se apartará considerablemente de su camino para recoger un dólar de plata, pero aquí hay palabras doradas pronunciadas por los sabios de la Antigüedad, cuyo valor han avalado los sabios de épocas sucesivas; sin embargo, sólo aprendemos a leer la Lectura Fácil, las cartillas y libros de texto y, después de la escuela, la «Pequeña Lectura» y los libros de cuentos, que son para muchachos y principiantes; nuestra lectura, conversación y pensamiento están en un nivel muy bajo, propio sólo de pigmeos y maniqués.

Aspiro a tratar con hombres más sabios que los que ha producido esta tierra nuestra de Concord, cuyos nombres apenas son conocidos aquí. ¿Oír el nombre de

Platón y no leeré nunca su libro? Es como si Platón fuera un conciudadano mío y nunca lo viera, o vecino mío, y nunca lo oyera hablar o estuviera atento a la sabiduría de sus palabras. ¿Qué ocurre en realidad? Sus diálogos, que contienen lo que en él era inmortal, están en el estante de al lado y, sin embargo, no los he leído. Nos alimentamos mal, vivimos vulgarmente y somos analfabetos; al respecto, confieso que no hago una gran distinción entre el analfabetismo de mis conciudadanos que no saben leer y el analfabetismo del que ha aprendido a leer sólo lo que resulta apropiado para niños e inteligencias débiles. Deberíamos ser tan buenos como los próceres de la Antigüedad, pero en parte sabiendo en primer lugar lo buenos que fueron. Somos una raza de hombres de hojalata y no nos elevamos en nuestros vuelos intelectuales más que las columnas del periódico diario.

No todos los libros son tan torpes como sus lectores. Probablemente hay palabras dirigidas exactamente a nuestra condición, las cuales, si pudiéramos realmente oírlas y comprenderlas, serían más saludables que la mañana o la primavera de nuestras vidas y posiblemente darían un nuevo aspecto a la faceta que las cosas nos presentan. Cuántos hombres han fechado una nueva época en su vida por la lectura de un libro. Quizá exista el libro que nos explique nuestros milagros y revele otros nuevos. Podemos encontrar pronunciadas en algún lugar las cosas hasta ahora impronunciables. Las mismas cuestiones que nos turban y asombran y confunden les ocurrieron a su vez a todos los hombres sabios, ni una ha sido omitida y cada cual las ha respondido, según su habilidad, con sus palabras y su vida. Además, con la sabiduría aprenderemos la liberalidad. El jornalero solitario de una granja a las afueras de Concord que ha tenido su segundo nacimiento y su peculiar experiencia religiosa y que se ve llevado por su fe, según cree, a la gravedad silenciosa y la exclusividad, podría pensar que no es cierto, pero Zoroastro, hace miles de años, recorrió el mismo camino y tuvo la misma experiencia; no obstante, en su sabiduría, supo que era algo universal y trató a sus vecinos conforme a ello e incluso se dice que inventó y estableció el culto entre los hombres. Dejemos que comulgue humildemente con Zoroastro y, a través de la influencia liberadora de todos los próceres, con el propio Jesucristo, y dejemos que «nuestra iglesia» se vaya al traste.

Nos jactamos de pertenecer al siglo XIX y de estar haciendo más rápidos progresos que ninguna otra nación, pero considerad lo poco que hace esta ciudad por su propia cultura. No quiero adular a mis conciudadanos, ni ser adulado por ellos, ya que eso no nos hará avanzar. Necesitamos ser provocados, aguijados como bueyes, tal como somos, para trotar. Tenemos un sistema de escuelas comunes relativamente decente, escuelas sólo para niños, pero, salvo el liceo casi desierto en invierno y la reciente y endeble fundación de una biblioteca sugerida por el estado, no tenemos escuelas para nosotros mismos. Casi gastamos más en cualquier artículo de alimentación o malestar corporal que en nuestro alimento mental. ¡ Es hora de que tengamos escuelas poco

comunes, de que no abandonemos nuestra educación cuando empezamos a ser hombres y mujeres. Es hora de que las ciudades sean universidades, y sus ancianos miembros de la universidad, con ocio —si su posición lo permite— para continuar los estudios liberales el resto de su vida. ¿Estará el mundo confinado para siempre a un París o un Oxford? ¿No podrían los estudiantes alojarse aquí y conseguir una educación liberal bajo los cielos de Concord? ¿No podemos contratar a un Abelardo para que nos dé conferencias? Ay, al dar forraje al ganado y atender el almacén nos apartamos demasiado de la escuela y nuestra educación queda tristemente descuidada. En este país, la ciudad debería en ciertos aspectos ocupar el lugar de los nobles de Europa. Debería ser el patrón de las bellas artes. Es lo bastante rica. Sólo le faltan magnanimidad y refinamiento. Puede gastar bastante dinero en las cosas que valoran los granjeros y comerciantes, pero se considera utópico proponer el gasto en cosas que, a juicio de hombres inteligentes, son más valiosas. Esta ciudad ha gastado diecisiete mil dólares en un ayuntamiento, gracias a la fortuna o la política, pero no es probable que en cien años gaste tanto en ingenio vivo, la verdadera sustancia que tal concha debería encerrar. Los ciento veinticinco dólares de suscripción anual para el liceo de invierno están mejor gastados que cualquier otra suma igual reunida en la ciudad. Si vivimos en el siglo XIX, ¿por qué no hemos de disfrutar de las ventajas que ofrece el siglo XIX? ¿Por qué habría de ser provinciana nuestra vida en ningún aspecto? Si leemos los periódicos, ¿por qué no evitamos los chismes de Boston y tenemos de una vez el mejor periódico del mundo? ¡No sorbamos aquí, en Nueva Inglaterra, la papilla de los periódicos de «familia neutral» o ramoneemos «Ramas de olivo»!^[59] Dejemos que lleguen los informes de todas las sociedades cultas y veremos si saben algo. ¿Por qué hemos de dejar que Harper & Brothers y Reeding & Co. seleccionen nuestras lecturas? Así como el noble de gusto cultivado se rodea de cuanto conduce a su cultura, de genio, saber, ingenio, libros, pinturas, escultura, música, instrumentos filosóficos y demás, dejemos que la ciudad haga lo propio, no nos conformemos con un pedagogo, un párroco, un sacristán, una biblioteca parroquial y tres hombres selectos, porque nuestros padres peregrinos pasaran antaño así un frío invierno en una roca desolada. Actuar colectivamente responde al espíritu de nuestras instituciones; confío en que, cuando nuestras circunstancias sean más florecientes, nuestros medios sean mayores que los del noble. Nueva Inglaterra puede contratar a todos los hombres sabios del mundo para que vengan y le enseñen y alojarlos entretanto, sin ser provinciana. Esa es la escuela *poco común* que necesitamos. En lugar de nobles, tengamos nobles ciudades de hombres. Si es necesario, omitamos un puente sobre el río, vayamos un poco más allá y tendamos al menos un arco sobre el más oscuro golfo de la ignorancia que nos rodea.

SONIDOS

PERO mientras nos limitemos a los libros, aunque sean los más selectos y clásicos, y leamos sólo ciertas lenguas escritas, que en sí mismas son dialectales y provincianas, estamos en peligro de olvidar la lengua que todas las cosas y acontecimientos hablan sin metáfora, la única que es abundante y modélica. Se publica mucho, pero se imprime poco. Los rayos que penetran por el postigo no se recordarán cuando el postigo esté completamente abierto. Ningún método ni disciplina pueden suplir la necesidad de estar siempre alerta. ¿Qué es un curso de historia, filosofía o poesía, por bien elegido que esté, o la mejor compañía, o la más admirable rutina de la vida, comparados con la disciplina de mirar siempre lo que hay que ver? ¿Serás sólo un lector, un estudiante o un visionario? Lee tu hado, mira lo que hay frente a ti y camina hacia el futuro.

Durante el primer verano no leí libros; planté judías. No, a menudo hice algo mejor. Había momentos en que no podía permitirme sacrificar el esplendor del momento presente por trabajo alguno, de la cabeza o las manos. Quiero un amplio margen en mi vida. A veces, en una mañana de verano, tras mi baño de costumbre, me sentaba en el umbral soleado desde el amanecer hasta el mediodía, absorto en una ensoñación, entre los pinos, nogales y zumaques, en imperturbada soledad y tranquilidad, mientras los pájaros cantaban alrededor o revoloteaban silenciosos por la casa, hasta que, por la puesta de sol en mi ventana occidental o por el sonido del carro de algún viajero en la lejana carretera, me acordaba del paso del tiempo. En aquellos instantes crecía como el maíz por la noche, y resultaban mejor de lo que habría sido cualquier trabajo con las manos. No era tiempo sustraído de mi vida, pues estaba muy por encima de mi renta habitual. Me di cuenta de lo que los orientales entienden por la contemplación y el abandono de las obras. En gran medida, no me importaba cómo pasaban las horas. El día avanzaba como para iluminar alguno de mis trabajos; era por la mañana y, mirad, ahora es por la tarde y nada memorable se ha logrado. En lugar de cantar como los pájaros, sonreía silenciosamente por mi incesante buena fortuna. Como el gorrión tenía su trino, posado en el nogal frente a mi puerta, así tenía yo mi risita o el gorjeo amortiguado que podría oír desde mi nido. Mis días no eran los días de la semana, con el sello de una deidad pagana, ni eran desmenuzados en horas ni golpeados por el tictac de un reloj, porque vivía como los indios puri, de quienes se dice que «para el ayer, el hoy y el mañana sólo tienen una palabra, y expresan la variedad de significado señalando hacia adelante para mañana, hacia atrás para ayer y sobre su cabeza para el día que pasa»^[60]. Esto era flagrante ociosidad para mis conciudadanos, sin duda, pero si los pájaros y las flores me

hubieran examinado según sus pautas, no habrían hallado falta en mí. Es cierto que un hombre debe encontrar sus ocasiones en sí mismo. El día natural es muy tranquilo y no reprobará su indolencia.



«El silbido de la locomotora penetra en mis bosques en verano e invierno».

Tenía una ventaja al menos en mi modo de vida sobre los que estaban obligados a mirar al exterior en busca de diversión, a la sociedad y al teatro: que mi propia vida se convertía en una diversión y no dejaba de ser una novela. Era un drama de muchas escenas y sin un final. Si nos ganáramos siempre el sustento y reguláramos nuestras vidas por el último y mejor método que hemos aprendido, no nos aburriríamos nunca. Seguid vuestro genio de cerca y no dejará de mostraros una nueva perspectiva cada hora. El quehacer doméstico era un pasatiempo agradable. Cuando mi suelo estaba sucio, me levantaba temprano y, tras sacar al exterior todos mis muebles y dejarlos sobre la hierba, con la cama y el armazón en una sola pieza, rociaba el suelo con agua, esparcía arena blanca de la laguna y luego lo barría con una escoba hasta dejarlo limpio y reluciente y, cuando los ciudadanos se desayunaban, el sol matutino ya había secado mi casa lo suficiente para permitirme entrar de nuevo, y mis meditaciones eran casi ininterrumpidas. Era agradable ver todos mis enseres domésticos sobre la hierba, formando una pequeña pila, como el fardo de un gitano, y mi mesa de tres patas, de la que no quitaba los libros, la pluma y la tinta, en medio de los pinos y los nogales. Parecían contentos de verse afuera, como si no quisieran ser llevados adentro. A veces sentía la tentación de extender un toldo sobre ellos y

sentarme allí. Valía la pena ver brillar el sol sobre estas cosas y oír soplar libre al viento sobre ellas; los objetos más familiares parecen mucho más interesantes fuera que dentro de casa. Un pájaro se posa en la rama cercana, la siempreviva crece bajo la mesa y los sarmientos de zarzamora se enredan en sus patas; las pinas, castañas erizadas y hojas de fresa se esparcen alrededor. Parecía que de este modo llegaron a transferirse tales formas a nuestro mobiliario, a mesas, sillas y armazones, porque una vez estuvieron en medio de ellas.

Mi casa estaba en la ladera de una colina, al borde del gran bosque, en medio de un joven soto de pinos tea y nogales, a media docena de varas de la laguna, a la que conducía un estrecho sendero colina abajo. Enfrente de ella crecían fresas, zarzamoras y siemprevivas, verbenas y cañas doradas, roblecillos y cerezo de arena, arándano y cacahuete. A finales de mayo, el cerezo de arena (*Cerasus pumila*) adornaba ambos lados del sendero con sus delicadas flores dispuestas cilíndricamente en umbelas en tomo a cortos tallos, que, por fin, en otoño, se combaban con sus notables y hermosas cerezas, caídas en guirnaldas radiantes por todos lados. Las probaba por gratitud hacia la naturaleza, aunque no eran sabrosas. El zumaque (*Rhus glabra*) crecía exuberante en tomo a la casa trepando por el terraplén que había construido, y llegó a los cinco o seis pies la primera temporada. Su amplia hoja pinada tropical era grata a la vista, aunque extraña. Las grandes yemas, que brotaban tardíamente en primavera de secas varas que parecían muertas, se convertían como por arte de magia en graciosas ramas verdes y tiernas de una pulgada de diámetro y, a veces, cuando me sentaba en la ventana, crecían y forzaban sus débiles junturas con tal descuido que oía caer una rama nueva y tierna, como un abanico sobre el suelo, cuando no se movía ni una pizca de aire, rota por su propio peso. En agosto, los grandes racimos de bayas, que cuando florecían habían atraído a multitud de abejas, asumían gradualmente su aterciopelado matiz carmesí y, del peso, se combaban y rompían sus tiernos miembros.

Mientras estoy sentado en mi ventana en este mediodía de verano, los halcones sobrevuelan el claro; el apresuramiento de las palomas salvajes, que cruzan transversalmente mi perspectiva por parejas y tríos o se posan inquietas sobre las ramas del pino blanco detrás de mi casa, da voz al aire; un pigargo riza la superficie cristalina de la laguna y trae consigo un pez; un visón sale del marjal frente a mi puerta y atrapa una rana en la orilla; la juncia se arquea bajo el peso de los chamberguillos que revolotean por aquí y por allá y, durante la última media hora, he oído el traqueteo de los vagones del ferrocarril, que ahora se pierde y luego revive, como el aleteo de una perdiz, con el transporte de pasajeros de Boston al campo. Pues yo no vivía tan alejado del mundo como aquel muchacho que, según he oído, llevado a una granja del este de la ciudad, salió corriendo y volvió a casa de nuevo, desaliñado y nostálgico. Nunca había visto un lugar tan sombrío y apartado; la gente

se había ido, ¡ni siquiera se oía el silbido! Dudo que queden lugares así en Massachusetts:

En verdad, nuestra ciudad se ha convertido en una terminal
De una de esas veloces flechas ferroviarias, y sobre
Nuestro manso llano su suave sonido es Concord^[61].

El ferrocarril de Fitchburg linda con la laguna a unas cien varas al sur de donde vivo. Por lo general, voy a la ciudad siguiendo su trazado y, por así decirlo, ese es mi vínculo con la sociedad. Los hombres de los trenes de mercancías que recorren el camino me saludan como a un viejo conocido, pues a menudo se cruzan conmigo y aparentemente me toman por un empleado; eso es lo que soy. Con gusto sería también reparador de vías en algún lugar de la órbita de la tierra.

El silbido de la locomotora penetra en mis bosques en verano e invierno como el chillido de un halcón que atraviesa el terreno de un granjero, y me informa de que llegan numerosos e incansables mercaderes urbanos al círculo de la ciudad, o aventurados comerciantes del otro extremo del país. Cuando entran en el horizonte, se lanzan unos a otros un aviso para despejar la vía que a veces se oye en el radio de dos ciudades. ¡Campo, aquí vienen tus viandas! ¡Vuestras raciones, campesinos! No hay un hombre tan independiente en su granja que pueda rehusarlas. ¡Y ahí tenéis vuestra paga!, chilla el silbato del hombre de campo; madera en forma de largos arietes a veinte millas por hora contra los muros de la ciudad y suficientes plazas para acomodar a cuantos llegan cansados y sobrecargados. Con esa tremenda y torpe cortesía el campo ofrece un asiento a la ciudad. Todas las colinas indias de gayubas son despojadas, todos los prados de arándano se rastrillan hasta la ciudad. Sube el algodón, baja el lienzo tejido; sube la seda, baja la lana; suben los libros, pero baja el ingenio que los escribe.

Cuando me encuentro con la máquina y su serie de vagones con movimiento planetario —o más bien como un cometa, porque el espectador no sabe a qué velocidad y en qué dirección volverá a visitar este sistema, ya que su órbita no parece tener curva de vuelta—, con su nube de vapor como una bandera que ondea con guirnaldas doradas y plateadas, como las nubes vellosas que he visto en lo alto del cielo, desplegando su masa en el aire, como si este semidiós viajero, este conductor de nubes, hubiera tomado el cielo crepuscular por la librea de su séquito; cuando oigo que las colinas hacen eco al resoplido tronador del caballo de hierro, que agita la tierra con sus pies y respira fuego y humo por sus narices (ignoro qué tipo de caballo alado o fiero dragón pondrán en la nueva mitología), parece como si la tierra tuviera por fin una raza de habitarla. ¡Si todo fuera como parece y los hombres sometieran a los elementos por nobles fines! Si la nube que cuelga sobre la máquina fuera la transpiración de hechos heroicos, o fuera tan beneficiosa como la que flota sobre los

campos del granjero, entonces los elementos y la naturaleza misma acompañarían alegremente a los hombres en sus vagabundeos y serían su escolta.

Contemplo el paso de los vagones matutinos con el mismo sentimiento con el que contemplo la salida del sol, que apenas es más regular. El tren de nubes, que se extiende por detrás y se eleva cada vez más hasta el cielo mientras los vagones van a Boston, oculta el sol por un momento y deja en la sombra mi campo lejano; es un tren celestial del que el mezquino tren de vagones que abraza la tierra no es sino la punta de la lanza. El mozo de cuadra del caballo de hierro se ha levantado temprano esta mañana invernal por la luz de las estrellas entre las montañas para alimentar y enjaezar a su montura. También se despertó temprano el fuego para darle calor vital y hacerlo salir. ¡Si la empresa fuera tan inocente como temprana! Si hay mucha nieve, se calzan las raquetas y, con el arado gigante, trazan un surco desde las montañas hasta la costa en que los vagones, como una dócil sembradora, esparcen hombres incansables y mercancías flotantes como semillas por el campo. Durante todo el día los caballos de fuego sobrevuelan el campo y sólo se detienen para que su dueño pueda descansar, y a medianoche me despierta su ruido y desafiante resoplido, cuando en alguna remota cañada de los bosques se queda encajonado entre el hielo y la nieve. Llegará a su establo con la estrella de la mañana, para empezar una vez más sus viajes sin haber descansado o dormido. Por la tarde tal vez le oiga en su establo desfogando la energía sobrante del día, para calmar sus nervios y enfriar su hígado y cerebro con unas pocas horas de sueño férreo. ¡Si la empresa fuera tan heroica e imponente como prolongada e inagotable!



«Mi casa estaba en la ladera de una colina, al borde del gran bosque, en medio de un joven soto de pinos tea y nogales, a media docena de varas de la laguna, a la que conducía un estrecho sendero colina abajo...».

A través de bosques poco frecuentados en los confines de las ciudades, donde sólo ha penetrado el cazador de día, en la más oscura noche se adentran estos brillantes salones sin conocer a sus habitantes; ahora paran en una brillante estación de la ciudad, donde se reúne la muchedumbre, y luego en la Ciénaga Sombría, para asustar al búho y al zorro. Las salidas y llegadas de los vagones señalan ahora las partes del día en la ciudad. Van y vienen con tal regularidad y precisión, y su silbido puede oírse desde tan lejos, que con ellos los granjeros ponen en hora sus relojes y así una institución bien conducida regula todo un país. ¿No han mejorado los hombres en puntualidad desde que se inventó el ferrocarril? ¿No hablan y piensan más rápido en la estación de lo que lo hacían en la parada de la diligencia? Hay algo electrizador en aquella atmósfera. Me asombran los milagros que ha obrado; que ciertos vecinos, de los que nunca habría profetizado que fueran a Boston por un transporte tan rápido,

estén a punto cuando suena la campana. Hacer las cosas «a la manera del ferrocarril» es ahora la marca de calidad, y vale la pena que nos avisen a menudo y sinceramente por cualquier medio para que nos quitemos de su camino. No hay tiempo de pararse a leer la ley de orden público, en este caso, ni para disparar sobre las cabezas de la masa. Hemos construido un hado, un *Atropos*, que nunca se desvía. (Que ese sea el nombre de vuestra máquina). A los hombres se les advierte que a cierta hora y minuto se echarán los cerrojos en los puntos cardinales; sin embargo, esto no interfiere en los asuntos de nadie y los niños van a la escuela por otro camino. Estamos más seguros gracias a él. Somos educados así para ser hijos de Tell. El aire está lleno de cerrojos invisibles. Toda senda, salvo la vuestra, es la senda del hado. Seguid, pues, vuestro camino.

Lo que hace recomendable para mí el comercio es su iniciativa y valentía. No junta las manos ni reza a Júpiter. Veo que estos hombres van a su negocio cada día con más o menos coraje y alegría, y que incluso hacen más de lo que creen y tal vez de una manera más útil que si se lo hubieran propuesto conscientemente. Me conmueve menos el heroísmo de los que aguantan media hora en el frente de Buena Vista^[62] que el firme y alegre valor de los hombres que usan el quitanieves como cuartel de invierno; que tienen no sólo el coraje de las tres de la mañana, que Bonaparte consideraba el más raro, sino un coraje que no les permite retirarse tan pronto y sólo necesita dormir cuando la tormenta duerme o los tendones de su montura de hierro están helados. En esta mañana de la gran nevada^[63], que aún enciende y hiela la sangre de los hombres, tal vez oiga salir el tono amortiguado de su campana del banco de niebla que produce su helado aliento, para anunciar que los vagones *están al llegar* sin gran retraso, a pesar del veto de una tormenta de nieve del noreste de Nueva Inglaterra, y contemple a los campesinos cubiertos de nieve y escarcha, con las cabezas por encima de la vertedera del arado que estará removiendo no sólo margaritas y madrigueras de ratón campestre, como cantos rodados de la Sierra Nevada, que ocupan una posición exterior en el universo.

El comercio es inesperadamente confiado y sereno, atento, aventurero e incansable. Además, es muy natural en sus métodos, más que muchas fantásticas empresas y experimentos sentimentales, y de ahí su peculiar éxito. Me siento renovado y expansivo cuando me cruzo con el tren de mercancías y huelo las provisiones que van dispensando sus olores por el camino, desde Long Wharf hasta el lago Champlain, y evocan lugares remotos, arrecifes de coral, océanos índicos, climas tropicales y toda la extensión del globo. Me siento como un ciudadano del mundo al ver la palma que cubrirá tantas rubias cabezas de Nueva Inglaterra en el próximo verano, el cáñamo de Manila y las cascadas de coco, los viejos trastos, los sacos de yute, la chatarra y los clavos oxidados. Esta carga de velas rasgadas es más legible e interesante ahora que si hubiera sido forjada en papel y libros impresos. ¿Quién

podría escribir tan gráficamente la historia de las tormentas que han capeado como estas rasgadas? Son galeradas que no necesitan corrección. Aquí va la madera de los bosques de Maine que no se embarcó con la última marea, subida en cuatro dólares por mil por la que quedó en tierra o rota; pino, abeto, cedro, de primera, segunda, tercera y cuarta clase, hasta hace poco de urja sola al combarse sobre el oso, el alce y el caribú. Luego sigue un primer lote de cal de Thomaston que llegará a las colinas antes de que escasee. ¡Y esos trapos embalados de todos los colores y calidades, la ínfima condición a la que han sido rebajados el algodón y el lino, el resultado final del vestido, de patrones que ya no se estilan, a menos que sea en Milwaukee, como esos espléndidos artículos, estampados ingleses, franceses o americanos, telas a cuadros, muselinas, etc., reunidos de todos los lugares de la moda y la pobreza, listos para convertirse en papel de un color o de ciertos matices, en el que se escribirán cuentos de la vida real, elevados e ínfimos, y fundados en hechos! Este vagón cerrado huele a salazón, el aroma fuerte y comercial de Nueva Inglaterra que recuerda a los grandes bancos y las pesquerías. ¿Quién no ha visto un pescado salado, completamente curado para este mundo, de modo que nada pueda estropearlo y que podría hacer ruborizar a los santos en su perseverancia? Con él se pueden barrer o empedrar las calles y partir las astillas, y el arriero y su carga pueden protegerse con él del sol, el viento y la lluvia, y el comerciante, como hiciera uno de Concord, colgarlo junto a su puerta como señal de que abre el negocio, hasta que por fin su cliente más antiguo no pueda asegurar si es animal, vegetal o mineral, aunque siga tan puro como un copo de nieve y, en caso de ser puesto en un cazo y hervido, resulte un excelente pescado magro para la cena del sábado. Luego llegan los cueros españoles con sus colas, que aún conservan el giro y ángulo de elevación que tenían cuando los bueyes corrían por las pampas de la América española, un modelo de obstinación, que demuestra lo desesperados e incurables que resultan los vicios constitucionales. Confieso que, en la práctica, tras conocer la auténtica disposición de un hombre, no albergo esperanzas de cambiarla para mejor o para peor en esta etapa de la existencia. Como dicen los orientales: «Aunque calentáramos, apretáramos y atáramos con ligaduras una cola de perro, tras doce años de trabajo aún conservaría su forma natural». La única cura efectiva para los resabios que muestran estas colas consiste en hacer engrudo con ellas, que es, según creo, el uso que suele dárseles, y entonces quedarán fijas. Aquí hay un barril de molazas o de brandy dirigido a John Smith, Cuttingsville, Vermont, un mercader de las Green Mountains que importa para los granjeros de la vecindad y ahora tal vez vigila sobre su mamparo y que, al pensar en los últimos envíos marítimos y en cómo pueden afectar al precio, dice a sus clientes en este momento, como ya les ha dicho veinte veces esta mañana, que espera recibir algo de primera calidad en el próximo tren. Se ha publicado en el *Cuttingsville Times*.

Mientras estas cosas suben otras bajan. Avisado por el zumbido, levanto la vista de mi libro y veo un pino alto, talado en lejanas colinas del norte, que ha pasado volando sobre las Green Mountains y Connecticut, disparado como una flecha en sólo diez minutos a través de la ciudad, y que apenas nadie más ve; está listo para:

Ser el mástil
De un gran almirante^[64].

¡Y escuchad! Aquí viene el tren del ganado con las reses de mil colinas, apriscos, establos y cañadas por el aire, arrieros con sus varas y jóvenes pastores en medio de sus rebaños, todo salvo los pastos montañosos, arremolinados como hojas traídas desde las montañas por los vendavales de septiembre. El aire se llena de balidos de temeros y ovejas y del ajeteo de los bueyes, como si se tratara de un valle pastoral. Cuando el viejo manso a la cabeza hace sonar su cencerro, las montañas brincan como cameros y las pequeñas colinas como ovejas. También hay un vagón de arrieros en el medio, al mismo nivel ahora que los arreados, sin su vocación, pero aún aferrados a sus inútiles varas como a una insignia profesional. Pero sus perros, ¿dónde están? Para ellos se trata de una estampida; han sido abandonados, han perdido el rastro. Creo que los oigo ladrar tras las colinas de Peterboro, o jadear por la pendiente occidental de las Green Mountains. No estarán presentes en la matanza. Su vocación también ha desaparecido. Su fidelidad y sagacidad está ahora bajo par. Se escabullirán desventurados hacia sus casetas, o tal vez correrán asilvestrados y formarán una liga con el lobo y el zorro. Así acaba vuestra vida pastoral. Pero la campana suena y debo apartarme de la vía y dejar paso a los vagones:

¿Qué es el ferrocarril para mí?
Nunca voy a ver
Dónde acaba.
Llena unos pocos huecos
Y forma taludes para las golondrinas,
Da un soplo a la arena
E ímpetu a los arándanos.

Pero la cruzo como una carretera en los bosques. No dejaré que su humo, vapor y pitido moleste a mis ojos ni dañe a mis oídos.

Ahora que los vagones han pasado, y con ellos todo el mundo incansable, y los peces en la laguna ya no sienten su retumbar, estoy más solo que nunca. Durante el resto de la larga tarde mis meditaciones tal vez sean sólo interrumpidas por el débil traqueteo de un carro o una yunta en la lejana carretera.

A veces, en domingo, oigo las campanas, la campana de Lincoln, Acton, Bedford

o Concord, cuando el viento es favorable, una débil, dulce y, por así decirlo, natural melodía, digna de ser importada al desierto. A suficiente distancia en los bosques, este sonido adquiere cierto zumbido vibratorio, como si las agujas de pino en el horizonte fueran las cuerdas rozadas de un arpa. Todo sonido oído a la mayor distancia posible produce uno y el mismo efecto: una vibración de la lira universal, así como la atmósfera intermedia forma una lejana ondulación de tierra que interesa a la mirada por su tinte azul. Llegaba hasta mí en este caso una melodía que el aire había pulsado y que había conversado con cada hoja y aguja de los bosques, esa porción de sonido que los elementos habían aceptado, modulado y prolongado con ecos de valle en valle. El eco es, hasta cierto punto, un sonido original, y de ahí su magia y encanto. No es sólo la repetición de lo que era digno de repetirse en la campana, sino en parte la voz del bosque, las mismas palabras y notas triviales cantadas por una ninfa.

Al atardecer, los lejanos mugidos de una vaca en el horizonte tras los bosques sonaban dulces y melodiosos, y al principio se confundían con las voces de ciertos trovadores que en ocasiones me ofrecían su serenata, errantes por colinas y valles; sin embargo, no me sentía ingratamente decepcionado cuando al instante se prolongaban en la barata y natural música de la vaca. No pretendo ser satírico, sino expresar mi apreciación por el canto de aquellos jóvenes, si afirmo que percibía claramente su afinidad con la música de la vaca y que resultaban una articulación de la naturaleza.

Regularmente, a las siete y media, en cierta época del verano, tras la partida del tren vespertino, los chotacabras cantaban sus vísperas durante media hora, posados en un tocón junto a mi puerta o sobre la parhilera de la casa. Empezaban a cantar casi con tanta precisión como un reloj, cada tarde, durante cinco minutos y a cierta hora próxima a la puesta de sol. Tuve una rara oportunidad de familiarizarme con sus hábitos. A veces oía cuatro o cinco a la vez en diferentes partes del bosque, casualmente un acorde tras otro, y tan cerca de mí que no sólo distinguía el cloqueo tras cada nota, sino a menudo su peculiar zumbido, como de una mosca en una telaraña, sólo que proporcionalmente más fuerte. A veces uno de ellos me rondaba en los bosques a pocos pies de distancia, como atado a una cuerda, probablemente cuando estaba cerca de sus huevos. Cantaban a intervalos toda la noche y eran de nuevo tan musicales como siempre al amanecer.

Cuando otros pájaros callan, las lechuzas toman el relevo, como plañideras, con su viejo u-lu-lu. Su deprimente grito es verdaderamente Ben Jonsonian^[65]. ¡Sabias arpías de medianoche! No es el honrado y romo tu-whit tu-who de los poetas, sino, bromas aparte, la más solemne cancioncilla funeraria, los consuelos mutuos de los amantes suicidas que recuerdan los dolores y las delicias del amor sobrenatural en los bosquecillos infernales. Sin embargo, me encanta oír su llanto, sus dolientes respuestas, trinadas por la vereda, que evocan a los pájaros cantores; como si fuera el

lado oscuro y lagrimoso dé la música, los lamentos y suspiros que queríamos cantar. Son espíritus, los espíritus alicaídos y las aprensiones melancólicas de almas muertas que, con forma humana, rondaban de noche por la tierra y perpetraron los hechos de la oscuridad, y que ahora expían sus pecados con himnos gimientes o trenos en el escenario de sus transgresiones. Me comunican un nuevo sentido de la variedad y capacidad de esa naturaleza que es nuestra morada común. *¡O-o-o-oh si nunca hubiera nacido-o-o-o!*, suspira una a este lado de la laguna, y vuelve con la inquietud de la desesperación a una nueva rama de los robles grises. *¡O-o-o-oh si nunca hubiera nacido-o-o-o!*, responde otra en eco a lo lejos con trémula sinceridad, y *¡Nacido-o-o-o!* llega débilmente desde los bosques de Lincoln.

Un búho ululante cantaba también para mí su serenata. Podríaís imaginarlo, tan cerca, como el sonido más melancólico de la naturaleza, como si pretendiera estereotipar y perpetuar en su coro los moribundos gemidos de un ser humano, alguna pobre y débil reliquia de mortalidad que hubiera dejado atrás la esperanza y aullara como un animal, aunque con sollozos humanos, al entrar en el oscuro valle, con voz más horrible por cierta melodía glótica; veo que he de usar las letras «gl» al tratar de imitarlo, expresión propia de quien ha alcanzado una fase gelatinosa y mohosa en la mortificación de todo pensamiento saludable y valiente. Me recordaba a demonios necrófagos e idiotas y a locos aullidos. Pero ahora llega una respuesta desde bosques lejanos con un tono que la distancia vuelve melodioso, *Hoo hoo hoo, hooser hoo*, y que, en efecto, en gran medida sugiere sólo gratas asociaciones oídas de día o de noche, en verano o invierno.

Me alegra que haya búhos. Dejemos que hagan el idiótico y maniaco ululato en lugar de los hombres. Es un sonido admirablemente adecuado a pantanos y bosques crepusculares que el día no ilumina, y que sugiere una vasta y no desarrollada naturaleza que los hombres no han conocido. Los búhos representan el crudo crepúsculo y los pensamientos insatisfechos que todos tenemos. Durante el día el sol ha brillado sobre la superficie del pantano salvaje, donde se inclina el solitario abeto cubierto de líquenes, sobrevolado por pequeños halcones, el paro cecea entre las hojas perennes y la perdiz y el conejo merodean; ahora amanece un día más sombrío y apropiado, y una raza diferente de criaturas despierta allí para expresar el significado de la naturaleza.

A última hora de la tarde oía el lejano retumbar de los vagones sobre los puentes —un sonido que de noche llega más lejos que ningún otro—, el aullido de los perros y, a veces, de nuevo, el mugido de una vaca lastimera en un establo remoto. Entre tanto toda la orilla sonaba con el trompeteo de las ranas mugidoras, los rudos espíritus de antiguos bebedores y borrachos, aún impenitentes, que tratan de cantar un fragmento en su laguna Estigia —si las ninfas de Walden me permiten la comparación, pues, aunque allí no haya ortigas, sí que hay ranas—, dispuestos a

mantener las reglas hilarantes de sus viejas mesas festivas, aunque sus voces se han vuelto solemnemente graves y roncadas, se burlan de la alegría, el vino ha perdido su sabor hasta convertirse sólo en el licor que distiende sus panzas, y no es la dulce ebriedad la que ahoga la memoria del pasado, sino la mera saturación, anegación y distensión. El más concejil, con su barbilla sobre una hoja corazonada, que le sirve de servilleta para sus babeantes mandíbulas, bebe en esta orilla norte un gran trago del agua antes despreciada y pasa la copa con la exclamación *¡tr-r-roonk, tr-r-roonk, tr-r-roonk!*, y por el agua llega desde una cavidad lejana la misma contraseña repetida, donde el siguiente en edad y volumen ha engullido lo propio, y cuando esta observancia ha completado el circuito de las orillas, entonces exclama el maestro de ceremonias, con satisfacción, *¡tr-r-roonk!*, y cada cual lo repite por turno, hasta el menos distendido, goteante y flojo panzudo, para que no haya equivocación posible; entonces el cuenco vuelve a girar, hasta que el sol dispersa la bruma matinal y el patriarca es el único que sigue fuera de la laguna y aún brama *troonk* de vez en cuando, a la espera de una réplica.

No estoy seguro de que oyera alguna vez el sonido del canto del gallo desde mi claro y pensé que podría valer la pena mantener un gallo sólo por su música, como un pájaro cantor. La nota del que una vez fuera un faisán indio salvaje es, por cierto, más notable que la de pájaro alguno y, si pudiera naturalizarse sin ser domesticado, pronto sería el sonido más famoso de nuestros bosques y superaría al graznido del ganso y al ululato del búho. ¡Imaginad luego el cacareo de las gallinas para colmar las pausas entre los clarines de sus maestros! No es de extrañar que el hombre añadiera este pájaro a su dócil reserva, por no decir nada de los huevos y las patas. Caminar en una mañana de invierno por un bosque donde abundaran esas aves, por sus bosques nativos, y oír cacarear a los gallos salvajes en los árboles, con un sonido claro y estridente sobre la tierra resonante que ahogaría las notas más débiles de los demás pájaros... ¡Pensadlo! Pondrían en alerta a las naciones. ¿Quién no se levantaría cada vez más temprano en los días sucesivos de su vida, hasta que llegara a ser inefablemente saludable, rico y sabio? La nota de este pájaro extranjero es celebrada por los poetas de todos los países junto con las notas de sus rapsodas. Todos los climas convienen al valiente gallo. Es aún más indígena que los nativos. Su salud siempre es buena, sus pulmones están sanos, su espíritu nunca flaquea. Incluso el marinero en el Atlántico y el Pacífico se despierta con su voz; sin embargo, su estridente sonido nunca me despertó de mi sueño. No tenía perro, ni gato, ni vaca, ni cerdo ni gallinas, así que diríais que en mi casa había deficiencia de sonidos domésticos; ni mantequera, ni rueca, ni el silbido de la tetera, ni el siseo de la cafetera, ni el grito de los niños como consuelo. Un hombre chapado a la antigua habría perdido sus sentidos o muerto de tedio antes de pasar por eso. No había ratas en la pared, ya que habrían muerto de hambre, o más bien nunca habrían visto cebo

alguno, sino sólo ardillas en el tejado y bajo el suelo, un chotacabras en la parhilera, un grajo azul que chillaba bajo la ventana, una liebre o marmota bajo la casa, una lechuza o un búho tras ella, una bandada de gansos salvajes o un somormujo burlón en la laguna y un zorro para aullar de noche. La alondra o la oropéndola, esas dóciles aves de plantación, nunca visitaron mi claro. Ni los gallos cantaban ni las gallinas cacareaban en el corral. ¡No había corral, sino la naturaleza sin vallas hasta el mismo umbral! Un bosquecillo crecía bajo las ventanas, y zumaques y zarzamoras silvestres irrumpían en el sótano; robustos pinos se frotaban y crujían contra las tablillas por falta de espacio, con sus raíces bajo la casa. En lugar de una trampilla o persiana arrancadas por el vendaval, había un pino partido o tronchado por las raíces detrás de la casa, que serviría de combustible. ¡En lugar de quedar sin sendero hasta la puerta de entrada durante la gran nevada, no había puerta alguna, ni entrada, ni sendero al mundo civilizado!

SOLEDADE

Es una tarde deliciosa, en que todo el cuerpo es un solo sentido y bebe la delicia por cada poro. Voy y vengo con una extraña libertad en la naturaleza, como parte de ella. Mientras camino por la pedregosa orilla de la laguna en mangas de camisa, aunque el tiempo es frío, además de nublado y ventoso, y no veo nada que me atraiga en especial, todos los elementos resultan insólitamente agradables. Las ranas mugidoras trompetean para anunciar la noche y la nota del chotacabras nace del viento ondulante sobre el agua. Me deja casi sin aliento la simpatía con el palpitante aliso y las hojas del álamo; sin embargo, como el lago, mi serenidad se ondula, pero no se arruga. Las pequeñas olas levantadas por el viento de la tarde están tan lejos de la tormenta como la suave superficie reflectante. Aunque ahora oscurece, el viento sopla y ruge aún en los bosques, las olas salpican y algunas criaturas arrullan a las demás con sus notas. El reposo nunca es completo. Los animales más salvajes no reposan, sino que buscan ahora su presa; el zorro, la mofeta y el conejo rondan por los campos y los bosques sin miedo. Son los vigilantes de la naturaleza, los vínculos que unen los días de vida animada. Cuando vuelvo a mi casa descubro que ha habido visitas y que han dejado sus tarjetas, un ramillete de flores, una guirnalda de hojas perennes o un hombre a lápiz sobre una hoja de nogal amarilla o una astilla. Los que vienen rara vez al bosque cogen algún objeto con el que jugar de camino, que abandonan intencionada o accidentalmente. Uno ha pelado una varita de sauce, la ha tejido como un anillo y la ha dejado sobre mi mesa. Siempre podría decir si ha habido visitas en mi ausencia por las ramitas o la hierba inclinadas, o por la huella de sus zapatos y adivinar, por lo general, de qué sexo, edad o cualidad eran por alguna traza trivial, como una flor caída o un ramillete de hierba arrancado y arrojado junto al ferrocarril, a media milla de distancia, o por el persistente olor de un cigarro o una pipa. Con frecuencia el aroma de la pipa me advertía del paso de un viajero por el camino principal que hay a sesenta varas.

Por lo general, hay suficiente espacio a nuestro alrededor. Nuestro horizonte nunca está bajo los codos. El espeso bosque no está precisamente a nuestra puerta, ni la laguna, sino que contamos con lo que es claro, familiar y habitual, algo apropiado y, en cierto modo, cercado, y reclamado por la naturaleza. ¿Por qué razón tengo tan vasta extensión, unas millas cuadradas de bosque poco frecuentado, para mi vida privada, abandonada por los hombres para mí? El vecino más cercano está a una milla de distancia y ninguna casa es visible desde ningún lugar salvo desde la cima de las colinas que hay a media milla. Mi horizonte está limitado por los bosques, una lejana vista del ferrocarril que linda con la laguna por un lado y la cerca que bordea el

camino del bosque por el otro. Sin embargo, el lugar donde vivo resulta en gran medida tan solitario como las praderas; es tanto Asia o África como Nueva Inglaterra. Tengo, por así decirlo, mi propio sol, luna y estrellas, y un pequeño mundo para mí solo. Por la noche ningún viajero pasa por mi casa o toca a mi puerta, como si fuera el primer o último hombre; a menos que sea primavera, cuando a intervalos algunos venían de la ciudad a pescar abadejos —pescaban más en la laguna de Walden de su propia naturaleza y cebaban sus anzuelos con la oscuridad—, pero se retiraban pronto, por lo general con las cestas ligeras, y nos dejaban «el mundo a la oscuridad y a mí»^[66], de modo que la negra médula de la noche nunca era profanada por la vecindad humana. Creo que a los hombres aún los asusta un poco la oscuridad, aunque todas las brujas estén colgadas y se hayan introducido el cristianismo y las velas.

Sin embargo, a veces experimentaba que la compañía más dulce y tierna, la más inocente y alentadora, podía hallarse en cualquier objeto natural, incluso para el pobre misántropo y el hombre más melancólico. No puede haber una melancolía muy negra para el que vive en medio de la naturaleza y aún goza de sus sentidos. Nunca hubo tal tormenta, sino que era música eolia para un oído saludable e inocente. Nada puede empujar legítimamente a un hombre sencillo y valiente a una tristeza vulgar. Mientras disfrute de la amistad de las estaciones, confío en que nada hará de la vida una carga para mí. La suave lluvia que hoy riega mis judías y me retiene en casa no es temible ni melancólica, sino también buena para mí. Aunque me impida cavar, tiene mucho más valor. Si continuara hasta el punto de pudrir las semillas en la tierra y destruir las patatas de las tierras bajas, aún sería buena para la hierba de las altas y, siendo buena para la hierba, sería buena para mí. A veces, cuando me comparo con otros hombres, me parece que he sido favorecido por los dioses en mayor medida que ellos, más allá de los méritos de que soy consciente; que en sus manos tengo una garantía y seguridad de la que mis compañeros carecen y que soy especialmente guiado y vigilado. No me halago a mí mismo, pero, si es posible, ellos me halagan. Nunca me he sentido solo o agobiado en absoluto por la sensación de soledad, salvo en una ocasión, pocas semanas después de venir a los bosques, cuando, durante una hora, dudé de si la cercana vecindad del hombre no era esencial para una vida serena y saludable. Estar solo resultaba algo desagradable. Pero al mismo tiempo era consciente de una ligera locura en mi humor y parecía prever mi recuperación. En medio de una suave lluvia, mientras prevalecían esos pensamientos, fui consciente de pronto de la dulce y beneficiosa compañía de la naturaleza y, en el repiqueteo mismo de las gotas y en toda imagen y sonido alrededor de mi casa, un infinito e inexplicable afecto, como una atmósfera que me mantuviera, volvió insignificantes las ventajas imaginadas de la vecindad humana y no he vuelto a pensar en ellas desde entonces. Cada pequeña aguja de pino crecía, se hinchaba de simpatía y me brindaba

su amistad. Fui consciente de la presencia de algo con lo que tenía un claro parentesco, incluso en situaciones que solemos considerar salvajes y temibles, y también de que lo más próximo a mí en sangre y más humano no era una persona ni un ciudadano, de modo que pensé que ningún lugar podría resultarme extraño en adelante.

Llorar a destiempo consume a los tristes;
Pocos son sus días en la tierra de los vivos,
Hermosa hija de Toscar^[67].

Algunas de mis horas más gratas transcurrían en las largas y lluviosas tormentas de la primavera o el otoño, que me confinaban en casa tanto por la tarde como por la mañana, aliviado por su incesante fragor y reciedumbre; luego, el temprano crepúsculo anunciaba un atardecer en que muchos pensamientos tenían tiempo de arraigar y desplegarse. En aquellas lluvias torrenciales del noreste que ponían a prueba las casas de la ciudad, cuando las criadas se disponían con estropajo y balde a impedir el paso al diluvio por las entradas frontales, me sentaba tras la puerta en mi pequeña casa, que era toda entrada, y disfrutaba por completo de su protección. Una vez en que caía un fuerte aguacero, un rayo derribó junto a la laguna un pino enorme, que formó de arriba abajo un surco espiral, conspicua y perfectamente regular, de una pulgada o más de profundidad y cuatro o cinco de ancho, como el que podríais hacer con un bastón. Pasé por allí de nuevo el otro día y me atemorizó mirar hacia arriba y contemplar aquella marca, ahora más clara que nunca, donde un terrorífico e irresistible rayo había caído del inofensivo cielo ocho años atrás. A menudo los hombres me dicen: «Pensaba que allí te sentirías solo y querías estar cerca de la gente, en especial en los días y noches de lluvia y nieve». Me siento tentado a replicar: toda esta tierra que habitamos no es más que un punto en el espacio. ¿A qué distancia creéis que viven los dos habitantes más lejanos de aquella estrella, cuyo disco no puede ser medido por nuestros instrumentos? ¿Por qué había de sentirme solo? ¿No está nuestro planeta en la Vía Láctea? Esa no me parece la cuestión más importante. ¿Qué tipo de espacio es el que separa a un hombre de sus semejantes y le hace solitario? He descubierto que ningún ejercicio de las piernas puede aproximar más a dos espíritus entre sí. ¿De qué queremos vivir más cerca? Seguramente, no de muchos hombres, ni del almacén, la oficina de correos, el bar, la iglesia, la escuela, la tienda, Beacon Hill o Five Points, donde los hombres suelen congregarse, sino de la fuente perenne de nuestra vida, de donde por experiencia sabemos que proviene, como el sauce que se halla junto al agua y orienta sus raíces en esa dirección. Esto varía según las diferentes naturalezas, pero en ese lugar excavaré el sabio sus cimientos... Una tarde alcancé en el camino de Walden a un conciudadano que había acumulado lo que se llama «una bonita propiedad» —aunque nunca me brindara una

hermosa visión—, mientras conducía una yunta de ganado al mercado, y me preguntó cómo podía yo renunciar a tantas comodidades de la vida. Le respondí que estaba seguro de arreglármelas bastante bien; no bromeaba. Luego me fui a casa, a la cama, y le dejé seguir su camino a través de la oscuridad y el barro hasta Brighton —o Ciudad Brillante^[68]—, lugar al que llegaría a cierta hora de la mañana.

Toda perspectiva de despertar o devolver a la vida al hombre muerto vuelve indiferente cualquier tiempo y lugar. Dará igual el lugar donde ocurra, y será indescriptiblemente agradable para nuestros sentidos. En gran medida sólo permitimos que circunstancias exteriores y transitorias determinen nuestras oportunidades; de hecho, son la causa de nuestra distracción. Más cerca de las cosas se halla el poder que moldea su ser. *Junto* a nosotros se cumplen continuamente las leyes superiores. *Junto* a nosotros no está el hombre al que hemos contratado, con el que tanto nos gusta hablar, sino el trabajador cuya obra somos nosotros.

«¡Qué vasta y profunda es la influencia de los sutiles poderes del cielo y la tierra!».

«Queremos percibirlos y no los vemos; queremos oírlos y no los oímos; identificados con la sustancia de las cosas, no pueden separarse de ellas».

«Hacen que en todo el universo los hombres purifiquen y santifiquen sus corazones y vistan sus ropas sagradas para ofrecer sacrificios y oblaciones a sus antepasados. Es un océano de inteligencias sutiles. Están por todas partes, sobre nosotros, a nuestra izquierda y a nuestra derecha; nos rodean por todos lados»^[69].

Somos los sujetos de un experimento que me interesa en gran medida. ¿No podríamos prescindir de los chismes de sociedad en esas circunstancias, animarnos con nuestros propios pensamientos? Confucio dice en verdad: «La virtud no quedará como un huérfano abandonado; por necesidad debe estar acompañada».

Al pensar nos ponemos con sensatez a nuestro lado. Por un esfuerzo consciente del espíritu podemos permanecer a distancia de las acciones y sus consecuencias, y todas las cosas, buenas y malas, pasarán junto a nosotros como un torrente. No estamos implicados por completo en la naturaleza. Puedo ser el leño arrastrado por la corriente o Indra^[70], que lo mira desde el cielo. *Puede* afectarme un espectáculo teatral, pero *puede no* afectarme un hecho real que parezca concernirme en mayor medida. Sólo me conozco a mí mismo como una entidad humana, la escena, por así decirlo, de pensamientos y afectos, y soy consciente de cierta duplicidad por la que permanezco tan lejos de mí mismo como de otro. Por intensa que sea mi experiencia, soy consciente de la presencia y de la crítica de una parte de mi ser, la cual, digámoslo así, no es parte de mí, sino un espectador que no comparte la experiencia, pero toma nota de ella, y que no es más yo que tú. Cuando acaba la obra, que acaso es la tragedia, de la vida, el espectador sigue su camino. En lo que le concierne, era una especie de ficción, un mero producto de la imaginación. Esta duplicidad nos

convierte a veces, fácilmente, en pobres vecinos y amigos.

Considero saludable estar solo la mayor parte del tiempo. Estar acompañado, incluso por los mejores, pronto resulta fatigoso y disipador. Me encanta estar solo. Nunca he encontrado un compañero tan sociable como la soledad. En gran medida estamos más solos cuando vamos acompañados al extranjero que cuando nos quedamos en nuestra habitación. Un hombre que piensa o trabaja está siempre solo, dondequiera que esté. La soledad no se mide por las millas de espacio que separan a un hombre de sus semejantes. Un estudiante realmente diligente en la poblada colmena de la Universidad de Cambridge es tan solitario como un derviche en el desierto. El granjero puede trabajar solo en el campo o en los bosques durante todo el día, cavando o talando, sin sentirse solo, porque está ocupado; pero cuando vuelve a casa de noche no puede sentarse solo en una habitación, a merced de sus pensamientos, sino que debe estar donde pueda «ver gente» y distraerse y, según cree, ser remunerado por la soledad del día; de ahí que se pregunte cómo puede el estudiante quedarse solo en casa toda la noche y casi todo el día sin tedio ni «melancolía»; no se da cuenta de que el estudiante, aunque en casa, aún trabaja en *su* campo y tala *sus* bosques, como el granjero los suyos, y a su vez busca la misma diversión y compañía que este último, aunque de una forma más condensada.

La compañía es, por lo general, demasiado barata. Nos encontramos en intervalos muy cortos, sin tiempo para adquirir un nuevo valor para cada cual. Nos encontramos en las comidas tres veces al día y damos a probar de nuevo a los demás ese viejo queso enmohecido que somos. Hemos tenido que consentir en una serie de reglas de etiqueta y cortesía para hacer tolerable este encuentro habitual y que no sea preciso llegar a una guerra abierta. Nos encontramos en la oficina de correos, en la congregación y en torno al fuego, cada noche; vivimos espesamente, nos cruzamos en el camino ajeno y tropezamos con los demás hasta perdersen el respeto mutuo. Una frecuencia menor, por cierto, bastaría para todas las comunicaciones importantes y cordiales. Pensad en las jóvenes de una fábrica, nunca solas, ni siquiera en sus sueños. Sería mejor si hubiera un habitante por cada milla cuadrada, como donde yo vivo. El valor de un hombre no está en su piel, para que podamos tocarlo.

He oído hablar de un hombre perdido en los bosques y muerto de hambre y cansancio al pie de un árbol, cuya soledad fue aliviada por las grotescas visiones con las que, debido a la debilidad corporal, le rodeaba su imaginación enferma, y que tomaba por reales. De igual modo, debido a la salud y la fuerza mental y corporal, podemos sentirnos constantemente animados por una compañía similar, pero más normal y natural, y llegar a saber que nunca estamos solos.

Tengo mucha compañía en mi casa, en especial por la mañana, cuando nadie me visita. Dejadme establecer ciertas comparaciones para daros una idea de mi situación. No estoy tan solo como el somormujo en la laguna, con su ruidosa risa, o que la

misma laguna de Walden. Decidme, ¿qué compañía tiene esa laguna solitaria? Sin embargo, en ella no hay diablos azules, sino ángeles azules, en el tinte azur de sus aguas. El sol está solo, salvo cuando se nubla, y entonces parece que hay dos, aunque uno es un sol simulado. Dios está solo, pero el diablo está lejos de estarlo; tiene mucha compañía, es legión. No estoy más solo que el sencillo gordolobo o diente de león en el prado, o que una hoja de judía, o una acedera, o un tábano, o un abejorro. No estoy más solo que el Mill Brook, o que una veleta, o la Estrella Polar, o el viento del sur, o un aguacero de abril, o el deshielo de enero, o la primera araña en una casa nueva.

En las largas tardes de invierno, cuando la nieve cae rauda y el viento aúlla en el bosque, me visita de vez en cuando un viejo colono y propietario original que, según se dice, excavó la laguna de Walden, la empedró y la cercó de pinares, alguien que me cuenta historias del tiempo pasado y la nueva eternidad, y entre los dos llegamos a pasar tardes animadas por la alegre compañía y la grata visión de las cosas, incluso sin manzanas ni sidra. Es el amigo al que más quiero, el más sabio y de mejor humor, vive con más secreto que Goffe o Whalley^[71] y, aunque se cree que ha muerto, nadie podría mostrar dónde está enterrado. En mi vecindad vive también una anciana dama, invisible para la mayoría, en cuyo fragante jardín me encanta pasear, mientras recojo muestras y escucho sus fábulas, pues tiene un ingenio de fertilidad inigualada y su memoria se remonta más allá de la mitología y es capaz de contarme el original de cada fábula y el hecho en que se funda, pues los incidentes ocurrieron cuando era joven. Se trata de una dama rubicunda y fuerte, que disfruta de cualquier clima y estación y que probablemente sobrevivirá a todos sus hijos.

¡La indescriptible inocencia y beneficencia de la naturaleza, del sol, el viento y la lluvia, del verano y el invierno, proporcionan para siempre esta salud y este júbilo! Y es tal su simpatía con nuestra raza, que la naturaleza se vería afectada, el sol se apagaría, los vientos suspirarían humanamente, las nubes lloverían lágrimas y los bosques perderían sus hojas y se lamentarían en pleno verano, si un hombre se afligiera alguna vez por una causa justa. ¿No me entenderé con la tierra? ¿No soy en parte hojas y materia vegetal?

¿Qué píldora nos mantendrá en forma, serenos, contentos? No la de mi bisabuelo o el tuyo, sino las medicinas universales, vegetales, botánicas, de nuestra bisabuela naturaleza, con las que se ha mantenido siempre joven y ha sobrevivido a tantos viejos Parr^[72] de su época, con cuya marchita gordura ha nutrido su salud. Como panacea, en lugar de uno de esos viales curanderiles compuestos dé una mezcla sacada del Aqueronte y el Mar Muerto, que traen esas largas y planas carretas como negras goletas hechas para transportar botellas, dejadme tomar un trago de aire matutino y sin diluir. ¡Aire matutino! Si los hombres no beben de él en el manantial del día, entonces tendremos que embotellarlo y venderlo en las tiendas, en beneficio

de quienes han perdido su billete de suscripción para el tiempo matutino de este mundo. Pero recordad, no se conservará hasta mediodía ni en la bodega más fría, sino que antes hará saltar los tapones y seguirá los pasos de la aurora hacia el oeste. No soy adorador de Higía, la hija de aquel viejo doctor herborista, Esculapio, representada en los monumentos con una serpiente en una mano y una copa en la otra, de la que a veces bebe la serpiente; sino de Hebe, la escanciadora de Júpiter, que fue la hija de Juno y una lechuga silvestre y que tenía el poder de restituir a dioses y hombres el vigor de la juventud. Probablemente haya sido la única joven de buena condición, robusta y sana que ha recorrido el globo, y dondequiera que iba era primavera.

VISITAS

CREO que me gusta la compañía como al que más y estoy dispuesto a aferrarme como una sanguijuela a cualquier hombre sanguíneo que se cruce en mi camino. No soy por naturaleza un ermitaño y podría sentarme con el más rudo parroquiano de un bar si mis asuntos me llevaran allí.

Tenía tres sillas en mi casa; una para la soledad, dos para la amistad, tres para la compañía. Cuando las visitas acudían en creciente e inesperado número, sólo tenían la tercera silla, pero, por lo general, economizaban el espacio quedándose de pie. Es sorprendente cuántos grandes hombres y mujeres puede albergar una pequeña casa. He tenido veinticinco o treinta almas con sus cuerpos bajo mi techo y, sin embargo, a menudo nos separamos sin saber que habíamos estado cerca unos de otros. Muchas de nuestras casas, tanto públicas como privadas, con sus casi innumerables habitaciones, sus enormes vestíbulos y sus sótanos para almacenar vinos y otras municiones de paz, se me antojan extravagantemente grandes para sus habitantes. Son tan vastas y magníficas que estos parecen sólo sabandijas que las infestan. Cuando el heraldo pregona su convocatoria ante las casas de Tremont o Astor o Middlesex^[73], me sorprende al ver deslizarse sobre la plaza como único habitante a un ridículo ratón que al instante se escabulle de nuevo por un agujero del pavimento.

Un inconveniente que a veces experimenté en una casa tan pequeña como la mía era la dificultad de estar a suficiente distancia de mi invitado cuando empezábamos a pronunciar grandes pensamientos con grandes palabras. Necesitáis espacio para que vuestros pensamientos mantengan el equilibrio y den una o dos vueltas antes de llegar a puerto. La bala de vuestro pensamiento debe haber salvado su movimiento lateral, rebotado y seguido su curso firme y último antes de alcanzar el oído del oyente, pues de lo contrario saldrá de nuevo por el lateral de su cabeza. De igual modo, nuestras oraciones necesitaban espacio para desplegarse y formar sus columnas en el espacio. Los individuos, como las naciones, deben tener adecuados y amplios límites naturales, incluso un considerable terreno neutral entre sí. Descubrí el singular lujo de hablar a través de la laguna con un compañero en el lado opuesto. En mi casa estábamos tan cerca que no nos oíamos, no podíamos hablar lo bastante bajo para ser oídos, como cuando arrojáis dos piedras al agua tan cerca que rompen mutuamente sus ondulaciones. Si fuéramos sólo locuaces y vociferantes, podríamos permitirnos estar muy juntos, mejilla con carrillo, y sentir la respiración del otro; pero si hablamos reservada y pensativamente, necesitamos estar apartados, de modo que el calor y la humedad animal puedan evaporarse. Si disfrutáramos de la más íntima sociedad con aquello que en cada cual está fuera o por encima de lo hablado, no sólo

deberíamos estar en silencio, sino, por lo general, tan apartados corporalmente que posiblemente no podríamos oír nuestras voces en ningún caso. De acuerdo con esta pauta, el discurso es conveniente para quienes son duros de oído; sin embargo, hay muchas cosas hermosas que no podemos decir si tenemos que gritar. Cuando la conversación empezaba a asumir un tono mayor y elevado, empujábamos gradualmente nuestras sillas hasta tocar el muro en esquinas opuestas y entonces, por lo general, no había bastante espacio.

Mi «mejor» habitación, sin embargo, mi habitación retirada, siempre lista para la compañía, en cuya alfombra rara vez daba el sol, era la pinada que había detrás de mi casa. En los días de verano, cuando venían invitados distinguidos, les llevaba allí, y una inapreciable criada barría el suelo, quitaba el polvo y ponía las cosas en orden.

En ocasiones el invitado compartía mi frugal comida, pero no interrumpía la conversación por tener que remover entre tanto las gachas o vigilar si se hinchaba y tostaba la hogaza en las cenizas. Pero si venían veinte y se sentaban en mi casa, no se hablaba de la cena, aunque pudiera haber pan para dos, como si la comida fuera un hábito olvidado, y practicábamos naturalmente la abstinencia; esto nunca se tomó como una ofensa contra la hospitalidad, sino como la conducta más apropiada y considerada. El gasto y deterioro de la vida física, que tan a menudo necesita reparación, parecía entonces milagrosamente aplazado y el vigor vital se mantenía firme. Podía atender así tanto a veinte como a mil y, si alguien se marchó decepcionado o hambriento de mi casa tras encontrarme en ella, puede estar seguro de que al menos simpatice con él. Resulta fácil, aunque muchas amas de casa lo dudan, establecer nuevas y mejores costumbres en lugar de las viejas. No necesitáis fundar vuestra reputación en la comida que dais. Por mi parte, nunca ha habido cancerbero que tan eficazmente me disuadiera de frecuentar la casa de un hombre como el alarde que hiciera por comer conmigo, que interpreté como una muy cortés e indirecta insinuación de que no volviera a molestarle. Creo que no visitaré de nuevo esos lugares. Estaría orgulloso de tener como lema de mi cabaña aquellos versos de Spenser que uno de mis visitantes escribió como tarjeta en una hoja amarilla de nogal:

Llegados allí, llenan la pequeña casa
Y no se busca diversión donde no hay;
El descanso es su festín y todo está a su gusto:
El espíritu más noble tiene el mejor contento^[74].

Cuando Winslow, futuro gobernador de la colonia de Plymouth, atravesó a pie los bosques, en compañía de otros, para hacer una visita de cortesía a Massassoit, y llegó cansado y hambriento a su alojamiento, todos fueron bien recibidos por el rey, pero aquel día nada se dijo de comer. Cuando cayó la noche, por citar sus palabras, «nos colocó en una cama con él y su mujer, ellos en un extremo y nosotros en el otro; era

sólo una tabla a un pie del suelo, con una delgada estera para cubrirnos. Dos de sus hombres principales, por falta de espacio, se apretaron a nuestro lado, de modo que nos cansamos más en el alojamiento que en el viaje». Al día siguiente, a la una en punto, Massassoit «trajo dos peces que había capturado», tres veces más grandes que una brema; «una vez hervidos, hubo que compartirlos al menos con cuarenta. La mayoría comió de ellos. Esa fue la única comida que tomamos en dos días y una noche; si uno de nosotros no hubiera comprado una perdiz, habríamos ayunado durante el viaje». Por temor a marearse por falta de comida y sueño, debido a «los bárbaros cánticos de los salvajes (porque solían cantar dormidos)», y a no poder llegar a casa con fuerzas para el viaje, partieron^[75]. En cuanto al alojamiento, es verdad que el agasajo resultó pobre, aunque lo que creyeron un inconveniente fue brindado sin duda como un honor; pero en lo que se refiere a la comida, no veo cómo los indios podrían haberlo hecho mejor. No tenían nada que comer y fueron lo bastante sabios para pensar que las disculpas no podrían suplir la comida, de modo que se apretaron el cinturón y no dijeron nada al respecto. En otra ocasión en que Winslow los visitó, tras una época de abundancia, no hubo deficiencia alguna.

En cuanto a los hombres, no faltan en ningún lugar. Tuve más visitantes mientras viví en los bosques que en cualquier otro periodo de mi vida; quiero decir que tuve algunos. Conocí allí a varios en circunstancias más favorables que en ningún otro lugar. No obstante, pocos vinieron a verme por asuntos triviales. Al respecto, mi compañía era cribada por la distancia de la ciudad. Estaba tan retirado en el gran océano de la soledad, en el que desembocan los ríos de la sociedad, que, en lo que respecta a mis necesidades, sólo se depositaba en torno a mí el sedimento más fino. Además, llegaban flotando hasta mí pruebas de continentes inexplorados e incultos.

¿Quién vendría esta mañana a mi alojamiento sino un auténtico hombre homérico o paflagonio^[76], con un nombre tan poético y adecuado que lamento no poder escribirlo aquí? Se trataba de un canadiense, un leñador y fabricante de estacas, capaz de hincar cincuenta al día, cuya última cena era una marmota que su perro había capturado. También él había oído hablar de Homero y «si no fuera por los libros» no sabría «qué hacer en los días lluviosos», aunque tal vez no hubiera leído uno entero en muchas estaciones lluviosas. Un sacerdote que podía pronunciar griego le enseñó a leer sus versos en el testamento de su parroquia natal y ahora, mientras sostiene el libro, debo traducirle el reproche de Aquiles a Patroclo por su triste semblante. «¿Por qué lloras, Patroclo, como una joven?».

¿O has escuchado tú solo algún mensaje procedente de Ftía?
Cuentan que aún vive Menecio, el hijo de Áctor,
Y también está vivo entre los mirmidones el Eácida Peleo,
Y la muerte de ambos es lo que más nos afligiría^[77].

Dice: «Esto es bueno». Lleva un gran puñado de corteza de roble blanco bajo el

brazo para un enfermo, recogida en esta mañana de domingo. «Supongo que no hay nada de malo en ir hoy tras esto», dice. Para él Homero era un gran escritor, aunque no sabía de qué trataban sus escritos. Sería difícil hallar un hombre más sencillo y natural. El vicio y la enfermedad, que arrojan un sombrío matiz moral sobre el mundo, parecían no existir para él. Tenía unos veintiocho años y había dejado Canadá y la casa de su padre hacía doce años para trabajar en los Estados Unidos y ganar dinero con el que comprar por fin una granja, tal vez en su país natal. Había sido forjado en el molde más vasto, con un cuerpo robusto, pero lento, aunque de movimientos graciosos, con un grueso cuello quemado por el sol, pelo oscuro y tupido, y turbios y soñolientos ojos azules, que la expresión encendía ocasionalmente. Llevaba un gorro chato de tela gris, un gabán sucio de lana coloreada y botas de cuero. Era gran comedor de carne y solía llevarse la comida al trabajo, a unas dos millas de mi casa —pues talaba árboles durante todo el verano—, en un balde de hojalata; tomaba comidas frías, a menudo marmota cruda y café de la caneca que pendía de su cinturón; a veces me ofrecía un trago. Venía temprano, cruzando mi campo de judías, aunque sin la ansiedad o prisa por ponerse a trabajar que muestran los yanquis. No quería lastimarse. No le importaba si sólo ganaba para su pensión. Con frecuencia dejaba su comida en los arbustos, cuando su perro había capturado una marmota por el camino, y desandaba una milla y media de camino para prepararla y dejarla en el sótano donde se alojaba, tras haber deliberado durante media hora sobre si no sería más seguro sumergirla en la laguna hasta el anochecer, y le encantaba cavilar sobre estos temas. Al pasar por la mañana, decía: «¡Qué gordas están las palomas! Si no trabajara todos los días, podría conseguir toda la carne que quisiera cazando palomas, marmotas, conejos, perdices. ¡Dios mío!, podría conseguir en un día lo necesario para una semana».

Era un leñador experto y se complacía en ciertas florituras y ornamentos de su arte. Cortaba los árboles a nivel y cerca del suelo, de modo que los nuevos brotes tuvieran más vigor y hasta un trineo pudiera deslizarse sobre los tocones; y en lugar de dejar un árbol entero para soportar la madera atada, lo mondaba hasta convertirlo en una esbelta estaca o astilla que al fin podía romperse con la mano.

Me interesaba por ser tan tranquilo y solitario y, sin embargo, tan feliz; un pozo de buen humor y regocijo inundaba sus ojos. Su alegría era siempre pura. A veces le veía trabajando en los bosques, talando árboles, y me saludaba con una risa de inexpresable satisfacción y un saludo en francés canadiense, aunque también hablaba inglés. Cuando me acercaba, suspendía el trabajo, se recostaba con alegría contenida sobre el tronco del pino que había talado y, tras pelar la corteza interior, hacía con ella una bola y la mascaba mientras reía y hablaba. Tal exuberancia de espíritus animales había en él que a veces caía y rodaba por el suelo de risa por cualquier cosa que le hiciera pensar y disfrutar. Mirando a los árboles alrededor, exclamaba: «¡Por Jorge!

Me alegro mucho de poder trabajar aquí; no quiero otra ocupación». Otras veces, ocioso, se divertía durante todo el día disparando regularmente salvas en su honor con una pistola de bolsillo mientras caminaba por el bosque. En invierno encendía un fuego con el que calentaba a mediodía su café y, a veces, cuando se sentaba en un tronco para tomar su comida, los paros le rodeaban y se posaban en sus brazos para picotear la patata en sus dedos, y decía que «le gustaba rodearse de pequeños leñadores».

En él se había desarrollado sobre todo el hombre animal. En resistencia física y regocijo era primo del pino y la roca. Un día le pregunté si a veces no se sentía cansado por la noche, tras un día de trabajo, y respondía, con una mirada sincera y seria: «¡Gorrappit, no me he cansado en toda mi vida!». No obstante, el hombre intelectual y el que llamamos espiritual dormitaban en él como en un niño. La instrucción que había recibido era tan inocente e ineficaz como la que los curas católicos imparten a los aborígenes, aquella con la que el pupilo nunca se educa hasta mostrarse plenamente consciente, sino sólo confiado y reverencial, y con la que el niño no se hace un hombre y sigue siendo un niño. Cuando la naturaleza le hizo, le dio un cuerpo fuerte y satisfacción por su suerte y le apuntaló por todos lados con reverencia y confianza, para que pudiera llegar a ser un niño de setenta años. Era tan genuino y poco sofisticado que ninguna presentación serviría para presentarle, pues lo mismo daría que presentarais una marmota a vuestro vecino. Había que descubrirlo. No representaría papel alguno. Los hombres le pagaban un salario por trabajar y así ayudaban a alimentarlo y vestirlo, pero nunca trabó conversación con ellos. Era tan sencilla y naturalmente humilde —si puede llamarse humilde al que no tiene aspiraciones— que la humildad no era una cualidad distinta en él, ni podía concebirla. Los hombres más sabios le parecían semidioses; al decirle que alguno iba a venir, obraba como si creyese que alguien tan superior no podía esperar nada de él, sino que asumiría por completo la responsabilidad y le permitiría seguir olvidado. No había oído el sonido de la alabanza. Reverenciaba en particular al escritor y al predicador. Sus obras eran milagros. Cuando le dije que yo escribía considerablemente, durante mucho tiempo pensó que sólo me refería a escribir a mano, ya que él podía hacerlo bastante bien. A veces encontré el nombre de su parroquia natal hermosamente escrito en la nieve, con el apropiado acento francés, y sabía que había pasado por allí. Le pregunté si nunca había querido escribir sus pensamientos. Dijo que había leído y escrito cartas para los que no podían hacerlo, pero nunca había intentado escribir pensamientos; no, no podía, no sabría qué poner en primer lugar, sería mortificante; además, ¡había que atender al mismo tiempo a la ortografía!

Oí que un distinguido sabio y reformador le preguntó si no quería que el mundo cambiara, pero, sin saber que la pregunta ya se había planteado, respondió con una

risita de sorpresa y acento canadiense: «No, me gusta tal como es». A un filósofo le habría sugerido muchas cosas tener trato con él. A un extraño le parecía que en general no sabía nada; sin embargo, en ocasiones yo veía en él a un hombre a quien no había visto antes y no sabía si era tan sabio como Shakespeare o tan ignorante como un niño; si suponer en él una refinada conciencia poética o estupidez. Un hombre de la ciudad me dijo que cuando lo veía paseando y silbando por la ciudad con su pequeña y ceñida gorra, le recordaba a un príncipe disfrazado.

Sus únicos libros eran un almanaque y una aritmética, en la que era considerablemente experto. El primero era una especie de enciclopedia para él, pues pensaba que era un compendio del conocimiento humano, como lo es, en efecto, hasta cierto punto. Me encantaba sondearle sobre las varias reformas del momento, las cuales examinaba siempre a la luz más sencilla y práctica. Nunca había oído hablar de esas cosas. ¿Podía prescindir de las fábricas?, le pregunté. Había llevado siempre su típica gorra de Vermont, decía, y estaba satisfecho. ¿Podía abstenerse del té y el café? ¿Producía este país otra bebida aparte del agua? Había empapado hojas de cicuta en agua, la había bebido, y creía que era mejor que el agua para el calor. Cuando le pregunté si podía vivir sin dinero, mostró la conveniencia del dinero de un modo que sugería y coincidía con el de la mayoría de las explicaciones filosóficas de esta institución, por la derivación misma de la palabra *pecunia*. Si poseía un buey y deseaba comprar aguja e hilo en la tienda, resultaría tan inconveniente como imposible hipotecar una parte de la criatura equivalente a esa cantidad. Podía defender cualquier institución mejor que un filósofo, porque, al describirla en lo que le concernía, daba la verdadera razón de su prevalencia y la especulación no le sugería otra mejor. En una ocasión, al oír la definición que Platón diera del hombre —un bípedo implume— y que alguien exhibía un gallo desplumado y lo llamaba el hombre de Platón, pensó que una diferencia importante era que sus *rodillas* se doblaban en sentido equivocado. A veces exclamaba: «¡Cuánto me gusta hablar! ¡Por Jorge, podría hablar durante todo el día!». Una vez, después de no haberlo visto durante varios meses, le pregunté si aquel verano había tenido alguna idea nueva. «Dios mío», dijo, «bien le irá al hombre que tiene que trabajar, como yo, si no olvida las ideas que ha tenido. Si cavas con un hombre que tal vez piense en correr, entonces, válgame Dios, estarás pendiente de eso; tú piensa en la maleza». A veces me preguntaba él primero, en tales ocasiones, si había logrado alguna mejora. Un día de invierno le pregunté si estaba satisfecho consigo mismo, pues quería sugerirle un sustituto interior del sacerdote y un motivo más elevado para vivir. «¡Satisfecho!», dijo, «a unos hombres les satisface una cosa y a otros otra. Para un hombre que tiene lo suficiente, la satisfacción tal vez consista en sentarse todo el día de espaldas al fuego y con la panza a la mesa, ¡por Jorge!». Sin embargo, nunca, por maniobra alguna, conseguí que adoptara una visión espiritual de las cosas; lo más elevado que

parecía concebir era una sencilla conveniencia, como puede esperarse de un animal, lo cual es prácticamente cierto de la mayoría de los hombres. Si sugería cualquier mejora en su modo de vida, sólo me respondía, sin lamentarse, que era demasiado tarde. Sin embargo, creía por completo en la honradez y en virtudes similares.

Podía reconocerse en él, por escasa que fuera, cierta positiva originalidad, y ocasionalmente observé que estaba pensando por sí mismo y expresando una opinión propia, un fenómeno tan raro que sería capaz de caminar diez millas para observarlo y que equivaldría a un nuevo origen de muchas instituciones de la sociedad. Aunque vacilaba y tal vez no se expresaba con distinción, siempre le respaldaba un pensamiento presentable. Sin embargo, su pensar era tan primitivo y estaba tan inmerso en su vida animal que, aun siendo más prometedor que el de un hombre instruido, raramente maduraba en cosa alguna que pueda contarse. Sugería que debía haber hombres de genio en los grados inferiores de la vida, aunque permanentemente humildes y analfabetos, que siempre adoptan su propia visión o que no fingen ver en absoluto, tan insondables como se creía que era la laguna de Walden, aunque pudieran ser oscuros y cenagosos.

Muchos viajeros se apartaban de su camino para visitarme y ver el interior de mi casa y, como excusa, me pedían un vaso de agua. Yo les decía que bebía en la laguna, se la señalaba y me ofrecía a prestarles un cacillo. Por lejos que viviera, no estaba exento de la visita anual que tiene lugar, creo, a principios de abril, cuando todo el mundo está de viaje, y tenía mi ración de buena suerte, aunque hubiera algunas curiosas especies entre mis visitantes. Los tontos del asilo y de otros lugares venían a verme, pero me esforzaba por que ejercitaran todo su ingenio y se confesaran conmigo; en tales casos, el ingenio era el tema de la conversación, y esto lo compensaba. De hecho, descubrí que algunos de ellos eran más sabios que los llamados *supervisores* de los pobres y concejales de la ciudad y pensé que ya era hora de que cambiaran las tornas. Respecto al ingenio, aprendí que no había mucha diferencia entre tenerlo a medias y entero. Cierta día, un pobre inofensivo y simple, a quien había visto usar a menudo como elemento de contención en el campo, de pie o sentado en un tonel, para evitar que el ganado o él mismo se descarriaran, me visitó y expresó el deseo de vivir como yo. Me dijo con la mayor sencillez y sinceridad, muy superior, o más bien *inferior*, a nada que pueda llamarse humildad, que era «deficiente en inteligencia». Estas fueron sus palabras. El Señor le había hecho así y, sin embargo, suponía que el Señor se preocupaba tanto por él como por cualquier otro. «Siempre he sido así», decía, «desde mi infancia; nunca tuve mucha cabeza; no era como los demás niños; soy débil mental. Supongo que era la voluntad del Señor». Y allí estaba para demostrar la verdad de sus palabras. Era un puzzle metafísico para mí. Rara vez he conocido a un semejante tan prometedor, pues cuanto decía era

sencillo, sincero y verdadero; y lo cierto es que, en la medida en que parecía humillarse, se enaltecía. Al principio no advertí que no era sino el resultado de una sabia conducta. Parecía que sobre la base de verdad y franqueza que el pobre débil mental había dispuesto nuestro trato pudiera superar al de los sabios.

Tuve algunos invitados de aquellos que no suelen contarse entre los pobres de la ciudad, aunque deberían, y que se cuentan, en todo caso, entre los pobres del mundo; invitados que no apelan a vuestra hospitalidad, sino a vuestro *hospitalismo*, que quieren recibir ayuda e introducen su solicitud informando de que, por una vez, están resueltos a no ayudarse a sí mismos. Exijo que el visitante no esté muerto de hambre, aunque pueda tener el mejor apetito del mundo y, de hecho, lo tenga. Los objetos de la caridad no son invitados. Hay hombres que no sabían cuándo había terminado su visita, aunque me marchara de nuevo a mis asuntos y les respondiera cada vez desde más lejos. Hombres de casi todos los grados del ingenio me visitaban en la estación migratoria. Había algunos con tanto ingenio que no sabían qué hacer con él, y esclavos fugitivos con hábitos de plantación, que de vez en cuando se ponían a escuchar, como el zorro en la fábula, por si oían ladrar a los podencos tras su pista, y me miraban implorantes, como si dijeran:

Cristiano, ¿me harás volver?

Hubo un esclavo fugitivo, entre otros, al que ayudé a seguir la Estrella Polar. Hubo hombres de una idea, como una gallina con su polluelo, que resultaba un patito; hombres de mil ideas y cabeza despeinada, como las cluecas que se hacen cargo de cien polluelos, todos en busca de un bicho y una veintena perdidos por el rocío cada mañana y, en consecuencia, crispados y saniosos; hombres con ideas en lugar de piernas, especie de ciempiés intelectual que os obliga a arrastraros. Un hombre propuso tener un libro en que los visitantes escribieran sus nombres, como en las Montañas Blancas, pero, ay, tengo una memoria demasiado buena como para que resulte necesario.

No podía sino advertir las peculiaridades de algunos de mis visitantes. Las muchachas y muchachos y las mujeres jóvenes, en general, parecían contentos de estar en los bosques. Miraban la laguna y las flores y aprovechaban la ocasión. Los hombres de negocios, incluso los granjeros, pensaban sólo en la solicitud y el empleo y en la gran distancia a la que vivía de esto o aquello, y aunque decían que les encantaba pasear en ocasiones por los bosques, era obvio que no. Infatigables hombres comprometidos, que dedicaban su tiempo a ganarse la vida o a mantenerla; ministros que hablaban de Dios como si gozaran de su monopolio, que no podían tolerar diversas opiniones; doctores, abogados, inquietas amas de casa que fisgaban en mi alacena y en mi cama cuando yo no estaba —¿cómo llegó a saber la señora *** que mis sábanas no estaban tan limpias como las suyas?—, jóvenes que ya habían

dejado de serlo y que consideraron más seguro seguir la senda trillada de las profesiones, todos ellos solían decir que no era posible hacer mucho bien en mi posición. Ay, ahí estaba el quid. El viejo y el débil y el tímido, de cualquier edad y sexo, pensaban en la enfermedad, en un accidente súbito y en la muerte; para ellos la vida estaba llena de peligros —¿qué peligro hay si no pensáis en ninguno?— y creían que un hombre prudente elegiría cuidadosamente la posición más segura, donde el Dr. B. pudiera estar a mano si era preciso. Para ellos la ciudad era literalmente una *co-munidad*, una liga para la defensa mutua, y podéis suponer que no saldrían a coger gayubas sin la medicina del pecho. Esto equivale a decir: si un hombre está vivo, siempre hay *peligro* de que muera, aunque debe admitirse que el peligro es menor cuando empieza a estar vivo-y-muerto. Un hombre presenta tantos riesgos como corre. Por fin, estaban los supuestos reformadores, los más aburridos de todos, que creían que siempre estaba cantando:

Esta es la casa que construí;
Este es el hombre que vive en la casa que construí;

pero no sabían que el tercer verso decía:

Esta es la gente que fastidia al hombre
Que vive en la casa que construí.

No temía a los halcones gallineros, porque no criaba pollos; más bien temía a los halcones de hombres.

Tuve otros visitantes más alegres; los niños, que venían en busca de arándanos, los empleados del ferrocarril, de paseo el domingo por la mañana, con sus camisas limpias, los pescadores y cazadores, los poetas y filósofos; en suma, estaba dispuesto a saludar a todos los honrados peregrinos que venían al bosque en busca de libertad y realmente dejaban atrás la ciudad —«¡Bienvenidos, ingleses! ¡Bienvenidos, ingleses!»^[78]—, pues había mantenido comunicación con esa raza.

EL CAMPO DE JUDÍAS

ENTRE tanto, mis judías, cuyas hileras sumaban juntas siete millas una vez plantadas, estaban impacientes por ser cavadas, ya que las primeras habían crecido considerablemente antes de que hubiera sembrado las últimas; en efecto, no iba a ser fácil posponerlo. No sabía cuál era el significado de este pequeño trabajo hercúleo, tan digno y constante. Llegué a querer a mis hileras, a mis judías, aunque había más de las que necesitaba. Me unían a la tierra y así adquiría fuerza, como Anteo. Pero ¿por qué debía cultivarlas? Sólo el cielo lo sabe. Fue un curioso trabajo durante todo el verano: hacer que esta parcela de la superficie de la tierra, que antes sólo había engendrado cincoenrama, arándanos, verbena y otras similares, dulces frutos silvestres y gratas flores, produjera en su lugar estas legumbres. ¿Qué aprenderé de las judías o ellas de mí? Las cuido, las cavo, las miro a primera y última hora; esa es la tarea del día. Tienen una hoja amplia y hermosa. Mis auxiliares son los rocíos y las lluvias que riegan este suelo seco y cuanta fertilidad hay en él, pues en gran medida es escaso y estéril. Mis enemigos son los gusanos, los días fríos y, sobre todo, las marmotas. Han roído un cuarto de acre; pero ¿qué derecho tengo a expulsar a la hierba de Juan y las demás y acabar con su antiguo jardín de hierbas? Pronto, sin embargo, las restantes judías estarán demasiado duras para ellas e irán en busca de nuevos enemigos.

Cuando tenía cuatro años, por lo que recuerdo, me trajeron de Boston a esta, mi ciudad natal, a través de estos bosques y este campo, y a la laguna. Es una de las más antiguas escenas estampadas en mi memoria. Ahora, anoche, mi flauta ha despertado los ecos sobre la misma agua. Los pinos son aún más viejos que yo; si algunos han caído, he cocinado mi cena con sus tocones, y una nueva vegetación surge alrededor y tendrá un nuevo aspecto para otra mirada infantil. En este prado brota la misma verbena de la misma perenne raíz, e incluso he contribuido por fin a vestir el fabuloso paisaje de mis sueños infantiles; uno de los resultados de mi presencia e influencia se ve en las hojas de judías, los limbos de maíz y los tallos de patata.

Planté unos dos acres y medio de tierras altas y, como sólo hacía quince años que la tierra había sido despejada y yo mismo había sacado dos o tres cuerdas de tocones, no la aboné; pero a lo largo del verano resultó que, junto a las saetillas que salieron al cavar, una nación ya desaparecida había habitado aquí antiguamente y plantado maíz y judías antes de que los hombres blancos despejaran la tierra, de modo que el suelo se había agotado hasta cierto punto para la cosecha.

Antes de que una marmota o ardilla cruzara el camino o el sol se levantara sobre los pequeños robles, mientras duraba el rocío, aunque los granjeros me previnieron

contra él —mi consejo es que trabajéis todo lo posible mientras caiga el rocío—, empecé a arrasar las filas de malas hierbas de mi campo de judías y a echar tierra sobre sus restos. A primera hora de la mañana trabajaba descalzo, interesado por la húmeda y pulverizada arena como un artista plástico, pero durante el día el sol me producía ampollas en los pies. El sol me iluminaba al cavar las judías, mientras avanzaba y retrocedía lentamente sobre aquel altozano amarillo y cubierto de grava, entre las largas hileras verdes de quince varas, uno de cuyos extremos terminaba en un soto de roblecillos donde podía descansar a la sombra, y el otro en un campo de arándanos cuyas bayas verdes se oscurecían gradualmente al acabar cada tanda. Este era mi trabajo diario: remover la maleza, poner tierra nueva junto a los tallos de las judías y animar a mis plantas, para que el suelo amarillo expresara su pensamiento de verano en hojas y flores de judías, antes que en ajeno, grama y mijo, y la tierra dijera judías en lugar de hierba. Como tenía poca ayuda de caballos, ganado u hombres o muchachos contratados, o mejores herramientas agrícolas, era mucho más lento e intimaba con mis judías mucho más de lo habitual. Pero tal vez el trabajo de las manos, incluso llevado al límite de la fatiga, no sea la peor forma de ociosidad. Tiene una moraleja constante e imperecedera y reporta al escolar un resultado clásico. Para los viajeros que se dirigían al oeste por Lincoln y Wayland con destino desconocido, sentados cómodamente en sus calesas, con los codos en las rodillas y las riendas colgantes como festones, yo era un *agricola laboriosus*; era el hombre sedentario, un trabajador nativo del suelo. Pero pronto mi granja quedaba fuera de su vista y pensamiento. Era el único paraje abierto y cultivado a gran distancia a los lados del camino, así que lo aprovechaban al máximo; a veces el hombre del campo oía más chismes y comentarios de los viajeros de lo conveniente: «¡Tan tarde, las judías! ¿Guisantes, tan tarde?». Yo seguía plantando cuando otros empezaban a cavar, y el agricultor ministerial no lo sospechaba. «Maíz, hijo mío, como forraje, maíz como forraje». «¿Vive aquí?», pregunta el de gorro negro y abrigo gris, y el granjero de aspecto rudo detiene a su jamelgo para preguntaros qué estáis haciendo, ya que no ve abono en el surco, y os recomienda usar un poco de marga menuda o de desperdicios, o acaso de cenizas o yeso. Pero aquí había dos acres y medio de surcos, sólo una azada como carro y dos manos para tirar de ella —por aversión a otros carros y caballos—, y la marga menuda quedaba lejos. Los viajeros, al marcharse, comparaban ruidosamente este campo con aquellos por los que habían pasado, de modo que por fin sabía qué posición ocupaba en el mundo agrícola. Este campo no figuraba en el informe del señor Coleman^[79]. A propósito, ¿quién estima el valor de la cosecha que la naturaleza produce en los campos aún más silvestres, no mejorados por el hombre? La cosecha de heno *inglés* se mide cuidadosamente, y se calcula la humedad, los silicatos y el potasio; pero en todos los valles y lagunas, en los bosques, pastos y pantanos, crece una rica y variada cosecha que el hombre no ha segado. El

mío era, por así decirlo, el vínculo entre los campos silvestres y cultivados; así como unos estados están civilizados, otros lo están a medias y otros son salvajes y bárbaros, mi campo era, aunque no en el mal sentido, un campo a medio cultivar. Cultivaba judías que volvían alegremente a su estado silvestre y primitivo y mi azada les cantaba el *Rans des Vaches*^[80].

Cerca, sobre la rama más alta de un abedul, canta durante toda la mañana el malviz pardo —o tordo rojo, como algunos prefieren llamarlo—, contento por vuestra compañía, y que volaría en busca de otro campo si el vuestro no estuviera allí. Mientras plantáis la semilla, grita: «Échala, échala; cúbrela, cúbrela; arráncala, arráncala». Pero no era maíz, así que estaba a salvo de enemigos como ese. Os preguntaréis qué tiene que ver su galimatías, sus interpretaciones de Paganini aficionado en un acorde o en veinte, con vuestra faena y, sin embargo, será preferible al yeso o a las cenizas lixiviadas. Era un tipo barato de abono superior en el que tenía plena fe.

Cuando extraje una tierra aún más fresca de las hileras con mi azada, perturbé las cenizas de naciones inmemoriales que en años primitivos vivieron bajo estos cielos, y sus pequeños instrumentos de guerra y caza salieron a la luz de esta época moderna. Yacían mezclados con otras piedras naturales, algunas de las cuales tenían huellas de haber sido quemadas por fuegos indios, y otras por el sol, y también pedazos de cerámica y vidrio llevados allí por los recientes cultivadores del suelo. Cuando mi azada golpeaba tintineante contra las piedras, esa música tenía eco en los bosques y el cielo y era un acompañamiento para mi trabajo que producía una cosecha instantánea e inmensurable. Ya no había judías que cavar, ni era yo el que cavaba judías; y recordaba (si es que lo hacía) con tanta piedad como orgullo a mis conocidos, que habían ido a la ciudad a asistir a los oratorios. El halcón nocturno trazaba círculos en el mediodía soleado —porque a veces era una fiesta para mí— como una mota en el ojo, o en el ojo del cielo, y de vez en cuando caía en picado con un sonido como si se rasgaran los cielos, convertidos en jirones y harapos, aunque se mantenía la bóveda inconsútil; son como pequeños trasgos que llenan el aire y ponen sus huevos en la arena del suelo o en las rocas altas de las colinas, donde pocos los descubren; gráciles y esbeltos, son como rizos prendidos en la laguna, como hojas levantadas por el viento que flotan en los cielos; tal parentesco hay en la naturaleza. El halcón es el hermano aéreo de la onda que observa y sobrevuela, y sus perfectas alas ahuecadas se corresponden con las elementales alas implumes del mar. En ocasiones observaba a un par de halcones gallineros en lo alto del cielo que alternaban caídas y ascensos y se aproximaban y separaban, como si fueran la encarnación de mis pensamientos; o me atraía el paso de las palomas salvajes de un bosque a otro, con un ligero sonido tembloroso y batiente y con prisa mensajera; o mi azada sacaba de debajo de un tocón podrido una lenta, portentosa y extravagante salamandra, una traza de Egipto y el

Nilo, aunque contemporánea nuestra. Cuando me detenía a inclinarme sobre mi azada, oía y veía estos sonidos e imágenes en cualquier lugar de la hilera: una prueba del inagotable entretenimiento que ofrece el campo.

En los días de gala, la ciudad dispara sus grandes cañones, que resuenan en los bosques como pistolas de aire comprimido, y ocasionalmente llegan hasta allí ciertos extravíos de música marcial. En mi campo de judías, al otro extremo de la ciudad, los grandes cañones sonaban como si hubiera estallado un bejín, y cuando se celebraba un desfile militar del que nada sabía, a veces tenía durante todo el día la vaga sensación de una especie de irritación y enfermedad en el horizonte, como si de pronto fuera a tener lugar allí una erupción, de escarlatina o cancro, hasta que al fin una ráfaga de viento favorable que avanzaba sobre los campos y por el camino de Wayland me traía información de los «instructores»^[81]. Por el zumbido lejano, parecía que las abejas de alguien se hubieran reunido en enjambre y los vecinos, según el aviso de Virgilio, por el débil *tintinnabulum* de los utensilios domésticos más sonoros, trataran de conducirlos a la colmena de nuevo. Y cuando el sonido se desvanecía, el zumbido había cesado, y las brisas más favorables enmudecían, sabía que seguramente ya tenían hasta el último zángano en la colmena de Middlesex y que sus pensamientos se dedicaban ahora a la miel con que estaba untada.

Me sentía orgulloso de que las libertades de Massachusetts y de nuestros antepasados estuvieran tan a salvo y, cuando volvía a cavar de nuevo, me sentía lleno de una inexpresable confianza y continuaba mi trabajo animosamente, con serena fe en el futuro.

Cuando había varias bandas de música, sonaba como si toda la ciudad fuera un inmenso fuelle y los edificios se expandieran y colapsaran alternativamente con el estruendo. Pero en ocasiones lo que llegaba a los bosques era un compás noble e inspirador, la trompeta que pregona la fama, y me sentía como si pudiera escupir de gozo a un mejicano —pues, ¿por qué debemos siempre aguantar fruslerías?—, y buscaba alrededor a una marmota o a una liebre con las que ejercitar este coraje. Estos compases marciales parecían venir de Palestina y me recordaban a una marcha de cruzados en el horizonte, con el ligero ímpetu y movimiento trémulo de las copas de los olmos que descollaban sobre la ciudad. Este era uno de los días *grandes*, aunque el cielo tenía desde mi claro el mismo eterno y gran aspecto que ostenta a diario y no veía diferencia en él.

Fue una experiencia singular el largo trato que cultivé con las judías, pues al hecho de plantarlas, cavarlas, cosecharlas, trillarlas, recogerlas y venderlas —esto último fue lo más duro—, podía añadir el de comerlas, ya que las probé. Estaba decidido a conocer a las judías. Cuando estaban creciendo, solía cavarlas desde las cinco de la mañana hasta el mediodía y, por lo general, pasaba el resto del día con otros asuntos. Considerad el íntimo y curioso trato que se tiene con varios tipos de

malas hierbas —resulta repetitivo contarlos, ya que sobre el terreno no lo es menos— tras perturbar cruelmente sus delicadas organizaciones y establecer odiosas distinciones con la azada, pues se arrasa la fila entera de una especie mientras que otra es cultivada con diligencia. Aquí hay ajeno romano, aquí chual, esto es acedera y eso grama; cogedlos, cortadlos, sacad sus raíces al sol, que no quede ni una fibra a la sombra, si no queréis que aparezca por allá y en dos días todo esté verde como un puerro. Se trata de una larga guerra, no contra grullas, sino contra las malas hierbas, troyanos que teman de su parte al sol, la lluvia y el rocío. A diario las judías me veían llegar en su rescate armado con una azada y diezmar las filas de sus enemigos, con los que llenaba las trincheras. Mi arma hizo caer y rodar por el polvo a más de un altivo y empenachado Héctor que sobresalía un pie sobre sus apretados compañeros.

Los días de verano que algunos contemporáneos míos dedicaban a las bellas artes en Boston o Roma, a la contemplación en la India y al comercio en Londres o Nueva York, los dedicaba yo, junto con otros granjeros de Nueva Inglaterra, a la agricultura. No es que necesitara comer judías, pues soy pitagórico por naturaleza en lo que respecta a las judías, ya sirvan para el puré o para votar, y las cambiaba por arroz; pero tal vez alguien debía trabajar en el campo, aunque sólo fuera por los tropos y la expresión que un día servirían a un creador de parábolas. En conjunto resultaba una rara diversión, que, en caso de prolongarse demasiado, podría convertirse en disipación. Aunque ni una sola vez las aboné o las cavé por completo, las cavaba, cuando lo hacía, extraordinariamente bien, y al final recibí mi paga, pues «no hay, en verdad», como dice Evelyn, «compuesto ni riqueza alguna comparable a ese continuo movimiento, refección y volteo del mantillo con la pala». «La tierra», añade en otro lugar, «en especial si es nueva, tiene cierto magnetismo, por el que atrae la sal, el poder o la virtud (comoquiera que se llame) que le da vida, y que es la lógica de todo el trabajo y esfuerzo que le dedicamos para mantenernos; el estiércol y otras sórdidas mezclas no son sino los vicarios sucedáneos de esta mejora»^[82]. Además, siendo este uno de esos «campos agotados y exhaustos que gozan de su sábado», tal vez había atraído, como cree probable Sir Kenelm Digby^[83], a los «espíritus vitales» del aire. Recogí doce medidas de judías.

Pero seré más concreto, porque hay quien se queja de que el señor Coleman informa sobre todo de los experimentos caros de los granjeros refinados. Mis gastos fueron:

Por una azada	0,54 \$
Arar, gradar y abrir surcos	7,50, demasiado
Judías para sembrar	3,12 1/2
Patatas	1,33
Guisantes	0,40
Semillas de nabo	0,06
Lino blanco para la valla de los cuervos	0,02

Caballo, cultivador y muchacho, tres horas	1,00
Caballo y carro para recoger la cosecha	0,75
En total	14,72 1/2 \$

Mis ingresos (*patrem familias vendacem, non emacem esse oportet*)^[84] procedieron de:

Nueve medidas y doce cuartos de judías vendidas	16,94 \$
Cinco medidas de patata grande	2,50
Nueve medidas de patata pequeña	2,25
Pasto	1,00
Tallos	0,75
En total	23,44 \$
Con un provecho pecuniario, como ya he dicho, de	8,71 1/2 \$

Este es el resultado de mi experiencia de plantar judías. Plantad el pequeño arbusto de judía blanca común a principios de junio, en hileras de tres pies cada dieciocho pulgadas, tras elegir cuidadosamente semilla fresca, redonda y sin mezcla. Primero apartad las lombrices y poned plantas nuevas en los huecos; luego apartad las marmotas, si el lugar está al descubierto, porque roerán las primeras hojas tiernas casi por completo y, de nuevo, cuando aparezcan los zarcillos, sentadas erectas como ardillas, darán cuenta de ellos y pelarán sus yemas y jóvenes vainas. Pero, sobre todo, cosechad tan pronto como sea posible, si queréis escapar a las heladas y tener una hermosa y sabrosa recolecta; podéis evitar por este medio una gran pérdida.

Adquirí una experiencia ulterior. Me dije a mí mismo: otro verano no plantaré judías y maíz con tanto cuidado, sino, en caso de que no se hayan perdido, semillas como la sinceridad, la verdad, la sencillez, la fe y la inocencia, y comprobaré si crecen en este suelo incluso con menos esfuerzo y abono y si me sirven de sustento, ya que seguramente estas cosechas no se agotarán. Ay, me dije a mí mismo, ya ha pasado otro verano, y otro, y otro, y estoy obligado a decirte, lector, que las semillas que planté, si *eran* en efecto las de aquellas virtudes, quedaron agusanadas o perdieron su vitalidad y no germinaron. Por lo general, los hombres sólo serán valientes o tímidos como lo fueron sus padres. Seguramente esta generación plantará maíz y judías cada año tal como los indios hace siglos hicieron y enseñaron a hacer a los primeros colonos, como si se tratara de un hado. El otro día vi a un viejo, para mi asombro, cavando agujeros con una azada por septuagésima vez, ¡y no eran para enterrarse a sí mismo! ¿Por qué no habría de intentar nuevas aventuras el habitante de Nueva Inglaterra sin invertir tanta energía en su grano, patata y pasto, y en sus huertos? ¿Por qué no ha de lograr otras cosechas? ¿Por qué nos preocupamos tanto por las semillas de judía y tan poco por una nueva generación de hombres?

Deberíamos sentirnos realmente alimentados y animados si, tras conocer a un hombre, estamos seguros de ver que han arraigado y crecido en él algunas de las cualidades que he mencionado, que todos valoramos más que aquellos productos, pero que en gran medida flotan diseminadas por el aire. Aquí llega una cualidad tan inefable y sutil, por ejemplo, como la verdad o la justicia, aunque sea en escasa cantidad o de un tipo nuevo. Nuestros embajadores deberían tener instrucciones para enviar a casa semillas como estas, y el Congreso debería contribuir a repartirlas por toda la tierra. Si fuéramos sinceros, nunca insistiríamos en la ceremonia. Nunca engañaríamos, insultaríamos o desterraríamos por mezquindad, si estuviera presente la médula de la dignidad y la amistad. No deberíamos encontrarnos apresuradamente. Apenas conozco a la mayoría de los hombres, porque no parecen tener tiempo; están ocupados con sus judías. No querríamos tratar a un hombre que siempre estuviera afanado, con la azada o la pala a modo de sostén en su trabajo, no como una seta, sino parcialmente levantado sobre la tierra, más que erguido, como una golondrina que se ha posado y camina por el suelo:

Y mientras hablaba sus alas llegaban a abrirse,
Prestas al vuelo, y volvían a cerrarse^[85],

de modo que pensáramos que conversamos con un ángel. Puede que el pan no siempre nos alimente, pero reconocer la generosidad en el hombre o la naturaleza y compartir un goce puro y heroico siempre nos hará bien, incluso por restar rigidez a nuestras junturas, y nos volverá flexibles y boyantes cuando no sepamos qué nos aflige.

La poesía y la mitología antigua sugieren, al menos, que la agricultura fue una vez un arte sagrado, pero nosotros lo practicamos con irreverente prisa y descuido y nuestro único objetivo es poseer grandes granjas y grandes cosechas. No tenemos un festival, una procesión o una ceremonia, sin exceptuar nuestras ferias de ganado y el llamado Día de Acción de Gracias, con los que el granjero exprese el sentido sagrado de su vocación, o que le recuerden su origen sagrado. Lo que le tienta es el premio y el banquete. No sacrifica a Ceres y al Jove terrestre, sino más bien al infernal Plutón. Por avaricia y egoísmo, y un hábito servil, del que ninguno está exento, de considerar el suelo una propiedad o el principal medio de adquirirla, el paisaje se deforma, la agricultura se degrada y el granjero lleva la vida más mezquina. Sólo conoce la naturaleza como un ladrón. Catón dice que los beneficios de la agricultura son particularmente piadosos y justos (*maximeque pius quæstus*) y, según Varrón, los antiguos romanos «llamaban de igual modo a la tierra madre y a Ceres y creían que los que la cultivaban llevaban una vida piadosa y útil, y que sólo ellos quedaban de la raza del rey Saturno».

Olvidamos que el sol contempla sin distinción nuestros campos cultivados y las

praderas y bosques. Todos ellos reflejan y absorben sus rayos, pero los primeros suponen sólo una pequeña parte del glorioso cuadro que contempla en su curso cotidiano. A su vista, la tierra se cultiva por igual como un jardín. Por tanto, deberíamos recibir el beneficio de su luz y calor con una correspondiente confianza y magnanimidad. ¿Qué importa si valoro la semilla de estas judías y si recojo eso en otoño? Este amplio campo que he mirado tanto tiempo no me considera a mí su principal cultivador, sino a influencias que le resultan más afables, lo riegan y lo hacen reverdecir. Estas judías tienen resultados que no he cosechado. ¿No crecen en parte para las marmotas? La espiga de trigo (en latín *spica*, el obsoleto *specca*, de *spe*, esperanza), ¿no debería ser la única esperanza de la agricultura?; su médula o grano (*granum*, de *gerendo*, soporte) ¿no es cuanto soporta? Entonces, ¿cómo pueden perderse nuestras cosechas? ¿No me alegraré también por la abundancia de las malas hierbas cuyas semillas son el granero de los pájaros? Importa relativamente poco si los campos llenan los silos del granjero. El auténtico agricultor no se inquietará, así como las ardillas no se preocupan por si los bosques dan castañas este año o no, y terminará su trabajo cada día renunciando a todo derecho sobre el producto de sus campos y sacrificando en su espíritu no sólo sus primeros frutos, sino también los últimos.

LA CIUDAD

DESPUÉS de cavar o tal vez leer y escribir por la mañana, solía bañarme de nuevo en la laguna, atravesaba alguna de sus caletas y quitaba de mi persona el polvo del trabajo o alisaba la última arruga del estudio, de modo que a mediodía estaba libre por completo. Cada uno o dos días paseaba por la ciudad para oír los chismes que van por allí incesantemente, circulando de boca en boca o de periódico en periódico y que, tomados en dosis homeopáticas, eran a su manera tan renovadores como el susurro de las hojas y las furtivas miradas de las ranas. Así como caminaba por los bosques para ver a los pájaros y las ardillas, caminaba por la ciudad para ver a los hombres y los muchachos; en lugar del viento entre los pinos, oía el traqueteo de los carros. A cierta distancia de mi casa había una colonia de ratas almizcleras en los prados del río; bajo el bosque de olmos y plátanos, en la otra dirección, había una ciudad de hombres ocupados, tan curiosos para mí como si fueran perros de la pradera, cada uno sentado a la entrada de su madriguera o afanado hasta la del vecino para chismorrear. Con frecuencia iba allí a observar sus hábitos. La ciudad me parecía una gran sala de noticias y, como una vez hicieran en Redding & Company's, en State Street, para mantenerla, se apartaban a un lado nueces y pasas, o sal y harina y otros comestibles. Algunos tienen tal apetito por el primer artículo, es decir, las noticias, y tan sanos órganos digestivos, que pueden permanecer sentados en la vía pública sin inmutarse y dejar que aquellas los atraviesen y les cuchicheen como los vientos etesios, o como si inhalaran éter, lo que sólo les produciría entumecimiento e insensibilidad al dolor —de lo contrario resultaría doloroso oírlos—, sin efecto sobre la conciencia. Cuando paseaba por la ciudad nunca eché en falta una hilera de tales próceres, sentados en una escalera al sol, con sus cuerpos inclinados hacia delante y la mirada dirigida alternativamente a un lado y al otro, con una expresión voluptuosa, o apoyados en un granero con las manos en los bolsillos, como cariátides que lo sostuvieran. Al estar, por lo general, en el exterior, oían cualquier cosa que llevara el viento. Estos son los más toscos molinos, en los que todo chisme es rudamente digerido o destrozado antes de convertirse en la más fina y delicada tolva dentro de casa. Observé que las entrañas de la ciudad eran la tienda de comestibles, el bar, la oficina de correos y el banco; como parte necesaria de la maquinaria, tenían una campana, un gran cañón y un coche de bomberos en lugares convenientes, y las casas estaban dispuestas para procurar lo mejor de la humanidad, enfrentadas en callejones, de modo que todo viajero tuviera que correr baquetas y todo hombre, mujer o niño pudiera darle un lengüetazo. Por supuesto, aquellos que estaban situados en primera línea, donde mejor podían ver y ser vistos, y

propinarle el primer golpe, pagaban los precios más altos por su posición, y los pocos habitantes rezagados en las afueras, donde había grandes intervalos y el viajero podía saltar muros o desviarse por una senda de vacas y escapar, pagaban un pequeño impuesto de terreno o ventana. En todas partes había señales colgadas para atraerle; unas para captarle por el apetito, como la taberna y el sótano de avituallamiento; otras por la moda, como la tienda de telas y la joyería, y otras por el pelo, los pies, o los faldones, como el barbero, el zapatero o el sastre. Además, había una invitación aún más terrible y constante a visitar cada una de estas casas y se esperaba la compañía a tales horas. En gran medida escapé sorprendentemente a estos peligros, o bien prosiguiendo a la vez osadamente y sin deliberación hasta la meta, como se recomienda a aquellos que corren baquetas, o dedicando mis pensamientos a cosas elevadas, como Orfeo, quien «cantando en voz alta las alabanzas de los dioses con su lira, ahogaba las voces de las sirenas y se mantenía fuera de peligro». En ocasiones me marchaba repentinamente y nadie podía conocer mi paradero, ya que no aspiraba a la cortesía y nunca dudaba si veía el hueco de una cerca. Incluso estaba acostumbrado a irrumpir en algunas casas donde era bien recibido y, tras conocer el meollo y la reciente criba de noticias, el poso, las perspectivas de guerra y paz y si el mundo iba a seguir mucho tiempo unido, me dejaban partir por la puerta trasera y así escapaba a los bosques.

Era muy agradable, cuando me rezagaba en la ciudad, lanzarme a la noche, en especial si era oscura y tempestuosa, y hacerme a la vela desde un brillante salón o sala de conferencias de la ciudad, con un saco de centeno o harina de maíz al hombro, hacia mi confortable puerto en los bosques, tras haberlo dejado todo atado en cubierta y retirarme bajo las escotillas con una alegre tripulación de pensamientos, sólo con mi externo al timón o incluso con el timón amarrado, si la navegación era fácil. Tuve muchos pensamientos geniales junto al camarote de incendios «mientras navegaba». Nunca me vi a la deriva ni desanimado por tiempo alguno, aunque me topé con varias severas tormentas. En el bosque hay más oscuridad, incluso en las noches corrientes, de lo que la mayoría supone. Con frecuencia tuve que empezar por mirar hacia arriba desde el sendero, entre los árboles, para saber mi ruta y, cuando no había camino, sentir bajo mis pies la débil pista que había usado o guiarme por la conocida relación de árboles concretos que palpaba con las manos, pasando, por ejemplo, entre dos pinos separados no más de dieciocho pulgadas en medio de los bosques, invariablemente en la noche más lúgubre. A veces, tras haber vuelto tarde a casa en una noche oscura y bochornosa, cuando mis pies sentían el sendero que mis ojos no podían ver, ensoñado y distraído todo el camino, hasta que me despertaba para alzar la mano y levantar el pestillo, no era capaz de recordar un solo paso del trayecto y pensaba que tal vez mi cuerpo encontraría el camino de vuelta si su dueño lo abandonara, como la mano encuentra su camino a la boca sin ayuda. En ocasiones,

cuando el visitante se quedaba hasta el atardecer y la noche iba a ser oscura, me veía obligado a conducirlo hasta la carretera trasera de la casa y luego le señalaba la dirección que había de seguir, por la que debía guiarse con los pies antes que con la vista. En una noche muy oscura les indiqué así su camino a dos jóvenes que hablan estado pescando en la laguna. Vivían a una milla de distancia a través de los bosques y conocían bien la ruta. Uno o dos días después, uno de ellos me dijo que vagaron casi toda la noche sin apartarse del lugar y que no llegaron a casa hasta la mañana, empapados hasta la piel porque había habido fuerte lluvia y las hojas estaban muy húmedas. He oído que muchos se han perdido incluso en las calles de la ciudad, cuando la oscuridad era tan densa que habríais podido, según se dice, cortarla con un cuchillo. Algunos de los que vivían en las afueras, tras haber ido a comprar con sus carretas, se vieron obligados a pernoctar; ciertas damas y caballeros, de visita, se han apartado media milla del camino, sintiendo la acera sólo con los pies y sin saber cuándo se desviaban. Es una experiencia tan sorprendente y saludable como valiosa perderse alguna vez en los bosques. A menudo, durante una nevada, incluso de día, salimos por una carretera bien conocida y, sin embargo, nos será imposible decir qué camino lleva hasta la ciudad. Aunque sepamos que lo hemos recorrido mil veces, no podremos reconocer ni un detalle y nos parecerá tan extraño como una carretera en Siberia. Por la noche, desde luego, la perplejidad es infinitamente mayor. En nuestros paseos más triviales, nos guiamos constante, aunque inconscientemente, como pilotos, por ciertas conocidas balizas y promontorios, y si vamos más allá del curso habitual tenemos aún en mente la importancia de un cabo vecino; y hasta que no estemos perdidos por completo o demos la vuelta —pues en este mundo basta con que a un hombre le hagan girar una vez con los ojos cerrados para que esté perdido— no apreciaremos la vastedad y extrañeza de la naturaleza. Al despertar, ya sea del sueño o de la abstracción, todo hombre tiene que aprender de nuevo los puntos cardinales. Hasta que no nos perdamos o, en otras palabras, hasta que no perdamos el mundo, no empezaremos a encontrarnos a nosotros mismos y a advertir dónde estamos y la infinita extensión de nuestras relaciones.

Al final del primer verano, una tarde en que iba a la ciudad a recoger un zapato del remendón, fui arrestado y encarcelado porque, como he contado en otro lugar, no había pagado un impuesto o reconocido la autoridad del estado que compra y vende hombres, mujeres y niños como ganado a las puertas de su cámara del senado. Había venido a los bosques con otros propósitos. Pero, dondequiera que vaya un hombre, los hombres le seguirán y sobarán con sus sórdidas instituciones y, si pueden, le forzarán a pertenecer a su desesperada sociedad filantrópica. Es cierto que podría haberme resistido por la fuerza con mayor o menor éxito, podría haberme vuelto «loco» contra la sociedad; pero prefería que la sociedad se volviera «loca» contra mí, pues ella era la parte desesperada. Sin embargo, fui liberado al día siguiente, recogí

mi zapato remendado y volví a los bosques a tiempo de obtener mi ración de arándanos en la colina de Fair Haven. Ninguna otra persona me molestó, salvo las que representaban al estado. No tenía candado ni cerrojo, salvo para el pupitre que contenía mis papeles, ni siquiera un clavo que poner en el pestillo o las ventanas. Nunca cerré la puerta de noche o de día, aunque fuera a ausentarme varios días; ni siquiera cuando, en el otoño siguiente, pasé dos semanas en los bosques de Maine. Y, sin embargo, mi casa era más respetada que si hubiera estado rodeada por una fila de soldados. El caminante agotado podía descansar y calentarse junto al fuego, el literario entretenerse con algunos libros sobre mi mesa y el curioso, al abrir la puerta de mi armario, ver qué me quedaba de comida y qué perspectiva había para la cena. No obstante, aunque muchas personas de diverso tipo vinieron por este camino hasta la laguna, no sufrí por ello inconveniente alguno ni perdí nunca nada, salvo un pequeño libro, un volumen de Homero, tal vez impropriadamente sobredorado, y confío en que lo encontrara un soldado de nuestro campo. Estoy convencido de que si todos los hombres vivieran con tanta sencillez como yo lo hice, el hurto y el robo serían desconocidos. Estos sólo tienen lugar en comunidades en que unos tienen más de lo suficiente, mientras que otros no tienen bastante. Los Horneros de Pope^[86] pronto quedarían adecuadamente distribuidos:

Nec bella fuerunt,
Faginus adstabat cum scyphus ante dapes^[87].

[Las guerras no turbaban a los hombres
Cuando sólo hacían falta cuencos de haya].

«Vosotros, que gobernáis los asuntos públicos, ¿qué necesidad tenéis de emplear castigos? Amad la virtud y el pueblo será virtuoso. Las virtudes de un hombre superior son como el viento, las virtudes de un hombre corriente son como la hierba; la hierba se inclina cuando el viento sopla sobre ella»^[88].

LAS LAGUNAS

A veces, habiendo tenido un hartazgo de compañía humana y charlatanería, y agotados todos los amigos de la ciudad, me encaminaba aún más al oeste de donde habitualmente vivía, hasta las partes menos frecuentadas de la ciudad, «a bosques frescos y nuevos pastos»^[89], o, mientras se ponía el sol, tomaba mi cena de gayubas y arándanos en la colina de Fair Haven y acumulaba reservas para varios días. Los frutos no proporcionan su verdadero sabor a quien los compra ni a quien los cultiva para el mercado. Sólo hay un medio de obtenerlo, pero pocos lo emplean. Si queréis conocer el sabor de las gayubas, preguntad al vaquero o a la perdiz. Es un error vulgar suponer que habéis probado las gayubas si no las habéis recogido. Una gayuba no llega nunca a Boston; allí no han vuelto a verlas desde que crecían en sus tres colinas. La parte de ambrosía y esencial del fruto se pierde con la pelusilla desprendida con el roce en el carro del mercado, y los frutos se convierten en provisiones. Mientras reine la justicia eterna, ni una sola gayuba inocente será transportada hasta allí desde las colinas campestres.

En ocasiones, tras haber cavado lo que correspondía a cada día, me juntaba con algún compañero impaciente que había estado pescando en la laguna desde la mañana, tan silencioso e inmóvil como un pato o una hoja flotante, y que, tras practicar varias clases de filosofía, solía llegar a la conclusión, cuando yo llegaba, de que pertenecía a la antigua secta de los cenobitas^[90]. Había un anciano, pescador excelente y diestro en toda clase de trabajo con madera, a quien le gustaba considerar mi casa una construcción erigida a conveniencia de los pescadores, y yo estaba igualmente complacido cuando se sentaba en mi umbral a preparar sus sedales. A veces nos sentábamos juntos en la laguna, cada uno en un extremo del bote, pero apenas cruzábamos palabra, pues se había quedado sordo en los últimos años, aunque en ocasiones entonaba un salmo que armonizaba bastante bien con mi filosofía. Nuestro trato fue, en conjunto, de una armonía ininterrumpida, mucho más grato de recordar que si lo hubiera mantenido la conversación. Cuando, como solía suceder, no tenía a nadie con quien comunicarme, solía despertar el eco golpeando con un remo el costado de mi bote y llenar los bosques circundantes de un sonido circular y dilatado, excitándolos como el guardián a sus fieras salvajes, hasta que sonsacaba un gruñido de cada valle boscoso y cada ladera.

En las tardes cálidas solía sentarme en el bote a tocar la flauta y veía a las percas, a las que parecía haber encantado, rondando a mi alrededor y a la luna moviéndose por el fondo ondulado, que estaba salpicado por los desechos del bosque. Al principio venía de vez en cuando a esta laguna con un compañero en busca de aventuras, en

oscuras noches de verano y, tras encender fuego cerca del borde del agua, lo que pensábamos que atraía a los peces, cogíamos abadejos con un manojo de gusanos atravesados por un hilo y, cuando terminábamos, avanzada la noche, arrojábamos los tizones al aire como cohetes, los cuales, al caer en la laguna, se apagaban con un fuerte silbido, que nos dejaba de repente en la más completa oscuridad. A través de ella, entonando una canción, retomábamos nuestro camino hacia la guarida de los hombres. Pero ahora había levantado mi casa junto a la orilla.

A veces, tras quedarme en alguna sala de estar de la ciudad hasta que toda la familia se había retirado, volvía a los bosques y, en parte con la perspectiva de la cena del día siguiente, pasaba las horas de la noche pescando en un bote a la luz de la luna, acompañado por la serenata de los búhos y los zorros y oyendo, de vez en cuando, la nota discordante de algún pájaro desconocido muy cerca de mí. Esas experiencias eran memorables y valiosas para mí, anclado sobre un fondo de cuarenta pies y a veinte o treinta varas de la orilla, rodeado a veces por miles de pequeñas percas y peces plateados, que hendían la superficie con sus colas, a la luz de la luna, en comunicación por un largo sedal de lino con misteriosos peces nocturnos que moraban a cuarenta pies de profundidad o, en otras ocasiones, tirando sesenta pies de cuerda sobre la laguna, mientras me deslizaba a favor de la suave brisa de la noche, sintiendo, ahora y entonces, una ligera vibración que indicaba la presencia de una vida que merodeaba en su extremo, cuyo propósito era torpe, incierto, errático y lento en decidirse. Al cabo extraía lentamente, poniendo mano sobre mano, un abadejo escamoso que se estremecía y retorció en el aire. Resultaba muy extraño, especialmente en las noches oscuras, cuando los pensamientos habían huido a vastos y cosmogónicos temas en otras esferas, sentir ese tenue tirón, que interrumpía mis sueños y me ataba de nuevo a la naturaleza. Parecía como si pudiera arrojar mi sedal al aire como había hecho en aquel elemento que apenas era más denso. De este modo cogía dos peces con un solo anzuelo.

El paisaje de Walden es de escala humilde y, aunque muy hermoso, no alcanza la grandeza ni podría atraer a quien no haya frecuentado su orilla o vivido en ella; sin embargo, esta laguna es tan admirable por su profundidad y pureza que merece una descripción particular. Es un manantial claro y de un verde profundo, de media milla de longitud y una milla y tres cuartos de circunferencia, que comprende cerca de sesenta y un acres y medio, una fuente perenne en medio de los bosques de pino y roble, sin otro afluente o aliviadero que las nubes y la evaporación. Las colinas circundantes se elevan abruptamente a ras del agua hasta una altura de cuarenta u ochenta pies, aunque al sureste y al este llegan a los cien y ciento cincuenta pies respectivamente, en una extensión de un cuarto y un tercio de milla. El terreno está completamente cubierto de bosque. Todas las aguas de Concord tienen al menos dos

colores, el que se ve a distancia y otro, más propio, de cerca. El primero depende de la luz e imita al cielo. En días claros, en verano, las aguas parecen azules a poca distancia, especialmente si están agitadas, y a gran distancia todas parecen iguales. En los días de tormenta el agua es, a veces, de un oscuro color pizarra. Sin embargo, dicen que el mar es azul un día y verde otro sin un cambio perceptible en la atmósfera. Cuando todo el campo está cubierto de nieve, he visto en nuestro río que el agua y el hielo eran casi tan verdes como la hierba. Algunos consideran el azul «el color del agua pura, líquida o sólida». Pero, mirando directamente el agua desde un bote, parece ser de colores muy distintos. Walden es a veces azul y a veces verde, incluso desde el mismo punto de vista. Entre la tierra y el cielo, participa del color de ambos. Vista desde la cima de una colina refleja el color del cielo, pero de cerca tiene un tinte amarillo junto a la orilla donde puede verse la arena, luego un verde claro que gradualmente adquiere un tono uniforme de verde oscuro en el centro de la laguna. A cierta luz, vista incluso desde la cima de una colina, es de un verde vivido junto a la orilla. Algunos atribuyen esto al reflejo de la espesura, pero es igualmente verde junto al talud de arena del ferrocarril y en primavera, antes de que broten las hojas, por lo que podría ser el resultado del azul dominante mezclado con el amarillo de la arena. Ese es el color de su iris. Esa es también la parte donde, en primavera, al calentarse el hielo por el calor del sol que se refleja desde el fondo y se transmite por la tierra, empieza a derretirse y forma un estrecho canal en medio del hielo. Como el resto de nuestras aguas, cuando se agita en días claros, de modo que la superficie de las olas pueda reflejar el cielo en el ángulo adecuado, o debido a que hay más luz, parece a poca distancia de un azul más oscuro que el mismo cielo y, en esas ocasiones, estando en su superficie y haciendo pantalla con la mano para poder ver el reflejo, he discernido un azul claro incomparable e indescriptible, como el que sugieren sedas irisadas o variables y la hoja de una espada, más cerúleo que el mismo cielo, que se alternaba con el verde oscuro original en los extremos de las olas, las cuales, en comparación, parecían fangosas. En mi recuerdo, se trata de un azul verdoso y vítreo, como esos trozos de cielo invernal que se ven a través de las nubes en el oeste antes de ponerse el sol. Sin embargo, un vaso lleno de agua de la laguna es, al trasluz, tan incoloro como una cantidad semejante de aire. Es bien sabido que una placa grande de cristal tendrá un tinte verde debido, como dicen los vidrieros, a su «cuerpo», aunque una pieza menor será incolora. Nunca he probado cuánta cantidad de agua de Walden se necesita para reflejar un tinte verde. El agua de nuestro río parece negra o de un castaño muy oscuro a quien la mira directamente y, como la de la mayoría de las lagunas, tiñe el cuerpo de quien se baña en ella de amarillo, pero esta agua es de una pureza tan cristalina que el cuerpo del bañista sale con una blancura de alabastro, aún menos natural, que, conforme los miembros aumentan y se deforman por su causa, produce un efecto monstruoso y proporcionaría estudios adecuados para un

Miguel Ángel.

El agua es tan transparente que el fondo puede discernirse con facilidad a una profundidad de veinticinco o treinta pies. Remando sobre él, podríais ver a muchos pies por debajo de la superficie los cardúmenes de percas y peces plateados, cuya longitud no supera tal vez una pulgada, aunque las primeras se distinguen con facilidad por sus rayas transversales, y pensaréis que son peces ascéticos los que encuentran su subsistencia allí. Una vez, en invierno, hace muchos años, tras haber practicado agujeros en el hielo para pescar sollos, de vuelta a la orilla arrojé mi hacha por encima de los hombros hacia el hielo y, como si un genio maligno la hubiera dirigido, se deslizó cuatro o cinco varas hasta uno de los agujeros, donde el agua tenía veinticinco pies de profundidad. Por curiosidad, me eché sobre el hielo, miré por el agujero y vi el hacha un poco ladeada, reposando sobre su cabeza, con el mango levantado y oscilando suavemente a merced de la corriente de la laguna, y allí podría haber seguido levantada y oscilando hasta que el mango se pudriera con el tiempo si yo no hubiera intervenido. Hice otro agujero justo sobre ella con un escoplo y, cortando con mi navaja la vara más larga que pude encontrar en los alrededores, até a su extremo un lazo corredizo y, sumergiendo la vara cuidadosamente, pasé el lazo por el botón del mango y tiré de él con un sedal unido a la vara hasta sacar el hacha.

La orilla se compone de una franja de blancos cantos rodados como pavimento, salvo en una o dos breves playas arenosas, y es tan escarpada que, en muchos lugares, el agua os cubriría si saltarais; si no fuera por su notable transparencia, sería lo último que veríamos del fondo hasta salir por el lado opuesto. Algunos opinan que no tiene fondo. En parte alguna es fangosa y un observador casual diría que carece de vegetación; de las plantas reconocibles, salvo en los pequeños prados recientemente inundados que propiamente no pertenecen a la laguna, un escrutinio minucioso no revela la presencia de espadañas ni juncos, ni siquiera de lirios amarillos o blancos, sino sólo de unos pocos nenúfares y plantas fluviales y tal vez uno o dos escudos de río, que un bañista, sin embargo, no advertiría, y que son tan limpios y brillantes como el elemento en el que crecen. Las piedras se adentran una o dos varas en el agua y luego el fondo es de arena pura, salvo en las partes más profundas, donde abunda el sedimento, probablemente formado por las hojas caídas que el viento ha llevado allí en muchos otoños sucesivos, y una brillante maleza verde sale prendida del ancla incluso en medio del invierno.

Tenemos otra laguna como esta, la laguna White en Nine Acre Comer, a unas dos millas y media al oeste, pero, aunque conozco la mayoría de las lagunas en un radio de doce millas, no sé de una tercera que tenga este carácter puro de manantial. Sucesivas naciones habrán bebido en ella, la habrán admirado y sondeado, habrán desaparecido, y sus aguas aún están verdes y diáfanas como siempre. ¡No es una fuente intermitente! Tal vez en aquella mañana de primavera, cuando Adán y Eva

fueron expulsados del Edén, la laguna de Walden ya existía e incluso entonces se disolvía en una suave lluvia de primavera acompañada de la brama y el viento del sur, cubierta con miríadas de patos y gansos que no habían oído hablar de la caída y a los que bastaban lagos tan puros como Walden. Incluso entonces comenzaría a crecer y menguar y a aclarar sus aguas y teñirlas con el color que ahora tienen hasta obtener una patente del cielo para ser la única laguna de Walden del mundo, destiladora de rocíos celestiales. ¿Quién sabe en cuántas literaturas de naciones olvidadas ha sido la fuente Castalia o qué ninfas la presidieron en la Edad de Oro? Concord lleva en su corona una gema del agua primordial.

Sin embargo, tal vez los primeros en llegar a este manantial dejaron una huella de su paso. Me sorprendió encontrar, alrededor de la laguna, incluso donde se ha talado un espeso bosque, junto a la orilla, una senda estrecha en forma de bancal en lo abrupto de la ladera, que ascendía y descendía, se acercaba y se alejaba del borde del agua, tan antigua, probablemente, como la raza de los hombres asentados aquí, trillada por los pies de los cazadores aborígenes y transitada de vez en cuando, aunque sin advertirlo, por los actuales ocupantes de la tierra. Es particularmente visible para quien esté en medio de la laguna en invierno, tras una ligera nevada, y parece una línea blanca, clara y ondulante, que la maleza y las ramas no ocultan, y visible a un cuarto de milla en muchos lugares donde, en verano, apenas se distingue de cerca. La nieve la esculpe con claridad, como si formara un blanco altorrelieve. Los ornamentados terrenos de las casas de recreo que algún día se construirán aquí preservarán una traza de ella.

La laguna crece y mengua, pero nadie sabe si de un modo regular o no ni en qué periodo, aunque, como suele pasar, muchos pretenden saberlo. Está más llena en invierno y menos en verano, aunque no se corresponde con las épocas de humedad o sequía. Recuerdo cuándo ha estado uno o dos pies por debajo y también casi cinco pies por encima del nivel que tenía cuando vivía allí. Un estrecho banco de arena se adentra en ella, con aguas muy profundas a cada lado, sobre el cual ayudé a hervir una caldera de pescado, a unas seis varas de la orilla principal, hacia 1824, algo que no ha sido posible repetir durante veinticinco años, y, por otra parte, mis amigos solían escucharme con incredulidad cuando les contaba que pocos años después me acostumbré a pescar en bote en una caleta oculta en los bosques, a quince varas de la única orilla que conocían, un lugar que luego se convirtió en un prado. Pero la laguna ha crecido rápidamente en dos años y, ahora, en el verano de 1852, mide cinco pies más que cuando yo vivía allí, como hace treinta años, y se puede pescar de nuevo en aquel prado. La diferencia de nivel en su perímetro es de seis o siete pies y, sin embargo, la cantidad de agua vertida por las colinas circundantes es insignificante, de modo que las causas de esa abundancia han de encontrarse en las fuentes profundas. Este mismo verano la laguna ha empezado a menguar de nuevo. Es curioso que esta

fluctuación, sea o no periódica, requiera, al parecer, muchos años para llevarse a cabo. He observado una crecida y parte de dos descensos y espero que, dentro de doce o quince años, el agua esté tan baja como nunca la he visto. La laguna de Flint, una milla al este, simpatiza con Walden, teniendo en cuenta la irregularidad de sus afluentes y aliviaderos y las lagunas menores que se encuentran en medio, y recientemente alcanzó su mayor altura al mismo tiempo que la otra. Lo mismo pasa, hasta donde he podido observar, en la laguna White.

La crecida y el descenso de Walden en largos intervalos tienen, al menos, una utilidad: cuando el agua se mantiene en su máxima altura durante un año o más, aunque hace difícil pasear a su alrededor, mata los arbustos y árboles que han crecido en su borde desde la última crecida, pinos tea, abedules, alisos, álamos y otros, y, al menguar de nuevo, deja la orilla expedita, pues, a diferencia de muchas lagunas y de todas las aguas sometidas a una marea diaria, su orilla está más despejada cuando más ha bajado el agua. En la parte de la laguna cercana a mi casa, una fila de pinos tea de quince pies de alto murió y cayó como si hubiera pasado una niveladora, con lo que se detuvo su crecimiento, y su tamaño indica cuántos años han pasado desde que el agua creció hasta esa altura. Con esta fluctuación la laguna afirma su derecho sobre la orilla, la *orilla* queda *orillada* y los árboles no pueden conservarla por derecho de posesión. Esos son los labios del lago sobre los que no crece barba alguna. De vez en cuando se los relame. Cuando el agua alcanza su máxima altura, los alisos, los sauces y los arces arrojan al agua, desde todos los lados de sus troncos, una masa de fibrosas raíces rojas de varios pies de longitud y a una altura de tres o cuatro pies sobre el suelo, en un intento por sostenerse. He visto grandes arbustos de arándanos en la orilla, que generalmente no dan fruto, producir una abundante cosecha en esas circunstancias.

Algunos han tenido dificultad en contar cómo es posible que la orilla esté regularmente pavimentada. Todos mis conciudadanos han oído hablar de la tradición, que los más ancianos me han dicho que oyeron en su juventud, según la cual los indios, hace mucho tiempo, celebraron una ceremonia en una colina que se elevaba hacia los cielos tanto como la laguna se hunde ahora en la tierra, y se comportaron de un modo tan profano, dice la historia, aunque ese es uno de los vicios de los que los indios nunca han sido culpables, que la colina se conmovió y se hundió de repente, y sólo una vieja india, llamada Walden, escapó y le dio su nombre a la laguna^[91]. Se ha conjeturado que, al conmovirse la colina, estas piedras rodaron por sus laderas y formaron la orilla actual. En cualquier caso, es seguro que una vez no hubo laguna aquí y ahora hay una, y esta fábula india no desmiente el relato de aquel antiguo morador que ya he mencionado y que recuerda muy bien que, cuando llegó aquí por primera vez con su varita de avellano, vio un tenue vapor que se elevaba del césped y la vara señalaba firmemente hacia abajo, por lo que decidió cavar un pozo aquí.

Respecto a las piedras, muchos aún piensan que es difícil atribuir su presencia a la acción de las olas sobre las colinas, pero he observado que las colinas circundantes están notoriamente llenas de la misma clase de piedras, de modo que se han tenido que apilar en muros a ambos lados del ferrocarril que pasa cerca de la laguna; además, hay más piedras donde la orilla es más abrupta, así que, por desgracia, ya no es un misterio para mí. Sé quién es el pavimentador. Si el nombre no deriva de alguna localidad inglesa —Saffron Walden, por ejemplo^[92]—, podemos suponer que originalmente se llamó laguna *emparedada*^[93].

La laguna era mi pozo ya perforado. Durante cuatro meses al año su agua es tan fría como es pura siempre, y creo que entonces es tan buena como cualquier otra de la ciudad, si no la mejor. En invierno, toda el agua expuesta al aire está más fría que las fuentes y manantiales protegidos. La temperatura del agua de la laguna que tuve en la habitación donde permanecí desde las cinco de la tarde hasta el mediodía siguiente, 6 de marzo de 1846, habiendo subido el termómetro de 18 a 21 grados durante ese tiempo, debido en parte al sol que calentaba el tejado, fue de seis grados y cuatro décimas, un grado más fría que el agua recién sacada de uno de los pozos más fríos de la ciudad. La temperatura de Boiling Spring fue ese día de siete grados y dos décimas, la más caliente de todas las aguas probadas, aunque es la más fría que he conocido en verano cuando, por otra parte, el agua somera y estancada de la superficie no se ha mezclado con ella. Además, en verano, Walden nunca llega a estar tan caliente como otras aguas expuestas al sol, a causa de su profundidad. Con el tiempo más cálido solía poner un balde en el sótano, donde se enfriaba por la noche y se mantenía así durante el día, aunque también acudía a una fuente de los alrededores. El agua era tan buena una semana después como el día en que la extraía y no cogía sabor a metal de la bomba. Quien acampe durante una semana de verano junto a la orilla de una laguna sólo necesita enterar un balde de agua a unos pies de profundidad, a la sombra de su tienda, para no tener que depender del lujo del hielo.

En Walden se han cogido sollos de hasta siete libras de peso, para no hablar de aquel que arrastró un carrito a gran velocidad y que el pescador estimó en ocho libras, porque no lo vio; percas y abadejos, alguno de los cuales ha llegado a pesar dos libras; peces plateados, cotos y murelas (*Leuciscus pulchellus*), unos cuantos sargos y una pareja de anguilas, una de cuatro libras de peso. Insisto en este particular porque el peso de un pez suele ser su único título de fama y esas son las únicas anguilas de las que he oído hablar aquí. Recuerdo también, vagamente, un pececillo de cinco pulgadas, con los costados plateados y la espalda verdosa, parecido al albur y que menciono aquí, sobre todo, para unir mis hechos a la fábula. Sin embargo, esta laguna no es muy rica en pesca. Sus sollos, aunque no abundantes, son su principal orgullo. He llegado a ver sobre el hielo tres clases de sollos: unos largos y planos, de color acerado, los más parecidos a los que se cogen en el río; una clase dorada y

brillante, con reflejos verdes y notablemente oscuros, que es la más común aquí, y otros de color dorado, con la misma forma que los anteriores, pero moteados en los flancos con pequeñas manchas de color castaño oscuro o negro, mezcladas con otras rojizas y menos abundantes, muy parecidos a la trucha. El nombre específico *reticulatus* no se aplica a estos últimos; más bien habría de ser *guttatus*. Son peces recios y pesan más de lo que su tamaño haría presumir. Los peces plateados, los abadejos y las percas y, de hecho, todos los peces que habitan en esta laguna son más limpios, hermosos y consistentes que los del río y la mayoría de las lagunas, pues el agua es más pura y puede distinguírseles con facilidad. Probablemente muchos ictiólogos establecerían nuevas variedades con algunos de ellos. Hay también una raza pura de ranas y tortugas y algunos mejillones; las ratas almizcleras y los visones dejan sus huellas en la laguna y, en ocasiones, la visita una tortuga de tierra. A veces, cuando empujaba mi bote por la mañana, molestaba a una gran tortuga de tierra que se había refugiado bajo el bote durante la noche. Los patos y los gansos la frecuentan en primavera y otoño, las golondrinas de pecho blanco (*Hirundo bicolor*) la rozan, el martín pescador alarma los alrededores y las gallinetas moteadas (*Totanus macularius*) «trotan» a lo largo de sus pedregosas orillas durante todo el verano. A veces he ahuyentado a un pigargo posado en un pino blanco sobre el agua, pero dudo que haya sido profanada por el vuelo de una gaviota, como Fair Haven. A lo sumo, tolera un somormujo anual. Estos son los animales de relieve que ahora frecuentan la laguna.

Con el tiempo en calma, podríais ver desde el bote, cerca de la arenosa orilla oriental, donde el agua tiene de ocho a diez pies de profundidad, y también en otras partes de la laguna, algunas eminencias circulares de media docena de pies de diámetro por un pie de altura, formadas por pequeñas piedras, menores que un huevo de gallina, a cuyo alrededor se ha amontonado la arena. Al principio os preguntaréis si fueron los indios quienes las levantaron sobre el hielo con algún propósito y, al derretirse el hielo, se hundieron hasta el fondo, pero son demasiado regulares y algunas demasiado recientes para ello. Se parecen a las que se encuentran en los ríos, pero como aquí no hay rémoras ni lampreas, no sé qué peces las podrían haber formado. Tal vez sean nidos de murelas. Prestan un agradable misterio al fondo.

La orilla es lo bastante irregular para no resultar monótona. Recuerdo la orilla occidental, dentada con profundas bahías, la septentrional, acantilada, y la meridional, hermosamente festoneada, donde cabos sucesivos se solapan unos a otros y sugieren inexploradas calas entre ellos. El bosque no está nunca tan bien dispuesto, ni es tan inequívocamente hermoso, como cuando se ve desde el centro de un pequeño lago entre colinas que se levantan a ras del agua, pues el agua en la que se refleja no sólo constituye entonces el primer plano más apropiado, sino, con su orilla sinuosa, el límite más natural y agradable. No hay rudeza ni imperfección en esta

ribera, como la hay cuando el hacha abre un claro o un campo cultivado linda con ella. Los árboles tienen amplio espacio para expandirse hacia el agua y todos extienden sus ramas más vigorosas en esa dirección. La naturaleza ha tejido allí un orillo natural y la mirada se alza gradualmente desde los arbustos de la orilla hasta los árboles más altos. Apenas se ven huellas de la mano del hombre. El agua lame la orilla como lo hacía mil años atrás.

Un lago es el rasgo más hermoso y expresivo del paisaje. Es el ojo de la tierra; al mirar en su interior, el observador mide la profundidad de su propia naturaleza. Los árboles acuáticos de la orilla son las finas pestañas que lo bordean y las colinas boscosas y los acantilados que lo rodean sus salientes cejas.

De pie sobre la playa de fina arena en el extremo oriental de la laguna, en una tranquila tarde de septiembre, cuando una ligera bruma difumina el horizonte de la orilla opuesta, he comprendido de dónde proviene la expresión «el espejo del agua». Al inclinar la cabeza, parece un hilo de la más fina gasa extendido a lo largo del valle, resplandeciente entre los lejanos pinares, que separa un estrato de la atmósfera de otro. Cabría imaginar que se pudiera atravesar a pie enjuto hasta las colinas de enfrente y que las golondrinas que la rozan pudieran posarse en ella. De hecho, a veces se hunden en el horizonte, como por error, sin engañarse. Si miráis la laguna hacia el oeste tendréis que usar las dos manos para defenderos tanto del sol verdadero como del que se refleja en el agua, pues ambos brillan por igual, y si a través de las manos examináis críticamente la superficie, os parecerá literalmente tan lisa como el cristal, salvo donde los insectos patinadores, repartidos a intervalos semejantes por toda su extensión, producen con sus movimientos al sol las centellas más hermosas que podáis imaginar, o donde quizá un pato ahueca sus plumas o, como he dicho, una golondrina vuela tan bajo que roza el agua. Tal vez, en la distancia, un pez describa un arco de tres o cuatro pies en el aire y haya un destello brillante donde emerja y otro donde golpee el agua; a veces se revela todo el arco plateado o, aquí y allá, un cardo flota en su superficie y los peces tiran de él y borbotea el agua. Es como vidrio derretido que se hubiera enfriado sin congelarse y las pocas motas que contiene son hermosas y puras como las imperfecciones del cristal. A menudo descubriréis aguas más tranquilas y oscuras, separadas del resto por una telaraña invisible donde descansan las ninfas acuáticas. Desde la cima de una colina podríais ver a un pez saltar casi en cualquier parte, pues basta que un sollo o un pez plateado capturen a un insecto en su lisa superficie para que el equilibrio de todo el lago se rompa visiblemente. Es asombrosa la minuciosidad con que se advierte este asesinato de los peces: desde mi otero distingo las ondas circulares cuando alcanzan media docena de varas de diámetro. Podríais ver, incluso, cómo avanza incesantemente una chinche de agua (*Gyrinus*) sobre la superficie lisa durante un cuarto de milla, pues surca el agua ligeramente y traza un visible rizo limitado por dos líneas divergentes, aunque los

patinadores se deslizan sin que se les vea rizar el agua. Cuando la superficie está agitada no hay patinadores ni chinches, pero, aparentemente, en los días despejados, abandonan sus caletas y se aventuran a deslizarse lejos de la orilla, a pequeños impulsos, hasta recorrer toda la laguna. Es una ocupación relajante, en uno de esos hermosos días de otoño en que se aprecia toda la calidez del sol, sentarse en un tocón a una altura como esta a contemplar la laguna y estudiar las ondas inscritas en una superficie que sería invisible sin ellas, con el reflejo de los cielos y los árboles. No hay nada que turbe esa gran extensión, que en un momento se alisa y calma, como cuando se agita un vaso de agua y los círculos temblorosos buscan la orilla hasta quedar de nuevo en calma. Un pez no puede saltar ni posarse un insecto sin que lo avisen las ondas, en líneas de belleza, como si fuera el constante manar de su fuente, el suave pulso de su vida, el henchirse de su pecho. No se pueden distinguir los estremecimientos de la alegría de los del dolor. ¡Qué apacibles son los fenómenos del lago! De nuevo las obras del hombre brillan como en la primavera. Ay, cada hoja y tallo y piedra y telaraña resplandecen ahora a media tarde como cuando las cubre el rocío en una mañana de primavera. El movimiento de un remo o de un insecto produce un destello de luz y si un remo cae, ¡qué dulce es el eco!

En un día como ese de septiembre u octubre, Walden es un perfecto espejo del bosque, rodeado de piedras tan preciosas para mis ojos como si fueran escasas o raras. No hay nada tan hermoso, tan puro y, al mismo tiempo, tan grande como un lago en la superficie de la tierra. Agua del cielo. No necesita cercado. Las naciones van y vienen sin ensuciarla. Es un espejo que ninguna piedra podrá romper, cuyo azogue no se gasta nunca y cuyo dorado repara continuamente la naturaleza; ni las tormentas ni el polvo oscurecerán su superficie siempre fresca; un espejo en el que se hundan todas las impurezas que se le presentan, barridas y despejadas por el brumoso cepillo solar, un ligero paño que no retiene hálito alguno, sino que exhala el suyo propio para que flote como las nubes en lo alto sobre su superficie y se refleje de nuevo en el fondo.

Una llanura de agua revela el espíritu que hay en el aire. Recibe continuamente nueva vida y movimiento de arriba. Su naturaleza es intermedia entre la tierra y el cielo. En tierra, sólo la hierba y los árboles oscilan, pero el agua misma se riza con el viento. Veo por dónde sopla la brisa por los trazos y destellos de luz. Es admirable que podamos recorrer su superficie con la mirada. Tal vez podamos algún día recorrer con la mirada la superficie del aire y señalar dónde la barre un espíritu aún más sutil.

Los patinadores y chinches de agua acaban por desaparecer a finales de octubre, cuando llegan las fuertes heladas; entonces, y en noviembre, por lo general, en un día tranquilo, nada en absoluto riza la superficie. Una tarde de noviembre, en la calma que siguió a una tormenta de lluvia que había durado varios días, con el cielo completamente encapotado y el aire lleno de niebla, observé que la laguna estaba tan

lisa que resultaba difícil distinguir la superficie, que ya no reflejaba los brillantes matices de octubre, sino los sombríos colores de noviembre de las colinas circundantes. Aunque la recorrí lo más suavemente que pude, las ligeras ondas producidas por mi bote se extendieron hasta donde alcanzaba mi vista y le dieron a los reflejos una apariencia estriada. Mientras contemplaba la superficie, vi aquí y allá, en la distancia, un tenue brillo, como si se hubieran congregado algunos insectos patinadores que hubieran escapado a las heladas o, estando tan lisa la superficie, revelara dónde manaba una fuente desde el fondo. Al remar suavemente hacia uno de esos lugares, me sorprendió encontrarme rodeado por una miríada de pequeñas percas, de cinco pulgadas de longitud y un vivo color de bronce en el agua verdosa, que se movían y salían continuamente a la superficie haciéndola borbotear. En aguas tan transparentes y en apariencia insondables, con el reflejo de las nubes, me parecía estar flotando en el aire, como en un globo, y su natación me hizo imaginar una clase de vuelo o revoloteo, como si una bandada de aves pasara por debajo de mí a derecha e izquierda, moviendo sus aletas como si fueran alas. Había muchos cardúmenes como ese en la laguna que, al parecer, aprovechaban el breve periodo de tiempo antes de que el invierno corriera su persiana glacial sobre su amplio tragaluz y que, a veces, daban la impresión de que una brisa agitara la superficie o cayeran unas cuantas gotas de lluvia. Al acercarme sin cuidado y alarmarlas, chapalearon repentinamente y golpearon el agua con sus colas, como si alguien hubiera azotado el agua con un ramo frondoso, y buscaron en seguida refugio en las profundidades. Entonces se levantó el viento, se cerró la niebla y empezaron a formarse las olas, y las percas saltaron mucho más alto que antes, con la mitad del cuerpo fuera del agua, cien puntos negros de tres pulgadas de largo simultáneamente sobre la superficie. Un año, en una fecha tan tardía como el cinco de diciembre, vi algunos hoyuelos en la superficie y, pensando que caería un aguacero, pues la atmósfera estaba cargada, me apresuré a tomar los remos para volver a casa; parecía arreciar la lluvia, aunque no la sentía en mis mejillas, y preví que me empaparía por completo, pero, de repente, desaparecieron los hoyuelos, pues los habían causado las percas, a las que el ruido de mis remos había espantado hacia las profundidades, y vi cómo desaparecían los cardúmenes en la oscuridad, así que pasé una tarde seca después de todo.

Un anciano que solía frecuentar esta laguna hace casi sesenta años, cuando era más oscura por los bosques que la rodeaban, me dice que en aquellos días la vio, a veces, poblada de patos y otras gallinetas de agua y que la sobrevolaban muchas águilas. Venía aquí a pescar y usaba una vieja canoa de troncos que encontró en la orilla. Estaba hecha de dos troncos de pino blanco vaciados y ensamblados, cortados de plano en los extremos. Era muy incómoda, pero resistió muchos años hasta que el agua la penetró y tal vez se fuera a pique. No sabía de quién era; pertenecía a la laguna. Solía emplear como ancla un cable con tiras de nogal anudadas. Un anciano

alfarero que vivía en la laguna antes de la revolución le dijo una vez que había un cofre de hierro en el fondo y que él lo había visto. A veces flotaba hasta la costa, pero cuando te aproximabas a él, volvía a hundirse hasta desaparecer. Me agradaba oír hablar de la vieja canoa de troncos, que ocupó el lugar de otra canoa india del mismo material, pero de construcción más grácil, que tal vez había sido antes un árbol en la ribera y luego cayó al agua para flotar durante una generación, la nave más apropiada para el lago. Recuerdo que cuando miré por primera vez estas profundidades había muchos troncos grandes que se veían confusamente en el fondo, derribados por el viento o abandonados en el hielo en la última tala, cuando la madera era barata; pero ahora casi han desaparecido.

Cuando remé por primera vez en Walden, estaba completamente rodeada por espesos y altos bosques de pino y roble, y en algunas de sus calas las vides silvestres trepaban por los árboles junto al agua y formaban enramadas por debajo de las cuales podía pasar un bote. Las colinas que forman sus orillas son tan escarpadas y los bosques tan altos que, cuando mirabas hacia abajo desde el extremo occidental, cobraba la apariencia de un anfiteatro apropiado a un espectáculo silvestre. He pasado muchas horas, cuando era más joven, flotando sobre su superficie al antojo del céfiro, tras llevar mi bote al centro y recostarme sobre el asiento, en tardes de verano, soñando despierto, hasta que me despertaba al encallar el bote en la arena y me levantaba a ver a qué orillas me habían arrastrado mis hados; días en que el ocio era la ocupación más atractiva y productiva. He robado muchas mañanas para pasar así la parte más valiosa del día, pues era rico, si no en dinero, en horas de sol y días de verano, que gastaba pródigamente, y no lamento no haberlos despilfarrado en el taller o en el pupitre del maestro. Pero desde que dejé estas orillas, los leñadores las han esquilado aún más y hasta dentro de muchos años no habrá más paseos por las crujías del bosque, con vistas ocasionales del agua. Disculpad a mi musa por guardar silencio en adelante. ¿Cómo podéis esperar que canten los pájaros si han cortado sus enramadas?

Ahora han desaparecido los troncos de los árboles en el fondo, y la vieja canoa, y los oscuros bosques circundantes, y los habitantes de la ciudad, que apenas saben dónde está, en lugar de ir a la laguna a bañarse o beber, están pensando en llevar el agua, que debería ser tan sagrada como la del Ganges, al menos, a la ciudad por medio de una cañería ¡para lavar los platos! ¡Para tener su Walden abriendo el grifo o tirando de una espita! ¡Ese diabólico caballo de hierro, cuyo relincho ensordecedor se oye por toda la ciudad, ha enlodado Boiling Spring con su pie y hollado todos los bosques de la orilla de Walden; ese caballo troyano, con mil hombres en su seno, introducido por mercenarios griegos! ¿Dónde está el campeón del país, el Moore de Moore Hall^[94], que lo encuentre en Deep Cut y arroje su lanza vengadora a las costillas de esa peste abotagada?

Sin embargo, de todos los personajes que he conocido, tal vez sea Walden el que se conserve mejor y preserve su pureza. A muchos hombres se los ha comparado con ella, pero pocos merecen ese honor. Aunque los leñadores hayan despejado primero esta orilla y luego aquella, y los irlandeses hayan levantado allí sus chozas, y el ferrocarril haya traspasado sus límites, y los cortadores de hielo la hayan rozado, en sí misma es inalterable, la misma agua que vieron mis ojos juveniles; todo el cambio está en mí. No ha adquirido ninguna arruga permanente con sus rizos. Es perennemente joven y, como entonces, puedo pararme a ver una golondrina que parece hundirse para coger un insecto de la superficie. Me ha sorprendido de nuevo esta noche, como si no la hubiera visto casi cada día desde hace más de veinte años. ¿Por qué? Aquí está Walden, el mismo lago forestal que descubrí hace tantos años; donde se taló un bosque el pasado invierno está creciendo otro junto a su orilla tan exuberante como siempre; el mismo pensamiento de entonces aflora a su superficie; es la misma alegría y felicidad líquida para sí misma y su creador, ay, y *podría* serlo para mí. ¡Seguramente es la obra de un valiente, en el que no había engaño! Rodeó el agua con su mano, le dio profundidad y la esclareció en su pensamiento y, en su testamento, se la legó a Concord. Veo su rostro cruzado por la misma reflexión y casi podría decir: Walden, ¿eres tú?

No es un sueño mío
Para adornar un verso;
No podría estar más cerca de Dios y del cielo
De lo que vivo en Walden.
Soy su orilla rocosa
Y la brisa que pasa sobre ella;
En la palma de mi mano
Están su agua y su arena,
Y su recoveco más escondido
Reside en lo alto de mi pensamiento.

Los vagones nunca se detienen a mirarla; sin embargo, imagino que los maquinistas, fogoneros y guarda-frenos, y los pasajeros con un abono temporal que la ven a menudo son mejores por haberla visto. El maquinista no olvida de noche, o no lo hace su naturaleza, que al menos ha tenido esta visión de serenidad y pureza durante el día. Aunque sólo se la vea una vez, ayuda a limpiarse de State-street y del hollín de la locomotora. Alguien propuso que se llamara «la gota de Dios».

Ya he dicho que Walden no tiene afluentes o aliviaderos conocidos, pero, por una parte, está lejana e indirectamente relacionada con la laguna de Flint, que queda más alta, por una cadena de pequeñas lagunas que proviene de allí, y, por la otra, directa y manifiestamente con el río Concord, que queda más abajo, por una cadena parecida de lagunas por la que en otro periodo geológico pudo fluir y por donde, si se cavara, lo que Dios no quiera, podría hacérsela fluir de nuevo. Si viviendo de esta manera

reservada y austera, como un eremita en los bosques, durante tanto tiempo, ha adquirido una pureza tan maravillosa, ¿quién no lamentaría que las aguas relativamente impuras de la laguna de Flint se mezclaran con ella, o que ella misma desperdiciara su dulzura en las olas del océano?

La laguna de Flint, o Arenosa, en Lincoln, nuestro mayor lago y mar interior, se halla a una milla al este de Walden. Es mucho más grande y se dice que comprende ciento noventa y siete acres, y es más abundante en peces; pero, en cambio, es poco profunda y no tan pura. Pasear a través de los bosques hasta allí solía ser mi recreo. Valía la pena aunque sólo fuera para sentir el viento libremente en las mejillas y ver rodar las olas y recordar la vida de los marineros. Recogía castañas allí en otoño, en los días de viento, cuando caían al agua y las olas las depositaban a mis pies. Un día, mientras me abría paso por los juncos de la orilla y la espuma me salpicaba la cara, me encontré con los restos consumidos de un bote, sin costados, y apenas algo más que la impresión de un fondo plano entre los juncos; sin embargo, su diseño estaba bien definido, como si fuera una gran hoja caída con sus venas. Era un naufragio tan conmovedor como cualquiera que pudiéramos imaginar en la orilla del mar y con una moraleja igual de buena. Entonces ya no era más que un molde vegetal indiscernible en la orilla de la laguna, sobre el que habían crecido juncos y espadañas. Solía admirar la señal de las olas en el lecho arenoso, en el extremo septentrional de la laguna, que la presión del agua convertía en firme y resistente a los pies de quien vagara por allí, y los juncos que crecían en fila india en líneas ondulantes que se correspondían con aquella señal, uno tras otro, como si los hubieran plantado las olas. También encontré, en cantidades considerables, curiosas pelotas, compuestas al parecer de finas hierbas o raíces, tal vez de brezo, de media a cuatro pulgadas de diámetro y perfectamente esféricas. El agua somera las arrastra sobre el lecho de arena y a veces las deposita en la orilla. A veces son sólo de hierba y a veces están mezcladas con arena. A primera vista diríais que las ha formado la acción de las olas, como un guijarro; sin embargo, incluso las menores, de media pulgada de longitud, están hechas con los mismos materiales rudos en una sola época del año. Además, sospecho que las olas arrastran, más que construir con él, un material que ya ha adquirido consistencia. Al secarse conservan su forma durante un periodo indefinido.

¡*La laguna de Flint!* Nuestra nomenclatura es pobre. ¿Qué derecho tenía el sucio y estúpido granjero, cuya granja lindaba con esta agua celestial, a darle su nombre tras haber desnudado sin piedad sus riberas? No es para mí el nombre de un avaro^[95] que prefería la resplandeciente superficie de un dólar o de un centavo nuevo, en la que podía ver su propia cara dura; que consideraba intrusos a los mismos patos salvajes que anidaban allí y cuyos dedos habían crecido hasta convertirse en garras

curvas y callosas por el hábito de agarrar las cosas como una arpía. No voy allí a ver ni a oír hablar de alguien que nunca ha visto la laguna, ni se ha bañado en ella, ni la ha amado, ni protegido, ni pronunciado una palabra a su favor, ni agradecido a Dios que la creara. Démosle más bien el nombre de los peces que nadan en ella, de las aves salvajes o los cuadrúpedos que la frecuentan, de las flores silvestres que crecen en sus orillas o de algún hombre o niño salvaje cuya historia se haya entretejido con la de la laguna, no el de aquel que no podría mostrar otro título que el hecho de que otro vecino de mentalidad semejante o la cámara legislativa se lo hayan otorgado a él, que sólo pensaba en su valor monetario y cuya presencia ha sido nefasta para la orilla, que esquilmo la tierra a su alrededor y habría agotado el agua, que lamentaba que no fuera una pradera de heno inglés o de arándanos. A su parecer, nada había que salvar en la laguna y la habría drenado y vendido por el légamo del fondo. La laguna no movía su molino ni era, para él, un *privilegio* contemplarla. No respeto su trabajo ni su granja, donde todo está tasado. Ese hombre sería capaz de llevar el paisaje y a su Dios al mercado si pudiera obtener algo a cambio; su Dios es el mercado, *por eso* va allí; nada crece libremente en su granja: sus campos no dan cosechas, sus prados no dan flores, sus árboles no dan fruto, sino dólares. No ama la belleza de sus frutos; sus frutos no están maduros para él hasta que se convierten en dólares. Dadme la pobreza que disfruta de la verdadera riqueza. Los granjeros se vuelven respetables e interesantes para mí en la medida en que son pobres, pobres granjeros. ¡Una granja modelo! ¡Allí la casa se eleva como un hongo en un montón de estiércol y las dependencias de hombres, caballos, bueyes y cerdos, limpias o por limpiar, se suceden unas a otras! ¡Abastecidas de hombres! ¡Una gran mancha de grasa que huele a abono y a suero de leche! ¡Un elevado estado de la civilización abonado con los corazones y los cerebros de los hombres! ¡Como si fuerais a recolectar vuestras patatas en el cementerio! Esa es la granja modelo.

No, no; si los rasgos más herniosos del paisaje han de recibir su nombre de los hombres, que sea de los hombres más nobles y dignos. Que nuestros lagos tengan nombres tan verdaderos, al menos, como el mar de Ícaro, «donde aún resuena en la orilla una valiente tentativa»^[96].

La laguna de Goose, de menor tamaño, está en mi camino a la de Flint; Fair Haven, un remanso del río Concord, del que se dice que comprende unos setenta acres, se encuentra a una milla al sudoeste, y la laguna White, de unos cuarenta acres, está a una milla y media más allá de Fair Haven. Este es mi país de los lagos. Estos, con el río Concord, son mis privilegios de agua; de noche y de día, año tras año, sacan provecho a todo cuanto les llevo.

Desde que los leñadores, el ferrocarril y yo mismo hemos profanado Walden, tal

vez el más atractivo, si no el más hermoso, de todos nuestros lagos, la gema de los bosques, es la laguna White, un pobre nombre por su vulgaridad, ya provenga de la admirable pureza de sus aguas o del color de sus arenas. En este y en otros aspectos, es una hermana melliza menor de Walden. Son tan parecidas que diríais que se unen bajo tierra. Tienen la misma orilla pedregosa y el mismo matiz en el color del agua. Como en Walden, durante la canícula, al mirar hacia abajo a través de los bosques en alguna de sus bahías, que no son tan profundas y que tiñe el reflejo del fondo, sus aguas son de un desvaído azul verdoso o glaucas. Hace muchos años solía ir allí a recoger arena a carretadas para fabricar papel de lija y he seguido visitándola desde entonces. Alguien que la frecuentaba propuso que se llamara lago Virid^[97]. Tal vez podría llamarse lago del pino amarillo, por el siguiente motivo: hace quince años podía verse la copa de un pino tea, de la variedad llamada aquí pino amarillo, aunque no es una especie distinta, que se proyectaba sobre la superficie de aguas profundas a muchas varas de la orilla. Algunos suponían, incluso, que la laguna se había hundido y ese pino pertenecía al bosque primitivo que ocupaba su lugar. He descubierto que ya en 1792, en una *Descripción topográfica de la ciudad de Concord*, escrita por uno de sus habitantes y que se encuentra entre las Colecciones de la Sociedad Histórica de Massachusetts, el autor, tras hablar de las lagunas de Walden y White, añade: «En medio de esta puede verse, cuando el agua está baja, un árbol que parece como si creciera en el lugar donde ahora está, aunque las raíces se encuentran a cincuenta pies por debajo de la superficie del agua, cuya copa está tronchada y mide unas catorce pulgadas de diámetro». En la primavera de 1849 hablé con el hombre que vivía más cerca de la laguna, en Sudbury, y me dijo que había sido él quien había extraído ese árbol diez o quince años antes. Hasta donde podía recordar, estaba a doce o quince varas de la orilla, donde el agua tenía treinta o cuarenta pies de profundidad. Era invierno y había estado cortando hielo toda la mañana, y resolvió que por la tarde, con ayuda de sus vecinos, sacaría el viejo pino amarillo. Abrió con la sierra un canal en el hielo hasta la orilla y tiró de él hacia arriba con los bueyes y lo depositó en el hielo, pero, antes de acabar su tarea, se sorprendió al descubrir que el extremo superior estaba al revés, con las puntas de las ramas hacia abajo y su extremo más fino hundido firmemente en la arena. Tenía un pie de diámetro en su extremo y esperaba conseguir un buen tronco para serrar, pero estaba tan podrido que apenas servía como combustible. Conservaba una parte en su cobertizo. Tenía marcas de hacha y de pájaros carpintero en su corteza. Aquel hombre pensaba que podía tratarse de un árbol muerto en la orilla que el viento había arrastrado a la laguna y que, tras haberse empapado la copa, mientras que el pie se mantenía seco y esbelto, había ido sin rumbo hasta hundirse del revés. Su padre, de ochenta años, no podía recordar que no hubiera estado siempre allí. Aún se pueden ver buenos troncos que yacen en el fondo y que, debido a la ondulación de la superficie, parecen grandes serpientes de

agua en movimiento.

Rara vez ha profanado un bote esta laguna, pues poco en ella tentaría al pescador. En lugar del lirio blanco, que requiere légamo, o de la espadaña común, la espadaña azul (*Iris versicolor*) crece dispersa en las aguas puras, elevándose del fondo pedregoso en torno a la orilla, donde la visitan los colibríes en junio, y tanto el color de sus hojas azuladas como el de sus flores, y especialmente sus reflejos, están en armonía con las aguas glaucas.



«Este es mi país de los lagos...».

La laguna White y Walden son grandes cristales en la superficie de la tierra, lagos de luz. Si estuvieran siempre congeladas y fueran lo bastante pequeñas para poderse coger con la mano, tal vez fueran llevadas por esclavos, como piedras preciosas, para adornar la cabeza de los emperadores; pero, al ser líquidas, y amplias, y estando seguras para nosotros y nuestros sucesores para siempre, no las tenemos en cuenta y corremos detrás del diamante Kohinoor. Son demasiado puras para tener valor en el

mercado; no contienen escoria. ¡Son mucho más hermosas que nuestras vidas, más transparentes que nuestros caracteres! No hemos aprendido de ellas bajeza alguna. ¡Son mucho más bellas que el estanque frente a la puerta del granjero donde nadan sus patos! Aquí acuden los limpios patos salvajes. La naturaleza no tiene un habitante humano que la aprecie. Los pájaros, con su plumaje y sus notas, están en armonía con las flores, pero ¿qué joven o muchacha conspira con la belleza salvaje y exuberante de la naturaleza? La naturaleza florece solitaria, lejos de las ciudades donde ellos residen. ¡Habláis del cielo! Vosotros le quitáis la gracia a la tierra.

LA GRANJA DE BAKER

A veces vagaba hasta los pinares, que se alzaban como templos o como flotas en el mar completamente aparejadas, con sus ramas tendidas, resplandecientes de luz, tan suaves y verdes y sombríos que los druidas habrían olvidado sus robles para celebrar en ellos su culto; o llegaba al bosque de cedros más allá de la laguna de Flint, donde los árboles, cubiertos de viejas bayas azules, elevándose cada vez más, serían apropiados para erguirse en el Walhalla, mientras el lento enebro cubre la tierra con guirnaldas llenas de fruto; o a los pantanos donde el liquen cuelga en festones de blancas píceas y las setas venenosas, tablas redondas de los dioses del pantano, cubren la tierra y hongos más hermosos adornan los tocones como mariposas o conchas, moluscos vegetales, y crecen la azalea y el cornejo y las rojas bayas del aliso brillan como los ojos de los duendes, la dulcamara abre canales y aplasta en sus pliegues la madera más dura y las bayas del acebo silvestre, con su belleza, logran que el observador se olvide de su casa, sorprendido y tentado por innumerables y silvestres frutos prohibidos, demasiado hermosos para el gusto mortal. En lugar de acudir a un escolar, visitaba ciertos árboles, cuya especie es rara en esta vecindad, que se alzan muy lejos en medio de los pastos, o en las profundidades de un bosque o pantano, o en la cima de una colina, como el abedul negro, del que tenemos varios especímenes de dos pies de diámetro; su primo el abedul amarillo, con su ligero atuendo dorado, perfumado como el primero; el haya, que tiene un tronco liso y hermosamente pintado por los líquenes, perfecto en todos sus detalles, del que, salvo especímenes aislados, sólo queda en la ciudad un pequeño soto de árboles de cierto tamaño, que algunos suponen plantado por las palomas que entonces picoteaban los hayucos en las cercanías, y vale la pena ver cómo centellea su veta plateada al hendir la madera; el tilo americano; el ojaranzo; el *Celtis occidentalis* o falso olmo, del que sólo tenemos uno crecido; algún pino de tronco esbelto, apropiado para construir tejas de madera, o un insólito pinabete perfecto, que se alza como una pagoda en medio de los bosques, y muchos otros que podría mencionar. Estos eran los altares que visitaba en verano y en invierno.

Una vez me encontré al pie mismo de un arco iris que llenaba el estrato inferior de la atmósfera y teñía la hierba y las hojas alrededor y me deslumbró como sí mirase a través de un cristal de colores. Era un lago de luz irisado en el que, durante un rato, viví como un delfín. Si hubiera durado más tiempo, habría teñido mis ocupaciones y mi vida. Mientras caminaba por el trazado del ferrocarril, me maravillaba del halo de luz que rodeaba mi sombra y me imaginaba que era uno de los elegidos. Alguien que

vino a verme decía que las sombras de algunos irlandeses que iban delante de él no tenían halo a su alrededor, que sólo los nativos recibían esa distinción. Benvenuto Cellini dice en sus memorias que, tras un sueño o visión terrible que tuvo durante su encierro en el castillo de Sant'Angelo, una luz resplandeciente aparecía sobre la sombra de su cabeza mañana y tarde, ya estuviera en Italia o en Francia, y era particularmente visible cuando la hierba estaba impregnada de rocío. Probablemente se trataba del mismo fenómeno al que me refiero, que se observa sobre todo por la mañana, pero también en otros momentos e incluso a la luz de la luna. Aunque constante, no suele advertirse y, en el caso de una imaginación excitable como la de Cellini, proporciona una base suficiente para la superstición. Además, nos dice que se lo mostró a muy pocos. Pero ¿no se distinguen quienes son conscientes de que se los mira?

Una tarde salí de pesca a Fair Haven, a través de los bosques, para aumentar mi escasa reserva de verdura. Mi camino atravesaba Pleasant Meadow, junto a la granja de Baker, ese retiro al que ha cantado un poeta:

Tu entrada es un agradable campo,
Donde árboles mohosos dan fruto
En parte para un arroyo rojizo,
Donde se desliza la rata almizclera
Y salta la trucha mercurial^[98].

Pensé en vivir aquí antes de ir a Walden. «Cogí» las manzanas, salté el arroyo y espanté a la rata almizclera y a la trucha. Era una de esas tardes que parecen prolongarse indefinidamente delante de nosotros en las que pueden suceder muchas cosas, una gran porción de nuestra vida natural, aunque había transcurrido la mitad cuando partí. Por el camino cayó un aguacero que me obligó a pasar media hora debajo de un pino, amontonando ramas sobre mi cabeza con mi pañuelo como cobertizo y cuando, al fin, había arrojado mi sedal sobre las hierbas por las que entrenadaban los sollos, de pie con el agua hasta la cintura, me encontré de repente en la sombra de una nube y el trueno empezó a retumbar con tal énfasis que no pude por menos de escucharlo. Pensé que los dioses debían de estar orgullosos de relámpagos tan desatados para ahuyentar a un pobre pescador desarmado. Me apresuré a buscar refugio en la cabaña más cercana, que estaba a media milla de cualquier camino, pero igual de cerca de la laguna, y que llevaba deshabitada mucho tiempo:

Y aquí un poeta construyó,
En años ya pasados,
Una cabaña ligera para contemplar
A la que espera la destrucción.

Así fábula la musa. Pero descubrí que allí vivía ahora John Field, un irlandés, con

su mujer y varios niños, desde el muchacho de cara ancha que ayudaba a su padre en el trabajo y venía corriendo a su lado desde la ciénaga para escapar de la lluvia, hasta el niño arrugado como una sibila, con la cabeza cónica, que se sentaba en las rodillas de su padre como en los palacios de los nobles y miraba desde su casa al extraño, en medio de la humedad y el hambre, con el privilegio de la infancia, sin saber sino que era el último de un noble linaje y la esperanza y el punto de mira del mundo, en lugar del pobre y harapiento mocoso de John Field. Allí nos sentamos juntos, bajo aquella parte del techo que goteaba menos, mientras fuera llovía y tronaba. Me había sentado allí muchas veces, antes de que se construyera el barco que había traído a esta familia a América. John Field era sencillamente un hombre honrado, trabajador, pero inútil, y su mujer podía cocinar muchas cenas seguidas en los recovecos de este encumbrado horno, con su cara rechoncha y grasienta y el pecho desnudo, pensando aún en mejorar algún día su condición, siempre con el estropajo en una mano, sin que se vieran sus efectos en ninguna parte. Los pollos, que también se habían cobijado de la lluvia, se paseaban por la estancia como miembros de la familia, demasiado humanizados para ser rustidos; se detenían a mirarme a los ojos o picoteaban significativamente mis zapatos. Mientras tanto, mi anfitrión me contó su historia, cómo había trabajado duramente, «empantanado», para un granjero vecino, cavando en el prado con una azada de pantano a razón de diez dólares el acre con derecho a usar tierra y abono durante un año, con el pequeño carirrechoncho trabajando alegremente a su lado, que no sabía lo desventajoso que era el trato que había cerrado su padre. Intenté ayudarlo con mi experiencia, diciéndole que era uno de mis vecinos más cercanos y que yo también, aunque pareciera un gandul que había venido a pescar por aquí, me ganaba la vida como él, que vivía en una casa impermeable y limpia, que no costaba más que la renta anual a la que ascendería una ruina como la suya y que, si quisiera, podría construirse en uno o dos meses un palacio propio; que yo no tomaba té, ni café, ni mantequilla, ni leche, ni carne fresca, de modo que no tenía que trabajar para conseguir todo eso y que, como no tenía que trabajar mucho, tampoco tenía que comer mucho, y que mi comida apenas me costaba nada; pero que como él empezaba con té, café, mantequilla, leche y carne de vaca, tenía que trabajar duro pagarlo y que, como había trabajado mucho, tenía que comer mucho para reparar el gasto de energía, de modo que daba lo mismo, o no lo daba, pues estaba descontento y había malgastado su vida con el trato, aunque había creído que salía ganando al venir a América y poder conseguir aquí té, café y comida todos los días. Pero la única América verdadera es aquel país donde somos libres para seguir un modo de vida que nos capacite para pasarnos sin esas cosas y donde el estado no intente obligarte a mantener la esclavitud y la guerra y otros gastos superfluos que directa o indirectamente resultan del consumo de todo eso. Deliberadamente hablé con él como si fuera un filósofo o deseara serlo. Me alegraría que todos los pastizales

de la tierra quedaran en estado salvaje si esa fuera la consecuencia de que los hombres empezaran a redimirse. Nadie necesita estudiar historia para averiguar qué es lo mejor para su cultura. Pero ¡ay!, la cultura de un irlandés es una tarea que ha de emprenderse con una especie de azada de pantano moral. Le dije que, como trabajaba tan duramente en el pantano, necesitaría botas gruesas e indumentaria sólida, que pronto se ensucian y gastan, pero que yo llevaba calzado ligero y vestimenta suelta, que no costaba ni la mitad, aunque pensara que vestía como un caballero (lo que, desde luego, no era el caso), y que, en una hora o dos, sin esfuerzo, sino como recreo, podía, si lo deseaba, coger tantos peces como necesitara para un par de días o ganar el dinero suficiente para mantenerme durante una semana. Si él y su familia vivieran sencillamente, podrían salir a recoger gayubas en verano por diversión. John suspiró al oírlo y su mujer me miró con los brazos en jarras, y ambos parecían preguntarse si tendrían capital suficiente para empezar ese modo de vida o aritmética suficiente para mantenerlo. Para ellos era como navegar por estima y no veían con claridad cómo llegar a puerto, por lo que supongo que aún se tomarán la vida a las bravas, a su manera, cara a cara, luchando con uñas y dientes, careciendo de habilidad para separar sus masivas columnas y abrir un resquicio por el que poder pasar, pensando en tratarla con rudeza como quien coge un cardo. Pero luchan con una desventaja abrumadora, viviendo, ¡ay, John Field! sin aritmética y fracasando por ello.

«¿Suele pescar?», le pregunté. «Oh sí, pesco alguna ración de vez en cuando, al pasar por allí; he cogido buenas percas». «¿Qué cebo usa?». «Cojo con lombrices los peces plateados y con estos las percas». «Sería mejor que te fueras ahora, John», dijo su mujer con un rostro brillante y lleno de esperanza, pero John se demoró.

Había dejado de llover y un arco iris sobre los bosques orientales prometía una hermosa tarde, así que me despedí. Al salir pedí de beber, con la esperanza de echar un vistazo al pozo y completar mi inspección del lugar, pero allí, ¡ay!, había poca agua y arenas movedizas, la cuerda estaba rota y el cubo era irrecuperable. Mientras tanto escogieron la vajilla culinaria adecuada, destilaron al parecer el agua y, tras una larga consulta y retraso, se la dieron al sediento, sin dejar que se enfriara ni se posara. Esas gachas sustentan aquí la vida, pensé, así que cerré los ojos y, separando las impurezas por una corriente hábilmente dirigida al fondo, bebí a la salud de la genuina hospitalidad lo más cordialmente que pude. No soy remilgado cuando se trata de los buenos modales.

Mientras dejaba el techo del irlandés tras la lluvia, inclinando mis pasos de nuevo hacia la laguna, mi afán por coger sollos, vadeando pastizales apartados, entre ciénagas y oquedales, en lugares salvajes y desamparados, me pareció por un momento trivial para un hombre que había ido a la escuela y la universidad, pero mientras corría colina abajo hacia el rojizo poniente, con el arco iris sobre mis hombros y tenues tintineos resonaban en mis oídos, sin saber de dónde provenían, mi

buen genio parecía decirme: caza y pesca a lo largo y a lo ancho, día tras día, cada vez más y más lejos y descansa junto a todos los arroyos y hogares sin temor. Recuerda a tu creador en los días de tu juventud. Levántate libre de cuidado antes del alba y busca aventuras. Que el mediodía te encuentre en otros lagos y la noche te coja en todas partes como si estuvieras en casa. No hay campos mayores que este, ni juegos más dignos que jugar. Crece salvaje de acuerdo con tu naturaleza, como estos juncos y helechos, que nunca serán heno inglés. Que retumbe el trueno. ¿Qué importa si amenaza con arruinar las cosechas del granjero? Ese mensaje no es para ti. Busca cobijo bajo la nube, mientras los demás corren a los carros y cobertizos. No permitas que ganarte la vida sea tu oficio, sino un esparcimiento. Disfruta de la tierra, pero no la poseas. Por falta de iniciativa y fe los hombres están donde están, comprando y vendiendo y gastando sus vidas como siervos.

¡Oh granja de Baker!

El paisaje donde el más rico de los elementos
Es un tenue rayo inocente de sol.

Nadie viene a solazarse
En tu prado cercado de rieles.

No discutes con los hombres,
No te quedas perplejo por ninguna cuestión,
Manso a primera vista como ahora,
Vestido con tu rústico gabán.

Venid quienes amáis
Y quienes odiáis,
Hijos de la Sagrada Paloma
Y el Guy Faux del estado,
¡Y colgad las conspiraciones
De las fuertes ramas de los árboles!

Los hombres vuelven mansamente a casa por la noche del campo o de la calle más próximos, donde los persiguen los ecos de su hogar, y su vida languidece porque respiran su propio aliento una y otra vez; mañana y tarde, sus sombras llegan más lejos que sus pasos diarios. Deberíamos volver a casa de lejos, de aventuras y peligros y descubrimientos cotidianos, con nueva experiencia y carácter.

Antes de llegar a la laguna un fuerte impulso sacudió a John Field, alteró su ánimo y dejó de estar «empantanado» esa tarde. Pero, pobre hombre, sólo turbó un par de aletas mientras yo cogía una buena hilera, y dijo que esa era su suerte; pero cuando intercambiamos los asientos en el bote la suerte también cambió de asiento. ¡Pobre John Field! Confío en que no lea esto a menos que mejore por hacerlo, pensando en vivir a la manera de un antiguo país en este primitivo país nuevo, cogiendo percas con peces plateados. Concedo que a veces sean un buen anzuelo. Con todo su horizonte, es un pobre hombre, nacido para ser pobre, con su herencia de

pobreza irlandesa o pobre vida, su abuela descendiente de Adán y sus modales de pantano, sin prosperar en este mundo, ni él ni su posteridad, hasta que en los talones de sus pies trotadores de pantanos, zancudos y palmípedos no broten *talaria*.

LEYES SUPERIORES

MIENTRAS volvía a casa a través de los bosques con mi sarta de pescado, arrastrando mi caña de pescar y habiendo oscurecido del todo, vislumbré una marmota que se cruzó furtivamente en mi camino y sentí un extraño estremecimiento de placer salvaje, y me tentó cazarla y comérmela cruda, no porque tuviera hambre, sino por el estado salvaje que representaba. Una o dos veces, sin embargo, mientras vivía en la laguna, me sorprendí vagando por el bosque, como un sabueso hambriento, con un extraño abandono, buscando cualquier tipo de venado que pudiera devorar, y ninguna pieza habría estado demasiado cruda para mí. Las escenas más salvajes se me habían hecho indeciblemente familiares. Encontraba en mí mismo, y aún encuentro, un instinto hacia una vida superior o, como se suele llamar, espiritual, como la mayoría de los hombres, y otro hacia un estadio primitivo y salvaje, y siento reverencia por ambos. Me gusta lo salvaje tanto como lo bueno. El lado salvaje y aventurero que hay en la pesca la vuelve recomendable para mí. A veces me agrada plantarme firmemente en la vida y pasar el día como los animales. Tal vez deba a esta ocupación y a la caza, cuando era muy joven, mi intimidad con la naturaleza. Esas actividades nos introducen y nos sitúan en un paisaje con el que, de otra manera, no tendríamos tanta relación a esa edad. La disposición de ánimo de pescadores, cazadores, leñadores y otros, que pasan sus vidas en los campos y los bosques, en cierto modo siendo ellos mismos una parte de la naturaleza, es a menudo más favorable para su observación, en los intervalos de sus propósitos, que la de los filósofos e incluso que la de los poetas, que se acercan a ella con expectación. A la naturaleza no le preocupa mostrarse a ellos. El viajero de la pradera es naturalmente un cazador, en las fuentes del Missouri y Columbia, un trampero, y en las cataratas de St. Mary, un pescador. Quien sólo es un viajero aprende las cosas de oídas y por mitades y será de escasa autoridad. Nos interesa más la ciencia cuando comunica lo que esos hombres ya saben en la práctica o instintivamente, pues sólo en ello reside la verdadera *humanidad* o relato de la experiencia humana.

Se equivocan quienes afirman que el yanqui tiene pocas diversiones porque no tiene tantas vacaciones públicas y hombres y muchachos no juegan tanto como en Inglaterra, pues aquí las diversiones más primitivas, pero solitarias, de la caza, la pesca y otras parecidas no han dejado sitio a aquellos juegos. Casi todos los muchachos de Nueva Inglaterra, entre mis contemporáneos, llevaban al hombro una escopeta entre los diez y los catorce años, y sus terrenos de caza y pesca no estaban limitados como los cotos de un noble inglés, sino que eran más extensos, incluso, que los de un salvaje. No es extraño, por tanto, que no se detenga a jugar en la plaza. Sin

embargo, las cosas están cambiando, no por el incremento de humanidad, sino por la creciente escasez de piezas, pues tal vez el cazador sea el mejor amigo de los animales de caza, sin excluir a la Sociedad Humanitaria.

Cuando estaba en la laguna, deseaba a veces añadir pescado a mi alimentación para variar. En realidad, pescaba por la misma necesidad que movió a los primeros pescadores. Cualquier sentimiento de humanidad que pudiera conjurar en contra de la pesca sería falso y tendría más que ver con mi filosofía que con mis sentimientos. Sólo hablo de pescar, pues hace mucho tiempo que siento de manera distinta respecto a la caza de aves y vendí mi escopeta antes de ir a los bosques. No es que sea menos humano que otros, pero no creí que afectara demasiado a mis sentimientos. No siento lástima por los peces ni por los gusanos. Era un hábito. Respecto a la caza de aves, durante los últimos años que usé la escopeta tenía la excusa de que estudiaba ornitología y buscaba pájaros nuevos o raros. Confieso que ahora me inclino a pensar que hay un modo mejor de estudiar ornitología. Requiere tanta atención a los hábitos de los pájaros que, sólo por esa razón, habría dejado de buena gana la escopeta. Sin embargo, a pesar de la objeción de la falta de humanidad, dudo que haya esparcimientos tan valiosos como para sustituir a la caza y la pesca, y cuando algunos de mis amigos me han consultado ansiosamente, a propósito de sus hijos, si debían dejarles cazar, les he contestado que sí, al recordar que fue una de las mejores fases de mi educación: *hacedlos* cazadores, aunque al principio sólo sea por diversión y, si es posible, que lo sean del todo al final, de modo que nunca encuentren una pieza que les resulte demasiado grande en esta selva ni en ninguna otra, cazadores y pescadores de hombres. Hasta ese extremo soy de la opinión de la monja de Chaucer, que

No daría una gallina desplumada por el texto
Que decía que los cazadores no eran santos.

Hay un periodo en la historia del individuo, como en la de la raza, en que los cazadores son los «mejores», como los llamaban los algonquinos. Siento lástima por el muchacho que nunca ha disparado una escopeta; no es más humano, mientras que su educación ha sido lamentablemente descuidada. Esta es mi respuesta respecto a aquellos jóvenes que se inclinaban por esta actividad, confiando en que pronto la dejarían atrás. Ningún ser humano, pasada la irreflexiva época de la juventud, dará muerte gratuitamente a una criatura que tiene el mismo derecho a la vida que él. La liebre llora en su agonía como un niño. Os advierto, madres, que mis simpatías no siempre hacen los acostumbrados distinguos *fil-antrópicos*.

Esa es, con la mayor frecuencia, la introducción del joven en el bosque y la parte más original de sí mismo. Al principio, va al bosque como cazador y pescador, hasta que, al final, si lleva consigo la simiente de una vida mejor, distingue sus propios objetos, tal vez como un poeta o un naturalista, y abandona la escopeta y la caña de

pescar. En este aspecto, la mayoría de los hombres sigue siendo joven. En algunos países no es raro ver a un párroco cazador, que podría ser un buen perro pastor, pero está lejos de ser el buen pastor. Me sorprende que, salvo cortar leña o hielo o algo parecido, la única ocupación clara que yo conozca que retenía en la laguna de Walden durante medio día a cualquiera de mis conciudadanos, ya fueran padres o hijos, con una sola excepción, fuera la pesca. Por lo general, no pensaban que eran afortunados o que no perdían el tiempo, salvo que pescaran una gran sarta de peces, aunque tenían la oportunidad de ver la laguna todo el rato. Podrían ir allí mil veces antes de que el sedimento de la pesca se hundiera hasta el fondo y quedara claro su propósito, pero, sin duda, semejante proceso clarificador no se detendrá. El gobernador y su consejo apenas recuerdan la laguna, pues fueron a pescar allí cuando eran unos muchachos; ahora son demasiado viejos y dignos para ir a pescar, de manera que nunca volverán a verla. Sin embargo, incluso ellos esperan ir al cielo al final. Si la cámara legislativa tuviera en cuenta la laguna, seguro que regularía el número de anzuelos que se pueden usar, pero allí no saben nada de los anzuelos que hay que lanzar a la laguna con la cámara legislativa como cebo. Incluso en comunidades civilizadas, el embrión de hombre pasa por el estadio de desarrollo del cazador.

Repetidamente me he dado cuenta, en los últimos años, de que no puedo pescar sin perder algo del respeto por mí mismo. Lo he intentado una y otra vez. Tengo habilidad para ello y, como muchos de mis semejantes, cierto instinto que revive de tiempo en tiempo, pero siempre que lo he hecho siento que habría sido mucho mejor que no pescara. Creo que no me engaño. Es una leve insinuación, como los primeros atisbos de la mañana. Es innegable que se halla en mí ese instinto que pertenece a los órdenes inferiores de la creación; sin embargo, cada año que pasa soy menos pescador, aunque no haya adquirido más humanidad ni más sabiduría; en la actualidad, no soy pescador en absoluto. Pero me doy cuenta de que si viviera en soledad volvería a tentarme la idea de ser pescador y cazador. Además, hay algo esencialmente sucio en esa dieta, como en toda la carne, y empecé a ver el origen de las tareas domésticas y, en consecuencia, el esfuerzo tan costoso de ofrecer cada día una apariencia pulcra y respetable, de mantener la casa agradable y limpia de malos olores y feos aspectos. Habiendo sido mi propio carnicero, pinche de cocina y cocinero, así como el caballero a quien servía los platos, puedo hablar con una rara experiencia completa. En mi caso, la objeción práctica al alimento animal era su suciedad y, además, cuando había cogido, limpiado, cocinado y comido mi pescado, no me parecía que me hubiera alimentado esencialmente. Era insignificante e innecesario y costaba más de lo que era. Un poco de pan y algunas patatas habrían servido lo mismo, con menos trastorno e inmundicia. Como muchos de mis contemporáneos, durante años me he abstenido de alimento animal, té, café, etc., no tanto por sus secuelas como porque no resultaban gratos a mi imaginación. La

repugnancia por el alimento animal no es efecto de la experiencia, sino un instinto. Parecía más hermoso vivir humildemente y pasarlo mal en muchos aspectos y, aunque no fue mi caso, hice todo lo que pude por complacer a mi imaginación. Creo que cualquier hombre que se proponga seriamente conservar sus facultades superiores o poéticas en las mejores condiciones se inclinará por abstenerse de tomar alimento animal o demasiado alimento de ninguna clase. Es un hecho significativo, comprobado por entomólogos como Kirby y Spence, que «algunos insectos, completamente desarrollados, aunque provistos de órganos de nutrición, no los usan», de lo que concluyen como «regla general que la mayoría de insectos en ese estado come mucho menos que en estado larvario. La voraz oruga transformada en mariposa... y la glotona cresa convertida en mosca» se contentan con una gota o dos de miel o de cualquier otro líquido dulce^[99]. El abdomen bajo las alas de la mariposa recuerda la larva. Ese es el bocado que tienta su hado insectívoro. El gran cebón es un hombre en estado larvario, y hay naciones enteras en esa condición, naciones sin fantasía ni imaginación, cuyos vastos abdómenes las delatan.

Es difícil proveer y cocinar una dieta tan sencilla y limpia que no ofenda a la imaginación, a la que creo que hay que alimentar cuando alimentamos el cuerpo: han de sentarse a la misma mesa. Tal vez pueda lograrse. Las frutas comidas con sobriedad no harán que nos avergoncemos de nuestro apetito ni interrumpirán propósitos más dignos. Pero añadid un condimento innecesario a vuestro plato y os envenenará. No vale la pena vivir de una cocina opulenta. La mayoría de los hombres se avergonzaría si la sorprendiéramos preparando con sus propias manos una comida semejante, ya fuera de alimentos animales o vegetales, como todos los días se la preparan otros. Sin embargo, no estaremos civilizados hasta que eso ocurra y, aunque seamos caballeros y damas, no seremos hombres y mujeres sinceros. Desde luego, la sugerencia del cambio es clara. Sería en vano preguntar por qué la imaginación no puede reconciliarse con la carne y la grasa. Me satisface que no lo haga. ¿No es reproable que el hombre sea carnívoro? Es cierto que puede vivir, y vive en gran medida, de la depredación de otros animales, pero es un modo miserable —como sabe cualquiera que haya tendido lazos a conejos o degollado corderos—, y aquel que enseñe al hombre a limitarse a una dieta más inocente y saludable será considerado un benefactor de la especie. Cualquiera que fuera mi práctica, no dudo que sea una parte del destino de la raza humana, en su mejora gradual, dejar de comer animales, tan seguro como que las tribus salvajes han dejado de comerse entre sí al entrar en contacto con las más civilizadas.

El que escucha las más leves, pero constantes sugerencias de su genio, que son sinceras, no ve a qué extremos o incluso a qué locura podrían llevarle y, sin embargo, a medida que se vuelva más resolutivo y fiel, ese será su camino. La más leve objeción que un hombre sano percibe prevalecerá sobre los argumentos y costumbres de la

humanidad. Nadie ha seguido a su genio hasta que este lo haya descarriado. Aunque el resultado fuera la debilidad corporal, tal vez nadie podría lamentar las consecuencias, pues esa sería una vida de acuerdo con principios superiores. Si el día y la noche son tales que los saludáis con alegría y la vida desprende una fragancia como las flores y las hierbas aromáticas, y es más dúctil, más estrellada, más inmortal, es vuestro éxito. Toda la naturaleza es vuestra felicitación y tenéis motivos para bendeciros temporalmente. Las mayores ganancias y valores están lejos de ser apreciados. Fácilmente llegamos a dudar de que existan. Los olvidamos pronto. Son la realidad más elevada. Tal vez los hechos más sorprendentes y más reales nunca se hayan comunicado de hombre a hombre. La verdadera cosecha de mi vida diaria es algo tan intangible e indescriptible como los matices de la mañana o de la tarde. He cogido un puñado de polvo estelar, un segmento del arco iris.

Sin embargo, nunca he sido demasiado remilgado; en caso de necesidad, a veces podía comerme una rata frita con verdadero gusto. Me alegro de haber bebido agua durante tanto tiempo, por la misma razón por la que prefiero el cielo natural al cielo de un comedor de opio. Estaría siempre sobrio y hay grados infinitos de ebriedad. Creo que el agua es la única bebida del sabio; el vino no es un licor tan noble ¡y no puedo pensar en alentar las esperanzas de una mañana con una taza de café caliente o las de la tarde con una de té! ¡Ah, qué bajo caigo cuando me tientan! Incluso la música puede embriagar. Causas aparentemente tan nimias destruyeron Grecia y Roma y destruirán Inglaterra y América. De todas las ebriedades posibles, ¿quién no preferiría embriagarse con el aire que respira? He descubierto que la objeción más seria al trabajo duro y prolongado es que me obliga a comer y beber mucho, aunque, a decir verdad, ahora soy menos exigente al respecto. Ya no llevo la religión a la mesa, ni pido la bendición, no porque sea más sabio, sino porque —me veo obligado a confesar por lamentable que sea— con los años me he vuelto más rudo e indiferente. Tal vez estas cuestiones sólo se planteen en la juventud, como la mayoría opina de la poesía. Mi práctica no está «en parte alguna», mi opinión está aquí. Sin embargo, estoy lejos de considerarme uno de aquellos privilegiados a quienes los Vedas se refieren cuando dicen: «Quien tiene fe en el ser supremo omnipresente puede comer todo lo que existe», es decir, no está obligado a preguntar cuál es su alimento ni quién lo prepara; incluso en este caso habría que advertir, como ha señalado un comentador hindú, que el Vedanta limita este privilegio a «los malos tiempos».

¿Quién no ha obtenido a veces una satisfacción indecible de una comida en la que no ha tomado parte el apetito? Me estremece pensar que he debido la percepción mental al sentido, por lo común grosero, del gusto, que me ha estado inspirando a través del paladar, que algunas bayas comidas en la ladera de una colina han alimentado mi genio. «Si el alma no es dueña de sí misma —dice Confucio—,

miramos sin ver, estamos a la escucha sin oír, comemos sin apreciar el sabor de la comida». Quien distingue el verdadero sabor de su comida no puede ser glotón; quien no pueda lo será. Un puritano puede tomar su corteza de pan negro con tanto apetito como un concejal su sopa de tortuga. No es el alimento que entra en la boca del hombre lo que lo mancha, sino el apetito con que lo toma. No es la calidad ni la cantidad, sino la devoción a los sabores sensuales; cuando lo que comemos no es una vianda para sostener nuestra parte animal o inspirar nuestra vida espiritual, sino alimento para los gusanos, nos posee. Si al cazador le gustan las tortugas de tierra, las ratas almizcleras y otros bocados salvajes semejantes, la señora refinada se permite el gusto por la jalea hecha con la pezuña de ternera o las sardinas de ultramar, y ambos gustos son iguales. Él va a Milldam, ella a su taño de conservas. Lo extraño es que ambos, como nosotros, puedan llevar esa sucia vida bestial, sin parar de comer y beber.

Toda nuestra vida es sorprendentemente moral. No hay un instante de tregua entre la virtud y el vicio. La bondad es la única inversión que no falla. Es la insistencia en esta música de arpa que suena por el mundo lo que nos estremece. El arpa es el viajante parlanchín de la Compañía de Seguros Universal que recomienda sus leyes y nuestra pequeña bondad es la única prima que pagamos. Aunque el joven se vuelva indiferente, las leyes del universo no son indiferentes, sino que siempre se inclinan del lado más sensible. Escuchad el reproche del céfiro, que está ahí, pues será desgraciado el que no lo oiga. No podemos tañer una cuerda ni tocar un solo registro sin que nos traspase esa moraleja encantadora. Alejaos lo suficiente y muchos ruidos desagradables os sonarán a música, una incisiva y dulce sátira de la mezquindad de nuestras vidas.

Somos conscientes del animal que hay en nosotros y que despierta a medida que nuestra naturaleza superior se adormece. Es reptil y sensual y tal vez no pueda ser extirpado, como los gusanos que, incluso en vida y con salud, ocupan nuestro cuerpo. Podríamos apartarnos de él, pero no cambiar su naturaleza. Temo que goce de una salud propia y que nosotros podamos estar bien sin ser puros. El otro día recogí la mandíbula inferior de un puerco, provista de blancos y robustos dientes y colmillos, lo que sugería una salud y un vigor animales distintos de los espirituales. Esta criatura sobrevivió por otros medios que la abstinencia y la pureza. «Los hombres se diferencian de las bestias —dice Mencio— en algo inapreciable; el rebaño común lo pierde pronto; los hombres superiores lo conservan cuidadosamente». ¿Quién sabe qué clase de vida resultaría si fuéramos puros? Si conociera a un hombre tan sabio que pudiera enseñarme la pureza lo buscaría en seguida. «Según los Vedas, el dominio de las pasiones y de los sentidos exteriores del cuerpo y las buenas acciones son indispensables para acercarse a Dios». El espíritu podría ocupar y dirigir cualquier miembro y función del cuerpo y transmutar aquello que, por su forma, es la

sensualidad más grosera en pureza y devoción. La energía generativa que, cuando somos disolutos, contribuye a nuestra disipación y nos contamina, cuando nos contenemos nos da vigor e inspira. La castidad es el florecimiento del hombre y lo que llamamos genio, heroísmo, santidad y cosas parecidas son los frutos que le siguen. El hombre fluye hacia Dios cuando se abre el canal de la pureza. Por turno, nuestra pureza nos inspira y nuestra impureza nos abate. Bendito sea aquel que está seguro de que el animal muere en él día tras día y se instala lo divino. Tal vez no haya nadie que no se avergüence a causa de la naturaleza inferior y animal a la que está unido. Temo que sólo seamos dioses o semidioses como faunos y sátiros, lo divino unido a las bestias, las criaturas del apetito, y que, hasta cierto punto, nuestra vida sea nuestra desgracia.

Feliz aquel que les ha asignado el lugar debido
A sus bestias y desforestado su alma.

¡Puede usar su caballo, su cabra, su lobo y cualquier bestia,
Sin ser un asno para todos los demás!
Otro hombre no es sólo la pira de cerdos,
Sino que también es aquellos diablos a los que empuja
A una rabia imprudente y hace peores^[100].

Toda sensualidad es una, aunque adopte muchas formas; toda pureza es una. Es la misma cuando el hombre come, bebe, cohabita o duerme con sensualidad. No hay más que un apetito y sólo necesitamos ver a una persona hacer una de esas cosas para saber lo sensual que es. El impuro no puede estar de pie ni sentarse con pureza. Cuando se ataca al reptil por una boca de su madriguera, asoma por la otra. Si quieres ser casto has de ser moderado. ¿Qué es la castidad? ¿Cómo sabe un hombre si es casto? No lo sabrá. Hemos oído hablar de esa virtud, pero no sabemos en qué consiste. Hablamos de acuerdo con el rumor que hemos oído. La sabiduría y la prudencia provienen del ejercicio; la ignorancia y la sensualidad, de la pereza. En el estudiante, la sensualidad es un perezoso hábito mental. Una persona impura es universalmente perezosa, alguien que se sienta junto a la estufa, que se tumba cuando brilla el sol y descansa sin estar fatigado. Si queréis evitar la impureza y todos los pecados, trabajad seriamente, aunque sea limpiando un establo. Es difícil someter a la naturaleza, pero ha de ser sometida. ¿De qué sirve que seáis cristianos si no sois más puros que los paganos, si no sois más abnegados, más religiosos? Conozco muchos sistemas de religión considerados paganos cuyos preceptos cubrirían de vergüenza al lector y le llevarían a emprender nuevos esfuerzos, aunque sólo fuera para celebrar los ritos.

Vacilo al decir estas cosas, pero no por su contenido —no me importa lo obscenas que sean mis *palabras*—, sino porque no puedo hablar de ellas sin descubrir mi impureza. Hablamos libremente, sin mostrar vergüenza, de una forma de sensualidad,

pero guardamos silencio respecto a otras. Estamos tan degradados que no podemos hablar con sencillez de las funciones necesarias de la naturaleza humana. En épocas más antiguas, en algunos países, se hablaba de cada una de las funciones con reverencia y se regulaban por ley. Nada era trivial para el legislador hindú, por ofensivo que resulte al gusto moderno: nos enseña a comer, a beber, a cohabitar, a vaciamos de excremento y orina y cosas parecidas, eleva lo mezquino y no pide falsamente excusas quitándole importancia a estas cosas.

Todo hombre construye un templo, su cuerpo, para el dios al que adora, con un estilo propio, y no puede dejar de hacerlo para martillear el mármol. Somos escultores y pintores y nuestra materia es nuestra carne y sangre y huesos. La nobleza empieza en seguida a refinar los rasgos del hombre; la mezquindad o la sensualidad los embrutece.

John Farmer se sentó a su puerta una tarde de septiembre, tras un duro día de trabajo, y aún seguía pensando en su labor. Una vez se hubo bañado, se sentó a recrear su hombre intelectual. Era una tarde más bien fría y algunos de sus vecinos temían que cayera la helada. No había seguido del todo la marcha de sus pensamientos cuando oyó que alguien tocaba una flauta, y aquel sonido armonizó con su estado de ánimo. Aún pensaba en su trabajo, pero el grueso de su pensamiento era que, si bien seguía dándole vueltas y se encontraba haciendo planes y maquinaciones contra su voluntad, le preocupaba muy poco. No era sino la costra de su piel, que continuamente se desprendía. Pero las notas de la flauta llegaban a sus oídos desde una esfera diferente a aquella en la que él trabajaba y le sugería que desarrollase ciertas facultades que estaban dormidas. Esas notas borraban la calle, la ciudad y el estado donde vivía. Una voz le dijo: «¿Por qué sigues aquí y llevas esta mezquina vida afanosa, cuando podrías tener una existencia gloriosa? Esas mismas estrellas parpadean en otros campos». Pero ¿cómo escapar de esta condición y emigrar realmente allí? Todo lo que pudo pensar fue en practicar una austeridad nueva, dejar que su alma bajara a su cuerpo y lo redimiera y tratarse a sí mismo con respeto siempre creciente.

VECINOS ANIMALES

A veces tenía un compañero de pesca^[101] que venía a mi casa atravesando toda la ciudad, y la captura de la cena era un ejercicio tan social como comerla.

Eremita. Me pregunto qué estará haciendo ahora el mundo. En las tres últimas horas no he oído más que a la langosta entre los helechos. Las palomas duermen en sus perchas y no revolotean. ¿Era eso que ha sonado más allá de los bosques el cuerno de mediodía del granjero? Las manos alcanzan la carne de vacuno cocida y salada, la sidra y el pan indio. ¿Por qué se preocuparán tanto los hombres? Quien no come no necesita trabajar. Me pregunto cuánto habrán cosechado. ¿Quién querría vivir donde un cuerpo no puede pensar a causa de los ladridos del mastín? ¡Oh, cuidar de la casa! ¡Mantener brillantes los pestillos de la puerta del diablo y fregar las tinas en este día tan brillante! Sería mejor no tener casa. ¡Prefiero un árbol hueco y eso para las visitas de la mañana y las cenas! Sólo el golpeteo del pájaro carpintero. Oh, abundan; el sol es demasiado cálido allí; han nacido a la vida demasiado lejos para mí. Tengo agua de la fuente y una hogaza de pan negro en la despensa. ¡Escucha! Oigo el rumor de las hojas. ¿Es un perro de la ciudad mal alimentado que cede al instinto de la caza? ¿O el cerdo perdido que dicen que merodea por estos bosques y cuyas huellas descubrí tras la lluvia? Ya se acerca; tiemblan mis zumaques y escaramujos. Eh, poeta, ¿eres tú? ¿Cómo está hoy el mundo?

Poeta. Mira esas nubes, ¡cómo pasan! Es lo más grande que he visto hoy. No hay nada como eso en las viejas pinturas, nada como eso en otros países, salvo que estuviéramos en las costas de España. Es un verdadero cielo mediterráneo. He pensado que, como tengo que ganarme la vida y hoy no he comido, podría pescar. Esa es la verdadera ocupación de los poetas. Es el único oficio que he aprendido. Venga, vamos.

Eremita. No puedo resistirme. Pronto me quedaré sin mi pan negro. Pronto me reuniré contigo alegremente, pero he de acabar una seria meditación. Creo que estoy cerca del final. Déjame ahora solo durante un tiempo. Para no retrasarnos, excava un poco para encontrar el cebo. Es raro encontrar gusanos de pesca por aquí, pues el suelo no ha sido nunca abonado y apenas quedan. El deporte de excavar en busca de cebo es semejante al de capturar los peces, cuando el apetito no es grande, y hoy te puedes entregar a él durante todo el día. Te aconsejo que caves más allá, entre las glicinas, donde se agita la verbena. Te aseguro que encontrarás un gusano por cada tres terrones que levantes si miras bien entre las raíces de la hierba, como si

estuvieras escardando. No estará mal que prefieras ir más lejos, pues he comprobado que el buen cebo abunda en proporción al cuadrado de la distancia.

Eremita a solas. Veamos, ¿dónde estaba? Me parece que estaba aquí y que el mundo se ofrecía con esta perspectiva. ¿Iré al cielo o a pescar? Si me apresuro a terminar esta meditación, ¿volverá a ofrecérseme una ocasión tan propicia? Estaba tan cerca de la esencia de las cosas como no lo había estado en mi vida. Temo que mis pensamientos no vuelvan a mí. Si sirviera de algo, les silbaría. Cuando nos hacen un ofrecimiento, ¿es sabio decir que lo pensaremos? Mis pensamientos no han dejado huella y no puedo retomar el sendero. ¿En qué estaba pensando? Era un día muy brumoso. Probaré con tres frases de Confucio; tal vez me devuelvan a ese estado. No sé si era melancolía o el inicio de un éxtasis. Para recordar: sólo hay una oportunidad.

Poeta. Y ahora, eremita, ¿sigue siendo pronto? Ya tengo trece gusanos completos, además de otros imperfectos o de menor tamaño, pero que valdrán para los pececillos; no cubren todo el anzuelo. Los gusanos de la ciudad son demasiado largos; un pez plateado podría comerse uno sin dar con la punta del anzuelo.

Eremita. Está bien. ¿Vamos al río Concord? Es un buen sitio si no hay demasiado caudal.

¿Por qué precisamente estos objetos que contemplamos forman un mundo? ¿Por qué tiene el hombre estas especies de animales por vecinos, como si nada, salvo un ratón, pudiera ocupar esa grieta? Sospecho que Pilpay y compañía^[102] han hecho el mejor uso de los animales, pues todos ellos son bestias de carga, en cierto sentido, aptos para llevar una porción de nuestros pensamientos.

Los ratones que rondaban mi casa no eran los comunes, ajenos a esta zona, sino una clase nativa que no se encuentra en la ciudad. Le envié uno a un distinguido naturalista y le interesó mucho. Cuando estaba construyendo mi casa, uno de ellos tenía su nido justo debajo y, antes de que hubiera fijado la segunda capa del suelo y barrido las virutas, salía regularmente a la hora del almuerzo y recogía las migajas a mis pies. Probablemente no había visto nunca a un hombre y pronto se hizo familiar y corría por encima de mis zapatos y mis ropas. Podía encaramarse rápidamente por las paredes de la habitación, a pequeños impulsos, como una ardilla, a la que se parecía en sus movimientos. Al cabo, un día en que me apoyaba con los codos en el banco, subió por mi ropa y recorrió mis mangas, dio vueltas al papel que envolvía mi comida, mientras yo lo mantenía cerrado, y empezó a esquivarlo y a jugar al escondite con él, y cuando puse un pedazo de queso entre los dedos, vino y lo mordisqueó, sentado en mi mano; luego se aseó el hocico y las patas, como una mosca, y se marchó.

Un papamoscas anidó en seguida en mi cobertizo y un petirrojo buscó protección

en un pino que crecía junto a la casa. En junio, la perdiz (*Tetrao umbellus*), que es un ave tan tímida, paseó a sus polluelos por delante de mis ventanas, desde los bosques hasta la puerta de mi casa, cloqueando y llamándolos como una gallina; se comportó verdaderamente como la gallina de los bosques. A una señal de su madre, los polluelos se dispersan de repente al acercarnos, como si un torbellino los hubiera barrido, y se parecen tanto a las hojas secas y las ramitas que más de un paseante ha puesto sus pies en medio de una nidada y ha oído el sobresalto de la madre y sus ansiosas llamadas y reclamos, o la ha visto agitar sus alas para atraer su atención, sin advertir la proximidad de los pequeños. La madre girará y dará vueltas a vuestro alrededor de una manera tan descuidada, que, por un momento, no sabréis de qué criatura se trata. Los polluelos se agazapan silenciosamente, poniendo a menudo sus cabezas debajo de una hoja, atentos sólo a las indicaciones que su madre les da desde lejos, y nuestra presencia no hará que salgan corriendo y se delaten. Podríamos pisarlos, incluso, o tener la mirada puesta en ellos durante un minuto sin descubrirlos. Los he tenido en la palma de mi mano durante ese tiempo y su único cuidado, en obediencia a su madre y a su instinto, era agazaparse en ella sin temor o temblor. Tan perfecto es su instinto que una vez, cuando los volví a dejar sobre las hojas, uno de ellos se cayó de costado y lo encontré con los demás en la misma posición diez minutos después. No son implumes como los polluelos de la mayoría de las aves, sino que se desarrollan mejor y con más precocidad que los pollos. La clara expresión adulta, aunque inocente, de sus serenos ojos abiertos es inolvidable. Toda la inteligencia parece reflejarse en ellos. No sólo sugieren la pureza de la infancia, sino una sabiduría esclarecida por la experiencia. Esa mirada no nació con el ave, sino que es coetánea del cielo que refleja. Los bosques no guardan otra gema semejante. El viajero no pondrá su mirada con frecuencia en una fuente tan límpida. El deportista ignorante o descuidado dispara a menudo a la madre en esa época y deja que estos inocentes se conviertan en presa de las bestias o aves que merodean o que gradualmente se mezclen con las hojas caídas, a las que tanto se parecen. Dicen que cuando los incuba una gallina se dispersan en seguida a la menor alarma y de este modo se pierden, pues no volverán a oír la llamada de la madre que los reúna. Las perdices eran mis gallinas y pollos.

Es admirable la cantidad de criaturas que viven salvaje y libremente en los bosques, aunque en secreto, y se sustentan, incluso, en las cercanías de las ciudades, conocidas sólo por los cazadores. ¡Con qué sigilo se las arregla la nutria para vivir aquí! Crece hasta tener cuatro pies de longitud, tan grande como un muchachito, tal vez sin que ni un solo ser humano la haya visto. Solía ver al mapache en los bosques donde estaba levantada mi casa y probablemente aún se oiga su lamento de noche. Por lo común descansaba una o dos horas a la sombra al mediodía, después de sembrar, tomaba mi almuerzo y leía un poco junto a un manantial que era la fuente de

una ciénaga y de un arroyo y que brotaba a los pies de Brister's Hill, a media milla de mi campo. Me acercaba hasta allí a través de una serie de hondonadas cubiertas de hierba donde crecían los pinos tea, hasta llegar a un bosque mayor cerca de la ciénaga. Allí, en un lugar apartado y sombrío, bajo un ancho pino blanco, había una cespedera despejada y firme en la que sentarse. Cavé junto al manantial y abrí un pozo de agua de color gris claro, donde podía llenar un balde sin enturbiarla, propósito con el que iba casi todos los días en medio del verano, cuando el agua de la laguna era más cálida. Allí también llevaba su nidada la gallineta para buscar gusanos en el barro, sobrevolando a un pie por encima de la orilla mientras los polluelos corrían en grupo detrás; al descubrirme, los dejaba y daba vueltas a mi alrededor, cada vez más cerca, hasta que, a cuatro o cinco pies, fingía tener las alas y las patas rotas para atraer mi atención y desviarla de los polluelos, que habían retomado su marcha, piando agudamente, en fila india a través de la ciénaga, como ella los dirigía. O bien oía piar a las crías sin ver a la madre. Las tórtolas también acudían al manantial o revoloteaban de rama en rama de los suaves pinos blancos sobre mi cabeza, y la ardilla roja, que descendía por el tronco más cercano, era particularmente familiar e inquisitiva. Sólo tenéis que sentaros el tiempo suficiente en un lugar ameno de los bosques para que todos sus habitantes se os muestren a su vez.

Fui testigo de acontecimientos de carácter menos pacífico. Un día, cuando iba hacia mi leñera, o más bien mi pila de tocones, vi dos hormigas enormes, una roja y la otra mucho mayor, casi de media pulgada de larga y negra, luchando furiosamente entre sí. Habiéndose trabado, no se separaban, sino que luchaban y peleaban y rodaban por las astillas sin cesar. Mirando más allá, descubrí sorprendido que las astillas estaban cubiertas de combatientes, que no era un *duellum*, sino un *bellum*, una guerra entre dos razas de hormigas, las rojas siempre enfrentadas a las negras y, con frecuencia, dos rojas contra una negra. Las legiones de estos mirmidones cubrían las colinas y valles de mi leñero y el terreno estaba sembrado de muertos y moribundos, rojos y negros. Fue la única batalla que yo haya presenciado, el único campo de batalla por el que haya pasado mientras se libraba la batalla, una guerra intestina, con los rojos republicanos a un lado y los negros imperialistas al otro. Por todas partes estaban entregadas a un combate mortal, aunque yo no podía oír sonido alguno, con más resolución de la que jamás hayan tenido los soldados humanos. Vi una pareja firmemente trabada, en un pequeño valle soleado entre las astillas, dispuesta a pelear, al mediodía, hasta que se pusiera el sol o faltara la vida. La pequeña campeona roja se había cogido como un vicio a la frente de su adversario y, dando tumbos por aquel campo, no dejó de morder la raíz de una de sus antenas, habiéndole arrancado ya la otra, mientras la negra la sacudía de un lado a otro y, como pude ver al acercarme, le había cercenado varios miembros. Luchaban con más pertinacia que los perros. Ninguna manifestaba la menor disposición a retirarse. Era evidente que el grito de

batalla era vencer o morir. Mientras tanto, una hormiga roja llegó a la ladera del valle, con muestras visibles de excitación, tras haber despachado a su enemigo o sin haber tomado parte aún en la batalla, probablemente lo último, pues no había perdido miembro alguno, y cuya madre le había dictado que volviera con su escudo o sobre él. Tal vez fuera un Aquiles, que había alimentado aparte su cólera y venía ahora a vengar o rescatar a su Patroclo. Vio de lejos este combate desigual —pues las negras casi doblaban en tamaño a las rojas—, se acercó rápidamente hasta que se puso en guardia a media pulgada de los combatientes y, viendo su oportunidad, saltó sobre el guerrero negro y comenzó sus operaciones cerca de la raíz de su pata anterior derecha, dejando que el enemigo escogiera entre sus propios miembros; de este modo había tres hormigas unidas de por vida, como si se hubiera inventado una nueva atracción ante la que languidecían todos los cerrojos y cementos. No me habría asombrado en ese momento descubrir que tuvieran sus respectivas bandas de música estacionadas en una astilla eminente y tocaran sus aires nacionales todo el rato para excitar a los remisos y alentar a los combatientes moribundos. Yo mismo estaba, en cierto modo, tan excitado como si hubieran sido hombres. Cuanto más pensemos en ello, menos diferencia habrá. Desde luego, no hay un solo combate que se recuerde en la historia de Concord, al menos, si no en la historia de América, que soporte la comparación con este, ya sea por el número de combatientes o por el patriotismo y heroísmo desplegados. Por el número y la carnicería fue Austerlitz o Dresde. ¡La batalla de Concord! ¡Dos muertos por el lado patriótico y Luther Blanchard herido! Aquí cada hormiga fue un Buttrick —«¡Fuego! ¡Por el amor de Dios, fuego!»— y miles compartieron el hado de Davis y Hosmer^[103]. No había mercenarios. No albergo dudas de que luchaban por un principio, como nuestros ancestros, y no para impedir un impuesto de tres peniques en su té, ni de que los resultados de esta batalla serán tan importantes y memorables para aquellos a quienes concierne, al menos como la batalla de Bunker Hill.

Tomé la astilla donde luchaban las tres que he descrito en particular, me la llevé a casa y la puse en un vaso en el alféizar de mi ventana, para ver el desenlace. Aplicando un microscopio a la hormiga roja mencionada en primer lugar, vi que, aunque mordía repetidamente la pata derecha de su enemigo, habiendo cercenado la antena que le quedaba, su propio tórax estaba desgarrado y exponía las entrañas a las mandíbulas del guerrero negro, cuya caja torácica parecía demasiado gruesa para que la pudiera despedazar, y los oscuros carbunclos de los ojos del doliente brillaban con la ferocidad que sólo la guerra puede proporcionar. Lucharon durante media hora más en el vaso y, cuando volví a mirar, el soldado negro había separado las cabezas de sus enemigos de sus cuerpos, las cuales, aún vivas, colgaban de sus costados como trofeos espectrales de su arzón, en apariencia tan firmemente fijadas como antes, y trataba débilmente, sin antenas y con el resto de una sola pata, y no sé cuántas heridas

más, de librarse de ellas, lo que logró al cabo de media hora. Levanté el vaso y se marchó por el alféizar en ese estado de mutilación. Si sobrevivió al combate y pasó el resto de sus días en algún *Hotel des Invalides*, no lo sé; pero creo que su esfuerzo no valdría de mucho después de eso. No llegué a saber qué bando resultó victorioso ni la causa de la guerra, pero pasé el resto del día con mis sentimientos excitados y atormentados por haber presenciado la lucha, la ferocidad y la carnicería de una batalla humana ante mi puerta.

Kirby y Spence nos informan de que hace mucho tiempo que se celebran las batallas de hormigas y de la fecha más antigua que se recuerda, aunque alegan que Huber es el único autor moderno que parece haberlas visto. «Eneas Silvio —dicen—, tras dar una relación detallada de una batalla librada con gran obstinación por una especie grande y otra pequeña en el tronco de un peral, añade que esa acción tuvo lugar durante el pontificado de Eugenio IV, en presencia de Nicholas Pistoriensis, un eminente jurista, que contó toda la historia de la batalla con la mayor fidelidad. Olao Magno recuerda un encuentro similar entre hormigas grandes y pequeñas en el que las pequeñas, victoriosas, enterraron los cuerpos de sus soldados y dejaron el de sus enemigos gigantes como pasto para las aves. Ese acontecimiento tuvo lugar antes de la expulsión del tirano Cristián II de Suecia». La batalla de la que fui testigo sucedió durante la presidencia de Polk, cinco años antes de la promulgación de la Ley de Esclavos Fugitivos de Webster.

Más de un perro de la ciudad, capaz de perseguir sólo tortugas de tierra en una despensa, sacudía sus pesados cuartos traseros en los bosques sin permiso de su amo y olisqueaba en vano las madrigueras del viejo zorro y los agujeros de las marmotas; dirigido tal vez por algún perro silvestre que recorría ágilmente el bosque y podía inspirar un terror natural en sus habitantes, ladraba como un toro canino, detrás de su guía, a alguna ardilla pequeña encaramada a un árbol para otear, o trotaba, doblando los arbustos con su peso, imaginando que seguía el rastro de algún miembro extraviado de la familia de los jerbos. Una vez me sorprendió ver a un gato caminando por la orilla pedregosa de la laguna, pues raramente se alejan tanto de casa. La sorpresa fue mutua. Sin embargo, el más doméstico de los gatos, que pasa todo el día sobre una alfombra, se comporta como en casa en los bosques y, con su conducta astuta y artera, demuestra que es más nativo aquí que los habitantes acostumbrados. Una vez, mientras recogía bayas, me topé con una gata y sus cachorrillos en los bosques, completamente salvajes, y todos, como su madre, erizaron el lomo y empezaron a dar bufidos. Años antes de vivir en los bosques había un gato al que apodaban «alado» en una de las granjas de Lincoln más cercanas a la laguna, propiedad del señor Gilian Baker. Cuando fui a verlo en junio de 1842, había salido a cazar a los bosques, como solía (no estoy seguro de si era macho o hembra y, por eso, uso el pronombre más común), pero su dueña me dijo que había rondado por

la vecindad hacía poco más de un año, en abril, hasta que lo habían acogido en casa, y que era de un oscuro color gris pardo, con una mancha blanca en la garganta y patas blancas, y una cola grande y tupida como la de un zorro; que, en invierno, la piel se hacía espesa y lisa en los costados y formaba bandas de diez o doce pulgadas de longitud y dos y media de ancho, como un manguito bajo la barbilla, con la parte superior lisa y la inferior enmarañada, y que, en la primavera, todos estos apéndices se desprendían. Me dieron un par de sus «alas», que todavía conservo. No hay rastro de membranas en ellas. Algunos pensaban que era una especie de ardilla voladora u otro animal salvaje, lo que no es imposible, pues, de acuerdo con los naturalistas, la unión de martas y gatos domésticos ha producido híbridos prolíficos. Ese sería el gato ideal para mí, si tuviera uno, pues ¿por qué no habría de ser alado, como su caballo, el gato de un poeta?

En otoño llegó el somormujo (*Colymbus glacialis*), como siempre, a mudar la pluma y bañarse en la laguna, naciendo que los bosques resonaran con su risa salvaje antes de que me despertara. Al rumor de su llegada, los deportistas de Milldam se ponen en alerta, preparan sus calesas o marchan a pie, en parejas o en tríos, con rifles patentados, balas cónicas y anteojos. Atraviesan los bosques susurrando como las hojas de otoño, al menos diez por cada somormujo. Algunos se apostan a este lado de la laguna, otros en aquel, pues el pobre pájaro no es omnipresente; si se sumerge aquí ha de emerger por allí. Pero entonces sopla el suave viento de octubre, haciendo que las hojas crujan y se rice la superficie del agua, de manera que no puede verse ni oírse al somormujo, aunque sus enemigos barren la laguna con los anteojos y los bosques retumban con sus descargas. Las olas se alzan con generosidad y se estrellan con furia, tomando parte a favor de las aves acuáticas, y nuestros deportistas tienen que retirarse a la ciudad, la tienda y los quehaceres interrumpidos. Pero, demasiado a menudo, tenían éxito. Cuando iba a sacar un cubo de agua por la mañana temprano, veía con frecuencia a esa espléndida ave alejarse de mi cala unas varas. Si trataba de darle alcance con el bote, para ver cómo maniobraba, se zambullía hasta perderse completamente de vista, de modo que, a veces, no volvía a descubrirla hasta el final del día. Pero yo era para ella más que un competidor en la superficie. Solía desaparecer con la lluvia.

Una tarde muy tranquila de octubre en la que remaba a lo largo de la costa septentrional, en los días en que especialmente acuden a los lagos, con la caída de la pluma, habiendo recorrido en vano la laguna en busca de un somormujo, de repente uno, saliendo de la costa hacia el centro a pocas varas delante de mí, prorrumpió en su risa salvaje y se delató. Lo perseguí con el remo y se sumergió, pero, cuando emergió, yo estaba más cerca que antes. Volvió a sumergirse, pero calculé mal la dirección que tomaría y cuando emergió a la superficie nos separaban cincuenta varas, pues yo había contribuido a ensanchar el intervalo, y de nuevo prorrumpió en

su larga risa sonora, con más razón que antes. Maniobró tan hábilmente que no pude acercarme a menos de media docena de varas. Cada vez que emergía a la superficie, volviendo su cabeza a uno y otro lado, examinaba fríamente el agua y la tierra y, al parecer, escogía su dirección de modo que pudiera emerger donde había más agua y la distancia del bote era mayor. Era sorprendente lo rápido que se decidía y llevaba a cabo su resolución. Me llevó en seguida a la parte más ancha de la laguna y no pude sacarlo de allí. Mientras él pensaba en algo, yo trataba de adivinar su pensamiento. Era un juego magnífico sobre la superficie lisa de la laguna, un hombre contra un somormujo. De repente, la pieza del adversario desaparecía debajo del tablero y el problema consistía en situarse lo más cerca posible de donde reaparecería. A veces emergía inesperadamente por el lado opuesto al mío, habiendo pasado directamente, al parecer, por debajo del bote. Contenía tanto el aliento y era tan infatigable que, aun cuando hubiera nadado lo más lejos posible, volvía a zambullirse, y entonces nadie podía adivinar por dónde, en la profunda laguna, bajo la lisa superficie, podría seguir velozmente su camino como un pez, pues tenía tiempo y habilidad para llegar al fondo de la laguna en su parte más profunda. Dicen que se han cogido somormujos en los lagos de Nueva York a ochenta pies por debajo de la superficie, con anzuelos colocados para truchas, aunque Walden es aún más profundo. ¡Qué sorprendidos han de quedarse los peces al ver a este desgarbado visitante de otra esfera que pasa velozmente entre sus cardúmenes! Sin embargo, parecía conocer su camino bajo el agua tan bien como en la superficie y nadaba mucho más aprisa allí. Una vez o dos vi un chapoteo donde se aproximaba a la superficie, asomó su cabeza para ser reconocido y volvió a sumergirse. Deduje que sería tan útil para mí descansar sobre mis remos y esperar a que reapareciera como tratar de calcular por dónde asomaría, pues una y otra vez, mientras forzaba mis ojos sobre la superficie en una dirección, su risa sobrenatural me sorprendía por detrás. Pero ¿por qué, tras demostrar tanta habilidad, se traicionaba invariablemente a sí mismo en el momento en que emergía con esa risa orgullosa? ¿No lo delataba ya bastante su pecho blanco? Pensé que era un somormujo idiota. Podía oír el chapoteo del agua cuando emergía y, de este modo, descubrirlo. Pero una hora después seguía tan fresco como siempre, se zambullía a su antojo y nadaba aún más rápido que al principio. Era asombroso ver con qué serenidad se alejaba con el pecho tranquilo cuando emergía a la superficie, haciendo todo el trabajo por debajo con sus pies de palmípedo. Su nota de costumbre era esa risa demoníaca, en cierto modo parecida a la de las gallinetas de agua; pero, en ocasiones, cuando me había burlado con éxito y emergía a mucha distancia, prorrumplía en un largo y sostenido aullido sobrenatural, más parecido, probablemente, al de un lobo que al canto de un pájaro, como cuando una bestia hunde su hocico en el suelo y aúlla deliberadamente. Esa era su voz, tal vez el sonido más salvaje que se haya oído aquí y que resonaba a lo largo y ancho de los bosques.

Deduje que se reía de mis esfuerzos, orgulloso de sus propios recursos. Aunque el cielo se había encapotado para entonces, la laguna estaba tan lisa que podía ver dónde rompía la superficie cuando no lo oía. En contra de él estaban su pecho blanco, la quietud del aire y la lisura del agua. Al cabo, habiendo emergido a cincuenta varas, prorrumpió en uno de sus prolongados aullidos, como si invocara al dios de los somormujos en su ayuda, e inmediatamente sopló el viento del este que rizó la superficie y llenó el aire de una lluvia brumosa, lo que me impresionó como si fuera la respuesta a la plegaria del somormujo y su dios estuviera airado conmigo, de modo que lo dejé desaparecer a lo lejos en la tumultuosa superficie.

Durante horas, en los días de otoño, observaba cómo los patos cambiaban de rumbo y viraban con habilidad y se mantenían en medio de la laguna, lejos de los cazadores, trucos que habrían tenido que practicar menos en las bahías de Luisiana. Cuando se veían forzados a alzar el vuelo, a veces daban vueltas en círculo sobre la laguna a una altura considerable, desde la que podían ver otras lagunas y el río, como motas negras en el cielo, y cuando pensaba que se habían ido hacía mucho, tomaban tierra tras un vuelo sesgado de un cuarto de milla en una parte distante que había quedado libre; pero no averigüé qué conseguían, además de la seguridad, al nadar en medio de Walden, salvo que amaran sus aguas por la misma razón que yo.

CALENTAR LA CASA

EN octubre fui a vendimiar a los prados del río y me cargué de racimos más preciosos por su belleza y fragancia que como alimento. Admiré también, aunque no los cogí, los arándanos, pequeñas gemas de cera que pendían de las hierbas del prado, perladas y rojas, que el granjero cosecha con un feo rastrillo que deja el suave prado como una maraña, tras tasarlo todo sin escrúpulos en toneladas y dólares y vender los despojos de las vegas en Boston y Nueva York, para que allí se conviertan en *mermelada* y satisfagan los gustos de los amantes de la naturaleza. Del mismo modo los carniceros arrancan la lengua del bison de la pradera, sin consideración con la planta desgarrada y caída. El brillante fruto del agracejo era, de manera parecida, alimento sólo para mis ojos, pero recogí una pequeña cantidad de manzanas silvestres, que el propietario y los viajeros habían despreciado, para cocerlas a fuego lento. Cuando maduraban las castañas juntaba una buena cantidad para el invierno. Era excitante, en esa época, recorrer los entonces ilimitados castañares de Lincoln —ahora duermen el sueño eterno bajo el ferrocarril— con una mochila a la espalda y una vara en la mano para abrir el zurrón, ya que no siempre esperaba a la helada, entre el crujido de las hojas y los sonoros reproches de las ardillas rojas y los arrendajos, a quienes robaba a veces sus castañas medio consumidas, pues estaba seguro de que los zurrones que ellos escogían contenían el mejor fruto. En ocasiones me subía a los árboles y sacudía las ramas. También crecían detrás de mi casa y un enorme árbol que casi la ocultaba era, cuando florecía, un ramo que perfumaba los alrededores, pero las ardillas y los arrendajos se quedaban con casi todo su fruto; los arrendajos acudían en bandadas por la mañana temprano y extraían las castañas de su zurrón antes de que cayeran. Les cedí esos árboles y visité los bosques más lejanos, cubiertos por completo de castaños. Las castañas, mientras había, eran un buen sustituto del pan. Tal vez puedan encontrarse muchos otros. Un día, mientras cavaba en busca de gusanos para cebo, descubrí la glicina (*Apios tuberosa*) en su vaina, la patata de los aborígenes, una especie de fruto fabuloso, y empecé a dudar si lo había desenterrado y comido en la infancia, como he contado, o lo había soñado. Había visto a menudo su flor aterciopelada, roja y arrugada, sostenida por los tallos de otras plantas, sin reconocerla. Los cultivos casi han acabado con ella. Tiene un gusto dulzón, como el de las patatas escarchadas, y a mí me sabe mejor hervida que asada. Ese tubérculo parece una débil promesa de la naturaleza para criar a sus hijos y alimentarlos aquí en un futuro. En estos días de vacas gordas y ondulantes campos de cereal, esta humilde raíz, que una vez fue el *tótem* de una tribu india, ha sido olvidada o se la recuerda sólo por su floreciente

enredadera, pero dejad que la naturaleza reine de nuevo y los tiernos y exuberantes granos ingleses desaparecerán, probablemente, ante una miríada de enemigos y, sin el cuidado del hombre, el grajo llevará la última semilla de cereal al gran campo de mies del dios de los indios al suroeste, de donde se dice que lo trajo, mientras que la ahora casi extinguida glicina revivirá y florecerá, a pesar de las heladas y la maleza, demostrará que es indígena y asumirá su antigua importancia y dignidad en la dieta de la tribu de cazadores. Alguna Ceres o Minerva india ha de haber sido su inventora y custodia y, cuando se instaure aquí el reino de la poesía, nuestras obras de arte representarán sus hojas y vainas.

A primeros de septiembre vi ya dos o tres pequeños arces volverse escarlatas junto a la laguna, por debajo de donde se separaban los troncos blancos de tres álamos, en la punta de un promontorio, cerca del agua. ¡Ah, cuántas historias contaba ese color! Gradualmente, de semana en semana, se manifestó el carácter de cada árbol y se admiraba reflejado en el espejo liso del lago. Cada mañana, el encargado de esta galería traía una nueva pintura, que se distinguía por una coloración más brillante o armónica de la antigua que colgaba de las paredes.

Las avispas llegaron a millares a mi alojamiento en octubre, como a sus cuarteles de invierno, y se instalaron en mis ventanas y paredes, lo que a veces disuadía a mis visitantes de entrar. Por las mañanas, cuando estaban ateridas de frío, expulsaba a algunas, pero no me preocupaba demasiado por librarme de ellas e incluso consideraba un cumplido que hubieran tomado mi casa como un abrigo confortable. Nunca me molestaron seriamente, aunque compartíamos el dormitorio, y poco a poco fueron desapareciendo, no sé por qué grietas, para evitar el invierno y el frío indescriptible.

Como las avispas, antes de refugiarme en los cuarteles de invierno en noviembre, solía dirigirme a la costa noroeste de Walden que el sol, reflejado por los pinos tea y la orilla pedregosa, convertía en el hogar de la laguna. Es mucho más agradable y sano ser calentado por el sol, mientras sea posible, que por un fuego artificial. Me calenté de este modo con los rescoldos aún resplandecientes que el verano, como un cazador que hubiera partido, había dejado.



«Solía dirigirme a la costa noroeste de Walden...».

Estudié albañilería cuando tuve que construir mi chimenea. Como eran de segunda mano, mis ladrillos requerían una limpieza con la paleta, así que aprendí más de la cuenta sobre las cualidades de ladrillos y paletas. El mortero adherido tenía cincuenta años y decían que aún se endurecería más, pero esa es una de las cosas que a los hombres les gusta repetir, sean o no verdad. Dichos como ese se endurecen y adhieren más firmemente con la edad, de modo que hacen falta muchos golpes de paleta para limpiar a un viejo sabihondo de ellos. Muchas aldeas de Mesopotamia se han levantado con ladrillos de segunda mano de excelente calidad, obtenidos de las ruinas de Babilonia, y el cemento adherido a ellos es más viejo y probablemente más duro. Comoquiera que sea, me sorprendió la dureza del acero que soportaba tantos golpes violentos sin desgastarse. Como mis ladrillos ya habían estado en una

chimenea, aunque no había leído en ellos el nombre de Nabucodonosor, escogí todos los ladrillos de fogón que encontré, para ahorrarme tiempo y esfuerzo, y llené los resquicios entre los ladrillos con piedras de la orilla y amasé mi mortero con la arena blanca del mismo sitio. Me demoré mucho en la construcción del hogar, pues era la parte vital de la casa. De hecho, trabajé con tanta deliberación que, aunque comencé a ras de suelo por la mañana, una hilada de ladrillos que se elevaba unas cuantas pulgadas me sirvió de almohada por la noche, aunque no recuerdo haber cogido una tortícolis por ello; mi tortícolis era de mucho antes. Alojé a un poeta durante una quincena por aquel entonces, lo cual me apuró por cuestiones de espacio. Trajo su propia navaja, aunque yo tenía dos, y solíamos limpiarlas clavándolas en la tierra. Compartía conmigo las tareas de la cocina. Me alegraba ver cómo avanzaba gradualmente mi obra, maciza y sólida, y pensé que, si no me apresuraba, duraría mucho tiempo. La chimenea es, hasta cierto punto, una estructura independiente que se levanta sobre el suelo y asciende por la casa hasta los cielos; a veces, incluso, permanece cuando la casa se ha quemado y su importancia e independencia son conocidas. Eso ocurría a finales de verano. Ya estábamos en noviembre.

El viento del norte había empezado a congelar la laguna, aunque habría de soplar con fuerza muchas semanas para lograrlo, pues es muy profunda. Cuando empecé a encender el fuego por la tarde, antes de haber revocado la casa, la chimenea tiraba muy bien, a causa de las numerosas aberturas de la tablazón. Sin embargo, pasé tardes deliciosas en aquel apartamento frío y aireado, rodeado por rudos maderos de color pardo llenos de nudos y bajo vigas sin descortezar. No me gustó tanto la casa cuando la revoqué, aunque me veo obligado a confesar que era más confortable. ¿No debería cualquier apartamento en el que habite un hombre ser lo bastante alto para crear cierta oscuridad por encima de su cabeza, donde sombras temblorosas pudieran jugar por la tarde entre las vigas? Esas formas son más gratas a la fantasía y la imaginación que las pinturas al fresco o el artesonado más costoso. Podría decir que fue entonces cuando empecé a habitar mi casa, al usarla tanto para calentarme como para cobijarme. Tenía un par de viejos morillos para apilar la leña de hogar y me alegraba ver el hollín que se formaba en la pared de la chimenea que había construido y atizaba el fuego con más derecho y más satisfacción que de costumbre. Mi morada era pequeña y apenas sin eco, pero parecía mayor por ser un apartamento solitario alejado de los vecinos. Todas las atracciones de una casa se concentraban en una habitación; era cocina, dormitorio, sala de estar y despensa, y disfrutaba de cualquier satisfacción que padre o hijo, amo o esclavo, obtienen de vivir en una casa. Catón dice que el padre de familia («patrem familias») ha de tener en su casa de campo «cellam oleariam, vinariam, dolia multa, uti lubeat caritatem expectare, et rei, et virtuti, et gloriae erit», es decir, «una bodega para el vino y el aceite, muchas barricas

para que sea grato esperar tiempos difíciles, lo cual redundará en ventaja suya, virtud y gloria». Yo tenía en mi bodega un saco de patatas, dos cuartos de guisantes con gorgojos y, en mi alacena, algo de arroz, un tarro de melaza y un celemín de centeno y maíz.

A veces sueño con una casa más grande y populosa, levantada en una edad de oro con materiales duraderos y sin adornos superfluos, que consista en una sola habitación, una sala enorme, ruda, sustancial, primitiva, sin cielorraso ni revoque, con vigas y juntas al aire que soporten una especie de firmamento inferior sobre nuestra cabeza, útil para guarecerse de la lluvia y la nieve, donde los travesaños maestros se levanten para recibir nuestro homenaje, una vez hayáis rendido reverencia al postrado Saturno de una dinastía más antigua al cruzar el umbral; una casa cavernosa donde tengáis que sostener una antorcha en alto para ver el techo, donde algunos puedan vivir junto al fuego, otros en el hueco de la ventana y otros en asientos, unos a un extremo de la sala, otros al lado opuesto y algunos, si lo prefieren, colgados de las vigas con las arañas; una casa en la que entréis al abrir la puerta exterior, acabada la ceremonia; donde el cansado viajero pueda lavarse y comer y conversar y dormir, sin seguir viaje; el cobijo que os gustaría encontrar en una noche tempestuosa y que contenga lo esencial de una casa y ningún quehacer doméstico, donde pudiéramos contemplar de una vez todos los tesoros de la casa y todo cuanto el hombre necesita cuelgue de su gancho; al mismo tiempo cocina, despensa, sala de estar, dormitorio, almacén y buhardilla; donde encontréis cosas tan necesarias como un barril o una escalera y tan útiles como un aparador, oigáis bullir la caldera y ofrezcáis vuestros respetos al fuego que cocina vuestra cena y al horno que cuece vuestro pan, y los muebles y utensilios necesarios sean el principal ornamento; donde la colada no se haga fuera de casa ni se extinga el fuego ni se enfade el ama de casa y tal vez tengáis que abrir la trampilla de la bodega para que baje el cocinero, y os enteréis de si el suelo es sólido o hueco por debajo de vosotros sin tener que patear. Una casa cuyo interior sea tan despejado y manifiesto como el nido de un pájaro y no podáis ir hasta la puerta y volver a la ventana sin ver a alguno de sus habitantes; donde estar invitado fuera compartir la libertad de la casa sin estar excluidos de siete octavas partes, encerrados en una celda particular donde os digan que os sintáis como en casa, en un confinamiento solitario. Ahora el anfitrión no os admite en *su* hogar, sino que pide al albañil que construya uno para vosotros en algún rincón, y la hospitalidad es el arte de *manteneros* a la mayor distancia posible. Hay tanto secreto sobre la cocina como si se hubiera propuesto envenenaros. Sé que he estado en los dominios de muchos hombres, de los que me podrían haber pedido legalmente que saliera, pero no recuerdo haber estado en casa de muchos hombres. En una casa como la que he descrito podría visitar con mis viejas ropas a un rey y a una reina que vivieran allí, si estuviera de paso, pero cómo salir de espaldas de un palacio moderno sería todo lo

que yo querría aprender si alguna vez me cogen en uno.

Parece como si el mismo lenguaje de nuestros salones perdiera todo su nervio y degenerase en mera palabrería, con nuestras vidas ajenas a sus símbolos y sus metáforas y tropos tan forzados como si hubieran venido en un montacargas; en otras palabras, el salón está muy lejos de la cocina y el taller. Por lo común, la cena es sólo la parábola de la cena, como si sólo el salvaje viviera lo suficientemente cerca de la naturaleza y la verdad como para pedirles prestado un tropo. ¿Cómo podría el escolar que vive en el Territorio del Noroeste o en la Isla de Man decir lo que es parlamentario en la cocina?

Sin embargo, sólo uno o dos de mis invitados fueron lo bastante osados como para quedarse y comer gachas conmigo; cuando vieron que se aproximaba la crisis tocaron retirada apresuradamente, como si la casa hubiera temblado hasta los cimientos. Pero ha resistido muchas gachas.

No la revoqué hasta que empezó a helar. Traje arena más blanca y limpia para este propósito de la orilla opuesta de la laguna en el bote, un medio de transporte que me habría tentado a ir mucho más lejos si hubiera sido necesario. Mientras tanto, había cubierto mi casa de tejas de madera por todas partes. Al poner los listones me alegré de ser capaz de clavar los clavos de un martillazo y mi ambición era llevar el revoque desde el bote hasta la pared limpia y rápidamente. Recuerdo la historia de un tipo presumido que, bien vestido, solía haraganear por la ciudad y dar consejos a los trabajadores. Atreviéndose un día a sustituir las palabras por los hechos, se arremangó los puños, tomó una paleta de revocar sin tapujos, con una mirada complaciente a los listones, hizo un gesto osado hacia delante e, inmediatamente, para su completo desconcierto, recibió todo el contenido en su pechera almidonada. Admiré otra vez la economía y conveniencia del revoque, que de un modo tan eficaz evita el frío y deja un acabado encantador, y aprendí los diversos accidentes a los que se expone el revocador. Me sorprendió ver lo sedientos que estaban los ladrillos, que se empaparon de toda la humedad de mi revoque antes de que lo alisara, y la cantidad de cubos de agua que hacen falta para bautizar un nuevo hogar. El invierno anterior había preparado una pequeña cantidad de cal quemando las conchas del *Unio fluviatilis*, en los que nuestro río abunda, sólo por experimentar, así que sabía de dónde provenían mis materiales. Podría haber obtenido buena piedra caliza a una milla o dos y haberla quemado yo mismo, si me hubiera preocupado por eso.

Mientras tanto, la laguna se había ido cubriendo de una fina capa en las calas más sombrías y menos profundas, días e incluso semanas antes de la helada general. La primera capa de hielo es especialmente interesante y perfecta: dura, oscura y transparente, ofrece la mejor oportunidad para examinar el fondo donde es superficial, pues podemos tumbarnos por completo sobre el hielo, de una pulgada de

espesor, como un insecto patinador sobre la superficie del agua, y estudiar a placer el fondo, a dos o tres pulgadas de distancia, como una imagen tras una lente, con el agua necesariamente calmada. Hay muchos surcos en la arena donde alguna criatura ha pasado una y otra vez sobre sus huellas y, en cuanto a pecios, está plagado de los capullos de oruga hechos de diminutos granos de cuarzo blanco. Tal vez hayan sido esos capullos los que marcaran la arena, pues algunos yacen en los surcos, aunque son demasiado profundos y anchos para ellos. Pero el hielo mismo es el objeto de mayor interés, aunque debéis aprovechar la primera oportunidad para estudiarlo. Si lo examináis detenidamente por la mañana, tras la helada, descubriréis que la mayor parte de las burbujas, que al principio parecían estar en su interior, se encuentra bajo la superficie y que otras muchas ascienden continuamente del fondo. Mientras el hielo es relativamente sólido y oscuro, podéis ver el agua a través suyo. Las burbujas tienen un diámetro de un ochentavo a una octava parte de pulgada, son claras y hermosas, y veis vuestra cara reflejada en ellas a través del hielo. Habrá treinta o cuarenta por cada pulgada cuadrada. Hay también, en el interior del lucio, pequeñas burbujas oblongas y perpendiculares de media pulgada de longitud, conos agudos con el ápice levantado o, más a menudo, si el hielo es reciente, burbujas contiguas completamente esféricas, como una sarta de cuentas. Las que se encuentran en el interior del hielo no son tan numerosas ni obvias como las que están debajo. A veces arrojaba piedras para probar la resistencia del hielo y aquellas que lo rompían introducían el aire consigo, lo que formaba grandes y conspicuas burbujas blancas por debajo. Un día en que volví al mismo lugar cuarenta y ocho horas después, descubrí que aquellas grandes burbujas no se habían alterado, aunque la capa de hielo tenía una pulgada más, como podía ver con claridad por la hendidura en el borde de un témpano. Como los dos días anteriores habían sido muy cálidos, como un verano indio, el hielo ya no era transparente y mostraba el color verde oscuro del agua y el fondo, opaco y blancuzco o gris, aunque dos veces más espeso, no era tan resistente como antes, pues las burbujas de aire se habían expandido con el calor y borbotaban juntas, perdiendo su regularidad; ya no estaban contiguas, sino que parecían monedas de plata arrojadas desde una bolsa, una encima de otra, en espesos copos, como si ocuparan pequeñas grietas. Había desaparecido la belleza del hielo y era demasiado tarde para estudiar el fondo. Curioso por saber qué posición ocuparían mis grandes burbujas en la nueva capa de hielo, rompí un témpano que contenía una de medio tamaño y le di la vuelta. La nueva capa se había formado alrededor y por debajo de la burbuja, de modo que se había quedado entre las dos capas. Estaba casi por completo en la capa inferior, pero muy cerca de la superior, y era plana o ligeramente lenticular, con el borde redondeado, un cuarto de pulgada de profundidad por cuatro pulgadas de diámetro, y me sorprendió descubrir, justo debajo de la burbuja, que el hielo se había derretido con gran regularidad en forma de un plato invertido, hasta una extensión de

cinco octavos de pulgada en el centro, dejando una leve separación entre el agua y la burbuja de apenas una octava de pulgada; en muchos lugares, las pequeñas burbujas, con esa separación, habían estallado hacia abajo y probablemente no hubiera hielo por debajo de las grandes burbujas, que tenían un pie de diámetro. Deduje que el infinito número de diminutas burbujas que había visto al principio bajo la superficie del hielo se había helado de la misma manera y que cada una, según su tamaño, había obrado como un espejo ustorio por debajo del hielo para fundirlo y corromperlo. Esas son las pequeñas carabinas de aire comprimido que contribuyen a que el hielo cruja y estalle.

Al cabo el invierno entró en serio, justo cuando había terminado de revocar mis paredes, y el viento empezó a ulular alrededor de la casa como si no hubiera tenido permiso para hacerlo hasta entonces. Noche tras noche, los gansos iban llegando lentamente en la oscuridad con estruendo y rumor de alas, incluso después de que la tierra estuviera cubierta de nieve, y algunos se posaban en Walden y otros seguían, sobrevolando los bosques, hacia Fair Haven, con destino a México. Muchas veces, al volver de la ciudad a las diez o las once de la noche, oía los pasos de una bandada de gansos, o de patos, sobre las hojas secas de los bosques junto a una charca de la laguna, detrás de mi morada, a la que habían acudido en busca de alimento, y el tenue graznar o parpar de su guía mientras se apresuraban. En 1845 Walden se heló enteramente por primera vez la noche del 22 de diciembre, habiéndose helado la laguna de Flint y otras lagunas someras y el río diez o más días antes; en 1846 el 16; en 1849 hacia el 31 y en 1850 hacia el 27 de diciembre; en 1852 el 5 de enero; en 1853 el 31 de diciembre. La nieve cubría la tierra desde el 25 de noviembre y me había rodeado, repentinamente, el paisaje de invierno. Me replegué aún más en mi concha y me esforcé por mantener un fuego brillante tanto dentro de mi casa como en mi pecho. Mi ocupación fuera de casa era recoger madera seca en el bosque y traerla en mis manos o a hombros, y a veces arrastré un pino muerto bajo cada brazo hasta mi cobertizo. Un viejo seto del bosque que había visto días mejores fue una buena presa para mí. Lo sacrificué a Vulcano, pues había dejado de servir al dios Término. ¡La cena de un hombre que acaba de estar en la nieve para cazar —no, para robar, diríais— el combustible con el que cocinarla es un acontecimiento mucho más interesante! Su pan y su carne son dulces. Hay suficientes haces de leña seca en los bosques de la mayoría de nuestras ciudades para abastecer muchos fuegos, aunque no calientan en ninguno, y algunos piensan que impiden el crecimiento del bosque joven. También estaba la madera a la deriva en la laguna. En verano había descubierto una balsa de troncos de pino tea sin descortezar, atados por los irlandeses cuando construían el ferrocarril. La había arrastrado casi por completo a la orilla. Empapada durante dos años y puesta a secar durante seis meses, se conservaba

perfectamente, aunque estaba lejos de haberse secado del todo. Un día de invierno me divertí empujándola poco a poco por la laguna, casi media milla, patinando detrás con el extremo de un tronco de quince pies al hombro y el otro extremo en el hielo; también até varios troncos con una tira de abedul y, con una larga pértiga de aliso que tenía un gancho en el cabo, los arrastré. Aunque completamente empapados y casi tan pesados como el plomo, no sólo ardieron largo tiempo, sino que calentaron mucho, incluso llegué a pensar que habían ardido mejor por estar empapados, como si la pez, rodeada por el agua, ardiera más que en una lámpara.

En su relación de los habitantes de los límites forestales de Inglaterra, Gilpin dice que «la antigua ley forestal consideraba las intrusiones furtivas y las casas y cercados levantados en los límites del bosque graves perjuicios que se castigaban severamente con el nombre de *purprestures*, como actos tendentes *ad terrorem ferarum* — *ad nocumentum forestæ*, etc.», al espanto del venado y en detrimento del bosque^[104]. Pero yo estaba interesado en la conservación de la carne de venado y del privilegio de cortar leña en el bosque más que los cazadores y los leñadores y tanto como si yo fuera el propio señor; si alguna parte se quemaba, aunque la quemara yo por accidente, me apenaba con una pena que duraba más y era más inconsolable que la de los propietarios; me apenaba que los propietarios mismos talaran el bosque. Querría que nuestros granjeros, cuando talan el bosque, sintieran algo del espanto que los antiguos romanos sentían cuando tenían que abrir un claro o dejar que entrara la luz en un soto consagrado (*lucum conlucare*), es decir, que creyeran que está consagrado a un dios. Los romanos hacían un sacrificio expiatorio y rezaban: quienquiera que seas, dios o diosa, a quien este soto está consagrado, sé propicio a mí mismo, a mi familia y a mis hijos, etc.

Es admirable cuánto valor se deposita en la madera incluso en esta época y en este nuevo país, un valor más permanente y universal que el del oro. A pesar de todos nuestros descubrimientos e invenciones, nadie pasa por alto una pila de leña. Es tan preciosa para nosotros como lo fue para nuestros ancestros sajones o normandos. Si ellos construían sus arcos con madera, nosotros la usamos para la culata de nuestro fusil. Hace más de treinta años, Michaux decía que el precio de la leña en Nueva York y Filadelfia «equivale casi y, a veces, supera al de la mejor madera de París, aunque esa inmensa capital requiere anualmente más de trescientas mil cuerdas y está rodeada en trescientas millas a la redonda por campos de cultivo»^[105]. En nuestra ciudad el precio de la leña sube continuamente y la única pregunta es cuánto más elevado será este año que el pasado. Los mecánicos y comerciantes que vienen en persona al bosque con este único propósito asistirán invariablemente a la subasta de madera e, incluso, pagarán un precio elevado por el privilegio de rebuscar después del leñador. Hace muchos años que los hombres recurren al bosque para conseguir combustible y materiales para el arte; el habitante de Nueva Inglaterra y el de Nueva

Holanda, el parisino y el celta, el granero y Robin Hood, Godoy Blake y Harry Gill^[106], en la mayor parte del mundo el príncipe y el campesino, el escolar y el salvaje requieren por igual unas cuantas varas del bosque para calentarse y cocinar su comida. Yo tampoco podría pasarme sin ellas.

Todos los hombres miran con afecto su pila de leña. A mí me gustaba tener la mía ante mi ventana y, cuantas más astillas me recordaran mi grata tarea, mejor. Tenía una vieja hacha que nadie había reclamado y con la que, a ratos, en los días de invierno, en la parte soleada de mi casa, jugaba con los tocones que había extraído de mi campo de judías. Como mi mentor me profetizó cuando estaba arando, esos tocones me calentaron dos veces, la primera cuando los partí y la segunda cuando estaban en el fuego; ningún otro combustible daría más calor. En cuanto al hacha, me aconsejaron que fuera al herrero del pueblo para «botarla», pero yo me lo salté a él, le puse un mango de nogal de los bosques y me las arreglé con ella. Si estaba roma, al menos estaba bien sujeta.

La resina de pino era un gran tesoro. Es interesante recordar cuánto alimento para el fuego se oculta aún en las entrañas de la tierra. Años antes solía ir a «inspeccionar» alguna ladera desnuda donde se había levantado un bosque de pinos tea y desenterraba sus raíces. Eran casi indestructibles. Tocones de treinta o cuarenta años, al menos, aún sanos en el centro, aunque la albura se había convertido en un molde vegetal, como se ve en las costras de la espesa corteza que forman un anillo a ras de tierra a cuatro o cinco pulgadas del corazón. Podríais explorar esta mina con hacha y pala y seguir la reserva medular, amarilla como el sebo vacuno, como si hubierais dado con una veta de oro, hasta las profundidades de la tierra. Sin embargo, solía encender mi fuego con las hojas secas del bosque, que había amontonado en mi cobertizo antes de que llegaran las nieves. Los leñadores, cuando acampan en el bosque, encienden sus fogatas con el verde nogal cuidadosamente cortado. Una vez tuve un fuego semejante. Cuando los habitantes de la ciudad prendían sus fuegos más allá del horizonte, yo también advertía a los habitantes salvajes del valle de Walden, con el hilo de humo de mi chimenea, que estaba despierto.

Humo de alas ligeras, ave de Icaria,
Que fundes tus alones al remontarte,
Alondra sin canto y mensajero de la mañana,
Que rodeas las aldeas como si fueran tu nido,
O también sueño fugitivo y forma sombría
De una visión de medianoche que te recoges en tus faldas;
Velas de noche las estrellas y de día
Oscureces la luz y empañas el sol;
Sube, incienso mío, desde este hogar,
Y pide a los dioses que perdonen esta llama clara.

La madera verde y resistente, recién cortada, aunque la usaba poco, respondía

mejor que ninguna otra a mi propósito. A veces dejaba un buen fuego cuando salía a pasear en las tardes de invierno y, cuando volvía, tres o cuatro horas después, seguía ardiendo, resplandeciente. Mi casa no se quedaba vacía aunque me mera. Era como si dejara en ella a una jovial ama de llaves. Allí vivíamos el fuego y yo, y mi ama de llaves era digna de confianza. Un día, sin embargo, mientras cortaba leña, pensé que debía mirar por la ventana y ver si la casa no se había incendiado; fue la única vez, que yo recuerde, que sentí cierta preocupación al respecto, así que miré y vi que una centella había caído en mi cama: entré y la apagué cuando había quemado una extensión tan grande como mi mano. Pero mi casa estaba en una situación tan soleada y abrigada, y su techo era tan bajo, que podía dejar que se apagara el fuego a mitad de casi cualquier día de invierno.

Los topos anidaron en mi bodega y mordisquearon una de cada tres patatas; incluso se prepararon un cómodo lecho con algunas cerdas que habían sobrado después de revocar y papel de estraza. Los animales salvajes aman la comodidad y el calor tanto como el hombre y sobreviven al invierno porque toman muchas precauciones. Algunos de mis amigos hablaban como si yo hubiera ido a los bosques con el propósito de congelarme. El animal se prepara un lecho que calienta con su cuerpo en un lugar abrigado, pero el hombre, tras descubrir el ruego, encierra cierta cantidad de aire en un apartamento espacioso y lo calienta, en lugar de quitárselo a sí mismo, y hace que su lecho, en el que puede moverse sin la ropa más incómoda, mantenga el verano en medio del invierno, y gracias a las ventanas alberga la luz y con una lámpara prolonga el día. De este modo, da un paso o dos más allá del instinto y ahorra algo de tiempo para las bellas artes. Cuando me exponía durante mucho tiempo a las más duras ráfagas, todo mi cuerpo empezaba a mostrarse torpe y, al llegar a la caldeada atmósfera de mi casa, recobraba en seguida mis fuerzas y prolongaba mi vida. La casa más lujosa tiene poco de lo que jactarse al respecto y no tenemos por qué preocuparnos por especular cómo será destruida la raza humana. Sería fácil cortar sus hilos en cualquier momento con una sutil ráfaga del norte. Seguimos datando los días con los viernes fríos y las grandes nevadas; un viernes algo más frío o algo más de nieve pondrían fin a la existencia del hombre sobre la tierra.

En el invierno siguiente usé una pequeña estufa por economía, puesto que el bosque no era mío, aunque no mantuve el fuego tan bien como en la chimenea. Cocinar ya no era, en su mayor parte, un proceso poético, sino químico. Pronto olvidaremos, en estos días de estufas, que solíamos asar patatas en las cenizas, como los indios. La estufa no sólo ocupa la habitación y perfuma la casa, sino que oculta el fuego, y sentí que había perdido un compañero. Siempre podéis ver un rostro en las llamas. El trabajador, mirando el fuego al atardecer, purifica sus pensamientos de los desechos y la terrenalidad que han acumulado durante el día. Pero yo ya no podía

sentarme a mirar el fuego y las palabras oportunas de un poeta acudían a mí con fuerza renovada:

No me faltes nunca, llama brillante.
Tan querida, imagen de la vida, íntima simpatía.
¿Qué, salvo mis esperanzas, se alza tan brillante?
¿Qué, salvo mi fortuna, se hundió tanto en la noche?

¿Por qué has sido desterrada de nuestro hogar y nuestra sala,
Tú, bienvenida y querida por todos?
¿Era tu existencia tan fantástica
Para la luz común de nuestra vida, que es tan torpe?
¿Conversaba misteriosamente tu brillante fulgor
Con nuestras almas afines? ¿Guardaba secretos terribles?
Estamos a salvo y somos fuertes, pues ahora nos sentamos
Junto a un hogar donde no revolotean oscuras sombras,
Donde nada nos alegra ni entristece, sino un luego
Que calienta pies y manos. Y no aspira a más.
Junto a su montón macizo y útil
El presente se sienta y duerme,
Sin temor a los fantasmas que pueblan el pasado.
Con nosotros conversa el fuego junto a la luz desigual del viejo bosque^[107].

PRIMEROS HABITANTES Y VISITAS DE INVIERNO

HE resistido alegres tormentas de nieve y pasado joviales tardes de invierno junto al fuego, mientras la nieve remolineaba salvajemente en el exterior e incluso el ulular del búho quedaba apagado. Durante muchas semanas no encontré a nadie en mis paseos, salvo a los que venían de vez en cuando a cortar madera y llevársela en trineo a la ciudad. Los elementos, sin embargo, me ayudaron a abrir un sendero a través de la nieve más espesa del bosque, pues una vez que pasé el viento empujó las hojas del roble tras mis huellas, en las que se posaron, y al absorber los rayos del sol fundieron la nieve; de este modo, no sólo prepararon un lecho seco para mis pies, sino que, de noche, su oscura línea me servía de guía. Para tener compañía humana me vi obligado a convocar a los primeros ocupantes de estos bosques. En la memoria de muchos de mis conciudadanos, el camino que pasa cerca de donde se levanta mi casa resonaba con la risa y la charla de habitantes y los bosques que la rodean conservaban, aquí y allá, las mellas y salpicaduras de pequeños jardines y moradas, aunque el bosque era entonces mucho más denso que ahora. En algunos lugares, en mi propio recuerdo, los pinos rozaban ambos lados de una calesa y las mujeres y niños que se veían obligados a tomar este camino para ir a Lincoln, a solas y a pie, lo hacían con temor y a menudo corrían en una buena parte del trayecto. Aunque no era más que una humilde ruta hacia las ciudades vecinas o de uso para los leñadores, hubo una época en que era más amena para el viajero, por su variedad, que ahora, y se grababa perdurablemente en la memoria. Donde ahora se extienden firmes campos abiertos de la ciudad a los bosques, el camino corría entonces a través de un pantano lleno de arces sobre un cimientito de troncos, cuyos restos, sin duda, aún yacen bajo el polvoriento camino actual, desde la granja de Stratten, ahora hospicio, hasta Brister's Hill.

Al este de mi campo de judías, cruzando el camino, vivía Cato Ingraham, esclavo de Duncan Ingraham, hacendado y caballero de la ciudad de Concord, que levantó una casa para su esclavo y le dio permiso para vivir en los bosques de Walden: *Cato* no *Uticensis*, sino *Concordiensis*. Algunos dicen que era un negro de Guinea. Hay pocos que recuerden su pedazo de tierra entre los nogales, que dejó crecer hasta que fuera viejo y los necesitara; pero un especulador más joven y más blanco sacó provecho al final. Cato, sin embargo, ocupa una casa igual de estrecha en la actualidad. Su bodega medio derruida aún perdura, aunque pocos lo saben, oculta al viajero por una fila de pinos. Ahora está llena de lisos zumaques (*Rhus glabra*) y una de las especies más antiguas de la caña dorada (*Solidago stricta*) crece en ella de un modo exuberante.

Aquí, en el límite de mi campo, aún más cerca de la ciudad, Zilpha, una mujer de color, tenía su casita, donde tejía lino para la gente de la ciudad y hacía que los bosques de Walden resonaran con su agudo canto, pues tenía una voz poderosa y notable. Durante la guerra de 1812, su morada fue quemada por los soldados ingleses, prisioneros bajo palabra, cuando ella estaba ausente, y su gato y su perro y sus gallinas ardieron con ella. Llevó una vida dura y, en cierto modo, inhumana. Un asiduo de estos bosques recuerda que, al pasar un mediodía por su casa, la oyó refunfuñar acerca de su puchero hirviente: «¡Eres todo huesos, huesos!». He visto ladrillos en aquel bosquecillo de robles.

Camino abajo, en la margen derecha, hacia Brister's Hill, vivía Brister Freeman, «un negro útil», esclavo del hacendado Cummings; allí crecen aún los manzanos que Brister plantó y cuidó, viejos y grandes árboles ahora, aunque su fruto sigue siendo salvaje y ácido para mi gusto. No hace mucho que leí su epitafio en el viejo cementerio de Lincoln, un tanto apartado, cerca de las tumbas anónimas de los granaderos británicos que cayeron en la retirada de Concord, donde se le llama «Sippio Brister» —tenía cierto derecho a ser llamado Escipión el Africano—, «un hombre de color», como si pudiera descolorarse. También decía, con gran énfasis, cuándo murió, lo que era un modo indirecto de informarme de que había vivido. Con él moraba Fenda, su hospitalaria mujer, que decía la fortuna, aunque con agrado: grande, gruesa y negra, más negra que los hijos de la noche, un orbe moreno como nunca se había levantado en Concord ni se ha levantado desde entonces.

Más allá de la colina, en la margen izquierda, por el viejo camino de los bosques, hay señales del hogar de la familia Stratten, cuyo huerto llegó a cubrir toda la ladera de Brister's Hill, aunque desde entonces ha sucumbido a los pinos tea, salvo unas cuantas cepas, con cuyas viejas raíces se fabrican los rodrigones salvajes de muchos árboles prósperos de la ciudad^[108].

Aún más cerca de la ciudad se encuentra la tierra de Breed, al otro lado del camino, justo en el límite del bosque, un lugar famoso por las travesuras de un demonio no del todo identificado en la antigua mitología, que desempeñó un papel destacado y sorprendente en la vida de nuestra Nueva Inglaterra y que merece, como cualquier otro personaje mitológico, que algún día se escriba su biografía: al principio llega como si fuera un amigo o jornalero y luego roba y mata a toda la familia, el Extraño de Nueva Inglaterra. Pero la historia no debe contar aún las tragedias que han tenido lugar aquí; hay que dejar que el tiempo contribuya en cierta medida a mitigarlas y prestarles un matiz azulado. La más confusa y dudosa de las tradiciones dice que hubo aquí una taberna; el pozo es el mismo que atemperaba la bebida del viajero y refrescaba a su montura. Aquí se saludaban los hombres, oían y contaban noticias y seguían su camino.

La cabaña de Breed aún se levantaba hace una docena de años, aunque llevaba

mucho tiempo deshabitada. Era de un tamaño semejante al de la mía. Unos muchachos maliciosos la incendiaron una noche electoral, si no me equivoco. Yo vivía entonces en las afueras de la ciudad y me había perdido en el *Gondibert* de Davenant, en aquel invierno en el que viví en estado de letargo, lo cual, dicho sea de paso, nunca he sabido si considerar un achaque de familia —pues un tío mío se dormía afeitándose y los domingos tenía que pelar patatas en la bodega para mantenerse despierto y respetar el Sabbath—, o una consecuencia de mi intento de leer la colección de poesía inglesa de Chalmers sin omisiones. El incendio pudo con mis *nervii*. Acababa de hundir mi cabeza en los poemas cuando las campanas tocaron alarma y las bombas de incendios se precipitaron en aquella dirección, guiadas por una desordenada masa de hombres y muchachos, yo entre los primeros, pues había saltado el arroyo. Pensábamos que era al sur, más allá de los bosques, pues ya habíamos apagado otros incendios en graneros, tiendas o casas, o en todos ellos a la vez. «Es el granero de Baker», gritó uno. «Es donde Codman», afirmó otro. Entonces, nuevas pavesas se remontaron sobre el bosque, como si se hubiera desplomado el techo, y gritamos al unísono: «¡Concord al rescate!». Los carros pasaron a toda prisa, con su carga a cuestas, llevando consigo, tal vez, entre los demás, al agente de la compañía de seguros, que estaba obligado a acudir por lejos que fuera, y la campana de la bomba de incendios seguía doblando detrás de nosotros, más lenta y segura, y por último, como luego se rumoreó, llegaron quienes habían prendido el fuego y dado la voz de alarma. Nos comportamos como verdaderos idealistas, rechazando la prueba de nuestros sentidos, hasta que, en una vuelta del camino, oímos el chisporroteo y percibimos el calor del fuego por encima del muro y nos dimos cuenta de que, ay, estábamos allí. La cercanía del fuego enfrió nuestro ardor. Al principio pensamos en arrojarle el agua de una charca de ranas, pero al final dejamos que ardiera el granero, derruido ya e inútil. Nos reunimos alrededor de la bomba de incendios, empujándonos unos a otros y expresando nuestros sentimientos a voz en grito o, en un tono menor, recordamos las grandes conflagraciones que el mundo ha visto, incluyendo la de la tienda de Bascom, y en nuestro fuero interno pensamos que si hubiéramos llegado a tiempo con nuestra «tina», teniendo la charca de ranas al lado, podríamos haber convertido aquella conflagración que amenazaba ser la última y universal en otro diluvio. Al cabo, nos retiramos sin haber causado ningún daño; volvimos a dormir y a *Gondibert*. Respecto a *Gondibert*, salvaría aquel pasaje del prefacio donde se dice que el ingenio es el poder del alma, «pero a la mayoría de los hombres el ingenio le resulta extraño, como a los indios la pólvora».

Ocurrió que paseé por aquellos campos a la noche siguiente, a la misma hora, y, oyendo un tenue gemido, me acerqué en la oscuridad y descubrí al único superviviente de la familia que conozco, el heredero de sus virtudes y de sus vicios, y el único al que había afectado el incendio, tumbado boca abajo y mirando las paredes

del sótano, donde aún ardían los rescoldos, murmurando para sí como solía. Había estado trabajando todo el día lejos de allí, en los prados del río, y había aprovechado el primer instante que había tenido para visitar la casa de sus padres y de su juventud. Miró el sótano desde todos los puntos de vista, alternativamente, siempre tumbado, como si recordara un tesoro oculto entre las piedras, aunque no había nada salvo un montón de ladrillos y cenizas. Derruida la casa, contemplaba lo que había quedado. Le consoló la simpatía que mi presencia indicaba y me mostró, hasta donde lo permitía la oscuridad, dónde estaba el pozo tapado que, gracias al cielo, no podría quemarse nunca; anduvo largo tiempo a tientas hasta que encontró la roldana que su padre había tallado y montado, palpando para dar con el gancho o argolla por el que se había colgado un peso hasta el extremo menos ligero —ahora no podía agarrarse a otra cosa—, para convencerme de que no era un «ingenio» cualquiera. Lo palpé y desde entonces lo recuerdo todos los días en mis paseos, pues de él pendía la historia de una familia.

Una vez, a la izquierda, donde se ven el pozo y el arbusto de lilas junto al muro, ahora en campo abierto, vivieron Nutting y Le Grosse. Pero volvamos a Lincoln.

Adentrado en los bosques más que nadie, donde el camino se aproxima a la laguna, se instaló Wyman el alfarero, que suministraba objetos de arcilla a sus conciudadanos y dejó descendientes que le sucedieron. Ninguno de ellos fue rico en bienes terrenales y se les permitió conservar la tierra mientras vivieron. A menudo, el recaudador llegaba hasta allí para cobrar los impuestos y «embargaba una astilla», para guardar las formas, como he leído en sus informes, pues no había otra cosa en la que poner las manos. Un día de verano, mientras yo estaba sembrando, un hombre que llevaba una carga de loza al mercado detuvo su caballo en mi campo y me preguntó por el joven Wyman. Hacía mucho tiempo le había comprado un tomo de alfarero y deseaba saber qué había sido de él. Yo había leído acerca de la arcilla y el torno del alfarero en las Escrituras, pero no se me había ocurrido que las vasijas que usamos no fueran las que se habían conservado intactas desde entonces o no brotaran en alguna parte como calabazas, y me agradó saber que un arte tan plástico se practicara en mi vecindad.

El último habitante que me precedió en estos bosques fue un irlandés, Hugh Quoile (si he desenrollado bien su nombre)^[109], que ocupó el terreno de Wyman, coronel Quoile, como le llamaban. Corría el rumor de que había sido soldado en Waterloo. Si hubiera vivido lo suficiente le habría hecho volver a celebrar sus batallas. Aquí su oficio fue el de cavador. Napoleón fue a Santa Helena; Quoile vino a los bosques de Walden. Todo lo que sé de él es trágico. Era un hombre de buenos modales, propios de quien ha visto mundo, y hablaba con más cortesía de la que podía esperarse. En verano llevaba un gran chaquetón, presa del delirio temblón, y su rostro era de color carmín. Murió en la carretera a los pies de Brister's Hill poco después de que yo

llegara a los bosques, así que no puedo recordarlo como vecino. Antes de que derribaran su casa, que sus camaradas evitaban como un «castillo infausto», la visité. Aún estaban allí sus viejos trajes arrugados por el uso, como si fueran él mismo, sobre su cama levantada en un tablón. Su tonel estaba roto en el hogar, en lugar del cántaro roto en la fuente. El cántaro no pudo ser el símbolo de su muerte, pues me confesó que, aunque había oído hablar de Brister's Spring, no la había visto nunca. Por el suelo había esparcidos naipes sucios, reyes de diamantes, espadas y corazones. Un pollo negro que el administrador no pudo atrapar, negro como la noche y tan silencioso como ella, sin cacarear, a la espera del zorro, se retiró a descansar a la habitación contigua. Alrededor se adivinaba el diseño de un huerto, para el que se había despejado el terreno y que no había sido sembrado nunca, a causa de aquellos terribles ataques,' aunque ya era el tiempo de la cosecha. Estaba plagado de ajeno romano y garrapatas que, por todo fruto, se prendieron a mis ropas. Había una piel de marmota recién tundida a espaldas de la casa, el trofeo de su última Waterloo, aunque el coronel no necesitará otro cálido capote ni mitones.

Ahora, sólo una hondonada en el terreno señala el lugar de esas moradas, con piedras de bodega sepultadas y fresas, sangüesas, frambuesas negras, avellanos y zumaques creciendo en la soleada cespedera; algún pino tea o un rugoso roble ocupa el lugar de la chimenea y tal vez un perfumado abedul negro se inclina donde se hallaba el umbral. A veces se ve el hueco del pozo, donde una vez brotó un manantial, cubierto de hierba seca y sin lágrimas; o tal vez, cuando el último de la raza partió, lo ocultó profundamente para que no fuera descubierto hasta un lejano día. ¡Qué penoso ha de ser tapar un pozo mientras se abren las fuentes de las lágrimas! Estas bodegas sepultadas, viejos agujeros como la madriguera de los zorros, son todo lo que ha quedado donde una vez resonaron el bullicio y la algarabía de la vida humana y «el hado, el libre albedrío y la presciencia absoluta»^[110], de una forma o dialecto u otra, fueron por turno objeto de discusión. Todo cuanto puedo aprender de sus conclusiones equivale a esto: «Cato y Brister cardaron la lana», lo cual es tan edificante como la historia de las más famosas escuelas de filosofía.

Aún crece la lila vivaz una generación después de que la puerta, el dintel y el umbral hayan desaparecido, y sus flores perfumadas se abren cada primavera para que las coja un viajero distraído; plantada y cuidada una vez por manos infantiles en arriates fronteros, ahora se apoya en los muros de pastos retirados y cede su lugar a los nuevos bosques que crecen, la última de aquella estirpe, la única superviviente de la familia. Poco podían imaginar aquellos niños morenos que el diminuto esqueje de dos yemas que clavaron en el suelo, a la sombra de la casa, y regaron cada día, arraigaría de este modo y les sobreviviría a ellos y a la casa en esa zona sombreada, hasta convertirse en el jardín y el huerto del hombre y musitar su historia al viajero solitario, medio siglo después de que hubieran crecido y muerto, floreciendo tan

hermosamente y oliendo con tanta dulzura como en aquella primavera temprana. Anoto sus colores tiernos, delicados, alegres, lilas.

Pero ¿por qué esta pequeña ciudad, germen de algo mayor, ha desaparecido mientras que Concord conserva su terreno? ¿No había aquí ventajas naturales, privilegios de agua, sin duda? Ay, la profunda laguna de Walden y la fría Brister's Spring, un privilegio para beber largos y saludables tragos, desaprovechados por los hombres salvo para limpiar sus vasos. Universalmente fueron una raza sedienta. ¿No podrían haber prosperado aquí los oficios de cestería, de fabricación de escobas, de felpudos, el tueste de maíz, el hilado de lino y la alfarería, haciendo que el desierto floreciera como la rosa para que una descendencia numerosa heredase la tierra de sus padres? El suelo estéril habría sido una prueba contra la degeneración de las tierras bajas. ¡Ay, qué poco aumenta la memoria de estos habitantes la belleza del paisaje! Tal vez la naturaleza pruebe de nuevo conmigo como primer morador y mi casa, levantada la pasada primavera, llegue a ser la más vieja de la aldea.

No sé de nadie que haya construido una casa en el lugar que yo ocupo. Libradme de una ciudad construida en el lugar de una ciudad más antigua, cuyos materiales son ruinas, cuyos jardines son cementerios. El suelo está pelado y maldito en ella y, antes de hacerse necesaria, la propia tierra será destruida. Con esas reminiscencias repoblaba los bosques y arrullaba mis sueños.

En esa época apenas tenía visitas. Cuando la nieve era tan espesa, nadie se aventuraba a acercarse a mi casa durante una semana e incluso una quincena, pero allí vivía tan cómodo como un ratón de campo o como el ganado y las gallinas, de los que se dice que han sobrevivido mucho tiempo sepultados bajo la nieve, incluso sin alimento; o como la familia de aquel pionero en la ciudad de Sutton, en este estado, cuya casa quedó completamente cubierta por la gran nevada de 1717, estando él ausente, hasta que un indio la encontró gracias al agujero que el tiro de la chimenea abrió en la nieve y salvó a la familia. Ningún indio amistoso se preocupó por mí, ni tenía por qué, pues el dueño de la casa estaba en ella. ¡La gran nevada! ¡Qué agradable es oír hablar de ella! Los granjeros no podían salir a los bosques y pantanos con sus yuntas y se vieron obligados a cortar los árboles que daban sombra a sus casas y, cuando la costra de hielo era más dura, a cortar los árboles de los pantanos a diez pies del suelo, como se vio en la primavera siguiente.



«Cuando la nieve era tan espesa, nadie se aventuraba a acercarse a mi casa...».

En las más fuertes nevadas, el sendero que yo seguía desde la carretera hasta mi casa, de una media milla de largo, podría haber sido representado por una ondulante línea de puntos, con amplios intervalos entre los puntos. Durante una semana de tiempo estable di exactamente el mismo número de pasos, y de la misma longitud, al ir y al venir, caminando deliberadamente y con la precisión de un compás sobre mis propias huellas —a semejante rutina nos reduce el invierno—, aunque, a menudo, ya estaban llenas del azul del cielo. Pero el clima no se interpuso fatalmente en mis paseos, o más bien salidas al extranjero, pues con frecuencia recorría ocho o diez millas, a través de la nieve más espesa, para acudir a una cita con un haya, o un abedul amarillo, o un viejo conocido entre los pinos, cuando el hielo y la nieve doblaban sus ramas y afilaban sus copas hasta convertirlos en abetos; o vagaba hasta las cimas de las más altas colinas cuando la nieve tenía casi dos pies de altura, sacudiéndome de la cabeza a cada paso una nueva nevisca; o, a veces, me arrastraba y tanteaba el terreno con manos y rodillas, cuando los cazadores se habían retirado a los

cuarteles de invierno. Una tarde me divertí observando un búho listado (*Strix nebulosa*), posado en una de las ramas muertas inferiores de un pino blanco, cerca del tronco, en pleno día, a una vara de donde yo me encontraba. Me oyó cuando me moví y crujió la nieve bajo mis pies, pero no podía verme con claridad. Al hacer más ruido estiró el cuello y erizó las plumas y abrió los ojos por completo, pero pronto volvieron a cerrársele los párpados y empezó a dormitar. También yo me sentí somnoliento tras observarlo durante media hora, mientras él descansaba con los ojos semiabiertos, como un gato, el hermano alado del gato. Apenas había un resquicio entre sus párpados, gracias al cual mantenía conmigo una relación peninsular, con los ojos semicerrados, mirando desde el país de los sueños y procurando percatarse de mi presencia, un vago objeto o mota que interrumpía sus visiones. Al cabo, a causa de un ruido mayor o de mi cercanía, empezó a inquietarse y perezosamente se removió en su pértiga, molesto por que hubieran turbado sus sueños, y cuando alzó el vuelo y aleteó hacia los pinos, extendiendo unas alas de tamaño inesperado, no oí el menor sonido. Guiándose en la espesura por un delicado sentido de la proximidad de las ramas más que por la vista, advirtiéndole su trayectoria crepuscular, por así decirlo, con sus sensibles alas, encontró una nueva pértiga donde esperar en paz el amanecer de su día.

Mientras seguía el trazado del ferrocarril a través de los páramos, topaba con más de una ráfaga cortante de viento, pues en ningún otro sitio sopla con más libertad, y cuando la escarcha me golpeaba una mejilla, por pagano que fuera, le ponía también la otra. No era mucho mejor la carretera de Brister's Hill. Solía ir tranquilamente a la ciudad, como un indio amistoso, cuando la nieve de los amplios campos abiertos se amontonaba junto a los muros del camino de Walden y media hora era suficiente para borrar las huellas del último viajero. Cuando volvía, se habían formado nuevos aludes, a través de los cuales tanteaba mi camino, y el viento del norte había ido depositando el polvo de nieve en cada recodo del camino, y no podía verse la huella de un conejo ni la menor impresión o el más pequeño rastro de un ratón de campo. Sin embargo, rara vez dejaba de encontrar, incluso en pleno invierno, algún tremedal cálido y húmedo donde la hierba y las berzas medraban con perenne verdor y algún pájaro más osado esperaba el regreso de la primavera.

A veces, a pesar de la nieve, cuando volvía de mi paseo vespertino, me cruzaba con las huellas de un leñador que partían desde mi puerta y encontraba su pila de virutas en el hogar y mi casa llena del olor de su pipa. Si me encontraba en casa un domingo por la tarde, oía crujir la nieve con los pasos de un granjero tozudo que llegaba a mi casa desde un lugar apartado de los bosques para mantener cierto «trato» social; uno de los pocos que, en su vocación, son «hombres en las granjas»^[111] y visten camisa en lugar de la toga de profesor, tan dispuesto a extraer las enseñanzas de la iglesia y el estado como a levantar una carga de estiércol en su granero.

Hablábamos de las épocas rudas y sencillas, cuando los hombres se sentaban alrededor de grandes fuegos, con un tiempo frío y estimulante y la cabeza descubierta, y si no teníamos otro postre, hincábamos el diente en más de una nuez que las sabias ardillas habían dejado, pues las que tienen la cascara más dura suelen estar vacías.

Quien vino a mi casa de más lejos, a través de fuertes nevadas y tenebrosas tempestades, fue un poeta. Un granjero, un cazador, un soldado, un periodista, incluso un filósofo pueden acobardarse, pero nada podría detener a un poeta, pues obra por amor puro. ¿Quién podría predecir sus idas y venidas? Su oficio le llama a cualquier hora, incluso cuando duermen los médicos. Hacíamos que aquella pequeña casa sonara con la bulliciosa alegría y resonara con el murmullo de mucha conversación sobria, enmendando los largos silencios del valle de Walden. En comparación, Broadway estaba tranquila y desierta. A intervalos adecuados había salvas regulares de risa, que podían atribuirse tanto a la última broma o a la siguiente. Elaboramos muchas teorías de la vida «completamente nuevas» sobre un magro plato de gachas, que combinaban las ventajas de la camaradería con la clarividencia que la filosofía requiere.

No debería olvidar que, en mi último invierno en la laguna, di la bienvenida a otra visita^[112], que llegó atravesando la ciudad, la nieve, la lluvia y la oscuridad hasta que vio la luz de mi lámpara entre los árboles, y compartió conmigo largas tardes de invierno. Uno de los últimos filósofos —Connecticut se lo ha dado al mundo—, vendió primero sus mercancías de casa en casa y luego, como él dice, sus ideas. Estas aún las vende, inspirándose en Dios y avergonzando al hombre, dando por todo fruto su cerebro, como el meollo de la nuez. Creo que es el hombre con más fe que existe. Sus palabras y su actitud siempre denotan una situación mejor que aquella con la que están familiarizados los hombres, y sería el último en sentirse decepcionado con la revolución de los tiempos. Ahora no tiene suerte. Relativamente menospreciado en la actualidad, cuando llegue su día se promulgarán leyes imprevistas por la mayoría, y los padres de familia y los gobernantes acudirán a pedirle consejo.

¡Qué ciego está quien no ve la serenidad!^[113]

Un verdadero amigo del hombre; casi el único amigo del progreso humano. Un *Viejo mortalidad*^[114], o más bien inmortalidad, de infinita paciencia y fe para lograr que se vea la imagen grabada en los cuerpos de los hombres, el dios del que son monumentos derruidos y sin rostro. Su hospitalaria inteligencia acoge a los niños, a los mendigos, a los locos y a los sabios, comprende el pensamiento de todos ellos y les añade amplitud y elegancia. Podría abrir una posada en la carretera del mundo donde los filósofos de todas las naciones se reunieran y en cuya muestra dijera: «Alojamiento para el hombre, no para su bestia. Entrad quienes tengáis tiempo y

tranquilidad y busquéis en serio el verdadero camino». Tal vez sea el más sano de los hombres, con menos caprichos que nadie que yo conozca; igual ayer que mañana. Hemos caminado y conversado durante años, hasta dejar atrás el mundo, pues él no estaba ligado a ninguna institución y había nacido libre, *ingenuus*. Allí donde volviéramos nuestros pasos parecía que los cielos y la tierra se juntaban, pues con él aumentaba la belleza del paisaje. Viste de azul y su techo más apropiado es la bóveda celeste que refleja su serenidad. No veo que pueda morir; la naturaleza no podría prescindir de él.

Teniendo cada uno ripias de pensamiento bien secas, nos sentábamos a mondarlas, probando nuestras navajas y admirando la corteza amarillenta del pino blanco. Vadeábamos con tanta gentileza y reverencia, o remábamos juntos tan suavemente, que los peces del pensamiento no se apartaban de la corriente ni temían que lanzáramos el anzuelo, sino que iban y venían majestuosamente, como las nubes que flotan en el cielo occidental y los copos de madreperla que, a veces, se forman y disuelven allí. Allí trabajábamos, revisando la mitología, dándole vueltas a una fábula y construyendo castillos en el aire para los que la tierra no ofrecía un fundamento digno. ¡Gran observador! ¡Siempre expectante! Conversar con él era como leer las mil y una noches de Nueva Inglaterra. Hablábamos de tal modo, el eremita, el filósofo y el antiguo morador del que ya he hablado —los tres—, que mi pequeña casa se expandía y contraía. No me atrevería a decir cuántas libras de peso habría por encima de la presión atmosférica por cada pulgada cuadrada. Las junturas de la casa se abrían de tal modo que tendría que calafatearlas luego con mucho aburrimiento para evitar que se desmoronase, pero me había provisto de una cantidad suficiente de esa clase de estopa.

Había otro con quien pasaba «buenas temporadas», dignas de recuerdo, en su casa de la ciudad, y que me visitaba de vez en cuando^[115], pero no tenía más compañía.

Como en todas partes, también allí esperaba a veces la visita que nunca viene. El Visnú Purana dice: «El anfitrión ha de sentarse al atardecer en el patio de su casa tanto tiempo como lleva ordeñar una vaca, o más si lo desea, para esperar a su huésped». He cumplido a menudo este deber de hospitalidad y esperado tanto tiempo como para ordeñar un rebaño entero de vacas, pero no vi aproximarse al hombre desde la ciudad.

ANIMALES DE INVIERNO

CUANDO las lagunas se helaron del todo, no sólo proporcionaron nuevas y más cortas rutas hacia muchos lugares, sino nuevas vistas desde su superficie del paisaje familiar que las rodeaba. Cuando crucé la laguna de Flint cubierta de nieve, aunque a menudo había remado y patinado en ella, me pareció tan inesperadamente ancha y extraña que no podía pensar más que en Baffin's Bay. Las colinas de Lincoln se alzaban a mi alrededor en el extremo de una llanura nevada, en la que no recordaba haber estado antes, y los pescadores, a una distancia indefinida sobre el hielo, moviéndose lentamente con sus perros lobo, podían pasar por cazadores de focas o esquimales, o con niebla se asemejaban a criaturas fabulosas, y yo no sabía si eran gigantes o pigmeos. Tomé esa ruta cuando fui a dar una conferencia a Lincoln por la tarde y no divisé las huellas del camino ni vi casa alguna entre mi cabaña y la sala de conferencias. En la laguna de Goose, que estaba de camino, moraba una colonia de ratas almizcleras, cuyas madrigueras se levantaban sobre el hielo, aunque no podía verse ninguna fuera de ellas cuando la crucé. Walden, habitualmente sin nieve como las demás o con apenas unas capas superficiales y dispersas, se convertía en un patio donde podía caminar libremente cuando la nieve llegaba a los dos pies en cualquier otra parte y los habitantes de la ciudad quedaban confinados en sus calles. Allí, lejos de las calles y, salvo en contadas excepciones, del cascabel de los trineos, me deslizaba y patinaba como en un vasto recinto de alces bien hollado, rodeado de bosques de robles y solemnes pinos inclinados por la nieve o erizados de carámbanos.

En cuanto a los sonidos de las noches de invierno y, a menudo, de los días de invierno, oía las notas desoladoras, pero melodiosas, de un búho que ululaba indefinidamente lejos, un sonido que la tierra emitiría si fuera pulsada con un plectro adecuado, la verdadera *lingua vernacula* del bosque de Walden, que llegaría a serme familiar, aunque nunca vi al ave mientras lo pronunciaba. Rara vez abría la puerta en una tarde de invierno sin oírlo: *Hoo hoo hoo, hoorer, hoo* se oía sonoramente, las primeras tres sílabas acentuadas como *how der do* o, a veces, sólo *hoo hoo*. Una noche, a principios del invierno, antes de que la laguna se helara, hacia las nueve, me sobresaltó el sonoro graznido de un ganso y, al asomarme a la puerta, oí el rumor de sus alas como una tempestad en los bosques cuando pasó volando muy bajo, por encima de mi casa. Los gansos atravesaron la laguna hacia Fair Haven, al parecer disuadidos de quedarse por mi luz, y su comodoro graznó a buen ritmo en todo momento. De repente, un búho, inconfundible, muy cerca de mí, con la voz más poderosa y tremenda que yo haya oído a ningún habitante de los bosques, respondió a

intervalos regulares al ganso, dispuesto a exponer y disgustar a ese intruso de la bahía de Hudson con la exhibición de una voz de amplitud y volumen nativos, y con su *hoo-hoo* lo expulsó del horizonte de Concord. ¿Qué te propones al alarmar a estas horas de la noche la ciudadela que me está consagrada? ¿Crees que alguna vez me han cogido dormitando y que no tengo pulmones y laringe como tú? ¡*Hoo-hoo, hoo-hoo!* Fue una de las discordancias más estremecedoras que yo haya oído jamás. Sin embargo, si tuviéramos buen oído, encontraríamos en ella los elementos de una concordia que estas llanuras nunca han visto ni oído.

También oía los estertores del hielo en la laguna, mi gran compañero de cama en aquella parte de Concord, como si estuviera inquieto en su lecho y quisiera darse la vuelta, molesto por las flatulencias y los malos sueños, o me despertaba el crepitar del suelo con la escarcha, como si alguien hubiera empujado una yunta hasta mi puerta, y por la mañana encontraba una grieta en la tierra de un cuarto de milla de longitud y un tercio de milla de ancho.

A veces oía a los zorros mientras oteaban la capa de nieve, en las noches de luna, en busca de perdices u otra presa, que ladraban rabiosa y demoniacamente como perros silvestres, como si trataran de librarse de cierta ansiedad, o buscaran la expresión adecuada, luchando por la luz para ser perros y correr libremente por las calles, pues si tuviéramos las épocas en cuenta, ¿no habría una civilización en marcha entre los animales tanto como entre los hombres? Me parecían hombres rudimentarios, cobijados en madrigueras, que obraban aún a la defensiva, a la espera de su transformación. A veces alguno se acercaba a mi ventana, atraído por la luz, emitía una maldición vulpina y se retiraba.

La ardilla roja (*Sciurus hudsonius*) solía despertarme al amanecer, paseando por el techo, arriba y abajo, y por los costados de la casa, como si hubiera salido de los bosques con ese propósito. En el transcurso del invierno arrojé media medida de mazorcas de maíz dulce, aún sin madurar, sobre el manto de nieve junto a mi puerta, y me divertí observando los movimientos de los animales a los que atrajo el cebo. En el crepúsculo y por la noche, los conejos acudían regularmente y se daban un festín. Durante el día, las ardillas rojas iban y venían y me proporcionaban el mayor entretenimiento con sus maniobras. Al principio, una de ellas se acercaba cuidadosamente, saliendo de los robles jóvenes, para deslizarse sobre el manto de nieve a tontas y a locas, como una hoja empujada por el viento: ahora unos pasos por aquí, a una velocidad asombrosa y un gran derroche de energía, apresurándose de un modo inconcebible con sus «trotadoras», como si fuera un apuesta, y luego otros pasos por allá, sin avanzar más de media vara de una vez, y luego se detenía con una expresión cómica y daba un salto gratuito, como si todas las miradas del universo estuvieran pendientes de ella —pues todos los movimientos de una ardilla, incluso en los rincones más apartados del bosque, suponen la presencia de un espectador, como

los de una bailarina, y pierden más tiempo en el retraso y la circunspección del que les habría llevado recorrer la distancia entera, y nunca vi a una que caminara—, hasta que, de repente, antes de que pudieras decir Jack Robinson, se encaramaba a la copa de un joven pino tea para dar cuerda a su reloj y reprender a todos sus espectadores imaginarios, hablando sola y dirigiéndose a todo el universo al mismo tiempo, por motivos que nunca he adivinado y de los que no creo que ella fuera consciente. Al cabo, llegaba hasta el maíz y, escogiendo una mazorca apropiada, volvía a saltar de la misma manera incierta y trigonométrica hasta el tronco más alto de mi pila de leña, ante mi ventana, donde me miraba cara a cara, y allí se quedaba sentada durante horas, recabando de vez en cuando una nueva mazorca que primero mordía con voracidad y luego arrojaba medio pelada, hasta que, poco a poco, se iba volviendo más exquisita y jugaba con la comida, probando sólo el meollo del maíz, y si la mazorca, que pendía de un extremo que la ardilla agarraba, se le caía en un descuido al suelo, la ardilla la miraba con una cómica expresión de incertidumbre, como si sospechara que la mazorca estuviese viva, sin decidirse a recogerla o tomar otra o marcharse, pensando ahora en el grano y luego prestando atención a lo que el viento traía. De este modo, esa descarada desperdiciaba un montón de mazorcas cada mañana, hasta que, tomando alguna mayor y más rolliza, mucho más grande que ella, y sosteniéndola hábilmente, se adentraba con ella en los bosques, como un tigre con un búfalo, con la misma trayectoria zigzagueante y frecuentes pausas, arrastrando la mazorca como si fuera demasiado pesada para ella y tropezando todo el tiempo, trazando con su caída una diagonal entre la vertical y la horizontal, resuelta a llevársela a toda costa; animalillo singularmente frívolo y caprichoso, se la llevaba hasta donde vivía, tal vez la copa de un pino a cuarenta o cincuenta varas de distancia, y yo encontraba más tarde los granos esparcidos en el bosque en varias direcciones.

Luego llegaban los grajos, cuyos gritos discordantes se oían con antelación conforme iban apareciendo cautelosamente a un octavo de milla de distancia y, de una manera furtiva y solapada, revoloteaban de un árbol en otro, cada vez más cerca, y picoteaban los granos que las ardillas habían dejado caer. Posados en las ramas de un pino tea, trataban de tragar apresuradamente un grano demasiado grande para sus gargantas y se atragantaban y, con grandes esfuerzos, lograban vomitarlo, y pasaban toda una hora tratando de partirlo con repetidos golpes de sus picos. Eran ladrones manifiestos y yo no les tenía demasiado respeto, pero las ardillas, algo tímidas al principio, seguían con su tarea como si tomaran lo que les correspondía.

Luego llegaban los paros en bandadas y cogían las migajas que las ardillas habían dejado caer, volaban a la rama más cercana y, colocándolas entre sus garras, las golpeaban con sus pequeños picos, como si fueran un insecto en su caparazón, hasta que quedaban lo suficientemente reducidas para sus estrechas gargantas. Una

pequeña bandada de estos paros acudía todos los días a picotear en mi leñero o las migajas de mi puerta y emitía sus notas tenues, sueltas y balbucientes, como el tintineo de carámbanos en la hierba, que a veces sonaban alegremente *day day day* o, rara vez, en los días de primavera, como un agudo y estival *phe be* en el bosque. Eran tan familiares que uno de ellos se posó en una brazada de leña que estaba transportando y picoteó en las astillas sin temor. Una vez se posó un gorrión en mi hombro durante un instante, mientras yo estaba cavando en un jardín de la ciudad, y me sentí más distinguido por ello que por cualquier charretera que hubiera podido llevar. Las ardillas llegaron también a resultarme muy familiares y, en ocasiones, pasaban por encima de mi zapato si ese era el camino más corto.

Cuando la tierra aún no estaba cubierta del todo y, de nuevo, hacia el final del invierno, cuando la nieve se fundía en mi ladera meridional y sobre mi leñero, las perdices salían de los bosques por la mañana y por la tarde para comer. Por dondequiera que caminemos en los bosques, la perdiz levanta el vuelo con un zumbido de alas y sacude la nieve de las hojas y las ramas secas en lo alto, que se cierne entre los rayos del sol como un polvo dorado, pues el invierno no arredra a esta ave intrépida. Con frecuencia la sepulta la nevada y se dice que «a veces se sumerge de un plumazo en la nieve reciente, donde permanece oculta uno o dos días». Yo solía sorprenderlas también en campo abierto, donde acudían al atardecer desde los bosques para «injertar» los manzanos silvestres. Acuden regularmente cada tarde a determinados árboles, donde el astuto cazador las espera, y los huertos distantes junto a los bosques lo acusan. Me alegra que la perdiz encuentre su alimento, en cualquier caso. Es el pájaro propio de la naturaleza que vive de retoños y dieta líquida.

En las oscuras mañanas o en las breves tardes de invierno, oía a veces a una jauría de sabuesos que rastreaba los bosques con gruñidos y gañidos, incapaz de resistir el instinto de la caza, y a intervalos la nota del cuerno del cazador, que probaba que el hombre estaba en las proximidades. Los bosques resuenan y, sin embargo, ningún zorro irrumpe en el claro de la laguna ni la jauría persigue a su Acteón. Tal vez, por la tarde, viera a los cazadores regresar con una sola cola colgando de su trineo por todo trofeo, camino de la posada. Me han contado que si el zorro se hubiera quedado en el seno de la tierra helada, habría estado a salvo, y no le habría alcanzado sabueso alguno si hubiera corrido en línea recta; pero, habiendo dejado atrás a sus perseguidores, se detiene a descansar hasta que los oye llegar y, cuando corre, traza círculos alrededor de sus viejas madrigueras, donde los cazadores le esperan. A veces, sin embargo, corre muchas varas a lo largo de un muro y luego salta al otro lado, como si supiera que el agua no conservará su olor. Un cazador me dijo que vio una vez a un zorro perseguido por los sabuesos saltar a la laguna de Walden cuando el hielo estaba cubierto de charcos superficiales, recorrerla en parte y volver a la misma orilla. Los sabuesos llegaron, pero perdieron el rastro. A veces, una jauría de caza

pasaba junto a mi puerta sin mirarme, como afectada por una especie de locura que no le permitía distraerse de su propósito. Describía vueltas en círculo hasta que daba con las huellas de un zorro, pues un buen sabueso lo dejará todo por seguirla. Un día llegó un hombre a mi cabaña desde Lexington en busca de su sabueso, que había seguido durante mucho tiempo una pista y llevaba cazando solo una semana. Me temo que lo que le dije no lo volvió más sabio, pues cada vez que intentaba responder a sus preguntas me interrumpía para preguntarme: «¿Qué hace usted aquí?». Había perdido un perro y encontrado a un hombre.

Un viejo cazador taciturno que solía venir a bañarse en Walden una vez al año, cuando el agua estaba más cálida, y me visitaba en esas ocasiones, me dijo que años atrás había cogido su fusil una tarde y salido de excursión al bosque de Walden. Mientras caminaba por la carretera de Wayland, oyó el gañido de los sabuesos que se acercaban y, de inmediato, un zorro saltó por encima del muro a la carretera y, rápido como el pensamiento, saltó por encima del otro muro, de modo que su rápida bala no lo alcanzó. Detrás de él llegaron un viejo sabueso y sus tres cachorros en plena persecución, cazando por su cuenta, y desaparecieron en los bosques. Avanzada la tarde, mientras descansaba en los espesos bosques al sur de Walden, oyó a lo lejos la voz de los sabuesos, hacia Fair Haven, que aún perseguían al zorro, y sus ladridos de caza, que hacían resonar el bosque, se acercaban cada vez más, ahora desde Well-Meadow, ahora desde la granja de Baker. Durante mucho tiempo estuvo alerta, atento a su música, tan dulce para los oídos de un cazador, cuando, de repente, apareció el zorro, atravesando aquellas solemnes veredas a paso ligero, amortiguado su sonido por el simpático crujir de las hojas, rápido y tranquilo, guardando las distancias y dejando atrás a sus perseguidores. De un salto se subió a una roca de los bosques y se mantuvo erguido y atento, de espaldas al cazador. Por un momento, la compasión retuvo su arma, pero fue un estado de ánimo pasajero y, tan rápido como el pensamiento, apuntó y ¡*bang!* El zorro rodó por la roca y cayó muerto al suelo. Él cazador se mantuvo en su sitio y oyó a los sabuesos que se aproximaban, mientras los bosques cercanos resonaban hasta la última vereda con su gañido demoníaco. Al cabo, el viejo sabueso irrumpió a la vista con el hocico en el suelo y, olisqueando el aire como si estuviera poseído, corrió directamente hacia la roca; pero al ver al zorro muerto se detuvo de un brinco, mudo de asombro, y dio vueltas en silencio a su alrededor. Uno tras otro llegaron sus cachorros y, como a su madre, los absorbían el silencio y el misterio. Entonces el cazador se adelantó hasta ponerse en medio y el misterio quedó resuelto. Esperaron en silencio mientras despellejaba al zorro, olisquearon la cola un rato y terminaron por volver a los bosques. Aquella tarde un hacendado de Weston llegó a la cabaña del cazador de Concord para preguntar por sus sabuesos y le contó que llevaban una semana cazando por su cuenta, tras salir de los bosques de Weston. El cazador de Concord le dijo lo que sabía y le ofreció la piel,

pero el otro rehusó y se marchó. No encontró a sus sabuesos aquella noche, pero al día siguiente se enteró de que habían cruzado el río y habían pasado la noche en una granja, de la que, tras alimentarse, habían partido por la mañana temprano.

El cazador que me lo contó podía recordar a un tal Sam Nutting, que solía cazar osos en las rocas de Fair Haven y cambiar sus pieles por ron en la ciudad de Concord, y que le había contado que había visto allí a un alce. Nutting tenía un famoso sabueso que se llamaba Burgoyne —lo pronunciaba *Bugine*—, que mi informante solía pedirle prestado. En el diario de un viejo comerciante de su ciudad, que también era capitán, empleado municipal y representante, encuentro la siguiente entrada: «18 de enero de 1742-3: John Melven, crédito por un zorro gris, 0 libras, 2 chelines, 3 peniques». Ahora ya no quedan zorros grises. En su libro de cuentas, el 7 de febrero de 1743, Hezekiah Stratton tiene de crédito «por media piel de gato 0 libras, 1 chelín, 4 peniques y medio»; por supuesto un gato montes, pues Stratton había sido sargento en las antiguas guerras con Francia y no habría recibido crédito por una caza menos noble. También se daba crédito a cuenta de pieles de ciervo, que se vendían todos los días. Un hombre aún conserva los cuernos del último ciervo muerto en su vecindad y otro me contó los detalles de la caza en que su tío había participado. Los cazadores formaban aquí una numerosa y alegre multitud. Recuerdo bien a un flaco Nimrod que podía recoger una hoja al lado del camino y tocar con ella una melodía más salvaje y melodiosa, si mi memoria me ayuda, que la del cuerno de caza.

A medianoche, cuando había luna, me encontraba a veces en mi camino con sabuesos que merodeaban en los bosques y que se deslizaban furtivamente a mi paso, como temerosos, y permanecían silenciosos entre los arbustos hasta que me alejaba.

Las ardillas y los ratones de campo se disputaban mi reserva de nueces. Había muchos pinos tea alrededor de mi casa, de una a cuatro pulgadas de diámetro, roídos por los ratones el invierno anterior, un invierno noruego para ellos, pues había nevado continua y abundantemente y se habían visto obligados a incluir grandes proporciones de corteza de pino en su dieta. Los árboles parecían vivos y florecientes a mitad de verano, habiendo crecido más de un pie alguno de ellos, aunque estaban completamente descortezados, pero al invierno siguiente, sin excepción, murieron. Es asombroso que a un mero ratón se le permita cenar todo un árbol, royéndolo alrededor en lugar de hacerlo en vertical; tal vez sea necesario para reducir el espesor de estos árboles, que tienden a ensancharse demasiado.

Las liebres (*Lepus americanus*) eran muy familiares. Una se cobijó debajo de mi casa durante todo el invierno, separada de mí sólo por el entarimado, y cada mañana me sobresaltaba con su apresurada partida cuando yo me levantaba: *tap, tap, tap*, golpeándose la cabeza con las tablas del suelo en su apresuramiento. Solían acudir a mi puerta, en la oscuridad, a mordisquear las mondaduras de patatas que yo había arrojado y se parecían tanto al color de la tierra que apenas podía distinguírselas. A

veces, en el crepúsculo, perdía de vista y volvía a divisar a una de ellas, sentada inmóvil bajo mi ventana. Cuando abría la puerta por la tarde, salían chillando y brincando. De cerca me movían a compasión. Una tarde, una de ellas se sentó en mi puerta a dos pasos de mí, temblando de miedo al principio, pero incapaz de moverse; un pobre animal magro y huesudo, con las orejas gachas y la nariz afilada, una cola corta y mandíbulas delgadas. Parecía como si la naturaleza ya no albergara la semilla de sangre más noble y se encontrara en las últimas. Sus grandes ojos parecían jóvenes y enfermos, casi hidrópicos. Dio un paso y, de repente, echó a correr de un elástico salto sobre la capa de nieve, estirando su cuerpo y sus miembros hasta una graciosa longitud, y pronto puso el bosque de por medio: el animal salvaje afirmaba su vigor y la dignidad de la naturaleza. Su esbeltez no carecía de razón. Así era la naturaleza. (*Lepus, levipes*, de pies ligeros, piensan algunos).

¿Qué sería del campo sin conejos ni perdices? Están entre los productos animales más sencillos e indígenas; familias venerables y antiguas conocidas desde la antigüedad hasta los tiempos modernos, la apariencia y la sustancia de la naturaleza, los aliados más cercanos de las hojas y la tierra y entre ellos mismos; unos dotados de pies y las otras de alas. No es probable que tomemos por una criatura salvaje al conejo o la perdiz que salen corriendo, sino como criaturas naturales, tan previsibles como las crepitantes hojas. La perdiz y el conejo prosperarán, como verdaderos nativos del suelo, cualesquiera que sean las revoluciones que tengan lugar. Si se talara el bosque, los retoños y arbustos que brotaran les proporcionarían cobijo y serían más numerosos que nunca. Será un país muy pobre el que no albergue una liebre. Nuestros bosques contienen a ambos y podemos ver a la perdiz y al conejo pasear alrededor de cualquier tremedal, rodeados de cercados de ramas y trampas de crin de caballo tendidas por los vaqueros.

LA LAGUNA EN INVIERNO

TRAS una noche tranquila de invierno me desperté con la impresión de que me hubieran planteado una pregunta a la que había tratado de responder en vano mientras dormía: ¿qué?, ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿dónde? Pero amanecía la naturaleza, por la que todas las criaturas viven, y se asomaba a mis amplias ventanas con un rostro sereno y satisfecho, y en sus labios no había ninguna pregunta. Me desperté a una pregunta contestada, a la naturaleza y la luz del día. La nieve yacía espesamente sobre la tierra moteada de jóvenes pinos y la misma ladera de la colina sobre la que se situaba mi casa parecía decir: ¡Adelante! La naturaleza no pregunta ni responde a nada que nosotros, los mortales, podamos plantear. Hace tiempo que ha tomado una resolución. «Oh príncipe, nuestros ojos contemplan con admiración y transmiten al alma el maravilloso y variado espectáculo del universo. La noche vela, sin duda, una parte de esta gloriosa creación, pero el día vuelve a revelarnos esta gran obra, que se extiende desde la tierra hasta las llanuras del éter».

Entonces acudo a mi trabajo matinal. Primero cojo un hacha y un cubo y voy en busca de agua, si eso no es un sueño. Tras una noche fría y nevada se necesita una varita adivinatoria para encontrarla. En invierno, la superficie líquida y temblorosa de la laguna, tan sensible a cualquier respiración y reflejo de la luz y la sombra, se solidifica hasta un pie o pie y medio de profundidad, de modo que soportaría las yuntas más pesadas, y la nieve suele cubrirla en una profundidad semejante, hasta que no se distingue de un campo llano. Como las marmotas en las colinas circundantes, la laguna cierra sus párpados y se duerme durante tres meses o más. De pie sobre la llanura cubierta de nieve, como en un pastizal entre las colinas, practico primero una vía de un pie en la nieve y luego otro pie en el hielo, hasta abrir una ventana a mis pies, donde, al arrodillarme para beber, contemplo los tranquilos salones de los peces, invadidos por una mitigada luz como a través de una ventana de vidrio esmerilado, con el brillante suelo de arena igual que en verano: allí reina una serenidad perenne e inmovible como en el ambarino cielo del crepúsculo, en consonancia con el temperamento frío y constante de los habitantes. El cielo se encuentra tanto debajo de nuestros pies como encima de nuestras cabezas.

Por la mañana temprano, mientras todas las cosas están ateridas con la escarcha, vienen algunos hombres con cañas de pesca y un magro almuerzo y dejan caer sus sedales a través del campo nevado para coger sollos y percas; hombres salvajes, que instintivamente siguen otras costumbres y confían en otras autoridades distintas a las de sus conciudadanos y que, con sus idas y venidas, cosen las ciudades en aquellas partes que, de otra manera, se desgarrarían. Se sientan en la orilla y toman su

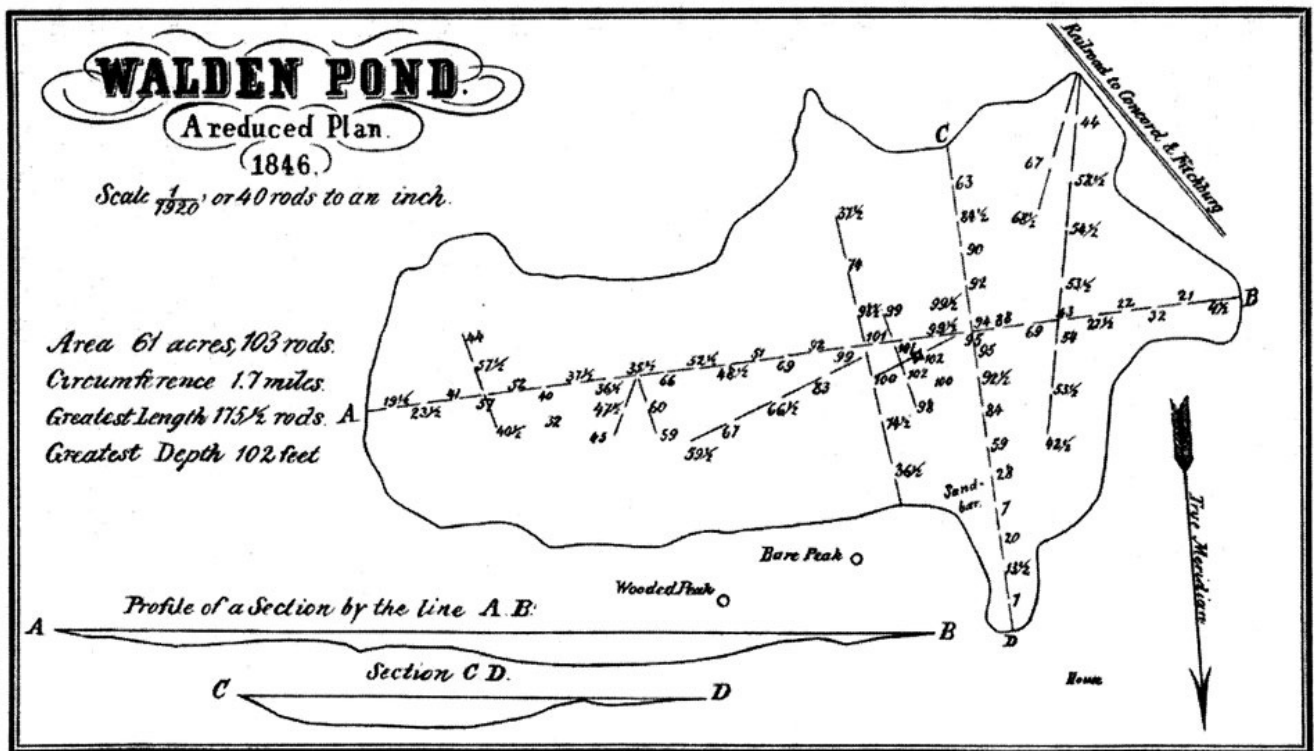
almuerzo con sus gruesos abrigos sobre las hojas secas de roble, tan diestros en la sabiduría natural como el ciudadano lo es en la artificial. Nunca consultan los libros y saben y pueden contar mucho menos de lo que han hecho. Se dice que aún no se conoce lo que practican. Uno de ellos pesca los sollos con la perca como cebo. Miramos su cubo con asombro, que era como una laguna de verano, como si hubiera tenido encerrado en casa el verano o supiera dónde se había retirado. Decidme, ¿cómo ha conseguido esto en medio del invierno? Oh, extrae los gusanos de los troncos podridos al helarse la tierra y de este modo los pesca. Su vida se adentra en la naturaleza más de lo que podrían penetrar los estudios del naturalista. Este levanta el musgo y la corteza con su navaja en busca de insectos; aquel deja los troncos partidos hasta el cerno con su hacha y el musgo y la corteza se esparcen a lo largo y a lo ancho. Se gana la vida descortezando árboles. Un hombre así tiene cierto derecho a pescar y me agrada ver la naturaleza cumplida en él. La perca traga el gusano de la madera, el sollo se traga la perca y el pescador el sollo, y así se cierran todas las grietas en la escala del ser.

Cuando paseaba alrededor de la laguna en tiempo de neblina me divertía a veces la actitud primitiva que adoptaba un pescador más rudo. Tal vez tendiera ramas de aliso sobre los estrechos agujeros en el hielo, separados entre sí por cuatro o cinco varas y a una distancia semejante de la orilla, y, tras asegurar el extremo del sedal a una estaca para impedir que fuera arrastrado al agua, pasara el sedal flojo alrededor de una rama de aliso, a un pie o más sobre el hielo, atado a una hoja seca, la cual, cuando bajara, le mostraría que habían picado. Las ramas de aliso asomaban entre la niebla a intervalos regulares conforme daba la vuelta a la laguna.

¡Ah, los sollos de Walden! Cuando los veo tendidos en el hielo o en la fuente que el pescador practica en el hielo al abrir un pequeño agujero para dejar pasar el agua, siempre me quedo sorprendido por su extraña belleza, como si fueran peces fabulosos, extraños a las calles, incluso a los bosques, extraños como Arabia a nuestra vida de Concord. Poseen una belleza deslumbrante y trascendente que los separa por un amplio intervalo de los cadavéricos bacalaos y abadejos cuya fama resuena en nuestras calles. No son verdes como los pinos, ni grises como las piedras, ni azules como el cielo; pero tienen, a mis ojos, si es posible, colores aún más raros, como flores o piedras preciosas, como si fueran las perlas, los *nuclei* o cristales animalizados del agua de Walden. Por supuesto, ellos son Walden en toda su extensión; son, en sí mismos, pequeños Walden del reino animal, waldenses. Es sorprendente que se pesquen aquí, que en este manantial profundo y capaz, muy por debajo de las matraqueantes yuntas y los carruajes y los cascabeleros trineos que recorren la carretera de Walden, nade este gran pez dorado y esmeralda. Nunca he visto otro parecido en el mercado; habría sido el foco de todas las miradas. Rápidamente, con apenas unas sacudidas convulsivas, entregan su espíritu acuático,

como un mortal trasladado antes de tiempo al aire sutil del cielo.

Como estaba ansioso por recuperar el fondo de la laguna de Walden, perdido durante tanto tiempo, lo examiné cuidadosamente, antes de que se rompiera el hielo, a principios de 1846, con la brújula, la cadena de medir y la sonda. Se contaban muchas historias del fondo, o más bien de la ausencia de fondo de esta laguna, que desde luego carecían de fundamento en sí mismas. Es sorprendente durante cuánto tiempo creen los hombres en la ausencia de fondo de una laguna sin tomarse la molestia de sondearla. He visitado dos supuestas lagunas sin fondo durante un paseo por esta vecindad. Muchos han creído que Walden llegaba hasta la otra parte del globo. Algunos que han estado tumbados sobre el hielo durante mucho tiempo, mirando hacia abajo a través de ese medio engañoso, tal vez con ojos acuosos por añadidura, y llevados a apresuradas conclusiones por temor a enfriarse el pecho, han visto vastos agujeros «en los que podría caber una carga de heno» si alguien pudiera llevarla, la indudable fuente de la Estigia y la entrada a las regiones infernales en esta parte del mundo. Otros han venido desde la ciudad con un «cincuenta y seis»^[116] y un furgón cargado de cuerda de una pulgada, pero no han encontrado fondo alguno, pues mientras el cincuenta y seis descansaba en su camino, seguían dando cuerda en el vano intento de sondear su capacidad, verdaderamente inmensurable, de maravillarse. Pero puedo asegurar a mis lectores que Walden tiene un fondo razonablemente firme a una profundidad razonable, aunque insólita. La sondeé con facilidad con un sedal y una piedra de aproximadamente una libra y media de peso, y podría indicar con precisión cuándo la piedra dejó de tocar fondo al tener que estirar con mucha más fuerza antes de que me ayudara el agua por debajo de ella. La mayor profundidad fue exactamente de ciento dos pies, a los que podrían añadirse los cinco pies que desde entonces ha ganado, hasta sumar ciento siete. Es una profundidad notable para una extensión tan pequeña; sin embargo, la imaginación no podría prescindir de una sola pulgada. ¿Qué pasaría si todas las lagunas fueran superficiales? ¿No influiría esto en los hombres? Agradezco que esta laguna se creara profunda y pura como símbolo. Mientras los hombres crean en lo infinito se pensará que algunas lagunas no tienen fondo.



El dueño de una fábrica, al oír la profundidad que yo había sondeado, pensó que no podía ser cierto, pues, a juzgar por su conocimiento de las presas, la arena no podría posarse en un ángulo tan inclinado. Pero las lagunas más profundas no son tan profundas en proporción a su extensión, como supone la mayoría, y, si se drenaran, no dejarían valles tan notables. No son como copas entre colinas, pues la de Walden, tan insólitamente profunda para su extensión, en una sección vertical por su centro no parecería más profunda que un plato llano. Vacías, la mayoría de las lagunas dejaría un prado tan hondo como los que vemos con frecuencia. William Gilpin, tan admirable en sus relatos de paisajes y habitualmente certero, de pie en el extremo de Loch Fyne, en Escocia, que describe como «una bahía de agua salada, de sesenta o setenta brazas de profundidad y cuatro millas de ancho» y unas cincuenta millas de largo, rodeado de montañas, observa: «Si lo hubiéramos podido ver tras el fragor del diluvio o cualquier otra convulsión de la naturaleza, antes de que las aguas volvieran a su cauce, ¡qué horrible abismo habría parecido!

Tan alto como se elevan las hinchadas colinas, tan bajo
Se hunde un hueco ancho y profundo,
Lecho capaz de albergar las aguas...»^[117].

Pero si tomáramos el diámetro más corto de Loch Fyne y aplicáramos sus proporciones a Walden, la cual, como hemos visto, parecería en una sección vertical un plato llano, sería cuatro veces menos hondo. Eso en lo que respecta a los aumentados horrores del abismo de Loch Fyne si se vaciara. Sin duda, muchos valles sonrientes con sus extensos campos de cereal ocupan exactamente un «horrible

abismo» semejante, del que las aguas han retrocedido, aunque harían falta la intuición y la perspicacia de un geólogo para convencer a los ingenuos habitantes de este hecho. A menudo, una mirada inquisitiva podría descubrir las orillas de un lago primitivo en las colinas bajas del horizonte y no ha sido necesario que a continuación se elevara la llanura para ocultar su historia. Pero es mucho más sencillo, como saben los que trabajan en la carretera, encontrar los agujeros por los charcos tras un aguacero. Lo cierto es que si le damos la menor licencia a la imaginación, cavará más hondo y se encumbrará más alto que la naturaleza. Probablemente se descubra que la profundidad del océano es incomparable con su amplitud.

Mientras sondeaba a través del hielo pude determinar la forma del fondo con más precisión de la que resulta posible al examinar ensenadas cuya superficie no se hielan, y quedé sorprendido por su regularidad general. En la parte más profunda hay varios acres más llanos que casi cualquier campo expuesto al sol, el viento y el arado. En un caso, en una línea escogida arbitrariamente, la profundidad no varió más de un pie en treinta varas y, por lo general, cerca del centro, pude calcular de antemano la variación por cada cien pies en cualquier dirección en tres o cuatro pulgadas. Hay quien suele hablar de agujeros profundos y peligrosos incluso en tranquilas lagunas arenosas como esta, pero el efecto del agua en circunstancias como estas es el de nivelar todas las desigualdades. La regularidad del fondo y su conformidad respecto a las orillas y el tamaño de las colinas vecinas eran tan perfectas que un promontorio distante se manifestaba en los sondeos a lo largo de la laguna, y podía determinarse su dirección observando la orilla opuesta. El cabo se convierte en banco de arena y en un bajío llano, y el valle y la garganta en aguas profundas y canal.

Observé esta sorprendente coincidencia cuando tracé el mapa de la laguna a una escala de diez varas por pulgada y anoté los sondeos, más de cien en conjunto. Al advertir que el número que indicaba la mayor profundidad estaba aparentemente en el centro del mapa, coloqué una regla a lo largo del mapa, y luego a lo ancho, y encontré, para mi sorpresa, que la línea de mayor longitud cortaba la línea de mayor anchura *exactamente* en el punto de mayor profundidad, a pesar de que el centro es casi igual de llano y el perfil de la laguna está lejos de ser regular, habiendo calculado los extremos de longitud y amplitud en el interior de las calas. Entonces me dije: ¿quién sabe si este indicio podría llevar a la parte más profunda del océano igual que a la de una laguna o un charco? ¿No es esta también la regla para medir la altura de las montañas, consideradas lo opuesto de los valles? Sabemos que una colina no es más alta en su parte más estrecha.

De cinco calas, en tres, o en todas las que fueron sondeadas, se observó que había un banco de arena que atravesaba su entrada y las aguas más profundas en su interior, de manera que la bahía tendía a ser una expansión del agua en la tierra no sólo horizontal, sino verticalmente, y a formar una cuenca o laguna independiente; la

dirección de los dos cabos mostraba el curso del banco. Las bahías en la costa del mar también tienen su banco de arena a la entrada. Conforme la boca de la cala era más ancha en comparación con su longitud, la profundidad del agua sobre el banco de arena era mayor en comparación con la cuenca. Dados, entonces, el ancho y el largo de la cala, y las características de la orilla circundante, tendremos elementos suficientes para establecer una fórmula válida en todos los casos.

Para ver hasta qué punto podía calcular, con esta experiencia, el punto más profundo de una laguna, mediante la observación del perfil de su superficie y las características de sus orillas solamente, tracé un plano de la laguna White, que comprende unos cuarenta y un acres y que, como Walden, no tiene isla alguna ni afluente o aliviadero conocidos. Como la línea de mayor anchura caía muy cerca de la línea de mayor longitud, donde dos cabos opuestos se aproximaban uno a otro y dos bahías opuestas se separaban, me atreví a señalar un punto a poca distancia de la última línea, aún en la línea de mayor longitud, como el más profundo. Descubrí la parte más profunda a unos cien pies de ese punto, aún más avanzado en la dirección por la que yo me inclinaba, y era sólo un pie más profunda, es decir, sesenta pies. Por supuesto, una corriente que la atravesara o una isla en la laguna complicarían mucho más el problema.

Si conociéramos todas las leyes de la naturaleza, sólo necesitaríamos un hecho, o la descripción de un solo fenómeno real, para deducir todos los resultados particulares al respecto. Pero apenas conocemos unas cuantas leyes y nuestros resultados están viciados, no, por supuesto, por confusiones o irregularidades de la naturaleza, sino por nuestra ignorancia de los elementos esenciales del cálculo. Nuestras nociones de la ley y la armonía se limitan, por lo común, a los ejemplos que descubrimos; pero la armonía que resulta de un número mucho mayor de leyes, en apariencia conflictivas, aunque en realidad concurrentes, que no hemos descubierto, es aún más maravillosa. Las leyes particulares son como nuestros puntos de vista, igual que, para el viajero, el perfil de una montaña varía a cada paso y ofrece un número infinito de perfiles, aunque una sola forma absoluta. Aunque la hendiéramos o perforásemos, no la comprenderíamos en su integridad.

Lo que he observado de la laguna no es menos cierto en la ética. Es la ley del término medio. Una regla como la de los dos diámetros no sólo nos guía hacia el sol en el sistema solar y hacia el corazón en el hombre, sino que, si trazáramos las líneas correspondientes a lo largo y a lo ancho del conjunto de comportamientos cotidianos y particulares de un hombre y las oleadas de la vida en sus calas y afluentes, donde se cortaran encontraríamos la altura o la profundidad de su carácter. Tal vez sólo necesitemos conocer cómo se inclinan sus orillas y el campo adyacente o las circunstancias para inferir su profundidad y su escondido fondo. Si lo rodearan circunstancias montañosas, una orilla aquilea, cuyas cimas oscurecieran el fondo y se

reflejaran en él, sugerirían una profundidad correspondiente. Pero una orilla baja y suave probaría que es superficial al respecto. En nuestros cuerpos, una frente que se proyecta con osadía se destaca e indica una profundidad de pensamiento semejante. También hay un banco de arena a la entrada de cada cala o inclinación particular; cada una de ellas es nuestra bahía durante una temporada, en la que estamos detenidos y parcialmente varados. Por lo común, esas inclinaciones no son caprichosas, sino que su forma, tamaño y dirección están determinados por los promontorios de la orilla, los antiguos ejes de elevación. Si el banco de arena aumenta debido a las tormentas, las mareas o las corrientes, o porque descienda el nivel del agua, de modo que roza la superficie, lo que al principio era una inclinación en la orilla donde se había refugiado un pensamiento se convierte en un lago individual, separado del océano, donde el pensamiento establece sus propias condiciones, cambia, tal vez, de salado a fresco, se convierte en un mar dulce, en un mar muerto o en una marisma. Con la llegada de cada individuo a esta vida, ¿no podríamos suponer que un banco semejante ha aflorado a la superficie en alguna parte? Es cierto que somos tan malos navegantes que nuestros pensamientos, en su mayor parte, bordean una costa sin bahías y conversan sólo con los recovecos de las bahías de la poesía, o se dirigen a los puertos públicos de registro y entran en los diques secos de la ciencia, donde son reparados para seguir en este mundo, sin que ninguna corriente natural concurra para individualizarlos.

No he descubierto otro afluente o aliviadero de Walden que la lluvia, la nieve y la evaporación, aunque, tal vez, con un termómetro y una cuerda podría encontrarlos, pues donde el agua fluyera en la laguna sería probablemente más fría en verano y más cálida en invierno. Cuando los cortadores de hielo trabajaron en ella entre 1846 y 1847, los témpanos enviados a la orilla fueron rechazados un día por quienes los apilaban allí por no ser lo suficientemente gruesos para estar junto a los demás, y así los cortadores descubrieron que el hielo, en un pequeño espacio, era dos o tres pulgadas más delgado que en otras partes, lo que les hizo pensar que hubiera un afluente por allí. También me enseñaron, en otra parte, lo que llamaban un «coladero», a través del cual la laguna se filtraba por debajo de una colina hasta un prado vecino, llevándome sobre un témpano de hielo para que lo viera. Era una pequeña cavidad bajo diez pies de agua, pero creo que puedo garantizar que la laguna no necesitará soldadura hasta que no encuentren una grieta peor. Alguien ha sugerido que, si se encontrara un «coladero» semejante, su conexión con el prado, de haberla, podría probarse arrojando algo de serrín o polvo coloreado en la boca del agujero y poniendo luego un filtro en el manantial del prado, con el que podrían recogerse las partículas llevadas por la corriente.

Mientras seguía con mis observaciones, el hielo, que tenía dieciséis pulgadas de espesor, se ondulaba con un viento ligero como el agua. Es bien sabido que el nivel

no se puede usar sobre el hielo. A una vara de la orilla, su mayor fluctuación, observada por medio de un nivel puesto en tierra y dirigido hacia un bastón graduado sobre el hielo, era de tres cuartos de pulgada, aunque el hielo parecía firmemente adherido a la orilla. Probablemente fuera mayor en el centro. ¿Quién sabe si no podríamos apreciar la ondulación de la corteza terrestre si nuestros instrumentos fueran suficientemente delicados? Cuando dos soportes de mi nivel estaban apoyados sobre la tierra y el tercero sobre el hielo, y la mira estaba puesta sobre el último, un ascenso o caída del hielo de importancia casi infinitesimal arrojaban una diferencia de varios pies sobre un árbol al otro lado de la laguna. Cuando empecé a practicar agujeros para sondear, había tres o cuatro pulgadas de agua sobre el hielo bajo una profunda capa de nieve que la había rebajado a ese nivel, pero el agua empezó a escurrirse inmediatamente por los agujeros y siguió haciéndolo durante dos días en corrientes profundas, que fundieron el hielo a su paso y contribuyeron esencialmente, si no por completo, a secar la superficie de la laguna, pues conforme se escurría el agua el hielo ascendía y flotaba. Era como abrir un agujero en el fondo de un barco para dejar que saliera el agua. Cuando los agujeros se hielan y llega la lluvia, y una nueva helada forma una suave y fresca capa de hielo que lo cubre todo, oscuras figuras motean hermosamente el interior, parecidas a una tela de araña, a las que podríamos llamar rosetas de hielo, producidas por los canales de agua que fluían de todas partes hacia el centro. A veces, también, cuando el hielo se cubría de charcos superficiales, veía mi sombra repetida, una sobre la cabeza de la otra, una en el hielo, la otra proyectada sobre los árboles o la ladera de la colina.

Mientras aún dura el frío enero y la nieve es espesa y el hielo sólido, el posadero prudente viene de la ciudad para llevarse hielo con el que enfriar su bebida de verano; es conmovedora, incluso patéticamente sabio, prever el calor y la sed de julio en enero, ¡provisto de abrigo y mitones!, cuando se descuidan tantas cosas. Puede que no amontone tesoros en este mundo que enfríen su bebida de verano en el otro. Corta y sierra la sólida laguna, le quita el tejado a la casa de los peces y se lleva en su carro su mismo elemento y aire, sujeto con cadenas y estacas como un haz de leña, a merced del aire favorable del invierno, hasta sus bodegas de invierno, para enterrar allí el verano. Parece azul solidificado cuando, de lejos, atraviesa las calles. Los cortadores de hielo son una raza feliz, pletórica de bromas y esparcimiento; cuando iba con ellos solían invitarme a serrar, y me quedaba en la parte inferior de la cavidad.

En el invierno de 1846 a 1847 llegó un centenar de hombres de extracción hiperbórea que descendieron una mañana a nuestra laguna con muchas carretas cargadas de desmañadas herramientas de labranza, trineos, arados, taladradoras, cortadoras de hierba, palas, sierras, rastrillos, todos ellos armados con una pica de dos

puntas que no describen *El granjero de Nueva Inglaterra* ni *El agricultor*. No sabía si venían a sembrar centeno de invierno u otra clase de cereal introducido recientemente de Islandia. Como no veía abono, pensé que quemaran rastrillar la tierra, como yo había hecho, convencidos de que el suelo era profundo y había estado mucho tiempo en barbecho. Dijeron que un hacendado, que estaba entre bastidores, quería doblar su dinero, el cual, según entendí, ascendía ya a medio millón; pero para cubrir cada uno de sus dólares con otro, le quitó el único abrigo, ay, la propia piel, a la laguna de Walden en medio de un crudo invierno. Se pusieron en seguida a trabajar, arando, rastrillando, pasando el rodillo, abriendo surcos, en un orden admirable, como si estuvieran dispuestos a convertir la laguna en una granja modelo, pero cuando me fijé para ver qué clase de semilla arrojaban al surco, unos cuantos, a mi lado, comenzaron de repente a levantar con ganchos el mismo molde virgen, tirando bruscamente de él de un modo peculiar hasta dar con la arena, o más bien con el agua —pues era un suelo lleno de acuíferos, como toda la *terra firma* allí—, y se lo llevaron en trineos, y entonces supuse que debían de cortar turba en un pantano. Iban y venían cada día, con un silbido peculiar de la locomotora, desde y hasta algún lugar de las regiones polares, según me parecía a mí, como una bandada de árticas aves de nieve. Pero, a veces, la india Walden se vengaba y alguno de los obreros que caminaba detrás de su yunta se deslizaba por una grieta del suelo hacia el Tártaro, y el que tan valiente era se convertía, de repente, en la décima parte de un hombre y a punto estaba de entregar su calor animal, y se alegraba de encontrar refugio en mi casa y reconocía que había alguna virtud en una estufa; o, a veces, el suelo helado arrancaba una pieza de acero de la reja del arado o el arado quedaba atrapado en el surco y tenía que ser cortado.

Literalmente, cien irlandeses, con capataces yanquis, venían de Cambridge cada día para llevarse el hielo. Lo dividían en témpanos con métodos demasiado conocidos para tener que describirlos y, llevados en trineos a la orilla, los halaban rápidamente hasta una plataforma de hielo y los izaban con ganchos de hierro, poleas y aparejos, tiraban de ellos con caballos y los hacinaban firmemente, como si fueran barriles de harina, colocados a nivel uno al lado de otro, una fila tras otra, como si formaran la base sólida de un obelisco diseñado para romper en pedazos las nubes. Me contaron que en un buen día podían sacar mil toneladas, lo que aproximadamente equivalía a la extensión de un acre. Profundos surcos y «huecos de cuna» marcaban el hielo, como si fuera *terra firma*, por el paso de los trineos sobre la misma huella, y los caballos comían invariablemente su avena en casquetes de hielo vaciados como pesebres. Dejaban los témpanos a la intemperie en una pila de treinta y cinco pies de alto por seis o siete varas de ancho, relleno de heno las capas exteriores para evitar el aire, pues cuando el viento, aunque sin ser tan frío, encuentra una abertura, perfora grandes cavidades y deja sólo ligeros soportes o traviesas aquí y allá, hasta que acaba

por derribarla. Al principio parecía una vasta fortaleza azul o Walhalla, pero cuando empezaron a rellenar los resquicios con el rudo heno de las praderas y quedó cubierta de escarcha y carámbanos, parecía una venerable ruina canosa tapizada de musgo, construida con un mármol de vetas azules, la morada del Invierno, el anciano que vemos en los almanaques, su cabaña, como si se hubiera propuesto pasar el verano con nosotros. Calculaban que un veinticinco por ciento del hielo no llegaría a su destino y que un dos o tres por ciento se perdería al transportarlo. Sin embargo, una parte aún mayor de ese montón tenía un destino diferente al previsto, pues ya fuera porque no se encontrara el hielo todo lo bien que se esperaba y contuviera más aire del usual, o por alguna otra razón, no iría nunca al mercado. Ese montón, apilado en el invierno de 1846 a 1847 y estimado en unas diez mil toneladas, fue al cabo cubierto de heno y tablas y, aunque no se destapó hasta el mes de julio siguiente para transportar una parte, el resto quedó expuesto al sol, siguió como estaba durante el verano y el invierno siguiente y no se fundió hasta septiembre de 1848. Entonces la laguna recobró la mayor parte.

Como el agua, el hielo de Walden, visto de cerca, tiene un tono verde, pero a distancia es hermosamente azul, y podríamos distinguirlo con facilidad del hielo blanco del río o del hielo vagamente verdoso de algunas lagunas que se encuentran a un cuarto de milla. A veces, alguno de esos grandes témpanos resbala del trineo del cortador de hielo y cae en una calle de la ciudad, donde permanece durante una semana como una gran esmeralda, un objeto de interés para los transeúntes. He observado que una porción de Walden que, en estado líquido, era verde, al helarse parece azul desde el mismo punto de vista. A veces, las hondonadas que rodean la laguna se llenan de un agua verdosa como la suya, pero al día siguiente serán de un azul helado. Tal vez el color azul del agua y el hielo se deba a la luz y el aire que contienen; cuanto más transparentes sean, más azules. El hielo es un interesante objeto de contemplación. Los cortadores de hielo me dijeron que conservaban en perfecto estado algunos témpanos en los neveros de la laguna Fresh de cinco años de antigüedad. ¿Por qué una vasija de agua se pudre en seguida y el agua helada se conserva siempre dulce? Suele decirse que esa es la diferencia entre los afectos y la inteligencia.

Durante dieciséis días vi desde mi ventana a cien hombres trabajando como afanosos campesinos, con yuntas y caballos y toda la apariencia de los útiles agrícolas, en una imagen como la que vemos en la primera página del almanaque, y cada vez que miraba me acordaba de la fábula de la alondra y los segadores o de la parábola del sembrador y otras parecidas; ahora se han ido y, en treinta días, probablemente, contemplaré desde la misma ventana el agua pura de Walden, verde como el mar, reflejando las nubes y los árboles y evaporándose en soledad, y no quedará ninguna huella de que hombre alguno haya estado por aquí. Tal vez oiga a un

solitario somormujo reírse mientras se zambulle y muda el plumaje o vea a un solitario pescador en su bote, como una hoja flotante, contemplando su forma reflejada en las ondas, donde cien hombres habían estado trabajando.

Así es como, al parecer, los sofocados habitantes de Charleston y Nueva Orleans, de Madrás y Bombay y Calcuta, beben de mi pozo. Por la mañana baño mi inteligencia en la estupenda y cosmogónica filosofía del Bhagavad Gita, desde cuya composición han pasado años enteros de dioses y, en comparación con la cual, nuestro mundo moderno y su literatura parecen endebles y triviales; dudo, incluso, si no habría que referir esa filosofía a un estado anterior de la existencia de lo alejada en su sublimidad que se encuentra respecto a nuestras concepciones. Cierro el libro, voy a mi fuente por agua y, ¡mirad!, me encuentro con el sirviente del brahman, sacerdote de Brahma y de Visnú y de Indra, que aún se sienta en su templo del Ganges leyendo los Vedas o mora en la raíz de un árbol con su corteza de pan y su jarro de agua. Encuentro a su sirviente que viene a sacar agua para su amo y nuestras vasijas, por así decirlo, entrechocan en la misma fuente. El agua pura de Walden se mezcla con el agua sagrada del Ganges. Con viento favorable, fluyen más allá de donde estuvieron las fabulosas islas de la Atlántida y las Hespérides, siguen el periplo de Hannon y, flotando junto a Ternate y Tidore y la entrada del golfo Pérsico, se funden con los vientos tropicales del mar de la India, hasta tocar tierra en puertos de los que Alejandro sólo oyó hablar.

PRIMAVERA

LA abertura de grandes boquetes por los cortadores de hielo suele causar que la laguna se deshiele antes, pues el agua, agitada por el viento, incluso con un tiempo frío, consume el hielo restante. Pero ese no fue el efecto sobre Walden aquel año, pues pronto se revistió de una gruesa vestidura que reemplazó a la anterior. Esta laguna no se deshiele tan pronto como las otras de las cercanías, tanto por su mayor profundidad como porque ninguna corriente la atraviesa y funde o consume el hielo. No he visto nunca que se haya resquebrajado el hielo en invierno, sin exceptuar el de 1852 a 1853, que puso tan duramente a prueba a las lagunas. Suele resquebrajarse a primeros de abril, una semana o diez días después que la laguna de Flint y Fair Haven, empezándose a fundir por el norte y en las partes más superficiales por donde empezó a helarse. Indica, mejor que ninguna otra laguna de los alrededores, el progreso absoluto de la estación, pues los cambios pasajeros de temperatura la afectan menos. Un frío severo de varios días de duración en marzo puede retrasar el deshielo de las otras lagunas, mientras que la temperatura de Walden aumenta casi sin interrupción. Un termómetro instalado en el centro de Walden el 6 de marzo de 1847 se mantuvo a cero grados, en el punto de congelación; cerca de la orilla marcó cero grados y medio. En el centro de la laguna de Flint, el mismo día, marcó 0,2°; a una docena de varas de la orilla, en aguas someras, bajo hielo de un pie de espesor, 2,7°. Esta diferencia de temperatura entre las aguas profundas y las someras de la última laguna, y el hecho de que en su mayor parte sea relativamente poco profunda, muestra que debía deshelerse mucho antes que Walden. El hielo de la parte más superficial era, al mismo tiempo, varias pulgadas más delgado que en el centro. En medio del invierno, el hielo en el centro de la laguna era más cálido y delgado. De igual modo, cualquiera que haya paseado por las orillas de una laguna en verano se habrá dado cuenta de que el agua es más cálida en la orilla, donde sólo tiene tres o cuatro pulgadas de profundidad, que a poca distancia, y en la superficie donde es más profunda, que cerca del fondo. En primavera, el sol no sólo ejerce su influencia mediante la temperatura más elevada del aire y de la tierra, sino que su calor traspasa el hielo de un pie o más de espesor y se refleja desde el fondo en las aguas someras, de modo que también calienta el agua y funde las partes inferiores del hielo y, al mismo tiempo que lo funde de una manera más directa por arriba, lo vuelve desigual y hace que las burbujas de aire que contiene se extiendan hacia arriba y hacia abajo hasta que lo agujerea como un panal y desaparece, de repente, con una fina lluvia de primavera. El hielo tiene sus trepas como la madera y cuando un témpano empieza a descomponerse y «formar celdas», es decir, a asumir la apariencia

de un panal, cualquiera que sea su posición, las celdas de aire forman ángulos rectos con lo que era la superficie del agua. Si hay una roca o un tronco que sobresalen en la superficie, el hielo es mucho más delgado y, con frecuencia, se disuelve al reflejarse el calor, y me han contado que, en un experimento en Cambridge para congelar agua en un pequeño estanque de madera, aunque el aire frío circulaba por debajo y, de este modo, tenía acceso a las dos partes, el reflejo del sol desde el fondo contrarrestaba con creces esta ventaja. Cuando una lluvia cálida funde en medio del invierno la nieve helada de Walden y deja una capa dura, oscura o transparente en el centro, el reflejo del calor creará una banda de hielo blanco fundido, por espeso que sea, de una vara o más de anchura, cerca de las orillas. Como he dicho, las burbujas obran en el interior del hielo como espejos ustorios para fundir el hielo por debajo de la superficie.

Los fenómenos del año tienen lugar cada día en una laguna a una escala reducida. Cada mañana, por lo general, el agua somera se calienta más rápidamente que la profunda, aunque al cabo no se caliente mucho y al atardecer vuelva a enfriarse rápidamente hasta la mañana. El día es un resumen del año. La noche es el invierno, la mañana y la tarde la primavera y el otoño, y el mediodía el verano. Las grietas y estallidos del hielo indican un cambio de temperatura. Una agradable mañana, tras una fría noche, el 24 de febrero de 1850, habiendo ido a pasar el día a la laguna de Flint, me di cuenta con sorpresa de que, al golpear el hielo con la cabeza de mi hacha, resonó como un gong en muchas varas a la redonda, como si hubiera golpeado una piel muy tensa de tambor. La laguna empezó a estallar una hora antes del amanecer, cuando advirtió la influencia de los rayos del sol que se deslizaban sobre ella desde las colinas; se estiró y desperezó como un hombre que se despierta con un tumulto que aumentaba gradualmente y que se mantuvo durante tres o cuatro horas. Durmió una breve siesta al mediodía y volvió a estallar una vez más hacia la noche, al reducirse la influencia del sol. Con tiempo estable, una laguna dispara su fusil al atardecer con gran regularidad. Pero a mitad del día, llena de grietas y con el aire menos sutil, pierde por completo su resonancia y, probablemente, los peces y las ratas almizcleras no quedarían aturridos por un golpe sobre el hielo. Los pescadores dicen que el «trueno en la laguna» espanta a los peces e impide que piquen. La laguna no retumba todas las tardes y no podría decir con seguridad cuándo hay que esperar que lo haga; pero, aunque yo no perciba diferencia alguna en el tiempo, la hay. ¿Quién podría esperar que algo tan grande y frío y espeso fuera tan sensible? Sin embargo, tiene una ley por la que retumba obedientemente cuando le toca con la misma regularidad con la que se abren los capullos en primavera. La tierra está viva y cubierta de papilas. La mayor de las lagunas es tan sensible a los cambios atmosféricos como el mercurio en el termómetro.

Un motivo para venir a vivir en los bosques fue tener tiempo y oportunidad para ver llegar la primavera. El hielo de la laguna empieza a formar celdas y mi tacón se hunde cuando paseo por él. Las brumas, las lluvias y los cálidos soles funden gradualmente la nieve; los días son sensiblemente más largos y compruebo que saldré del invierno sin traer más leña al cobertizo, pues ya no son necesarios los grandes fuegos. Estoy atento a las primeras señales de la primavera, para oír la nota casual de un pájaro recién llegado o el chirrido de la ardilla estriada, cuyas reservas estarán casi agotadas, o ver a la marmota aventurarse fuera de sus cuarteles de invierno. El 13 de marzo, habiendo oído ya al azulejo, al gorrión cantarín y al mirlo, el hielo aún tiene un pie de espesor. Aunque el tiempo se va haciendo más cálido, a simple vista el agua no lo descompone, ni se resquebraja y flota como en los ríos, sino que, aunque completamente fundido en media vara de anchura junto a la orilla, el centro sólo ha formado sus celdas, saturado de agua, de modo que podemos poner los pies en sus seis pulgadas de espesor; pero tal vez al día siguiente, tras una lluvia cálida seguida de bruma, haya desaparecido por completo con la bruma, esfumado. Un año atravesé la laguna sólo cinco días antes de que el hielo desapareciera del todo. En 1845, Walden se deshelo por completo el 1 de abril; en 1846, el 25 de marzo; en 1847, el 8 de abril; en 1851, el 28 de marzo; en 1852, el 18 de abril; en 1853, el 23 de marzo; en 1854, hacia el 7 de abril.

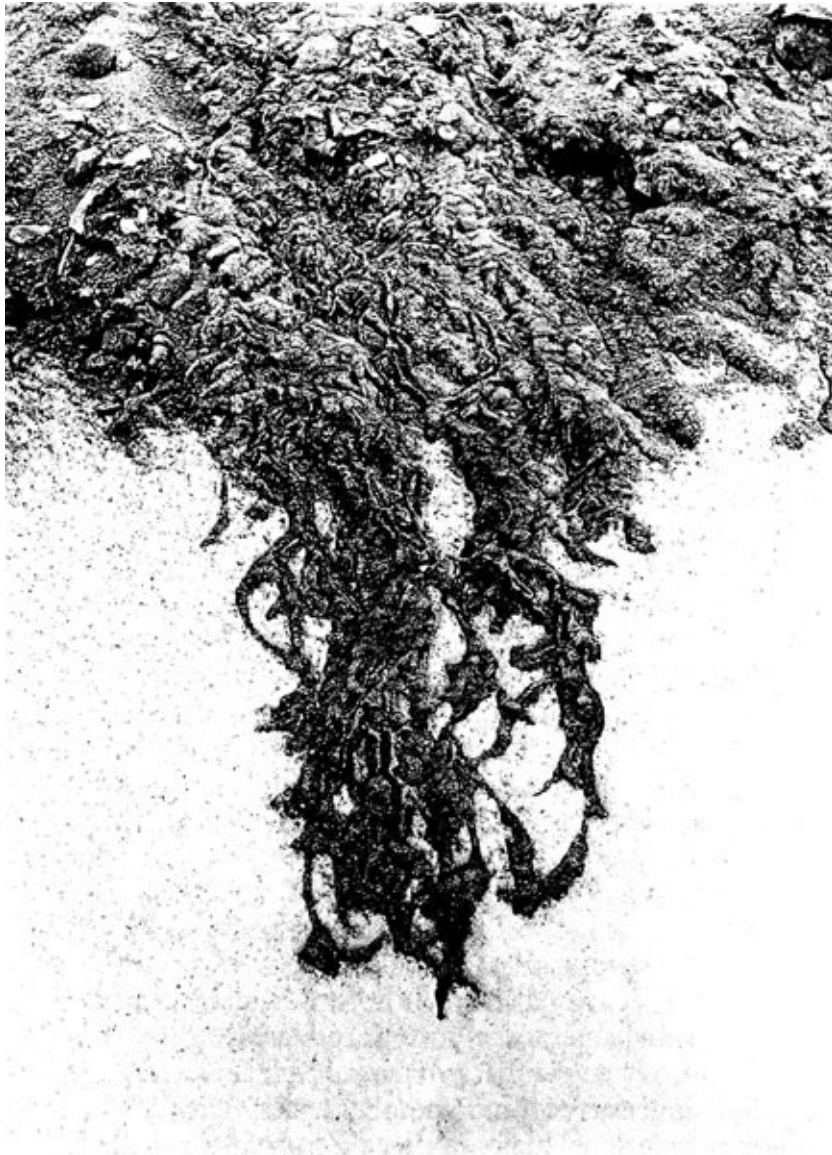
Cualquier incidente relacionado con el resquebrajamiento del hielo en ríos y lagunas y el asentamiento del tiempo es particularmente interesante para nosotros, que vivimos en un clima de grandes extremos. Cuando llegan los días más calurosos, los que viven cerca del río oyen romperse el hielo por la noche con un grito estridente tan fuerte como el sonido de la artillería, como si sus cadenas de hielo se rompieran de un extremo a otro, y en pocos días lo ven desaparecer rápidamente. Así el caimán sale del lodo con temblores de tierra. Un anciano, atento observador de la naturaleza y que parece tan sabio en todo lo que a ella respecta como si la hubieran construido cuando él era un muchacho y hubiera ayudado a ponerle la quilla —alguien que ha alcanzado todo su desarrollo y que será difícil que adquiera más sabiduría natural, aunque viva hasta la edad de Matusalén—, me contó, y me sorprendió oírle expresar su asombro ante las operaciones de la naturaleza, pues pensaba que no había secretos entre ellos, que un día de primavera cogió su fusil y su bote y se dispuso a entretenerse cazando patos. Aún había hielo en los prados, pero había desaparecido del río, y descendió sin obstáculos desde Sudbury, donde vivía, hasta la laguna de Fair Haven, que, inesperadamente, encontró cubierta en su mayor parte de una firme capa de hielo. Era un día cálido y le sorprendió que quedara una cantidad tan grande de hielo. Al no ver ningún pato, escondió su bote en la parte septentrional o trasera de una isla de la laguna y luego se ocultó en los arbustos del sur para esperarlos. El hielo

estaba fundido a tres o cuatro varas de la orilla y había una capa mansa y cálida de agua, de fondo lodoso, como les gusta a los patos, y pensó que sería probable que alguno quedara muy pronto a la vista. Tras esperar cerca de una hora oyó un sonido bajo y aparentemente lejano, aunque singularmente estridente e impresionante, distinto a todo lo que había oído antes, que iba aumentando e intensificándose gradualmente como si fuera a tener un final universal e inolvidable, un rugido y embestida sombríos, que le pareció de repente el sonido de una vasta bandada de aves que fuera a posarse allí y, preparando su arma, se levantó apresurado y excitado; pero, para sorpresa suya, descubrió que la masa de hielo se había desprendido mientras él estaba allí y se deslizaba hacia la orilla, y que el sonido que había oído lo había producido el borde al rozar con la orilla, al principio suavemente roída y desmoronada, pero al cabo elevando y esparciendo sus restos a lo largo de la isla a una altura considerable antes de detenerse.

Al final, los rayos del sol alcanzan el ángulo recto y los vientos cálidos alejan la niebla y la lluvia y funden los bancos de nieve, y el sol dispersa la niebla mientras sonríe a un paisaje variado de colorado y blanco asperjado con incienso, a través del cual el viajero sigue su camino de isla en isla, acariciado por la música de un millar de arroyos y arroyuelos resonantes, cuyas venas se llenan con la sangre del invierno que se llevan consigo.

Pocos fenómenos me han causado tanto placer como observar las formas que la arena caliente y la arcilla asumen al deslizarse por los costados de un profundo socavón del ferrocarril por donde yo pasaba de camino a la ciudad, un fenómeno no demasiado corriente a una escala tan grande, aunque la cantidad de bancos de buen material recientemente expuestos debe de haberse multiplicado desde que se inventó el ferrocarril. El material era arena en todos los grados de finura y de variados y ricos colores, por lo común mezclada con algo de arcilla. Cuando la escarcha desaparece en primavera, e incluso en un día de deshielo en invierno, la arena comienza a deslizarse por las laderas como lava, a veces irrumpiendo a través de la nieve y recubriéndola en lugares donde no se había visto arena antes. Innumerables y pequeñas corrientes se solapan y cruzan unas con otras y muestran una especie de producto híbrido, que obedece en parte la ley de las corrientes y en parte la de la vegetación. Mientras fluye adopta el aspecto de hojas o vides llenas de savia, que forman montones de hojas pulposas de un pie o más de profundidad y se parecen, al mirarlas, a los talos laciniados, lobulados e imbricados de algunos líquenes, o recuerda el coral, las garras del leopardo o las patas de los pájaros, o sesos, pulmones, intestinos y excrementos de todas clases. Es una vegetación verdaderamente *grotesca*, cuyas formas y color vemos imitados en bronce, una especie de follaje arquitectónico más antiguo y típico que el acanto, la achicoria, la hiedra, la vid o cualquier hoja vegetal, destinado, tal vez, en ciertas circunstancias, a convertirse en un

rompecabezas para los futuros geólogos. El socavón entero me impresionó como si fuera una cueva con estalactitas expuestas a la luz. Los diversos matices de la arena son singularmente ricos y agradables y comprenden los distintos colores del hierro, pardo, gris, amarillento y rojizo. Cuando esa masa deslizante alcanza el sumidero al pie del banco, se esparce y allana como en *hebras* y las corrientes separadas pierden su forma semicilíndrica y gradualmente se allanan y ensanchan, y siguen corriendo mientras están húmedas hasta que forman una *arena* llana, aún hermosa y ricamente matizada, en la que se pueden observar las formas originales de la vegetación; hasta que, por fin, en el agua misma, se convierten en *bancos*, como los que se forman en la desembocadura de los ríos, y las formas vegetales se pierden en las estrías del fondo.



«La arena comienza a deslizarse por las laderas como lava...».

A veces, todo el banco, que tiene de veinte a cuarenta pies de alto, queda cubierto de una masa de ese follaje o resquicio arenoso, en un cuarto de milla a uno o ambos costados, producto de un día de primavera. Lo que hace inolvidable este follaje

arenoso es su repentina irrupción en la existencia. Cuando veo en un costado el banco inerte —pues el sol obra primero en un costado— y en el otro ese follaje exuberante, creación de una hora, me siento desconcertado, como si, en cierto modo, estuviera en el laboratorio del artista que creó el mundo y me creó a mí o hubiera llegado al lugar donde aún está manos a la obra, ocupado en este banco, ejecutando sus nuevos diseños con un exceso de energía. Siento como si estuviera más cerca de las entrañas del globo, pues esta sobreabundancia arenosa es algo parecido a la masa foliácea de las entrañas de un cuerpo animal. Así descubrimos en la arena una anticipación de la hoja vegetal. No es extraño que la tierra se exprese exteriormente en forma de hojas si trabaja con esa idea en el interior. Los átomos han aprendido esa ley y están impregnados de ella. La hoja que cuelga ve aquí su prototipo. *Internamente*, sea en el globo o en el cuerpo animal, es un *lóbulo* espeso y húmedo, una palabra especialmente aplicable al hígado y a los pulmones y a los *panículos* de grasa (λείβω, *labor*, *lapsus*, fluir o deslizarse, un lapso; λοβός, *globus*, lóbulo, globo; también regazo, falda y muchas otras palabras); *externamente* una *hoja* delgada y seca, como si la *h* y la *j* hubieran presionado y secado la *b*. Las consonantes de lóbulo son *lb*, la suave masa de la *b* (sencilla, o B, doble) con una *l* líquida detrás de ella que la empuja hacia delante. En *globo*, *glb*, la gutural *g* añade al significado la capacidad de la garganta. Las plumas y las alas de los pájaros son hojas aún más secas y delgadas. Así también pasamos de la tosca larva de la tierra a la mariposa airosa y volandera. El mismo globo se trasciende y traslada a sí mismo continuamente y se convierte en alado en su órbita. Incluso el hielo empieza a formarse con delicadas hojas de cristal, como si se hubiera vertido en moldes que las frondas de plantas acuáticas hubieran forjado en el espejo del agua. El árbol entero no es más que una hoja y los ríos son hojas aún más vastas, cuya pulpa es la tierra intermedia, y pueblos y ciudades son la ova de insectos en sus remansos.

Cuando el sol se retira la arena cesa de fluir, pero, por la mañana, las corrientes reaparecen y se ramifican en una miríada. Tal vez veáis aquí cómo se forman los vasos sanguíneos. Si observáis atentamente, veréis que, en primer lugar, empuja hacia delante desde la masa cálida una corriente de arena suave semejante a una gota, como la yema de un dedo, que se abre camino hacia abajo lenta y ciegamente, hasta que, por fin, con más calor y humedad, conforme asciende el sol, la porción más fluida, en su esfuerzo por obedecer la ley que cumple incluso lo inerte, se separa y forma por sí misma un canal o arteria sinuosa en el que puede verse una pequeña corriente plateada que resplandece como el relámpago de una parte a otra de las hojas o ramas pulposas y que la arena engulle. Es asombroso lo rápida y perfectamente que la arena se organiza mientras fluye, empleando el mejor material que su masa le ofrece para formar los afilados bordes de su canal. Así son las fuentes de los ríos. Tal vez en la materia silícea que el agua deposita se encuentre el sistema óseo y en el suelo aún

más refinado y en la materia orgánica la fibra carnal o el tejido celular. ¿Qué es el hombre sino una masa de arcilla cálida? La yema del dedo humano no es sino una gota congelada. Los dedos de manos y pies se extienden desde la masa caliente del cuerpo. ¿Quién sabe hasta dónde se extendería y fluiría el cuerpo humano bajo un cielo más favorable? ¿No es la mano una hoja de *palma* extendida con sus lóbulos y venas? Podríamos considerar la oreja, de un modo fantástico, como un liquen, *umbilicaria*, a un lado de la *cabeza*, con su lóbulo o gota. El labio —*labium*, de *labor* (¿?)— se regaza o cuelga de los lados de la boca cavernosa. La nariz es a simple vista una gota congelada o estalactita. La barbilla es una gota aún mayor, donde confluye la cara. Las mejillas son laderas que descienden desde las cejas hasta el valle de la cara, opuestas y separadas por los maxilares. Cada lóbulo redondeado de la hoja vegetal es también una gota espesa y perezosa, mayor o menor; los lóbulos son los dedos de la hoja y, cuantos más lóbulos tenga, en más direcciones tenderá a fluir y más calor u otras influencias favorables harán que fluya aún más lejos.

Parecía que esta ladera ilustraba el principio de todas las operaciones de la naturaleza. El creador de la tierra no hizo más que patentar una hoja. ¿Qué Champollion descifrará este jeroglífico para que nosotros podamos aportar una nueva hoja? Este fenómeno es más estimulante para mí que la abundancia y la fertilidad de las viñas. Es cierto que hay algo excrementicio en su carácter y que no hay fin para los montones de hígado y entrañas, como si el globo estuviera vuelto del lado equivocado, pero eso sugiere, al menos, que la naturaleza tiene entrañas y reitera que es la madre de la humanidad. Es la escarcha que se retira del suelo, es la primavera. Precede a la primavera verde y florida, como la mitología precede a la poesía regular. No conozco nada mejor para purgarnos de los tufos e indigestiones del invierno. Me convenzo de que la tierra aún está en pañales y estira sus dedos infantiles por todas partes. De las sienes peladas brotan rizos nuevos. No hay nada inorgánico. Esos montones foliáceos yacen a lo largo del banco como la escoria de un horno y muestran que la naturaleza está «al rojo vivo» en su interior. La tierra no es un mero fragmento de historia muerta, estrato sobre estrato como las hojas de un libro para ser estudiada sólo por geólogos y anticuarios, sino poesía viva como las hojas de un árbol, que preceden a las flores y al fruto; no una tierra fósil, sino una tierra viviente, respecto a cuya gran vida central toda la vida animal y vegetal es un mero parásito. Sus estertores harán que se agiten nuestros restos en sus tumbas. Podríais fundir vuestros metales y verterlos en los moldes más hermosos; nunca serían tan excitantes para mí como las formas que esta tierra fundida arroja, y no sólo ella, sino las instituciones que se fundan sobre ella, son plásticas como la arcilla en manos del alfarero.

No pasará mucho tiempo hasta que, no sólo en estos bancos, sino en cada colina y

llanura y hondonada, la escarcha salga de la tierra como un cuadrúpedo durmiente de su madriguera y busque el mar con música o emigre a otros climas en nubes. El deshielo, con su delicada persuasión, es más poderoso que Thor con su martillo. El primero funde, el segundo rompe en pedazos.

Cuando la tierra estaba parcialmente despejada de nieve y algunos días cálidos habían secado su superficie, era agradable comparar las primeras señales tiernas de la niñez del año que entonces asomaban con la belleza majestuosa de la vegetación marchita que había resistido al invierno: las siemprevivas, las varas de oro, las jaras y las graciosas hierbas silvestres, más visibles e interesantes, con frecuencia, que en el mismo verano, como si su belleza no estuviera madura entonces; incluso la planta del algodón, la espadaña, el verbasco, la candelaria, el corazoncillo, la espirea y otras plantas de tallo duro, graneros inagotables que alimentan a los primeros pájaros, un velo discreto, al menos, para la viuda naturaleza^[118]. Me atrae particularmente el tallo arqueado y agavillado del junco, que devuelve el verano a nuestros recuerdos de invierno y se encuentra entre las formas que el arte prefiere copiar y que, en el reino vegetal, tiene la misma relación que la astronomía con los tipos que ya se encuentran en la imaginación humana. Es un estilo antiguo, más viejo que el griego y el egipcio. Muchos fenómenos invernales sugieren una inexpresable ternura y frágil delicadeza. Estamos acostumbrados a oír hablar de este rey como si fuera un tirano rudo y violento, pero adorna las trenzas del verano con la gentileza de un amante.

Con la llegada de la primavera, las ardillas rojas llegaban hasta mi casa, dos a la vez, directamente a mis pies mientras estaba sentado leyendo o escribiendo y emitían los sonidos más deliciosamente jubilosos y gorjeantes y las piruetas vocales y los gorgoritos más raros que se hayan oído, y si yo pataleaba, entonces gorjeaban más alto, como si hubieran dejado atrás todo temor y respeto en sus locas travesuras y desafiaban a la humanidad a detenerlas. ¿No es así, ardilla, ardilla? Eran completamente sordas a mis argumentos, o no percibían su fuerza, y prorrumpían en una serie de invectivas irresistible.

¡El primer gorrión de la primavera! ¡El año empieza con una esperanza más joven que nunca! ¡Los tenues silbos plateados del azulejo, el gorrión y el mirlo sobre los campos casi desnudos y húmedos, como si los últimos copos del invierno tintinearan al caer! ¿Qué significan entonces las historias, las cronologías, las tradiciones y todas las revelaciones escritas? Los arroyos entonan sus cantos de alabanza a la primavera. El halcón de los marjales vuela sobre los prados en busca de la primera forma de vida viscosa que despierta. El sonido de la nieve que cae derretida se oye en todos los valles y el hielo se disuelve en las lagunas. La hierba ondea en las laderas como un fuego vernal —*et primitus oritur herba imbribus primoribus evocata*—, como si la tierra enviara un calor interior para saludar la vuelta del sol; no amarillo, sino verde, es el color de su llama; símbolo de la perpetua juventud, la brizna de hierba se

extiende como un gran pañuelo verde por la cespедера hacia el verano, duramente castigada por la escarcha, pero de nuevo pujante, levantando su lanza del último heno del año con la vida nueva por debajo. Crece tan firmemente como el arroyo fluye en la tierra. Es casi idéntico a él, pues en los días crecientes de junio, cuando los arroyos se secan, las briznas de hierba son sus canales y, de año en año, los rebaños beben de esta perenne y verde corriente, de la que el segador toma oportunamente su provisión invernal. Así es como nuestra vida humana desciende hasta las raíces y eleva sus briznas verdes hacia la eternidad.

Walden se funde de prisa. Hay un canal de dos varas de ancho al norte y al oeste y aún más ancho al este. Un gran campo de hielo se ha separado de la masa principal. Oigo a un gorrión cantar en los arbustos de la orilla, *olit, olit, olit, chip, chip, chip, che char, che wiss, wiss, wiss*. También él está ayudando a romper el hielo. ¡Qué encantadoras son las grandes y onduladas curvas en el borde del hielo que, en cierto modo, responden a las de la orilla, aunque con mayor regularidad! El hielo es insólitamente duro, debido al severo aunque pasajero frío reciente, y hace aguas y forma vetas como el suelo de un palacio. Pero el viento sopla en vano hacia el este sobre su opaca superficie, mientras no llega a la superficie viva que se encuentra más allá. Es glorioso contemplar este pañuelo de agua brillando al sol, la cara desnuda de la laguna llena de alegría y juventud, como si proclamara el gozo de los peces en su interior y de las arenas en la orilla, un viso plateado como las escamas del *leuciscus*, como si fuera un solo pez en movimiento. Así es el contraste entre el invierno y la primavera. Walden estaba muerta y vuelve a vivir. Pero esta primavera el hielo se ha resquebrajado con más regularidad, como ya he dicho.

El cambio de la tormenta y el invierno al clima sereno y suave, de las horas oscuras y lentas a las brillantes y elásticas es una crisis memorable que todas las cosas proclaman. Parece instantáneo al final. De repente, una oleada de luz llenó mi casa, aunque anocheecía y aún se cernían las nubes del invierno y los aleros goteaban con la cellisca. Miré por la ventana y, allí mismo, donde ayer había un frío hielo gris estaba ahora la laguna transparente, en calma y llena de esperanza como en una tarde de verano, reflejando el cielo de una tarde de verano en el fondo, aunque no fuera visible, como si tuviera comunicación con algún horizonte remoto. Oí en la distancia a un petirrojo, el primero que oía en muchos miles de años, pensé, cuyas notas no olvidaré nunca aunque pasen mil años más, la misma dulce y poderosa canción de siempre. ¡Oh el petirrojo vespertino al final de un día de verano de Nueva Inglaterra! ¡Si pudiera encontrar la rama donde se posa! Me refiero a *él*; me refiero a *la rama*. Él, al menos, no es el *Turdus migratorius*. Los pinos tea y los robles jóvenes que rodeaban mi casa, tanto tiempo languidecientes, recobraron de repente su aspecto y parecían más brillantes, más verdes, más erguidos y vivos, como si la lluvia los hubiera limpiado y restaurado de verdad. Sabía que ya no llovería. Podríaís decir,

mirando cualquier rama del bosque, incluso nuestro leñero, si el invierno ha pasado o no. Conforme oscurecía, me estremecía el *graznido* de los gansos que volaban bajo sobre los bosques, como viajeros cansados que llegaban tarde de los lagos del sur y se permitían quejarse a su antojo y consolarse mutuamente. De pie en mi puerta, pude oír el roce de sus alas cuando, al dirigirse hacia mi casa, descubrieron de improviso mi luz y con un sordo clamor se posaron en la laguna. Entré y cerré la puerta y pasé mi primera noche de primavera en los bosques.

Por la mañana observé a los gansos desde la puerta, a través de la niebla, mientras nadaban en medio de la laguna, a unas cincuenta varas, tan grandes y tumultuosos que Walden parecía una laguna artificial para su diversión. Pero cuando me acerqué a la orilla alzaron en seguida el vuelo con un gran batir de alas a una señal de su guía y, una vez puestos en formación, describieron algunos círculos sobre mi cabeza, unos veintinueve gansos, y partieron rumbo a Canadá, con un *graznido* regular del guía, con la confianza de desayunarse en estanques más fangosos. Una «bandada» de patos alzó el vuelo al mismo tiempo y emprendió viaje hacia el norte en la estela de sus más ruidosos primos.

Durante una semana oí el estrépito escudriñador de algún ganso solitario que daba vueltas en las mañanas brumosas, en busca de sus compañeros, que aún poblaba los bosques con el sonido de una vida mayor de lo que podían soportar. En abril, volvieron a verse las palomas volando con rapidez en pequeñas bandadas y, a su debida época, oí al vencejo chillar por encima de mi claro, aunque no parecía que hubiera tantos en la ciudad como para que quedara uno para mí, e imaginé que pertenecía a una peculiar raza antigua que moraba en el hueco de los árboles antes de que llegaran los hombres blancos. En casi todos los climas, la tortuga y la rana se encuentran entre los precursores y heraldos de esta estación, y los pájaros vuelan con trinos y plumajes resplandecientes, y las plantas brotan y florecen, y el viento sopla para corregir esta ligera oscilación de los polos y preservar el equilibrio de la naturaleza.

Como cada estación nos parece por turno la mejor, la llegada de la primavera es como la creación del cosmos en el caos y el establecimiento de la Edad de Oro.

Eurus ad Auroram Nabataeque regna recessit,
Persidaque et radiis iuga subdita matutinis.

[El Euro se retiró hacia la Aurora, a los reinos nabateos,
A Persia y a las cumbres que se extienden bajo los matinales rayos del sol].

El hombre había nacido. O el artífice de las cosas,
Origen de un mundo mejor, lo creó de un semen divino,
O la tierra, reciente y hacía poco separada del elevado
Éter, que retenía algunas semillas del cielo afín^[119].

Una sencilla y suave lluvia presta a la hierba muchos más matices de verde. Así, nuestras perspectivas brillan con el influjo de mejores pensamientos. Seríamos benditos si viviéramos siempre en el presente y sacáramos ventaja de cualquier accidente que nos ocurriera, como la hierba, que acusa la influencia del más ligero rocío que cae sobre ella, y no pasáramos el tiempo tratando de reparar las oportunidades perdidas, a lo que llamamos cumplir con nuestro deber. Nos mostramos perezosos en invierno cuando ya es primavera. En una agradable mañana de primavera, todos los pecados del hombre quedan perdonados. Un día semejante es una tregua para el vicio. Mientras un sol como ese se mantenga firme para arder, el peor de los pecadores podrá regresar. A través de nuestra propia inocencia recobrada discernimos la inocencia de nuestros vecinos. Ayer pudisteis tener a vuestro vecino por ladrón, borracho, o sensual, y sentir lástima por él o despreciarlo y desesperar del mundo; pero el sol brilla y calienta esta primera mañana de primavera y recrea el mundo y os lo encontráis en una obra más serena y veis cómo sus agotadas y corrompidas venas se extienden con un goce tranquilo y bendicen el nuevo día, acusan la influencia de la primavera con la inocencia de la infancia y todos sus pecados son olvidados. No sólo hay a su alrededor una atmósfera de buena voluntad, sino incluso un aura de santidad que trata de expresarse, tal vez ciega e ineficazmente, como un instinto recién nacido, y durante una breve hora la ladera del sur no devuelve el eco de una broma vulgar. Veis hermosos e inocentes brotes a punto de estallar en las nudosas cortezas y lanzarse a la vida de otro año, tierna y reciente como la planta más joven. Incluso ella ha entrado en el gozo de su Señor. ¿Por qué el carcelero no abre las puertas de la prisión, por qué el juez no suspende el caso, por qué el predicador no despide a su congregación? Pues porque ninguno obedece la señal que Dios les da ni acepta el perdón que él ofrece a todos libremente.

«Cada día se produce una vuelta a la bondad con el tranquilo y benéfico hálito de la mañana y, a causa del respeto al amor y la virtud y del odio al vicio, nos acercamos a la naturaleza primitiva del hombre, como los retoños del bosque que había sido abatido. De manera parecida, el mal que hacemos en el intervalo de un día impide que las semillas de la virtud que empezaban a brotar se desarrollen y las destruye.

»Si se impide que las semillas de la virtud se desarrollen, entonces el benéfico hálito de la tarde no basta para preservarlas. En la medida en que el hálito de la tarde no basta para preservarlas, la naturaleza del hombre no se distingue de la del animal. Los hombres, al ver que la naturaleza del hombre se parece a la del animal, piensan que nunca han tenido la innata facultad de la razón. ¿Son esos los verdaderos y naturales sentimientos del hombre?»^[120].

Primero se creó la edad de oro, que sin vengador
Ni ley abrazaba espontáneamente la fidelidad y la rectitud.
No había castigo ni temor, ni palabras amenazadoras
Grabadas en bronce, ni la multitud suplicante temía

Las palabras de su juez. Estaban a salvo sin vengador.
El pino abatido en la montaña aún no había bajado
Por las líquidas corrientes para ver un mundo ajeno
Y los mortales no conocían otras orillas que las suyas.

Era una primavera eterna y el plácido céfiro, con cálidas ráfagas,
Acariciaba las flores nacidas sin semilla^[121].

El 29 de abril, mientras pescaba en la orilla del río cerca del puente de Nine-Acre-Corner, de pie sobre la hierba temblona y las raíces de sauce, donde acechan las ratas almizcleras, oí un sonido singularmente insistente, parecido al de los bastoncillos con los que los niños juegan con sus dedos, y, al mirar, vi a un halcón muy esbelto y gracioso, como un chotacabras, que alternativamente se elevaba como una ola y descendía una o dos varas, repetidamente, mostrando el dorso de sus alas, que resplandecían al sol como un pañuelo satinado o una perla en su concha. Esa visión me recordó la cetrería y toda la nobleza y poesía asociada a esa práctica. Me pareció que podría llamarse Merlín, pero no me preocupaba su nombre. Era el vuelo más etéreo que yo hubiera visto jamás. No revoloteaba como una mariposa, ni ascendía como los grandes halcones, sino que se complacía con orgullosa confianza en los campos del aire, remontándose una y otra vez con su extraño júbilo y repitiendo su caída libre y hermosa, volviendo como una cometa y recobrándose de su pronunciado descenso, como si nunca hubiera puesto los pies en *terra firma*. No parecía tener un compañero en todo el universo —se divertía solo— ni necesitar más que la mañana y el éter con el que jugaba. No era un solitario, sino que dejaba sola toda la tierra por debajo. ¿Dónde estaba la madre que lo empolló, sus parientes, su padre en los cielos? Inquilino del aire, parecía no tener otra relación con la tierra que la del huevo empollado durante un tiempo en la grieta de un risco, ¿o se construyó su nido natal en el ángulo de una nube, tejido con los adornos del arco iris y el cielo del crepúsculo y orlado con una suave bruma estival tomada de la tierra? Su éter ahora es una nube escarpada.

Además de esto tuve una ración de peces dorados y plateados y de brillante cobre, que parecían una sarta de joyas. Ah, me he adentrado por esos prados en la mañana de muchos días de primavera, pasando de un montículo a otro, de una raíz de sauce a otra, cuando río, valle y bosques salvajes estaban bañados de una luz tan pura y brillante que habría despertado a los muertos si hubieran estado soñando en sus tumbas, como algunos suponen. Allí no hace falta una prueba mayor de inmortalidad. Todas las cosas deben vivir a una luz semejante. Oh muerte, ¿dónde está tu aguijón? Oh tumba, ¿dónde está tu victoria?

La vida de nuestra ciudad se estancaría si no fuera por los bosques inexplorados y los prados que la rodean. Necesitamos el tónico de lo salvaje, vagar de vez en cuando por los marjales donde acechan el avetoro y la gallineta y oír el estampido de la

agachadiza, oler el susurro de la enea donde sólo construyen su nido los pájaros más salvajes y solitarios y el visón se arrastra con el pecho cerca de la tierra. Al mismo tiempo que nos tomamos en serio explorar y aprender todas las cosas, necesitamos que todas las cosas sean misteriosas y no hayan sido exploradas, que la tierra y el mar sean infinitamente salvajes, que no sean investigados ni sondeados por nosotros, porque son insondables. No podemos tener bastante de la naturaleza. Hemos de remozarnos con la vista de un vigor inagotable, de rasgos vastos y titánicos, la costa del mar con sus naufragios, la nube de tormenta y la lluvia que dura tres semanas y produce inundaciones. Necesitamos ver nuestros límites superados y cierta vida pastando libremente donde nosotros no llegaremos nunca. Nos regocijamos al observar al buitre alimentándose de la carroña que nos disgusta y descorazona mientras se procura salud y fuerza al comer. Había un caballo muerto en una hondonada junto al sendero que llevaba a mi casa que, a veces, me obligaba a salirme del camino, especialmente en las noches en que el aire era denso, pero la seguridad que me daba del fuerte apetito e inviolable salud de la naturaleza era una compensación. Me gusta ver que la naturaleza está tan llena de vida que permite que sean sacrificadas miríadas y tolera que sean presa de otras especies; que la existencia de los organismos más tiernos sea serenamente aplastada como una pulpa, renacuajos devorados por garzas, tortugas y sapos reventados en la carretera ¡y que, a veces, llueva carne y sangre! Ante el riesgo de accidente, hemos de aceptar que apenas tiene importancia. La impresión que deja en un sabio es la de la inocencia universal. El veneno no es venenoso ni hay heridas fatales. La compasión carece de fundamento. Habría de ser expeditiva. Sus ruegos no soportan ser estereotipados.

A principios de mayo, los robles, los nogales, los arces y otros árboles que pujaban entre los bosques de pino alrededor de la laguna impartían un brillo como el del amanecer al paisaje, especialmente en los días nublados, como si el sol atravesara las brumas y resplandeciera tenuemente en las laderas, aquí y allá. Al tercer o cuarto día de mayo vi un somormujo en la laguna y, durante la primera semana del mes, oí al chotacabras, a la malviz parda, al tordo, al papamoscas de los bosques, al pinzón y a otros pájaros. Mucho antes había oído al zorzal. El aguador había vuelto y miraba por mi puerta y por mi ventana para ver si mi casa era lo suficientemente cavernosa para él, sosteniéndose sobre sus alas susurrantes con las garras apretadas, como si estuviera colgado en el aire, mientras examinaba el terreno. El polen del pino tea, parecido al azufre, cubrió en seguida la laguna y las piedras y la madera podrida a lo largo de las orillas, de manera que podríais haber recogido un barril. Esa es la «lluvia de azufre» de la que hemos oído hablar. Incluso en el drama *Sacotala* de Calida leemos: «Los arroyos secos de color amarillo por el polvo dorado del loto». Así es como las estaciones se suceden hasta el verano, como alguien que camina sobre hierba cada vez más alta.

De este modo acabó mi primer año de vida en los bosques y el segundo año fue parecido. Abandoné Walden el 6 de septiembre de 1847.

CONCLUSIÓN

Al enfermo, los médicos le recomiendan sabiamente un cambio de aires y escenario. Gracias al cielo, este no es todo el mundo. El castaño de Indias no crece en Nueva Inglaterra y es raro oír aquí al sinsonte. El ganso silvestre es más cosmopolita que nosotros; se desayuna en Canadá, almuerza en Ohio y se despluma para pasar la noche en alguna bahía del sur. Incluso el bisonte, hasta cierto punto, marcha al paso de las estaciones y pace en los pastos de Colorado hasta que una hierba más verde y más dulce le espera en Yellowstone. Sin embargo, pensamos que si se bajaran las barreras del ferrocarril y levantáramos muros de piedra en nuestras granjas, pondríamos límite a nuestras vidas y sellaríamos nuestro hado. Si os eligieran para ocupar un cargo municipal, desde luego, no podríais ir a la Tierra del Fuego este verano, aunque nada os impediría ir a la tierra del fuego del infierno. El universo es más amplio que nuestras perspectivas.

Deberíamos mirar con más frecuencia por encima de la borda de nuestra embarcación, como pasajeros curiosos, y no hacer el viaje como marineros estúpidos, hilando estopa. La otra parte del globo no es sino la casa de nuestro corresponsal. Nuestro viaje es una singladura circular y los médicos no prescriben su medicación más que para enfermedades de la piel. Unos se apresuran a ir al sur de África para cazar jirafas, pero seguramente esa no es la pieza que buscan. Decidme, ¿cuánto tiempo pasaría un hombre cazando jirafas si pudiera? La agachadiza y la becada proporcionan también un raro esparcimiento, aunque confío en que sea un juego más noble dispararse a sí mismo.

Dirige tu mirada al interior y encontrarás
Mil regiones en ti mismo
Por descubrir. Recórrelas y serás
Un experto en la cosmografía doméstica^[122].

¿Qué significa África, qué Occidente? ¿No está nuestro interior en blanco en el mapa? Podría ser negro, como la costa, cuando lo descubriéramos. ¿Serían la fuente del Nilo, del Níger, del Mississippi, o el paso del Noroeste por este continente lo que encontraríamos? ¿Son esos los problemas que más preocupan a la humanidad? ¿Es Franklin el único hombre que se ha perdido para que su mujer se tome tan en serio la tarea de encontrarlo? ¿Sabe el señor Grinnell dónde está él mismo? Seamos Mungo Park, los Lewis, Clarke y Frobisher^[123] de nuestras propias corrientes y océanos; exploremos nuestras latitudes más altas, con barcos cargados de víveres para mantenernos si es necesario, y amontonemos las latas vacías hasta la altura del cielo

como señal. ¿Se ha inventado la comida en conserva sólo para conservar la comida? Seamos un Colón para enteros continentes nuevos y mundos dentro de nosotros; abramos canales nuevos, no para el comercio, sino para el pensamiento. Todos los hombres son señores de un reino comparado con el cual el imperio terrenal del zar es un estado diminuto, una montículo de hielo. Sin embargo, habrá quien sea patriota sin tener respeto *por sí mismo* y sacrifique lo más importante a lo menos. Amará el suelo que albergue su tumba, pero no tendrá simpatía por el espíritu que anima su arcilla. El patriotismo es un gusano en su cabeza. ¿Cuál fue el sentido de aquella expedición a los Mares del Sur, con todos sus desfiles y coste, sino un reconocimiento indirecto del hecho de que hay continentes y mares en el mundo moral, respecto a los cuales cada hombre es un istmo o un afluente, que aún no han sido explorados, y que es más sencillo navegar miles de millas a través del frío y la tormenta y los caníbales, en un barco del gobierno, con quinientos hombres y muchachos para ayudarnos, que explorar a solas el mar privado, el Atlántico y el Pacífico de nuestro ser?

Erret, et extremos alter scrutetur Iberos.
Plus habet hic vitae, plus habet ille viae.

[Que vayan y escruten a los extraños australianos.
Yo tengo más Dios, ellos más camino^[124]].

No vale la pena dar la vuelta al mundo para contar los gatos de Zanzíbar. Sin embargo, hacedlo mientras no tengáis otra cosa mejor que hacer y, tal vez, encontréis algún «agujero de Symmes»^[125] por el que llegar por fin al interior. Inglaterra y Francia, España y Portugal, la Costa Dorada y la Costa de los Esclavos se sitúan frente a este mar privado, pero ningún barco se ha aventurado a perder de vista la tierra, aunque sea el camino seguro hacia la India. Si queréis aprender a hablar todas las lenguas y conformaros a las costumbres de todas las naciones y viajar más lejos que todos los viajeros, naturalizaos en todos los climas y obligad a la Esfinge a golpear su cabeza contra una roca, incluso obedeced al viejo filósofo y exploraos a vosotros mismos. Para ello se necesita ojo y nervio. Sólo los derrotados y los desertores van a las guerras, cobardes que corren a alistarse. Marchad ahora hacia aquel lejano camino del oeste que no se detiene en el Mississippi o el Pacífico ni lleva a una postrada China o Japón, sino que traza una tangente hacia esta esfera, en verano y en invierno, de día y de noche, a la caída del sol, a la caída de la luna y, por fin, a la caída de la tierra.

Se dice que Mirabeau probó a saltar los caminos «para averiguar qué grado de resolución era necesario para oponerse formalmente a las más sagradas leyes de la sociedad». Declaró que «un soldado que lucha en las filas no requiere tanto valor como un salteador de caminos... que el honor y la religión no se han interpuesto nunca en el camino de una resolución bien tomada y firme». Según está el mundo, era

una afirmación valiente y, sin embargo, ociosa, si no desesperada. Un hombre más sano se encontraría a menudo «formalmente opuesto» a lo que se consideran «las más sagradas leyes de la sociedad» si obedeciera leyes aún más sagradas y, de este modo, pondría a prueba su resolución sin apartarse del camino. No es propio del hombre adoptar esa actitud respecto a la sociedad, sino mantenerse en la actitud en que se encuentre debido a la obediencia a las leyes de su ser, que nunca serán opuestas a un gobierno justo, si por azar encontrara uno.

Dejé los bosques por una razón tan buena como la que me llevó allí. Tal vez me pareciera que tenía más vidas que vivir y no podía dedicarle más tiempo a aquella. Es sorprendente con qué facilidad e insensibilidad seguimos una ruta particular y la convertimos en un camino trillado. No llevaba allí una semana y mis pisadas ya habían trazado un sendero desde mi puerta a la orilla de la laguna y, aunque han pasado cinco o seis años desde que lo seguía, aún es visible. Es cierto, temo que otros puedan haberlo seguido y, de este modo, contribuido a mantenerlo despejado. La superficie de la tierra es suave e impresionable a las pisadas de los hombres y lo mismo ocurre con los senderos que recorre la imaginación. ¡Qué gastadas y polvorientas deben de estar las carreteras del mundo, qué profundos los surcos de la tradición y la conformidad! No querría tomar pasaje de camarote, sino ir delante del mástil y sobre la cubierta del mundo, pues allí podré ver mejor la luz de la luna entre las montañas. Ahora no deseo ir hacia abajo.

Al menos, aprendí con mi experimento que si avanzáramos confiadamente en la dirección de nuestros sueños y nos esforzáramos por vivir la vida que habíamos imaginado, nos encontraríamos con un éxito inesperado en las horas corrientes. Dejaríamos cosas detrás, traspasaríamos un límite invisible; leyes nuevas, universales y más liberales empezarían a promulgarse alrededor y dentro de nosotros, o se extenderían las antiguas y serían interpretadas a nuestro favor de un modo más liberal, y viviríamos con el permiso de un orden más elevado de seres. Conforme simplificáramos nuestra vida, las leyes del universo parecerían menos complejas y la soledad ya no sería soledad, ni pobreza la pobreza, ni debilidad la debilidad. Si habéis construido castillos en el aire, vuestra obra no tiene por qué perderse: están donde deben estar. Ahora hay que poner los cimientos debajo.

Es una exigencia ridícula la de Inglaterra y América de que habléis de modo que puedan entenderos. Ni los hombres ni las setas venenosas crecen de ese modo. Como si eso fuera importante y no fuera bastante con entendernos sin ellas. Como si la naturaleza sólo pudiera soportar un orden del entendimiento y no mantuviera tanto a los pájaros como a los cuadrúpedos, a los seres que vuelan y a los que se arrastran, y *so y arre*, que el buey entiende, fueran las mejores palabras. Como si sólo hubiera seguridad en la estupidez. Temo, sobre todo, que mi expresión no sea suficientemente *extra-vagante*, que no vaya más allá de los estrechos límites de mi experiencia diaria,

de modo que sea adecuada a la verdad de la que estoy convencido. ¡*Extra vagancia!* Depende de lo acorralados que estéis. El búfalo errante, que busca nuevos pastos en otra latitud, no es extravagante como la vaca que cocea el cubo, salta la valla del patio y corre tras su ternera a la hora de ordeñar. Deseo hablar en alguna parte *sin* límites, como un hombre en un momento de vigilia, a hombres en momentos de vigilia, pues estoy convencido de que no exageraría tanto como para fundar una expresión sincera. ¿Quién que haya oído una melodía musical teme que pueda volver a hablar extravagantemente? Con la perspectiva del futuro o de lo posible, deberíamos vivir con bastante laxitud e indefinición, siendo nuestro contorno borroso y confuso por ese lado, como nuestras sombras revelan una transpiración imperceptible hacia el sol. La volátil verdad de nuestras palabras debería mostrar continuamente la inadecuación del resto del enunciado. Su verdad es *traducida* de inmediato y sólo queda su monumento literal. Las palabras que expresan nuestra fe y nuestra piedad no están definidas; sin embargo, son significativas y fragantes como el incienso para las naturalezas superiores.

¿Por qué descender siempre hasta el nivel de nuestra percepción más grosera y alabarla como si fuera sentido común? El sentido más común es el sentido de los hombres que duermen y se expresa con ronquidos. A veces tendemos a clasificar a quienes están dotados de un ingenio y medio con quienes sólo tienen la mitad de ingenio, porque sólo apreciamos una tercera parte de su ingenio. Algunos encontrarían faltas en el matiz rojizo de la mañana si se levantaran tan temprano. «Pretenden —he oído decir— que los versos de Kabir tienen cuatro sentidos diferentes: ilusión, espíritu, inteligencia y la doctrina exotérica de los Vedas», pero en esta parte del mundo se considera motivo de queja que los escritos de un hombre admitan más de una interpretación. Si Inglaterra trata de curar la enfermedad de la patata, ¿no habrá nadie que trate de curar la enfermedad del cerebro, que se extiende de un modo mucho más amplio y fatal?

No creo haber alcanzado la oscuridad, pero estaría orgulloso si no se encontrara otra falta más fatal a ese respecto en mis páginas que la que se encontraría en el hielo de Walden. Los consumidores del sur se quejaban de su color azul, que es la prueba de su pureza, como si fuera fangoso, y preferían el hielo de Cambridge, que es blanco, pero sabe a mala hierba. La pureza que aman los hombres es como las brumas que rodean la tierra y no como el éter azul que está más allá.

Algunos ensordecen nuestros oídos diciéndonos que nosotros, los americanos, y, en general, los modernos, somos enanos intelectuales comparados con los antiguos, incluso con los isabelinos. Pero ¿qué importa eso? Un perro vivo es mejor que un león muerto. ¿Tendrá que colgarse un hombre por pertenecer a la raza de los pigmeos en lugar de intentar ser el pigmeo más alto? Que cada uno se ocupe de lo suyo y trate de ser como ha sido creado.

¿Por qué hemos de apresurarnos desesperadamente por tener éxito y en empresas tan desesperadas? Si un hombre no guarda el paso con sus camaradas, tal vez sea porque oye un tambor distinto. Que siga la música que oye, por distinto que sea su ritmo o por lejana que suene. No es importante que madure tan pronto como el manzano o el roble. ¿Tendrá que convertir su primavera en verano? Si la condición de las cosas para las que hemos sido creados aún no se cumple, ¿con qué realidad podríamos sustituirla? No naufraguemos en una realidad vana. ¿Nos esforzaríamos por erigir un cielo de cristal azul sobre nosotros mismos si, cuando estuviera hecho, estuviéramos seguros de que seguimos viendo el verdadero cielo etéreo más allá, como si no existiera el primero?

Había un artista en la ciudad de Kouroo dispuesto a lograr la perfección. Un día se le ocurrió hacer un bastón. Teniendo en cuenta que el tiempo es un ingrediente de las obras imperfectas, y que no forma parte de las perfectas, se dijo a sí mismo: «El bastón será perfecto en todos los sentidos, aunque no haga otra cosa en la vida». Fue en seguida al bosque en busca de madera, pues había resuelto que no haría el bastón con un material inapropiado, y, mientras buscaba y rechazaba una rama tras otra, sus amigos le fueron abandonando, pues fueron envejeciendo en su trabajo hasta morir, aunque él ya no envejeció. La singularidad de su propósito y resolución, y su elevada piedad, le habían dado, sin que lo supiera, la eterna juventud. Como no se había comprometido con el tiempo, el tiempo se apartó de su camino y suspiraba a distancia, porque no podía con él. Antes de que hubiera encontrado una rama apropiada, la ciudad de Kouroo se había convertido en venerables ruinas, y el artista se sentó sobre sus escombros a descortezar la rama. Antes de que le hubiera dado forma, la dinastía de los Candahar se extinguió y, con la punta de la rama, el artista escribió en la arena el nombre del último de aquella raza y, luego, acabó su obra. Cuando hubo alisado y pulido el bastón, Kalpa ya no era la estrella polar y, antes de que hubiera adornado la cabeza del bastón con piedras preciosas, Brahma se había despertado y dormido muchas veces. ¿Por qué me detengo a mencionar esto? Cuando la obra recibió el último toque, se convirtió, de repente, ante la mirada del asombrado artista, en la más hermosa de las creaciones de Brahma. Al hacer un bastón, había creado un nuevo sistema, un mundo de plenas y hermosas proporciones, en el cual, aunque las viejas ciudades y dinastías habían desaparecido, otras más hermosas y gloriosas habían ocupado su lugar. El artista se dio cuenta, por el montón de virutas que aún había a sus pies, de que, en lo que a él y a su obra se refería, el tiempo que había transcurrido había sido una ilusión, y que no había pasado más tiempo del que se requiere para que una sola centella del cerebro de Brahma caiga e inflame la hojarasca de un cerebro mortal. El material era puro y su arte era puro. ¿Cuál podría haber sido el resultado, sino maravilloso?

Ningún otro aspecto que podamos darle a la materia resultará al fin tan

beneficioso como la verdad. Sólo ella es adecuada. En la mayoría de las ocasiones no estamos donde estamos, sino en una posición falsa. Por una falta de firmeza en nuestra naturaleza, suponemos una situación y nos colocamos en ella y, por tanto, estamos en dos situaciones a la vez y es doblemente difícil salir. En los momentos de cordura sólo tenemos en cuenta los hechos, la situación tal y como es. Decid lo que tengáis que decir, no aquello a lo que estéis obligados. Una verdad cualquiera es mejor que un engaño. A Tom Hyde, el calderero, cuando ya estaba en el cadalso, le preguntaron si tenía algo que decir. «Decidles a los sastres —contestó— que no se olviden de hacer un nudo en el hilo antes de dar la primera puntada». La plegaria de su camarada ha sido olvidada.

Por mediocre que sea vuestra vida, aceptadla y vividla; no la esquivéis ni la denostéis. No es tan mala como vosotros. Parece más pobre cuando más ricos sois. Quien a todo le saca punta encontrará faltas incluso en el paraíso. Amad vuestra vida por pobre que sea. Tal vez tengáis una hora grata, conmovedora, gloriosa, incluso en un asilo. El sol poniente se refleja en las ventanas de la casa de la caridad con el mismo resplandor que en la morada del rico; la nieve se funde en su puerta igual de pronto en primavera. No veo sino que un hombre tranquilo pueda vivir tan contento aquí, y albergar pensamientos tan joviales, como en un palacio. Creo que el pobre de la ciudad suele vivir la vida más independiente de todas. Tal vez sea suficientemente magnánimo para recibir sin recelo. La mayoría piensa que está por encima de tener que ser mantenida por la ciudad, pero a menudo ocurre que no está por encima de ser mantenida por medios deshonorosos, lo que debería ser más indecoroso. Cultivad la pobreza como un jardín de hierbas aromáticas, como la salvia. No debe preocuparos lograr más cosas, sean vestidos o amigos. Dad la vuelta a los viejos; volved a ellos. Las cosas no cambian; cambiamos nosotros. Vended vuestras ropas y conservad vuestros pensamientos. Dios proveerá para que no os falte compañía. Si estuviera confinado en el rincón de una buhardilla el resto de mi vida, como una araña, el mundo seguiría siendo tan grande mientras tuviera mis pensamientos conmigo. Un filósofo decía: «A un ejército de tres divisiones podríamos quitarle al general y ponerlo en desbandada, pero ni siquiera al más abyecto y vulgar de los hombres le podríamos quitar su pensamiento». No busquéis con tanta ansia vuestro desarrollo ni someteros a demasiadas influencias que puedan obrar sobre vosotros; todo es disipación. La humildad, como la oscuridad, revela las luces celestiales. Las sombras de la pobreza y la mediocridad nos rodean «y, mirad, la creación se ensancha con nuestra mirada»^[126]. A menudo nos recuerdan que, si nos dieran la riqueza de Crespo, nuestros fines deberían seguir siendo los mismos y nuestros medios esencialmente los mismos. Aunque la pobreza restrinja vuestra esfera de acción y no podáis comprar libros ni periódicos, por ejemplo, quedaréis limitados a las experiencias más significativas y vitales; os veréis obligados a tratar con la materia prima que

proporciona más azúcar y vigor. Cuando la vida está en los huesos es más dulce. Entonces ya no podéis ser frívolos. Nadie pierde en un nivel inferior por la magnanimidad en uno superior. La riqueza superflua sólo puede comprar cosas superfluas. No hace falta dinero para comprar lo que el alma necesita.

Vivo en el ángulo de una pared de plomo, en cuya composición se vertió una pequeña aleación del metal de las campanas. A menudo, en el reposo del mediodía, alcanza mis oídos un confuso *tintinnabulum* del exterior. Es el ruido de mis contemporáneos. Mis vecinos me cuentan sus aventuras con damas y caballeros famosos y a cuántos personajes notables conocieron en la cena, pero no estoy más interesado en esas cosas que en los contenidos del *Daily Times*. El interés y la conversación versan principalmente sobre la moda y los modales, pero un ganso sigue siendo un ganso, vista como vista. Me hablan de California y Texas, de Inglaterra y las Indias, del honorable señor... de Georgia o de Massachusetts, fenómenos transitorios y pasajeros, hasta que estoy listo para saltar de su patio como el bey mameluco. Prefiero seguir mi camino, no ir de procesión con pompa y en desfile por un lugar ilustre, sino caminar junto al constructor del universo, si puedo; no vivir en este inquieto, nervioso, bullicioso, trivial siglo XIX, sino estar de pie o sentado pensativamente mientras pasa. ¿Qué celebran los hombres? Todos forman parte de un comité de preparativos y cada hora esperan el discurso de alguien. Dios es sólo el presidente de turno y Webster su orador. Quiero sopesar, decidir, gravitar hacia lo que me atrae con más fuerza y derecho, no colgar del astil de la balanza para pesar menos; no suponer algo, sino tomar las cosas como son, viajar por el único sendero por el que puedo viajar y en el cual ningún poder se me resiste. No me produce satisfacción empezar a trazar un arco antes de haber puesto cimientos sólidos. No juguemos a patinar sobre hielo delgado. Hay un fondo sólido en cualquier parte. Leemos que el viajero le preguntó al muchacho si el pantano delante de ellos tenía un fondo duro. El muchacho replicó que lo tenía. Pero el caballo del viajero se hundió hasta las cinchas y le dijo al muchacho: «Creía que me habías dicho que esta ciénaga tenía un fondo duro». «Lo tiene —respondió el muchacho—, pero no has recorrido ni la mitad del camino que lleva hasta él». Lo mismo ocurre con las ciénagas y las arenas movedizas de la sociedad; un muchacho crecido lo sabe. Sólo es bueno lo que se cree dicho o hecho en una rara coincidencia. No querría ser como los que insisten absurdamente en meter un clavo en un listón o un revoque; algo así me quitaría el sueño por la noche. Dadme un martillo y dejadme que me percate de dónde hay que perforar. No os fiéis de la masilla. Clavad el clavo hasta fijarlo tan confiadamente que podáis despertaros por la noche y pensar en vuestro trabajo con satisfacción, un trabajo en el que no os diera vergüenza invocar a la musa. Así, y sólo así, Dios nos ayudará. Cada clavo clavado será un remache más en la máquina del universo si hacéis vosotros el trabajo.

Dadme la verdad, más que amor, dinero, fama. Me senté a una mesa donde había buena comida y vino en abundancia y un servicio solícito, pero no había sinceridad ni verdad, y me marché con hambre de aquel inhóspito banquete. La hospitalidad fue tan fría como los helados. Creo que no habría hecho falta hielo para congelarlos. Me hablaban de la antigüedad del vino y de la fama de la cosecha, pero yo pensaba en un vino más añejo, más reciente, más puro, de una cosecha más gloriosa que no habían recogido y no podían comprar. El estilo, la casa, el terreno y las «diversiones» no son nada para mí. Fui a visitar a un rey, pero me hizo esperar en el vestíbulo y se comportó como un hombre incapacitado para la hospitalidad. Había un hombre en mi vecindario que vivía en el hueco de un árbol. Sus modales eran verdaderamente regios. Me habría ido mejor si le hubiera visitado a él.

¿Cuánto tiempo seguiremos sentados en nuestros porches practicando ociosas y rancias virtudes que cualquier trabajo haría impertinentes? ¿Como si alguien pudiera empezar el día con resignación y contratar a un hombre para que cultivara sus patatas y, por la tarde, acudir a practicar la mansedumbre y la caridad cristianas con premeditada bondad! Consideremos el orgullo chino y la sofocante complacencia de la humanidad consigo misma. Esta generación tiende a congratularse de ser la última de una estirpe ilustre y en Boston, Londres, París y Roma, pensando en su larga descendencia, habla satisfecha de sus progresos en el arte y la ciencia y la literatura. ¡Hay actas de las sociedades de filosofía y elogios públicos de los grandes hombres! El buen Adán contempla su propia virtud. «Sí, hemos hecho grandes cosas y entonado canciones divinas que nunca morirán», es decir, mientras *nosotros* las recordemos. ¿Dónde están las sociedades ilustradas y los grandes hombres de Asiria? ¡Qué jóvenes filósofos y experimentadores somos! No hay uno solo de mis lectores que haya vivido una vida humana en su integridad. Tal vez sean estos los meses de primavera de la vida de la raza. Aunque hayamos pasado la sarna de los siete años, aún no hemos visto la plaga de langostas de diecisiete años en Concord. Estamos familiarizados con una mera película del globo sobre el que vivimos. La mayoría no ha cavado más de seis pies de hondo en la superficie ni saltado otro tanto sobre ella. No sabemos dónde estamos. Además, casi la mitad del tiempo estamos profundamente dormidos. Sin embargo, juzgamos que somos sabios y tenemos un orden establecido en la superficie. ¡Verdaderamente somos pensadores profundos, espíritus ambiciosos! Cuando estoy por encima del insecto que se arrastra entre las agujas de pino por el suelo del bosque y trata de ocultarse a mi vista, y me pregunto por qué acaricia esos humildes pensamientos y esconde su cabeza de mí, que podría ser su benefactor y transmitir a su raza una información jubilosa, recuerdo al gran benefactor y a la inteligencia que está por encima de mí, el insecto humano.

Hay un flujo incesante de novedad en el mundo y, sin embargo, toleramos una torpeza increíble. Sólo tengo que señalar los sermones que aún se escuchan en los

países más ilustrados. Contienen palabras como gozo y pena, pero sólo son la carga del salmo, entonado con un gangueo nasal, mientras seguimos creyendo en lo ordinario y mediocre. Pensamos que sólo podemos cambiar de vestido. Se dice que el Imperio Británico es muy grande y respetable y que los Estados Unidos son una potencia de primer orden. No creemos que una marea suba y baje detrás de cada hombre, en la cual el Imperio Británico flotaría como una astilla si los hombres la abrigaran en su imaginación. ¿Quién sabe qué plaga de langostas de diecisiete años saldrá del suelo? El gobierno del mundo en el que vivo no se ha formado, como el de Gran Bretaña, en conversaciones de sobremesa regadas con vino.

La vida está en nosotros como el agua en el río. Podría subir este año más de lo que el hombre ha conocido jamás e inundar las sedientas tierras altas, incluso podría ser el año memorable en que se ahoguen todas nuestras ratas almizcleras. No siempre ha sido seca la tierra donde vivimos. Veo tierra adentro las orillas que la corriente bañaba antiguamente, antes de que la ciencia empezara a registrar sus crecidas. Todo el mundo ha oído contar la historia que circula por Nueva Inglaterra del fornido y hermoso insecto que salió de la tabla seca de una vieja mesa de madera de manzano y que había estado en la cocina de un granjero durante sesenta años, primero en Connecticut y luego en Massachusetts, de un huevo depositado en el árbol vivo muchos años antes, como se vio al contar las capas anulares a su alrededor. Lo oyeron roer durante semanas, tal vez empollado por el calor de una cafetera. ¿Quién no siente fortalecida su fe en la resurrección y la inmortalidad al oír esto? ¿Quién sabe qué hermosa y alada vida —cuyo huevo ha estado sepultado durante años bajo muchas capas concéntricas de rigidez en la seca vida muerta de la sociedad, depositado al principio en la albura del árbol verde y vivo, gradualmente convertido en la semblanza de su tumba acondicionada, una vida a la que tal vez la asombrada familia del hombre, sentada a la mesa festiva, haya oído roer durante años— podrá salir inesperadamente del mobiliario más trivial y usado para disfrutar, por fin, su perfecta vida de verano!

No digo que John o Jonathan^[127] se den cuenta de todo esto, pero ese es el carácter de la mañana que el mero paso del tiempo no puede hacer que amanezca. La luz que deslumbra nuestros ojos es oscuridad para nosotros. Sólo amanece el día para el que estamos despiertos. Queda más día por amanecer. El sol no es sino una estrella matutina.



HENRY DAVID THOREAU. Concord (EE. UU.), 1817 - Ibídem, 1862. Escritor y ensayista estadounidense. Nacido en el seno de una familia modesta, se graduó en Harvard en 1837 y volvió a Concord, donde inició una profunda amistad con el escritor Ralph Waldo Emerson y entró en contacto con otros pensadores trascendentalistas. En 1845 se estableció en una pequeña cabaña que él mismo construyó cerca del pantano de Walden a fin de simplificar su vida y dedicar todo el tiempo a la escritura y la observación de la naturaleza. En este período surgieron *Una semana en los ríos Concord y Merrimack* (1849), descripción de una excursión que diez años antes había realizado con su hermano, y, finalmente, *Walden* (1854), que tuvo una notable acogida.

En 1846, concluida su vida en el pantano, Thoreau se negó a pagar los impuestos que el gobierno le imponía, como protesta contra la esclavitud en América, motivo por el cual fue encarcelado; este episodio le llevó a escribir *Desobediencia civil* (1849), donde establecía la doctrina de la resistencia pasiva que habría de influir más tarde en figuras de la talla de Gandhi y Martin Luther King. Cercano a los postulados del trascendentalismo, su reformismo partía del individuo antes que de la colectividad, y defendía una forma de vida que privilegiara el contacto con la naturaleza.

Notas

[1] Véase Walter Harding, *The Days of Henry Thoreau*, Princeton, Princeton University Press, 1992, 3.^a ed., pág. 57. <<

[2] Las referencias a las obras de Thoreau se toman de las siguientes ediciones: *Collected Essays and Poems*, ed. de E. Hall Whiteerell, Nueva York, The Library of America, 2001 y *A Week on the Concord and Merrimack Rivers, Walden, The Maine Woods, Cape Cod*, ed. de Robert F. Sayre, Nueva York, The Library of America, 1985. <<

[3] Véase Walter Harding, *The Days of Henry Thoreau*, *op. cit.*, págs. 173-174. <<

[4] *The Correspondence of Henry David Thoreau*, ed. de W. Harding y C. Bode, Nueva York, New York University Press, 1958, pág. 216. (Véase Henry David Thoreau, *Escritos selectos sobre Naturaleza y Libertad*, ed. de O. Cargill, trad. de M. A. Marino, Buenos Aires, Ágora, 1960, pág. 172). <<

[5] *A Week* comparte muchos rasgos de estilo con las primeras versiones de *Walden*. Allí se encuentra, sobre todo, la preocupación de Thoreau por la mitología («Esta entrañable reiteración de las más antiguas expresiones de la ver dad por una posteridad contenta con retocar ligera y religiosamente el viejo material, es la prueba más concluyente de una humanidad común», *A Week*, págs. 49-50) o la «escritura de la humanidad», la soledad y la amistad o la naturaleza, pero se trataba de un texto esencialmente inconexo, compuesto de escritos previos a los que faltaba la unidad de *Walden*. Aún era visible, no sólo en la expresión, sino en la concepción, la influencia de Emerson: toda la sección del «Miércoles» era una discusión con el maestro. (Véase la traducción del pasaje, con el título «Amistad», en *Lecturas sobre la amistad*, ed. de M. Ballester, Murcia, SFRM/UCAM, 2004). <<

[6] El enfriamiento de la amistad significaría que ninguno de los dos estaría dispuesto a mantenerla en un nivel inferior al que había tenido para ambos. En 1878, cuando la señora Gilchrist visitó al anciano Emerson, observó que le fallaba la memoria. Emerson se volvía a su esposa y le preguntaba: «¿Cómo se llamaba mi mejor amigo?». «Henry Thoreau». «Oh sí, Henry Thoreau». Véase Joel Porte, *Emerson and Thoreau: Transcendentalists in Conflict*, Middletown, Wesleyan University Press, 1966. <<

[7] *Cape Cod* se publicaría póstumamente en 1865. En *Walden*, Thoreau había dicho que no se proponía ser satírico y *Cape Cod* no lo es en absoluto: irónico y alejado del sentimentalismo, permite comprender hasta qué punto Thoreau tomaba en serio la cuestión del descubrimiento y la independencia de América: «Si América se descubrió y se perdió una vez, como muchos de nosotros creemos, ¿por qué no dos?» (*Cape Cod*, pág. 1023). *Quid loquar?*, por qué repetir —escribiría Thoreau— lo que habían dicho los padres peregrinos era una pregunta difícil de contestar. En ocasiones compara el océano con «una laguna campestre», en referencia a *Walden*, y de hecho hay pasajes que podrían formar parte de *Walden*. El cabo Cod era el lugar donde habían desembarcado los puritanos del *Mayflower*. «Un hombre podría estar allí de pie y dejar toda América a sus espaldas [...]», *Cape Cod*, pág. 1039. <<

[8] Sobre *The Maine Woods* pesa la decisión de Thoreau de abandonar Walden geográfica y literariamente. El libro, de hecho, es la relación de los viajes de Thoreau a las regiones casi desconocidas del estado de Maine, donde aún podía encontrarse «la naturaleza en formación». Thoreau seguía la pauta establecida en *Walden* y en sus escritos políticos, según la cual algo en la naturaleza del hombre no era susceptible de representación en las instituciones: «Mientras que la república ya ha adquirido una historia mundial, América aún no ha sido ocupada ni explorada» (*The Maine Woods*, pág. 654). Casi podría tomarse el capítulo de *Walden* sobre las «Leyes superiores» como guía de lectura (o de viaje) de *Los bosques de Maine*. El libro estaba llamado a ser, de no haberlo interrumpido la muerte de Thoreau, su gran libro indio. <<

[9] *Collected Essays and Poems*, pág. 552. <<

[¹⁰] *Collected Essays and Poems*, págs. 354-355.

<<

[¹¹] *Collected Essays and Poems*, págs. 350, 351. <<

[12] *Collected Essays and Poems*, pág. 351. <<

[¹³] Véase W. Harding, *The Days of Henry Thoreau*, *op. cit.*, pág. 291. <<

[14] El ensayo que le dedicó Stevenson es un ejemplo de la deficiencia de la lectura de Thoreau: la admiración es difícil de ocultar en sus páginas, pero el ánimo de censura se sobrepone, en un curioso caso —siendo Thoreau y Stevenson lo suficientemente puritanos— de *angustia electorum* o conflicto entre elegidos. Véase Robert Louis Stevenson, «Henry David Thoreau: su carácter y opiniones» (1880), trad. de A. Lastra, en *Res publica. Revista de la historia y del presente de los conceptos políticos*, 2 (Murcia, 1998), págs. 235-254. <<

[15] La edición definitiva de *The Writings of Henry David Thoreau*, dirigida por Elizabeth Hall Witherell *et al.* y publicada por Princeton University Press desde 1971, recoge ya ocho volúmenes *del Journal desde 1837*; el último, editado en 2002, comprende las entradas de 1854, el año de publicación de *Walden*. Sobre las fases de redacción de *Walden* y el establecimiento del texto definitivo (editado por J. Lyndon Shanley en 1971, en el primer volumen de *The Writings*), véanse, entre otros, J. Lyndon Shanley, *The Making of Walden*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1957 (que incluye el primer borrador del libro, redactado en *Walden*); *The Variorum Walden*, ed. de Walter Harding, Nueva York, Washington Square Press, 1962, y Stephen Adams y Donald A. Ross, *Revising Mythologies: The Composition of Thoreau's Major Works*, Charlottesville, The University Press of Virginia, 1988.

<<

[16] Francis O. Matthiessen, *American Renaissance* (1941), Oxford, Oxford University Press, 1968, 2.^a ed., pág. 167. <<

[17] Stanley Cavell, *The Senses of Walden* (1972), An Expanded Edition, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1992, pág. 4. <<

[18] Véase, entre otros, Lawrence Buell, *Literary Transcendentalism: Style and Vision in the American Renaissance*, Ithaca, Cornell University Press, 1973. Tras la Guerra Civil, el trascendentalismo fue quedando relegado conforme una mentalidad positivista e historicista se apoderaba de las universidades americanas. El propio Emerson tuvo ocasión de comprobarlo al pronunciar en Harvard, donde había estado vetado durante casi treinta años, su conferencia sobre «El progreso de la cultura» (Ralph Waldo Emerson, «Progress of Culture. Address read before the Phi Beta Kappa Society at Cambridge, July 18, 1867», recogido en *Letters and Social Aims* [1875], *Works of Ralph Waldo Emerson*, Londres, Routledge, 1894, págs. 473-480). En el caso de Thoreau, fue James Russell Lowell, uno de los «bramines» de Boston, el encargado de levantar el acta de defunción en una reseña de la edición póstuma de sus libros («Thoreau», en Henry David Thoreau, *Walden and Resistance to Civil Government. Authoritative Texts, Journal, Reviews and Essays in Criticism*, A Norton Critical Edition, ed. de W. Rossi, Nueva York, Norton, 1992, 2.^a ed., págs. 334-341). El documento más importante de la época es *Trascendentalismo en Nueva Inglaterra* de Octavius Brooks Frothingham, publicado significativamente en el primer centenario de la Declaración de Independencia y donde Thoreau apenas es digno de mención (*Transcendentalism in New England. A History*, ed. de S. E. Ahlstrom, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1972, 2.^a ed.). <<

[19] Véase la entrada del 9 de agosto de 1854: «*Walden published. Elder berries...*». En abril de ese mismo año, Thoreau había anotado que podía «criticar mejor mi composición a cierta distancia» (H. D. Thoreau, *Walden and Resistance to Civil Government*, pág. 307). <<

[20] En el diario, poco después de empezar a vivir en Walden, Thoreau esbozaría esa tarea futura: «No plantaré judías otro verano, sino sinceridad, verdad, sencillez, fe, confianza, inocencia» (15 de agosto de 1845, en H. D. Thoreau, *Walden and Resistance to Civil Government*, pág. 263), que luego recogería en el capítulo «El campo de judías» de *Walden*: «Adquirí una experiencia ulterior...». <<

[²¹] Con ocasión del 150 aniversario de la publicación de *Walden* los escritos políticos se han reeditado con un título más apropiado: *The Higher Law: Thoreau on Civil Disobedience and Reform*, ed. de W. Glick, Princeton, Princeton University Press, 2004. <<

[22] *Walden* podría leerse, de hecho, en la época de Frederick Douglass y Harriet Beecher Stowe, como una *slave narrative*, una pauta de lectura que el propio Thoreau sugería, por ejemplo, en el capítulo sobre los «Primeros habitantes», donde recuerda que Walden había sido la morada de esclavos liberados y fugitivos. <<

[23] La entrada en el diario en la que Thoreau reflexiona sobre su marcha de los bosques —en septiembre de 1847, tras pasar allí dos años, dos meses y dos días— está fechada el 22 de enero de 1852 y coincide con la última fase de redacción de *Walden*, especialmente desde el capítulo sobre «Las lagunas» hasta la «Conclusión», en la que se advierte un tono distinto al que había empleado en los capítulos anteriores, pensados, en su mayoría, para ser leídos en público. Las reflexiones de Thoreau sobre la superioridad cultural de la escritura respecto al habla tienen aquí una aplicación precisa: «Hay un intervalo memorable entre la lengua hablada y la lengua escrita, la lengua oída y la lengua leída. La primera es, por lo general, transitoria, un sonido, un habla, sólo un dialecto, casi brutal, y lo aprendemos inconscientemente, como los animales, de nuestras madres. La segunda es la madurez y experiencia de la primera; si aquella es nuestra lengua materna, esta es nuestra lengua paterna, una expresión reservada y selecta, demasiado significativa para ser escuchada; para hablarla, deberíamos nacer de nuevo» («Leer»). En esa misma época Thoreau dejaría de escribir poesía. <<

[²⁴] R. W. Emerson, «Thoreau», en H. D. Thoreau, *Walden and Resistance to Civil Government*, págs. 320-333, pág. 332. <<

[25] R. W. Emerson, «The American Scholar», en *Essays and Lectures*, ed. de J. Porte, Nueva York, The Library of America, 1991, 6.^a ed., págs. 53-71. «Nuestras vidas — escribiría reprobatoriamente Thoreau en el primer capítulo de *Walden*— son domésticas en más sentidos de los que creemos». A finales de 1850, Thoreau anotaría en su diario que «en la literatura sólo nos atrae lo salvaje [...] el pensamiento salvaje», una frase que estructuraría *Walden* (aunque no la emplearía cuando redactara las últimas versiones del texto, significativamente el capítulo sobre las «Leyes superiores») hasta que pudiera afirmar que «las escenas más salvajes se me habían hecho indeciblemente familiares». <<

[26] Emerson había insistido en la misma idea durante la década previa al estallido de la Guerra Civil y la posterior organización universitaria. En *La conducta de la vida*, que se publicaría seis años después de *Walden*, escribió: «Si los estados, las ciudades y los liceos poseyeran las obras de arte, reforzarían los vínculos de la comunidad. Una ciudad puede existir con un propósito intelectual. En Europa, donde las formas feudales aseguran la conservación de la riqueza en ciertas familias, esas familias compran y preservan esas obras y permiten que el público pueda verlas. Pero en América, donde las instituciones democráticas dividen cada estado en pequeñas porciones, el público ha de acudir, tras pocos años, a casa de aquellos propietarios y obtener cultura e inspiración para el ciudadano» (R. W. Emerson, *La conducta de la vida*, ed. de J. Alcoriza y A. Lastra, Valencia, Pre-Textos, 2004, pág. 100). <<

[27] En su ensayo de juventud sobre «Aulus Persius Flaccus» (1840) Thoreau inscribiría el lema de su escritura: «[...] *et aperto vivere voto*», y propondría «descubrir y familiarizarnos con las cosas». La estructura de *Walden* resistiría la intemperie, el aire libre, el carácter abierto: «Queda más día por amanecer» («Conclusión»). <<

[28] Thoreau y Lincoln están más cerca uno del otro de lo que podría suponer un método de filosofía política ambiguamente conservador, como el de Harry V. Jaffa («Reflections on Thoreau and Lincoln. Civil Disobedience and the American Tradition», en *The Conditions of Freedom. Essays in Political Philosophy*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press, 1975, págs. 124-148). Entre el «martirio» del capitán Brown y el del propio Lincoln, Thoreau podría situarse con perfecto derecho como defensor de las leyes superiores. <<

[29] Véase Ethel Seybold, *Thoreau: The Quest and the Classics*, New Haven, Yale University Press, 1951. <<

[30] Véase R. W. Emerson, «The Trascendentalist», en *Essays and Lectures*, págs. 191-209. <<

[31] Véase «Slavery in Massachusetts» (1854), en H. D. Thoreau, *Collected Essays and Poems*, págs. 335, 346. Thoreau pronunció su discurso el 4 de julio, un mes antes de la publicación de *Walden*, y debe ser leído como una justificación de su partida y de la publicación: «El efecto de un buen gobierno es hacer más valiosa la vida... Durante el último mes he vivido —y creo que cualquiera en Massachusetts capaz de albergar un sentimiento patriótico habrá pasado por una experiencia similar— con la sensación de haber sufrido una vasta e indefinida pérdida» (pág. 345). <<

[32] William Wilberforce (1759-1833), antiesclavista británico. <<

[33] John Evelyn (1620-1706), naturalista británico, autor de *Sylva, or a Discourse of Forest-Trees* (1679). <<

[34] Cita del Vishnú Purana. <<

[35] Justus von Liebig (1803-1873), químico alemán, autor de *Animal Chemistry* (trad. inglesa, 1842). <<

[36] Sobre la traducción de *scholar* por «escolar», véase la Introducción, pág. 43. <<

[37] Thoreau puede referirse tanto a la revista *The Dial* como a su propio diario (*journal* en el texto). <<

[38] Thoreau alude a su libro *A Week on the Concord and Merrimack Rivers*, cuya venta fue escasa. <<

[39] En las costas de Nueva Jersey solían naufragar los barcos. <<

[40] Explorador francés (1741-1788), cuyo barco se perdió al sur del Pacífico. <<

[⁴¹] Ida Pfeiffer (1797-1858), viajera austríaca, autora de *Eine Frauenfahrt um die Welt* [*A Lady's Voyage Round the World* (trad. inglesa, 1852)]. <<

[42] Samuel Laing (1780-1868), explorador británico, autor de *Journal of a Residence in Norway* (1837). <<

[43] Daniel Gookin (1612-1687), autor de *Historical Collections of the Indians of New England* (1792). <<

[⁴⁴] Jonathan era el apodo habitual entre los habitantes de los Estados Unidos durante el siglo XIX. <<

[45] Edward Johnson (1598-1672), autor de *Wonder-working Providence of Sion's Saviour in New England* (1654). <<

[46] Edmund Bailey O'Callaghan, *Documentary of the State of New York* (1851). <<

[47] Thoreau volvería a usar la expresión «spring of springs» en el último párrafo de *Cape Cod*, publicado póstumamente. <<

[48] Probablemente se refería a Horatio Greenough (1805-1852), que fue de los primeros en proponer la funcionalidad de la arquitectura. <<

[49] Famoso caballo de carreras inglés. <<

[50] John Warner Barber, *Historical Collections* (1839). <<

[51] *Trap* significa trampa; en plural, trastos.

<<

[52] Shakespeare, *Julio César*, III, 3. <<

[53] William Bartram (1739-1823), naturalista americano, autor de *Travels through North and South Carolina* (1791). <<

[54] John Howard (1726-1790), reformador inglés de las prisiones. <<

[55] William Cowper (1731-1800), de sus «Verses Supposed to Be Written by Alexander Selkirk»; Selkirk fue el modelo de Daniel Defoe para Robinson Crusoe. La cursiva es de Thoreau. <<

[56] Versos anónimos publicados en *The Muses Garden* (1610). <<

[57] Confucio, *Analectas*, 14. <<

[58] *Milldam*, la presa de molino, era el principal punto de encuentro de Concord, por el que luego pasaría su calle Mayor. <<

[59] «Ramas de olivo» era el nombre de una publicación metodista que evitaba tratar cuestiones políticas en beneficio de asuntos familiares. <<

[60] Thoreau cita a Ida Pfeiffer, *A Lady's Voyage Round the World* (1852). Los puri son una tribu de Brasil. <<

[61] Versos de «Walden Spring», en *The Woodman and Other Poems* (1849), de Ellery Channing. <<

[62] Lugar de una celebrada victoria, en 1847, durante la guerra de México. <<

[63] Thoreau se refiere a la gran nevada de febrero de 1717, descrita por Cotton Mather. <<

[64] John Milton, *El paraíso perdido*, I, vv. 293-294. <<

[65] Thoreau alude a Ben Jonson (1572-1637), autor de «Witches' Song». <<

[66] De «Elegy Written in a Country Churchyard», de Thomas Gray. <<

[67] Versos de «Croma», en *The Genuine Remains of Ossian*, de James Macpherson. Se trata del consuelo a Malvina, hija de Toscar, tras la muerte de su amante. <<

[68] Juego de palabras: Brighton y Bright Town. <<

[69] Confucio, *Analectas*, 4. <<

[70] En los vedas hindúes, dios del aire, el trueno y la lluvia. <<

[71] William Goffe y Edward Whalley, acusados de la muerte de Carlos I de Inglaterra, huyeron a América y vivieron allí ocultos. <<

[72] El inglés Thomas Parr, nacido en 1483, vivió supuestamente 152 años. <<

[73] Prósperas mansiones de Boston, Nueva York y Concord, respectivamente. <<

[74] Edmund Spenser, *The Faerie Queene*, I, I, v. 35. <<

[75] Edward Winslow, *The English Plantation al Plymouth* (1622). <<

[76] Paflagonia era un país boscoso al norte de Asia Menor; el leñador canadiense era Alek Therien. <<

[77] Homero, *Ilíada*, XVI, vv. 13-16. <<

[78] Supuesto saludo del indio Samoset a los peregrinos que desembarcaron en Plymouth. <<

[79] Henry Coleman (1785-1849), supervisor agrícola de Massachusetts. <<

[80] Canción para llamar al ganado entonada por los pastores suizos. <<

[81] Miembros de la artillería de Concord, unidad de la milicia del estado. <<

[82] John Evelyn (1620-1706), horticultor inglés, autor de *Terra, a Philosophical Discourse on Earth* (1729). <<

[83] Filósofo y naturalista inglés (1603-1665), citado en *Sylva, or a Discourse of Forest-Trees* (1679), de Evelyn. <<

[84] De *Sobre la agricultura*, de Catón: «Padre de familia es quien vende, no quien compra». <<

[85] Versos de la égloga quinta de «The Shepherd's Oracle», de Francis Quarles (1592-1644). <<

[86] Alexander Pope (1688-1744), poeta y traductor inglés de la *Ilíada* y la *Odisea*. <<

[87] Tibulo, *Elegías*, I, X, vv. 7-8. <<

[88] Confucio, *Analectas*, 12. <<

[89] John Milton, *Lycidas*, v. 194. <<

[90] *Coenobites*, en el original, suena como «see no bites», no parece que piquen (el anzuelo). <<

[91] Lo mismo se dice del lago de Alexander en el condado de Killingly, según Barber en su *Connecticut Historical Collections*. (N. del A.). <<

[92] En su *Diario* (1654), Evelyn menciona «la parroquia de Saffron Walden, famosa por la abundancia del azafrán que se cultiva allí y que se considera mejor que el del extranjero». (N. del A.). <<

[93] *Walled-in* en el original. <<

[94] Personaje de las antiguas baladas inglesas que mató al dragón de Wantley. <<

[95] *Skin-flint* en el original. <<

[96] William of Hawthornden, *Icarus*. <<

[97] Del latín *viridis*, verde. <<

[98] Todas las citas poéticas del capítulo son del poema «Baker Farm», de Ellery Channing, en *The Woodman and Other Poems* (1849). <<

[99] William Kirby y William Spence, *An Introduction to Entomology* (1815 – 1826)

<<

[100] John Donne, «To Sir Edward Herbert». <<

[101] El compañero de pesca y el poeta del diálogo siguiente es Ellery Channing. <<

[102] Pilpay fue considerado durante un tiempo el autor de una serie de fábulas en sánscrito. <<

[103] La batalla de Concord fue la primera gran lucha de la Revolución. John Buttrick comandaba las fuerzas americanas, cuyas únicas bajas fueron Isaac Davis y David Hosmer. <<

[104] William Gilpin, *Remarks on Forest Scenary* (1834). <<

[105] François André Michaux, *North American Sylva* (1819). <<

[106] William Wordsworth, «Barry Gill». <<

[107] Ellen Sturgis Hooper, «The Wood-Fire». <<

[108] Cuando medí las tierras de Cyrus Jarvis el 23 de diciembre de 1856, me mostró una parte de ese terreno, de seis acres y cincuenta y dos varas, al oeste de la carretera de Wayland, que «consistía en tierra de labranza, buenos y bosque», vendida por Joseph Stratton a Samuel Swan de Concord el 11 de agosto de 1777. (*N. del A.*). <<

[109] «Coil», desenrollar, juego de palabras con el nombre propio Quoil. <<

[110] John Milton, *El paraíso perdido*, II, vv. 559-560. <<

[111] «Man on the farm», hombre en la granja, es el tipo individual, opuesto al «Farmer», granjero, que es el tipo social, según Emerson en «The American Scholar». <<

[¹¹²] El trascendentalista Amos Bronson Alcott (1799-1888). <<

[113] Thomas Storer, *The Life and Death of Thomas Wolsey, Cardinal* (1599). <<

[¹¹⁴] *Old Mortality*, título de una novela de Walter Scott, cuyo protagonista recorre Escocia reparando las lápidas de las tumbas. <<

[115] Su maestro y amigo Ralph Waldo Emerson (1803-1882). <<

[116] Un peso de cincuenta y seis libras. <<

[¹¹⁷] William Gilpin, *Observations on Several Parts of Great Britain* (1808). Los versos son de Milton en *El paraíso perdido*, VII, vv. 288-290. <<

[118] Juego de palabras entre dos de los significados de «weed», maleza y velo. <<

[119] Ovidio, *Metamorfosis*, I, vv. 61-62; vv. 78-79. <<

[120] La cita es de Mencio. <<

[¹²¹] Ovidio, *Metamorfosis*, I, vv. 89-96; vv. 107-109. <<

[122] William Habington, «To My Honoured Friend Sir Ed. P. Knight». <<

[123] John Franklin (1786-1847), explorador inglés que desapareció en el Paso del Noroeste en 1847; el comerciante Henry Grinnell financió varias expediciones en su busca. Mungo Park (1771-1806), Meriwether Lewis (1774-1809), William Clark (1770-1838) y Martin Frobisher (1535-1594) fueron todos exploradores. <<

[124] Claudiano, «El anciano de Verona». Thoreau cambia «Iberos» por «australianos» y «vitae» por «Dios». <<

[125] John Symmes defendía que la tierra era hueca y habitable. <<

[126] Paráfrasis del poema «Night and Death» de José María Blanco-White. <<

[127] Apodos corrientes del inglés y del americano en el siglo XIX. <<